

LA SEGUNDA ETAPA DE MI VIDA



Mario López Espinosa

La segunda etapa de mi vida

Mario López Espinosa

*Portada: Obra de Sabrina Aureli
Artista.- www.sabrinaureli.net*

Derechos Reservados. © 2025

Algunas mujeres en México, y quizás en otras latitudes, arriban al momento crucial de los cincuenta años, en que sus hijos emprenden el vuelo, sus parejas las rodean de tedio, monotonía e indiferencia, y ellas abandonan la lucha para siempre, con el fin de simplemente continuar viviendo, con un buen grado de abandono, una cierta inercia y una buena dosis de aburrimiento, justo cuando debieran iniciar la apasionante y retadora segunda etapa de su vida.

Esta novela relata solo parte de la historia de dos mujeres que, por el contrario, se armaron de valor y, en un ejercicio de plena libertad, decidieron tomar las riendas de su destino para emprender resueltas, y en absoluta independencia, la construcción de esa desafiante segunda etapa que les ofrece una vida plagada de oportunidades para ser, para amar y para vivir intensamente, como nunca antes. Dos mujeres que se rebelaron contra una tradición opresiva que les ha sido impuesta, y se atrevieron a hacerse cargo directo de que las cosas relevantes sucedieran.



mariolopezespinoza@yahoo.com.mx

@MLEspinoza3

525516337094

*A la pequeña princesa Aurora, de quien cuidaré siempre
desde donde yo esté*

*A Kalimera, que me ha enseñado a vivir jugando intensamente
cada instante de mi vida*

*A todas las mujeres que se atreven a construir
con libertad la segunda etapa de su vida*

Capítulo 1.- <i>El gran festejo</i>	5
Capítulo 2.- <i>La convivencia del banquete</i>	9
Capítulo 3.- <i>Un inicio también intrascendente</i>	13
Capítulo 4.- <i>La nueva familia</i>	17
Capítulo 5.- <i>Un sueño frustrado</i>	21
Capítulo 6.- <i>Una relación en picada</i>	25
Capítulo 7.- <i>El plan de don Antonio</i>	29
Capítulo 8.- <i>Los viajes hacia dos polos</i>	33
Capítulo 9.- <i>Su primer encuentro con el anhelado Milano</i>	49
Capítulo 10.- <i>La intempestiva muerte de su padre</i>	55
Capítulo 11.- <i>El relato del viaje</i>	57
Capítulo 12.- <i>El grito de libertad</i>	61
Capítulo 13.- <i>La herencia</i>	65
Capítulo 14.- <i>El encuentro con sus tres amigas</i>	69
Capítulo 15.- <i>Sus amigas y el inicio de las alegrías</i>	79
Capítulo 16.- <i>El preámbulo</i>	85
Capítulo 17.- <i>El inicio de la aventura</i>	89
Capítulo 18.- <i>Y por fin París</i>	91
Capítulo 19.- <i>Ma prima di tutto, andiamo a Milano</i>	95
Capítulo 20.- <i>La conferencia en París</i>	101
Capítulo 21.- <i>Los Galano</i>	115
Capítulo 22.- <i>Los inicios de un romance y de una amistad</i>	123
Capítulo 23.- <i>Una comida espléndida en el Boeucc</i>	127
Capítulo 24.- <i>Una probadita de México</i>	133
Capítulo 25.- <i>Un Matrimonio in Campagna</i>	141
Capítulo 26.- <i>Haciendo turismo en el norte de Italia</i>	145
Capítulo 27.- <i>Otra aventura de los Galano en México</i>	147
Capítulo 28.- <i>La transformación del antipático</i>	151
Capítulo 29.- <i>Tres decisiones importantes y los “influencers”</i>	155
Capítulo 30.- <i>Algunos lugares más de Italia</i>	169
Capítulo 31.- <i>Una coincidencia afortunada</i>	173
Capítulo 32.- <i>Los proyectos de vida profesional</i>	173
Capítulo 33.- <i>El reencuentro con el gran amigo</i>	179
Capítulo 34.- <i>La expo de Élena</i>	189
Capítulo 35.- <i>Cada quien su casa</i>	191
Capítulo 36.- <i>El futuro de Lorena</i>	197
Capítulo 37.- <i>Una terrible sorpresa</i>	201
Capítulo 38.- <i>Una estrategia para asegurar el futuro</i>	211

Capítulo 1.- *El gran festejo*

*"Siento que he comenzado un nuevo capítulo en mi vida,
y necesito dejar el pasado atrás"*

Jennifer Capriati

Flotaba en la estratosfera rumbo al altar. Radiante, hermosa, rebosante de alegría. Su sonrisa triunfante iluminaba el camino, mientras su mirada, altiva y distante, desafiaba al destino y se negaba a desaparecer ni por un instante. Todos suponían que era tan solo la expresión natural ante la boda de Karina, su única hija, quien, a su vez, avanzaba con paso firme y se dirigía lentamente hacia el sagrario, del brazo de su aún apuesto padre: Fernando Ibargüengoitia, un verdadero canalla. Al pie del santuario, junto a su madre, Klebert Tremblay, ciudadano de Canadá, la esperaba, con más solemnidad de la que merecía la ocasión, la aguardaba augusto, ansioso y sonriente. Es cierto que Verónica estaba feliz también porque su hija se desposaba con el hombre que verdaderamente amaba, pero en honor a la verdad, no era la explicación principal de porqué levitaba aquella tarde de primavera y las gaviotas de su alma volaban inquietas. Verónica Mariscal navegaba en el viento en esa ceremonia no solo porque el sacerdote bendecía las nupcias de su hija, sino porque que ella misma habría de celebrar la recuperación de su libertad, aquella ansiada libertad de la que, en realidad, jamás había disfrutado. Pues, como casi todas las mujeres de su generación en su país, y quizás en el continente iberoamericano, transitó de la dependencia y el sometimiento paterno a la dependencia y el sometimiento marital. Así que lo que verdaderamente explicaba aquel regocijo era el festejo por su naciente conquista de la independencia y la libertad, su primera incursión en los dominios de la autonomía.

Lo que sí fue logrando, durante sus treinta y un largos años de matrimonio, fue consolidar muy gradualmente ese profundo deseo de tomar las riendas de su destino. Una lucha inquebrantable y sin tregua, que en ocasiones avanzaba con una lentitud desesperante y que había culminado hacía apenas tres meses cuando, sin aspavientos, formalizó con su marido el acuerdo irrevocable de separar sus vidas para siempre, a partir justo del día de la boda de Karina. Su otro hijo, Andrea, casado hacía tres años, se había establecido exitosamente en la ciudad de Monterrey donde vivía contento e independiente con la esposa ideal, según él pre-

gonaba, y sus dos hijos que, esos sí, sin duda alguna, eran encantadores.

Verónica vivió una infancia y una adolescencia sin grandes contratiempos y también sin regocijos relevantes, en virtud quizás de la importancia que los conceptos de estabilidad y prudencia tenían para su padre, contador de formación profesional y titular de la gerencia de contabilidad de una empresa farmacéutica transnacional durante casi toda su vida laboral, y de quien ella era la hija consentida, posición por la que nunca se atrevieron a competir sus dos hermanos mayores, seguros de que osar intentarlo habría sido una batalla rotundamente perdida de antemano.

Vivieron los primeros catorce años en un barrio agradable pero modesto en el oriente de la Ciudad de México para cambiarse, como resultado de la descomunal obcecación de la madre, a una pequeña mansión en la colonia del Valle, lo que supuestamente simbolizaba la transición de clase media media a la clase media alta. Esta movilización era de importancia vital en esa época, en que la apariencia y la simulación comenzaban a consolidarse en la sociedad mexicana como los valores fundamentales de la “*gente decente*”; ese estrato socioeconómico al que, a partir de aquella época, casi todos querían pertenecer. Era cierto que este propósito de ascenso social era importante para su padre, pero para su madre era mucho más que eso, se trataba de una absoluta obsesión, una peligrosa obstinación por la que luchaba con ahínco y con la que soñaba en todo momento, un deseo enfermizo que explicaba y justificaba todo, absolutamente todo.

Una vez que concluyó la ceremonia religiosa y salieron al atrio de la iglesia, Verónica se sintió abrumada por los abrazos y felicitaciones de los familiares y amistades, que ella recibió con una sonrisa radiante, que todos se explicaban, pero nadie comprendía. Trataba de esquivar, es cierto, el acercamiento de los parientes y amigos más empalagosos y fingidos de siempre, pero al confirmarse deafortunadamente que eran casi todos, decidió optar por alejarse unos metros hacia una orilla con el fin de encender un cigarrillo y ahuyentarlos, aunque tan solo fuera por un breve tiempo. Por un momento, los pudo observar desde una posición más o menos lejana y más o menos discreta, para desde ahí reconocer que de todos los alrededor de ochenta asistentes, únicamente a tres podía calificar de verdaderas amigas. Una de ellas era Virginia, la nana de su hija, quien, sin casi advertirlo ambas, se fue transformando en una gran amiga, relación que se estrechó aún más cuando dejó de atender a la *princesa excéntrica*, como ella misma había rebautizado a Karina. Las otras dos eran Abril, quien inició como su maestra de yoga y poco a poco se fue convirtiendo en su confidente y su mejor amiga, una mujer hermosa poseedora de una figura envidiable y de extraordinarios valores; y Fermina, una dama culta, elegante y refinada que conoció en un concierto de piano de Rachmaninov en la Sala

Netzahualcóyotl, al que ambas acudieron solas.

Se prometió a sí misma que de ahora en adelante iba a convivir mucho más con aquellas tres amigas que, en medio de la farsa, brillaban por su autenticidad, celebrando la lucha por la libertad que emprendía su amiga y la amistad verdadera que las unía. En ese mar de apariencias, Verónica encontraba en ellas un refugio de verdad y complicidad, confirmándole que los lazos sinceros se tejen con el corazón. En medio de la banalidad de la celebración, surgía la belleza que reside en la autenticidad y en los momentos compartidos con aquellos que realmente nos comprenden y nos acompañan en nuestras principales batallas.

La fiesta fue exactamente igual que todas las fiestas de boda en las grandes ciudades del país. El mismo brindis-discurso del padre, vacío y sustentado en una retórica de finos vuelos, la convencional algarabía fingida, las melodías de siempre, las bailadas y baladas de toda la vida, donde ellas se aproximaban a la pista central como modelos de alta costura en una pasarela y ellos como pistoleros del antiguo oeste accediendo a una cantina, donde todos simulaban que se divertían explosivamente como nunca antes. Un escenario grotesco y pueril, para no variar, donde todos y cada uno desempeñaba el papel asignado por la tradición y la modernidad. Una mascarada completa sin moderación alguna, con todos sus ridículos rituales anacrónicos de la mediocre pequeña burguesía mexicana. La cena insípida y el vino malo, como era costumbre, la tía escandalizada y el primo borracho como era habitual. Un aburrimiento que no era invitado, pero estaba siempre al acecho. Y, entre todo aquel barullo y estruendo, no pudo faltar un connato de altercado de esos en que nadie tiene razón o todos la tienen en parte. Todo era igual, exactamente lo mismo, quizás un poco más revolucionado, para impresionar a los familiares e invitados canadienses del novio. Se trataba de un grupo social en el que la creatividad había sido destemplada por una cadena larga de excentricidades.

Y en una isla dentro del delirante torbellino de aquella comparsa orquestada, desentonaban cuatro amigas, que brindaban y bailaban encantadas celebrando un grito de independencia que rondaba por los aires. Verónica festejaba el reinicio de su propia historia.

Capítulo 2.- *La convivencia del banquete*

"Debes saber cuándo es el momento de pasar la página"

Tori Amos

Al concluir la ceremonia religiosa, se trasladaron todos a la casa de Don Evaristo, el padre de Fernando, quien ofreció su inmenso jardín para realizar el banquete de la boda de Karina y Klebert. Lo hizo verdaderamente contento, apenas se enteró de que vendría desde Canadá al festejo el director general de la importante empresa de la industria petroquímica en la que laboraba el futuro yerno de su hijo. Consideró, como siempre, que podría ser una excelente oportunidad para él o para Fernando de concertar algún “*negocito*”, porque a eso fundamentalmente se dedicaban padre e hijo: *hacer negocios especiales* en cualquier parte del país y en cualquier ámbito de actividad. »Con este convencional banquete«, se dijo Verónica, »concluye la mitad de mi vida«.

—¡Salud! ¡Salud! mi queridísima Vero, —escuchó decir a Malula Lascurain, la prima de Fernando y la mujer más frívola y superficial que había conocido en su vida.

—Qué hermosa boda. Discúlpame que ni siquiera te llamé estos meses, pero no tienes una idea de la impresionante cantidad de cosas superimportantes que han surgido y que han requerido mi atención a tiempo completo. He brincado de la organización de un refinadísimo concurso canino, en el que, por cierto, les robaron el premio a mis dos sultanes. Tú bien conoces a mis French Puddles y sabes bien que a raza fina en México no los iguala nadie. Ya no te cuento el detalle de esta tragedia, pues no quiero volver a enfermarme. —Verónica se disculpó explicando:

—Con permiso, Malula, creo que mi hija quiere hablar conmigo.

Respiró profundamente, pero no por mucho tiempo porque la interceptó la Lisette Betancourt diciendo con voz melosa y el mayor desparpajo:

—Hola Vero, qué gran gusto volver a verte. Debes estar muy orgullosa y muy feliz. Yo, por mi parte, del tingo al tango y de mis actividades, a cuál más de importante y

trascendente. Por cierto, qué lástima que te sentías mal y no pudiste acompañarnos a la exhibición de pelucas de colores extravagantes que organicé con la Yeya Ruvalcaba. Te hubieras muerto de la envidia... y continuó la cascada de banalidades...

Rápidamente utilizó Verónica el mismo recurso para deshacerse de la rubia despampanante de Lisette, a quien entre más conocía, más detestaba. Aunque esta vez fue a refugiarse al baño, donde continuó atrapada en aquel mar de superficialidad, ya que, para su desgracia, ahí esperaba la Odalys Niño de Rivera, quien se lanzó sobre ella presumiéndole su indumentaria exageradamente cursi, pero que, según ella, era el último grlto de la moda en Miami.

—Estoy muy disgustadita contigo Vero porque no fuiste al baile con disfraces de la época de Luis XV que organicé con la Monserrat Ortiz Monasterio y la Karla Diaz-Barroso, en el que te habrías divertido como loca. Fernando, que sí fue, me enteró de que otra vez te habías puesto malita. Fíjate que pusimos la exigencia de que los trajes fueran de no menos de mil dólares y todo fue un éxito pues la mayoría eran de cinco, seis y hasta de diez mil o incluso catorce mil dólares, como el de María Antonieta que la Mimí Corcuera-Wellis se trajo de París... No te había contado tampoco que me hice un tiempito para ir a Nueva York con el cirujano ese maravilloso que *Fer* me presentó y que le arregló su nariz, y pues nada que me regresé con otro *restiradín* de esos que casi ni se notan; además de que pude acompañar a Lalo a un torneo de golf en San Diego y de paso nos dimos un saltito a Las Vegas. Ya ves que sin estos bañitos de primer mundo de vez en cuando mi Tony se pone de un humor insoportable. Además de que como te conté un día, con él sucede igual que con todos los maridos del club, que, en Las Vegas, si te haces la desentendida para que se vayan no solo a jugar al casino, sino sobre todo a los *Table Dances*, hasta las seis de la mañana, pues al día siguiente te permiten que les des unos muy buenos mordiscos a las tarjetas de crédito en el *Shopping*, sin decirte nada de nada. A ti te ha sucedido lo mismo en sus visitas a Las Vegas, ¿no es así?— y hablaba y hablaba, y hablaba febrilmente con aquel lenguaje desenfrenado. Verónica la miraba sin verla, con un gesto de fastidio hasta que finalmente, sonrió, con una indiferencia que daba frío.

Todo lo escuchaba como si fuese una novedad para ella, pero no lo era. Tan solo se preguntaba: *¿Cómo hacen estas parásitas de buen talante para vivir una vida tan va-*

cía, una vida llena de nada, enredada en tantas telarañas? Suponía que eran seguramente los libros que había leído los que habían impedido, en buena medida, que ella misma continuara por similar trayectoria.

—Discúlpame Odalys, tengo algo importante que aclarar con Karina. Te veo más tarde —interrumpió y salió, nuevamente huyendo abrumada y con gran premura hacia cualquier parte, harta de aquel tropel de mujeres fantasmagóricamente artificiales. En realidad, estaba saturada de semejante estampida de trivialidades.

Capítulo 3.- *Un inicio también intrascendente*

“Ve en confianza hacia la dirección de tus sueños”

Henry David Thoreau

Treinta y un años atrás, Verónica se ve envuelta en un torbellino de emociones al conocer a Fernando en una fiesta que organiza su hermano Gerardo en su propia casa y a la que asisten sus compañeros de la universidad y de su oficina. Todos los invitados son contemporáneos y le llevan entre seis y ocho años, que, con sus diecisiete, es considerada todavía como una chiquilla por todos los colegas de Gerardo, excepto por Fernando Ibarguengoitia, quien hace caso omiso de la diferencia de edades y comienza a cortejarla, argumentando que su mirada, profunda como el mar en calma, lo ha cautivado. La adolescencia de Verónica se desvanece en ese instante, cuando ella siente que el tiempo se detiene mientras bailan al compás de la música, envueltos en una burbuja que los aísla del resto.

Verónica es una chica extraordinariamente bella, portadora de unos ojos claros que seducen con una dulzura enigmática y de una sonrisa deliciosa que, al manifestarse, invita al regocijo. Su cuerpo, quizás excesivamente desarrollado para su edad, es esbelto y bien proporcionado, con un porte altivo, un cuello esbelto y unos hombros elegantes. En esa fiesta, ella se siente particularmente halagada por haber capturado la atención del hombre más guapo y apuesto de los que asisten al convivio, así que no repara en mostrarse alegre y contenta. Bailan casi toda la noche, y ella se siente hechizada con la conversación amena, interesante y divertida de Fernando, que supera con creces la de todos sus actuales amigos, que a partir de ese momento comienzan a parecerle insulsos, intrascendentes y aburridos. La magia de ese encuentro se apodera de su corazón, dejando una huella imborrable en su alma. Esa noche Verónica no puede dormir. Jamás se habría imaginado que ella iba a convertirse en el foco principal de atención e interés durante toda la fiesta de un hombre como él, sobre todo tomando en cuenta que habían asistido un grupo de jóvenes mujeres de *“buenas familias”* que seguramente eran con-

sideradas por muchos, y también por él, como muy guapas y atractivas; todas, por supuesto, mayores que ella.

»*Definitivamente, yo he nacido para enamorarme de un hombre mucho mayor que yo*«, piensa Verónica, con un cierto candor, cuando Fernando, desbordando fatuidad, va por ella, en su auto deportivo, a la Universidad Motolinía, donde cursa el primer año de la carrera de diseño, despertando la envidia de buena parte de sus compañeras, en particular de las más presumidas y antipáticas, lo que ella disfruta ampliamente por varios días. Fernando es, desde luego, un mujeriego. De que le cuadra una mujer, no cesa y nada lo detiene, siendo capaz de llegar hasta el acoso; sin embargo la elección de Verónica es una operación fría y calculada, meramente profesional. Requiere de una mujer con esas características y así habrá de tenerla.

Dos semanas después de la fiesta inolvidable, Verónica le anuncia a su madre que quiere hablar con ella muy seriamente. Resulta evidente que le presiona una sensible y extraña congoja.

—Sabes, madre, Fer me ha pedido en dos ocasiones que vayamos a cenar a un restaurante muy elegante y las dos veces he rechazado su invitación. Ahora me está planteando que lo acompañe a una recepción en la Embajada de Honduras y he decidido que esta misma noche le voy a pedir que se olvide de mí y que no vuelva a buscarme jamás.

—¿Qué dices? —responde su madre alarmada—, ¿Cómo se te ocurre?

—Mamá, la única ropa que yo tengo es la de una adolescente informal. No voy a ir a esos lugares con semejantes atuendos. Lo mejor es decirle que ya no vuelva.

—¡Estás loca! De ninguna manera, eso lo arreglo yo en dos patadas. Y se lanza como un felino enfurecido sobre el padre, ejerciendo su implacable rigor:

—¡Antonio! Nuestra hija se ha visto obligada a no aceptar invitaciones de Fernando Ibarguengotia para cenar y asistir a recepciones de embajadas porque no dispone de la vestimenta apropiada. Toda su ropa es la de una adolescente pobretona. Hemos sido unos desconsiderados. Esto tiene que arreglarse en este preciso momento.

Y como esa nave familiar está claramente capitaneada por Doña Eulalia, esa misma tarde madre e hija se van de “*shopping*” con la intención de corregir semejante injusticia. Ella está excepcionalmente contenta y, a partir de ese día, la ropa y sobre todo

los atuendos de marca, así como las joyas, comienzan a ocupar un lugar preponderante en su vida; si bien más contenta todavía está Julieta, la hija de Lupe, la chica que les ayuda en la casa, que recién ha cumplido los 14 y hereda toda la ropa y atavíos de colegiala que desecha "*la señorita Verónica*" esa noche en que ha dejado de ser adolescente para convertirse en mujer, según palabras de su madre.

Todo parece continuar de forma tan repentina como inesperada, pero en realidad, se avanza como lo van tejiendo los principales protagonistas, y justo el día de la fiesta de fin de curso anual en la Universidad Motolinía, Doña Eulalia y Fernando acuerdan la fecha del matrimonio de él y de Verónica. Las cosas trascendentes casi nunca suceden como si no hubiesen sucedido.

Capítulo 4.- *Un sueño frustrado*

"De alguna manera, debemos decir ya es suficiente"

Dick Gregory

Verónica adoraba su carrera de diseño y sus dos grandes objetivos de la adolescencia eran graduarse primero y estudiar después un posgrado en el norte de Italia, específicamente en Milano, que en su universidad consideraban como el centro mundial del diseño. Sin embargo, todo cambió en cuando conoció a Fernando; no solo lo conoció, sino que se enamoró perdidamente de él, convirtiéndose ese amor en el gran obstáculo para alcanzar su sueño profesional.

Fernando, un hombre maduro y astuto, decidió que Verónica sería su esposa, después de elucubrar que ella podría adornar su vida. Necesitaba a una mujer bella a su lado, que fuera admirada por todos y le facilitara el acercamiento con sus potenciales socios. Así que comenzó a cortejar a la familia con regalos y a fingir una manifiesta complicidad con los padres en la construcción del futuro de Verónica. Entre los diversos artilugios figuraban las flores y los chocolates finos para la madre, así como los puros muy caros y los vinos de cosecha para el padre. Cuando ambos pretendían seguir dirigiéndola, invariablemente él los apoyaba.

»Tus padres tienen razón en lo que te sugieren. Pienso que tú debes aceptar gustosamente sus recomendaciones, pues ellos lo hacen pensando en tu bienestar y tu futuro. Y tú deberías apoyarte en su gran experiencia y en el enorme cariño que te tienen« decía, con voz persuasiva.

En cuatro ocasiones, Fernando invitó a Verónica y a sus progenitores a pasar un fin de semana en la casa de su familia en Cuernavaca, donde los trataban como reyes, si bien su madre los recibía invariablemente con una sonrisa, que más bien parecía una mueca. En contraste con don Arcadio, su padre, que estaba plenamente de acuerdo con las razones de la decisión de su hijo, los acogía siempre con deferencia y con los brazos abiertos. Don Arcadio Ibargüengoitia era exactamente como Teodoro Karamazov, per-

sonaje clave de la obra de Dostoievski, *“uno de esos tipos extraños, pero frecuentes, mezcla absurda de debilidad y de vileza; sin tratarse, sin embargo, de un imbécil, la mayoría de estos libertinos son bastante inteligentes y astutos”*.

Todo fue programado cuidadosamente y con el mayor cálculo por Fernando y por su padre. Por eso, cuando él solicitó ceremoniosamente la autorización paterna para iniciar un noviazgo formal con su hija, obtuvo la anuencia e inmediata complicidad de la madre, quien se encargó de convencer, o más bien someter, a su marido, haciendo caso omiso de la diferencia de edades que, para cualquier otra familia, habría constituido un obstáculo quizás infranqueable.

En realidad, Doña Eulalia Covarrubias estaba más que feliz; estaba entusiasmada, sobre todo cuando conoció la casa de los padres en Bosques de Echegaray, cuyo despliegue de lujos y grotescas extravagancias le hacían vislumbrar fugazmente el gran salto hacia el tan deseado estrato social al que siempre aspiró arribar y en el cual permanecer por siempre.

Por momentos, pero solo por momentos, Verónica sentía que su libertad se desvanecía entre las manos de aquel hombre audaz y astuto, que la envolvía en un halo de falsas promesas y lujos efímeros. En la anticipada encrucijada de su destino, Verónica se veía atrapada entre la pasión y la razón, entre el deseo de ser amada y el creciente anhelo de ser libre. Fue una batalla que perdió estrepitosamente.

La verdad es que Don Antonio Mariscal Velázquez, padre de Adriana, no estaba seguro de que aquella relación y aquel momento fueran las mejores opciones para su hija. Sin embargo, como era previsible y también costumbre, sucumbió a la imposición de su ambiciosa mujer, quien no dudaba ni un segundo de que aquella vinculación sería muy probablemente no solo la mejor vía, sino incluso la única oportunidad de alcanzar sus propios propósitos egoístas. El atenuante de Don Antonio para ser indulgente y ceder casi siempre a los caprichos y extravagancias de su mujer, era que no complacerla cuando gritaba desaforada, implicaba tener que soportar un estallido incesante por menos durante dos semanas.

Tal como lo decidieron Doña Eulalia y Fernando, la boda entre ambos se llevó a cabo el 14 de octubre. Los pormenores de la ceremonia y del festejo fueron exactamente iguales a los que se registraron 21 años después en el matrimonio de su hija Karina,

siendo similares absolutamente en todo. Por lo tanto, en consideración y por respeto a los eventuales lectores de esta novela, no se hace descripción alguna de los detalles de aquel evento, que transformó para siempre la vida de Verónica. Quizás vale la pena solo mencionar como dato curioso que los padrinos fueron un connotado político y su señora esposa, que ella no conocía ni volvió a ver nunca, mucho menos después de que el padrino fue objeto de un gran escándalo y encarcelado por enriquecimiento ilícito unos años después.

Con el matrimonio se inició también la cadena interminable de infidelidades y deslealtades, que seguramente superaban en desfachatez los engaños célebres que se habían registrado en al menos el siglo XX. Esto se debía básicamente a que Fernando carecía de principios, de escrúpulos y de clase, en lo más elemental. Sus acechanzas románticas y sus embrollos fueron tan burdos como frecuentes y los desenfrenos fueron tales que inusitadamente pronto, la institución conyugal se fue convirtiendo en una simple y vulgar indiferencia, rayando en el desdén.

Capítulo 5.- *La nueva familia*

"Cuando ya es suficiente, es tiempo de un cambio"

Owen Hart

Entre los “*negocitos*” que les habían generado jugosas ganancias a Fernando y a su padre, figuraba uno que Verónica consideraba cada vez más vergonzante, conforme más se adentraba en el conocimiento de su operación: los “*valet parkings*”. En este negocio tan solo tenían que concertar “*en lo oscuroito*” un acuerdo con el gerente o propietario del restaurante, mediante el cual recibirían la concesión y se obligarían a entregar una cierta cantidad mensual que no se registrara como ingreso formal del restaurante. En lo único que invertían era en la contratación de un hombre con rostro de malvado y fisonomía de sicario, quien visitaba las casas de los padres de los aspirantes a trabajar como acomodadores de autos. Su objetivo era obtener la firma de un documento en el que ellos mismos se harían directamente responsables de cualquier falta, daño o robo cometido por su hijo, comprometiéndose a pagar de inmediato al concesionario el importe que por tal motivo les fuera señalado. Además de quedar obligados a cubrir, por concepto de daños y perjuicios, el importe que tuvieran que erogar para hacer frente a una eventual demanda por incumplimiento presentada por su hijo ante las autoridades laborales, fiscales o de seguridad social. Quedaba claro para todos que el hijo no percibiría sueldo o salario alguno, ni las prestaciones de ley, y que su único ingreso provendría de las propinas que obtuviera. El temor a la violencia que pronosticaba aquel encomendado de apariencia amenazante, junto con la pobreza extrema prevaleciente en la ciudad, garantizaban a Fernando una barata y oportuna rotación elevada de personal.

Otro de los “*negocios*” favoritos de los Ibargüengoitia, también de naturaleza inconfesable, era el de los “*contactos estratégicos*”. Así los llamaban ambos, donde, sin el menor decoro, actuaban como enlaces e interlocutores entre funcionarios deshonestos a cargo de las adquisiciones públicas en las oficinas gubernamentales, por una parte, y

“hombres de negocios” ambiciosos, incapaces y rapaces, dispuestos a cubrir con toda oportunidad y discreción los porcentajes acordados del importe de los contratos de suministro o de obra que recibirían, los cuales cínicamente calificaban como *“comisiones de lealtad”*, realizando el depósito correspondiente en las cuentas confidenciales, o más bien secretas, que les indicaban los eslabones Ibargüengoitia. *“La estrategia es el contacto”*, presumían él y su padre, como pilar de su infausta reputación.

Uno más de los negocitos de *“Los Ibargüengoitia”* era el de actuar como interlocutores de propietarios de negocios similares en la concertación de lo que denominaron *“pactos de no agresión”*, que no eran otra cosa que acuerdos para eliminar la competencia entre ellos mismos. Se ponían de acuerdo en el importe máximo que estarían dispuestos a pagar a sus proveedores comunes y en los precios mínimos que aplicarían en sus respectivas ventas. Algo, por supuesto, prohibido por la ley. De esta manera, los propietarios no tenían siquiera que conocerse entre sí. De todo se hacían cargo *“Los Ibargüengoitia”*.

De ahí la gran conveniencia de disponer de una hermosa casa de veraneo en Cuernavaca, donde organizar placenteras fiestas que, en ocasiones, se convertían en verdaderos bacanales para complacer y afianzar los lazos afectivos con los *“hombres de negocios que se hacían llamar empresarios”* y, sobre todo, con los funcionarios públicos flexibles, no solo del Gobierno Federal, sino también de los gobiernos estatales e incluso de algunos de los más importantes municipios del país. Fernando y su padre, el patriarca del clan, eran un par de auténticos embaucadores, ni más ni menos. Todo esto lo fue descubriendo poco a poco Verónica, al mismo ritmo en que fueron desapareciendo el amor, la admiración y el respeto hacia Fernando, que, como irascible, corrupto, miserable y cínico, efectivamente no tenía parangón.

Fue así, en medio de la presuntuosa opulencia y la apariencia de éxito, que Verónica fue descubriendo la verdad con desilusión y sintiéndose como una flor que comienza a marchitarse en un jardín de espinas. La discutible belleza de la casa de Don Evaristo no podía ocultar la corrupción que se escondía tras sus muros. A pesar de su obligada asistencia a un sinnúmero de fiestas y reuniones, le embargaba un sentimiento de soledad. En su corazón, Verónica anidaba la tristeza de sentirse secuestrada por su esposo y su familia, y la incertidumbre de qué rumbo tomar ante tales circunstancias. Era

evidente que los inocentes placeres de ayer ya no tenían encanto alguno, sino resultados atroces. Fue entonces, durante esa primera etapa de su vida, que Verónica sintió que navegaba ya por mares inciertos, sin brújula y sin puerto de destino.

Capítulo 6.- *Una relación en picada*

"A veces se necesita una angustia que nos despierte y ayude a ver que valemos mucho más de lo que nos estamos conformando"

Mandy Hale

A medida que Verónica avanzaba en su vida matrimonial y cada vez que concluía la lectura de un buen libro, se iba decepcionando más de Fernando, a quien iba conociendo mejor en su verdadera esencia. En los primeros tres años, él decidió que no tendrían hijos, pues ello podría afectar sus planes de progreso y movilización social. La requería junto a él e insistía en que lo acompañara a fiestas, juntas y reuniones, donde recibía invariablemente la sugerencia de comportarse de forma muy agradable, complaciente e incluso un poco coqueta con todos aquellos hombres con los que Fernando podría eventualmente concertar algún tipo de negocio.

Como tenía prohibido siquiera pensar en trabajar, Verónica se sumergió en la lectura, sobre todo en aquellos libros que le sugería don Mario Vergara, el gran amigo y apoderado de su padre, un hombre de envidiable cultura. Gradualmente se fue transformando en una lectora voraz. En el silencio de la noche, se escapaba en las novelas y la poesía que resaltaban la pasión y el amor verdadero, tan ausentes en su vida matrimonial. Cada verso resonaba en su interior como un eco de sus propios deseos reprimidos, de su anhelo por una conexión profunda y auténtica que nunca había experimentado con Fernando. Poco a poco, Verónica se fue transformando en una mujer diferente que comenzó a cuestionar el sentido de su propia vida, una vida en la que cada vez menos la entendían en lo esencial y en la que le aburría y exasperaba más la omnipresencia de la intrascendencia.

Las sonrisas amables y las puertas abiertas solo por sus atractivos físicos y su posición económica, al igual que la galantería superficial y la lisonja frívola, ya no la satis-

facían del todo. El halago simplista, el mimo meloso y el piropo insípido, tan apreciados en algún entonces, gradualmente tendían a provocarle una sensación de sofocante y empalagoso desagrado. Así, mientras avanzaba su afición intelectual, se descubrió como particularmente romántica, con una misteriosa ascendencia de la luna y, últimamente, recapacitaba en que durante todos esos años, que ahora le parecían demasiados, había escondido tras una resistente urdimbre de risas, sonrisas y simulaciones su profundo e incontenible anhelo de vivir, de vivir intensamente, de volar absorta por nuevos confines de ensueño, de ejercer bruscamente su libertad y, de manera muy especial, de aventurarse a desafiar el amor con locura, sin programa, sin temores y sin freno. Al mismo tiempo que su frustración, su inconformidad y su indignación se acrecentaban, Verónica se fue convirtiendo, casi en secreto, en una mujer sensible, fascinadora y fascinante.

Conforme conocía a fondo el *modus operandi* de su marido, apareció su desprecio. Gradualmente se fue percatando de que la honestidad era una virtud que permanecía oculta en lo más recóndito de su conciencia y de la cual podía prescindir sin remordimiento alguno. Cinco años antes de la boda de Karina, ya todo entre ellos dos, estaba perdido. En algunas ocasiones, Verónica lo cuestionaba en su proceder con la única intención de confirmar qué tan enraizada estaba su falta de escrúpulos, su descomunal ambición, su desmedida rapacidad y su absoluta disposición a realizar lo que fuere, aun lo más bajo, con tal de poder ascender en la escala social. La indignación de Verónica iba en aumento y un día decidió no andarse más con rodeos, así que lo abordó y le reclamó: —¿No te parece, Fernando, que lo que haces con los jóvenes acomodadores en tu negocio de valet parking no solo es injusto, ilegal y explotador, sino también inhumano? Tú realmente no haces nada y te quedas con la totalidad del ingreso.

Sin el menor miramiento él replicó encrespado:

—Tú eres una idiota y una inútil. Tú no sabes absolutamente nada de negocios. ¿Quién crees que fue el que hizo la negociación, el que armó el tinglado, el que da la cara?

—Pero si tú nunca te paras por ahí, ni siquiera a recoger tus ganancias, que ahora simplemente las transfieren a tu cuenta.

Fernando clavó su mirada envenenada en los ojos dulces de Verónica y, con la irritación más furibunda, le gritó:

—¡Ya te dije que eres una idiota! Eso es posible porque tengo la suficiente inteligencia para manejar todo a través de mi WhatsApp. Además, tú no eres quién para inmiscuirte o interponerte en mis negocios, que gracias a ellos tú vives como vives.

Para él, la directriz más importante era la simulación: parecer ser inteligente, aunque en el fondo fuera un imbécil; parecer ser mucho más rico de lo que en realidad era; parecer ser culto, aunque jamás hubiese leído un libro o asistido a un concierto; parecer ser valioso, aunque carecía de los valores más elementales; parecer ser feliz, aun cuando de ninguna manera lo era; parecer ser todo, aunque no fuera nada.

—Oye, Fernando, —le comentó en otra ocasión— ¿no te parece peligroso el que actúes como un enlace en lo oscuro entre los funcionarios deshonestos que compran lo que no deben y los supuestos hombres de negocios voraces que venden lo que no vale? —y en un tono irónico agregó —Eso está penado por la ley, ¿no es así? Creo que se llama “*corrupción*”.

Temblaba de rabia y también de asombro frente a la segunda ocasión en que Verónica lo cuestionaba. Fue manifiesto que tal desafío despertó una más de las fieras que dormitaban en su interior y aumentó sensiblemente sus suspicacias.

—Ya te he dicho que no tienes mi autorización para inmiscuirte en mi trabajo. Tú no entiendes nada, absolutamente nada. Te ordeno que te olvides por completo de mis negocios.

El portazo se escuchó muy probablemente a varias millas a la redonda, mientras ella reconocía que no restaba ni el mínimo vestigio de la relación de aquel funesto inicio. Ahora estaba cierta de que la mentira y la traición encuentran siempre cobijo en el alma de un canalla.

Era evidente que las dificultades no se habían allanado y que no lo harían jamás. Era también incuestionable que todo o casi todo había volado por los aires.

El descontento y la frustración de Verónica crecían exponencialmente; sin embargo, se limitaba a esperar que la fatalidad le trajera una nueva oportunidad, como si estas llegaran con la tarde. Otro cambio que se iba acentuando era que cada vez más se estrechaba el aprecio y la interacción con su padre, en tanto que muy poco tenía algo que conversar con su madre, hasta que llegó el grado en que la comunicación entre am-

bas era prácticamente inexistente. Llegó a pensar que su madre era incapaz de suscitar cariño, a la par que descubría los grandes valores de su progenitor.

Capítulo 7.- *El plan de don Antonio*

“Nunca es demasiado tarde para convertirte en quien quieres ser”

F. Scott Fitzgerald

El padre de Verónica se fue percatando gradualmente de que su matrimonio no iba por buen camino y se sintió cada vez más culpable. En realidad, nunca estuvo muy seguro de que la relación fuera a funcionar y se reprochaba de manera creciente haber permitido que se impusiera la voluntad egoísta de su esposa. El gran error que él vislumbraba desde un principio no se derivaba solo de la convicción de que Verónica era todavía demasiado joven para casarse, que sin duda lo era, sino de que Fernando no era de ninguna manera el hombre indicado. Siempre desconfió de él y esa desconfianza se fue acrecentando conforme avanzaban los años; lo llegó a conocer mejor y se convenció de que no era un hombre honesto y que su hija no era para nada feliz. Esta culpa se convirtió en una carga cada vez más pesada, al mismo ritmo que su carácter se volvía huraño y amargado. Don Antonio Mariscal Velázquez, que dudaba de la verosimilitud de los sentimientos de su yerno, presentía que en algún momento ellos habrían de separarse, lo que le provocaba una sensación más que de agrado. Después vinieron los nietos y aquel vago presentimiento de esperanza se fue desvaneciendo, haciéndose cada vez más lejano, aunque no desapareció del todo, ya que tenía la impresión, cada vez más clara, de que su hija cambiaba con el tiempo y de que la Verónica de los cuarenta se arrepentía y se avergonzaba cada vez más de la Verónica de los treinta e incluso de los veinte. Lo que resultaba un verdadero tormento para Don Antonio era el tener que reconocer que cuando decidió abandonar esa actitud medrosa y cobarde ya era demasiado tarde.

Don Antonio Mariscal no sabía bien qué hacer para compensar su terrible estupidez y su conducta pusilánime, que consideraba como las causas de fondo de la infelicidad de su adorada hija. No obstante, tomó una decisión importante con la intención de reparar,

en algo, aquella traición de padre complaciente. Ya no le informó a su ambiciosa cónyuge del importe de sus ingresos laborales ni de las diversas promociones de que fue objeto, que solían venir acompañadas de significativos aumentos de sueldo. Impuso la estricta austeridad como norma de conducta familiar, lo que nunca fue sencillo, pero él estaba absolutamente decidido a formar un patrimonio secreto que, en su oportunidad, habría de facilitar a su hija su separación y la conquista de su anhelada libertad. Su mejor amigo, Mario Vergara, experto financiero, fue el único que estaba al tanto de su plan para el rescate de su hija y se convirtió en el consejero cómplice de sus inversiones secretas.

Todo iba viento en popa; el plan se consolidaba de acuerdo con lo planeado. Paradójicamente, Don Antonio se entusiasmaba cuando los escuchaba discutir. Cuanto más se preocupaba su esposa, más alegre en el fondo él se ponía, pensando que el arribo a la isla de la libertad se estaba aproximando. Pero llegaron las complicaciones de la diabetes, que avanzaban a un ritmo preocupante. Si bien en su seguro de vida figuraba Verónica como única beneficiaria, le inquietaba pensar que Fernando pudiera recurrir a alguna artimaña para despojarla. En realidad, él lo sabía muy bien: Fernando era un experto en todo tipo de triquiñuelas. Las malas señales aumentaban y, a la par, las preocupaciones de Doña Eulalia, que insistía, cada vez más, en conocer los términos del seguro de vida. Evidentemente, quería cerciorarse de que era ella la única beneficiaria.

No fue necesario que se continuara inquietando con la actitud egoísta de su mujer, porque, en un acto de imprudencia y con una intención de venganza, ella decidió morirse de un ataque fulminante e inesperado al corazón, justo el día en que Don Antonio cumplió los setenta y tres años.

—Ha sido un hecho muy triste para mí —confesó Don Antonio a su mejor amigo— Como quiera que fuera, fue mi compañera de casi toda la vida, aunque debo aceptar que ese delirio de grandeza fue creciendo y abrumándome últimamente a un grado tal que a veces he llegado a pensar que su muerte fue casi como un regalo de cumpleaños.

El fallecimiento de su madre por supuesto que provocó un fuerte pesar en Verónica, que desde luego la quería, aunque nunca con la intensidad con que adoraba a su padre, a quien consideraba su amigo y su cómplice. Lo que sucedía era que su madre nunca se había ganado ese lugar especial, que muchas madres consideran que les pertenece por el simple hecho de ser madres y haber parido. Doña Eulalia Benavidez, co-

mo muchas madres mexicanas, se pasaba la vida afirmando que todo lo que hacía era por su único deseo en la vida: el de hacer felices a sus hijos, cuando en el fondo lo que siempre había pretendido era que sus hijos la hicieran feliz a ella. Una vez que le faltó, por supuesto que Verónica la extrañaba, pero en honor a la verdad, la extrañaba con la misma frecuencia con la que la veía, es decir: poco.

En paralelo, la salud de don Antonio continuaba deteriorándose y, ante su determinación de querer conocer la verdad, por cruda que fuera, su médico no tuvo más remedio que pronosticarle un año más de vida. “*Quizás un poco más*”, le destacó una tarde más que nublada de otoño. Una vez conocido el funesto anuncio, don Antonio decidió hablar con el presidente de la compañía donde trabajaba, con quien a lo largo de cuarenta años había establecido una gran amistad.

—Dentro de un año, después de cumplir los 75, iba a solicitarte finalmente mi jubilación, pero ya no me queda tiempo, estimado José Alberto, y la eventual pensión ya no le servirá a nadie —le comentó a su jefe y, de paso, le compartió el diagnóstico de su médico.

—Me resultaría mucho mejor que aceptaras liquidarme ahora. Mi única ilusión es heredarle una buena cantidad a mi hija que está pronta a divorciarse. De todas maneras, creo que tendrías que correrme porque yo, en estas circunstancias, ya no sirvo para el trabajo.

Con sincero pesar, su jefe y amigo accedió a su petición y negoció con particular ahínco una muy buena liquidación con el consejo de administración de la compañía. De esta manera, cuatro millones de pesos más se agregaron a los doce que había logrado acumular con los ahorros e inversiones que había obtenido gracias al consejo inteligente de su asesor financiero.

Don Antonio se reunió con su amigo Mario Vergara y con David Garibay, un notario, buen amigo de ambos, y conjuntamente redactaron su testamento. Acordaron la creación de un fideicomiso donde depositarían los recursos ahorrados e invertidos, así como el importe de la liquidación y, en su momento, del seguro de vida, que ahora tenía como beneficiario único al propio fideicomiso. La manera en que lograron ahuyentar el riesgo de que el marido de su hija, buscara apoderarse de los recursos fue instruyendo a la institución fiduciaria para que, de los recursos fideicomitidos e invertidos de

acuerdo con las indicaciones del asesor financiero, se aportara una cantidad trimestral a la fideicomisaria, es decir, a su hija Verónica; en la inteligencia de que, al presentarse la muerte del fideicomitente, o sea el padre, se haría la entrega del total de los recursos fideicomitados a Verónica, tan pronto se formalizara legalmente su anhelado divorcio.

Don Antonio Mariscal se sentía abatido, pero a la vez ilusionado. Estaba cierto de que continuaría viviendo dentro de su hija y presagiaba que lo haría durante la feliz segunda etapa de su vida, que estaba pronta a comenzar, como lo estaba su propia muerte.

Capítulo 8.- *Los viajes hacia dos polos*

"El pasado no se puede cambiar. El futuro está en tu poder"

Mary Pickford

Verónica aceptó visitar Las Vegas únicamente en cuatro ocasiones durante su vida de casada, acompañando a Fernando y sus amigos. La primera vez lo hizo por curiosidad, la segunda por no discutir más y las dos últimas por franca imposición. Por fortuna para ella solo fueron cuatro veces y no las dieciocho visitas que durante el mismo lapso Fernando realizó a esa ciudad que ella detestaba cada vez más, conforme avanzaba, gracias a los libros, su gran deseo de conocer Europa. Solo cuatro viajes y los cuatro fueron exactamente análogos, acompañados de los dos mejores amigos de Fernando: Ricky Albarrán, un personaje haragán, despectivo y vanidoso, cuya verdadera ocupación profesional era ser hijo de su padre rico, y Mauricio de la Macorra, un tipo detestable, envanecido y presumido, además, por supuesto, de sus insoportables cónyuges: la Priscila Oseguera y la Stephanie Lanz-Duret.

El mismo hotel presuntuoso y grotesco, el *Caesars Palace*, la misma comida desabrida, la conversación trivial de siempre, hablando de cosas y de personas y jamás de ideas, y una vez más aquella intolerable rutina: ellos enloquecidos jugando al *póker*, el *blackjack*, a la *ruleta* y el *bacarà* de las 11:00 A.M. hasta las 10:00 P.M. y luego extraviados en los "table dance" de 11:00 P.M a las 2:00 A.M., para continuar jugando de las 3:00 A.M. a las 6:00 A.M. Ellas sumergidas con miradas de robot en las máquinas tragamonedas de las 10:00 A.M. a las 12.00 P.M., con un día libre para ir de compras con un límite excepcional en las tarjetas de crédito. Las esposas de los amigos competían por ver quien era más tonta, más anodina y más intrascendente. Es decir, todo absolutamente aterrador y cada vez más insoportable para Verónica, que se pasaba los tres días obligatorios entre la alberca, el restaurante y su cuarto, leyendo.

Solo en una ocasión viajaron a Europa, gracias a la presión que Verónica ejerció durante varios años. Fernando condicionó su aceptación final a que fueran

acompañados por los amigos de siempre, quienes no consideraban atractiva la propuesta. Así que ella se concentró en disuadir a Priscila y Stephanie, las superficiales parejas, utilizando diversos argumentos como: *“Qué bárbaras, somos las únicas en el club que no hemos visitado Europa...”* *“Van a pensar todos que no queremos gastar... Se trata de los centros mundiales de la moda y la perfumería...”* *“Con lo elegantes que son los ingleses, lo interesantes que son los franceses, lo seductores que son los Italianos y lo divertidos que son los españoles...”* *“La chocante de la Yayis Ruvalcaba ya ha ido tres veces a París...”* *“¿Te imaginas, qué fotos tan lindas podríamos tomar? ¿No se les antoja jugar en los famosos casinos de Monte Carlo?”* Verónica las torturó con particular tenacidad hasta que finalmente logró vencer su habitual indolencia y convertirlas en sus aliadas. Se comprometieron a hacer todo lo posible para convencer a sus cónyuges. Fernando tuvo que ceder, pero puso como segunda condición que fueran únicamente a dos ciudades, pues solo disponía de diez días, aunque en realidad lo hacía porque tenía terror de que Europa fuera tan cara como le habían asegurado algunos de sus amigos. Aquí se impuso Verónica y persuadió a todos de que esas dos ciudades fueran Londres y Milano. Saldrían en cuatro meses y Verónica decidió concentrarse mientras tanto en clases privadas diarias de italiano e inglés, pasándose todas las tardes leyendo sobre aquellas ciudades mágicas, plenas de fantasía. No informó a Fernando y tampoco a sus compañeros de viaje de aquella preparación secreta.

Teniendo en cuenta que Verónica ya hablaba un inglés muy aceptable, pero bastante norteamericano, su nuevo profesor Lorence Wilcot, egresado de la Universidad de Oxford, le sugirió que destinara esos cuatro meses a profundizar en los secretos de la entonación británica y, sobre todo, inglesa, ya que de la dicción y entonación correctas dependía precisamente la posibilidad de comunicarse con fluidez en ese país.

En su última lección, el profesor Wilcot le recomendó que hiciera lo posible por asistir al *Theatre Royal en Haymarket* para ver la obra *“The Accused”* del excepcional escritor inglés *Jeffrey Archer*, que estaría en cartelera justo los días en que visitarían esa ciudad. A Verónica le entusiasmó la idea y vía Internet inmediatamente hizo la reserva para dos personas en el tercer día que habían programado permanecer en la capital del Reino Unido.

Un viernes, a las 10:20 de la mañana, aterrizaron en Londres y se dirigieron en un

taxi típico inglés, que a Verónica le fascinó, al pequeño hotel en el que ella había reservado tres habitaciones: el *JW Marriot*, cercano a *Hyde Park* y *Grosvenor Square*.

Conforme se aproximaron al centro de la ciudad, los seis se fueron quedando atónitos ante la magnificencia y elegancia de Londres. La sonrisa de Verónica era tan expresiva y elocuente como lo era el rostro serio de sorpresa y preocupación de los otros cinco. El complejo de inferioridad comenzó a manifestarse. Ya instalados en el hotel y decididos a salir a conocer la ciudad, Ricky fue el primero en bajar, y Mauricio no tardó mucho más. Con la erudita elocuencia que caracteriza a los aprendices de “fifis” mexicanos, le expresó uno al otro:

—¡Hay qué relojito, cabrón! —y el otro le respondió:

—Este es un reloj, güey, no la mierda que traes ahí.

—No cabe duda de que eres un postinero, Mauricio —le manifestó Verónica y se dio media vuelta. Él la observó perplejo y tuvo que recurrir a Google para preguntarle el significado real de aquella palabra, después de lo cual volteó a verla y simplemente murmuró:

—Es una idiota.

Tuvieron que esperar casi tres horas a que Priscila y Stephanie se cambiaran y, sobre todo, a que se maquillaran. Verónica, que en realidad estuvo lista en quince minutos, comenzó a desesperarse y fue a conversar mientras tanto con el *Concierge*, pidiéndole que les recomendara un buen restaurante para comer esa tarde. La sugerencia fue el restaurante *The Wolseley en Mayfair*. Ella le pidió que hiciera para ellos una reservación para seis a las 2:00 de la tarde y le preguntó si era una distancia razonable para ir caminando, la respuesta fue afirmativa. Entre 20 o 30 minutos, señaló el Concierge.

Tuvo tiempo todavía de platicar con uno de los “botones” de origen español notablemente simpático, quien le dio varios “*tips*” para entender y pasarla mejor en Londres, entre los cuales el más peculiar y curioso fue el siguiente:

—Mire, dado que es mexicana, debo advertirle qué si usted nota que los ingleses no voltean a verla, no significa que no aprecien su belleza, lo que pasa es que los ingleses son extremadamente cuidadosos y respetuosos de la privacidad. Yo sé bien que las mexicanas están habituadas a ser muy vistas en la calle y en los restaurantes, e incluso

a recibir piropos y muestras de reconocimiento a su hermosura, y que les incomoda sentirse desapercibidas, pero es que los ingleses son así. Ellos pueden verla a usted de lejos y pensar que es encantadora, pero conforme se van acercando desvían su mirada hacia otro rumbo por temor a ofenderla o a que se sienta usted acosada. Una vez que ya los presentaron, entonces sí no le quitan la mirada de encima.

Finalmente hicieron su aparición las princesas mexicanas, con unos atuendos despampanantes y un exceso evidente de maquillaje. Nadie podría reprocharles no haberse esmerado en el arreglo. Priscila con unos pantalones blancos muy ajustados que oprimían severamente sus llamativas caderas, quizás un poco excedidas, y una blusa escotada en rojo chillante que permitía apreciar el efecto voluminoso y ostensible de su reciente intervención en el “*Secret Plastic Surgery Center*” de Miami, y Stephanie con un vestido extremadamente corto floreado amarillo y verde, tan corto que provocó la protesta de Ricky Albarrán, su marido, quien sugirió que debiera cambiarse.

—No seas ridículo, Ricky, estás en el país que inventó la minifalda.

—Creo que ya no tenemos mucho tiempo —aclaró Verónica— apenas el justo para recorrer dos de las principales vías de la ciudad: *Oxford* y *Picadilly*, para después llegar caminando al *Wolseley*, donde me permití hacer reservación para comer.

Dejaron el hotel y salieron a la conquista de Londres, ellas como dos toreros en el paseíllo de una tarde de toros, decididas a representar su comedia, ellos como dos toros deslumbrados y desconcertados al salir a la plaza. Verónica decidió guardarse para sí el secretillo que le compartió su amigo el botones y se dedicó a observarlas. Mientras ella se maravillaba con los edificios y los monumentos y ellos clavaban sus ojos en los aparadores, checando los productos unas y, sobre todo, los precios, otros.

Las dos coquetas, esforzándose por adoptar una actitud teatral, buscaban afanosamente atraer la mirada de los impávidos ingleses, que simplemente se limitaban a ignorarlas, a pesar de su exuberancia, justo como si no existieran. Las bellas frustradas se secreteaban entre sí y esporádicamente lanzaban unas carcajadas estridentes, con el evidente propósito de llamar la atención; pero nada, los flemáticos ingleses no se inmutaban e insistían en desdeñar esas caderas seductoras y esas piernas supuestamente irresistibles y desbordantes de sensualidad. Ni un solo “canalla inglés” volteó a verlas ni por un breve instante. Entraron finalmente al restaurante, como si iniciaran un desfile

de modas y ¿oh maldición? Ni siquiera los meseros se percataron de su llegada triunfal, mientras Verónica se oprimía la boca para no estallar en carcajadas. Comieron bastante bien, considerando que se trataba de cocina inglesa, aunque los tres supuestos “despilfarradores” no dejaban de quejarse de los precios exorbitantes.

—Pues mira, güey, yo prefiero comprarme una camisa y comer en McDonald’s —asintió Rocky sonriendo. Lo cual era absolutamente cierto, pues de los cuatro días que permanecieron en Londres, comieron en tres ocasiones sus generosas “*Big-Mac*”, con excepción de Verónica, que las tres veces se declaró inapetente.

—Regreso por ustedes en una hora y media, —solía decirles.

El segundo día, durante el desayuno que hicieron en el hotel, Mauricio llegó entusiasmado y les comentó:

—Les traigo una super noticia. Averigüé que en Londres hay 18 casinos, casi 10 de ellos por aquí en lo que llaman Central London. Todos lo festejaron, con una sola excepción. Ricky pegó un salto y exclamó:

—¡No mames, güey!, qué chingón te viste.

—¿Y tienen maquinitas? —preguntó Priscila preocupada.

—Por supuesto —replicaron los cuatro.

—No serían casinos realmente si no las tuvieran —agregó Fernando.

A partir de ese entonces Verónica, para su sincero regocijo, no tuvo otro remedio que realizar sola las visitas obligadas en la capital de Inglaterra: *Big Ben, Parlamento, Abadía de Westminster, Palacio de Buckingham, Catedral de St. Paul’s, Trafalgar Square* y, por supuesto, un paseo por el *Támesis*. Todo para ella sola.

Esa misma tarde disfrutó Verónica de una grata experiencia culinaria. Lo que hizo fue tomar uno de esos elegantes taxis londinenses y decirle al chofer:

—Por favor, lléveme a un muy buen restaurante donde la única forastera sea yo.

—¿No importa que sea caro? —preguntó el chofer.

—No, no importa —respondió Verónica con seguridad y sincera satisfacción. Conoció así el *Petersham* en una colina de *Richmond* a orillas del Támesis, un selecto restaurante, con piezas exclusivas de arte contemporáneo y cristal de Murano, integrado a un hotel exclusivo en una hermosísima construcción victoriana. Esa tarde se deleitó de entrada con unos succulentos camarones (*Potted shrimps, grilled sourdough*) que acom-

pañó con un pato a la naranja soberbio (*Creedy Carver Duck, Spiced Pumpkin, Orange*) y dos copas de Chablis, culminando con un postre exquisito y delicado (*Caramel Mille Folie*).

A su regreso al hotel, ante las preguntas de ¿dónde fuiste? ¿qué comiste? Rechazó la posibilidad de compartir su apasionante aventura londinense, sobre todo, después de aquel comentario elocuente de Priscila, que le pareció un imperdonable signo de trivialidad:

“El gorro de los guardias de la reina se me hizo muy chistoso”

Aunque la verdad sea dicha, no les sorprendió mucho, pues Priscila divagaba en el disparate con particular frecuencia.

Durante el desayuno del tercer día, Verónica le recordó a Fernando que esa noche tenían reservaciones para ir al teatro a ver la obra de Jeffry Archer, a lo que respondió:

—No..no, mi amor, esta noche no. Hemos programado ir a conocer el *Grosvenor Casino* nos dijeron que es excepcional. Mejor cambia los boletos para mañana.

—Eso es imposible —replicó Verónica— las entradas están agotadas. Hice la reservación desde México y te avisé oportunamente.

—No exageres, Vero, se trata de una simple función de teatro... y luego en el inglés de estos estirados —Sentía cierta animadversión hacia los ingleses, pues tenía la sensación injustificada de que lo rechazaban con ofensivo menosprecio.

Convencida de que tropezaba contra un muro de insensatez y con la intención oculta de no querer disuadirlo, Verónica se limitó a decir:

—Olvidalo, iré sola

—Oye compadre, —sugirió Ricky —yo no la dejaría andar tantas veces sola por Londres, en una de esas se encuentra alguno mejor que tú.

—Hay Ricky de esos hay muchísimos en México, no tendría que venir a buscarlos a Londres, —comentó Verónica— Además, aunque no lo creas, yo sí me mando solita. Yo no pido permiso, como otras.

Se levantó y se despidió decidida a continuar su exploración de la ciudad, cuando escuchó a Fernando decir con una mirada de reproche:

—Pues entonces revende mi boleto, a lo mejor hasta hacemos negocio.

»Una muestra más de su mezquindad« pensó Verónica y no le hizo comentario

alguno. Se fue a su exploración cultural matutina, en tanto los cinco jugadores fueron con premura a esconderse, con expresión de enloquecidos, en frenéticas apuestas, ilusionados con desafiar a la suerte una vez más.

Se encontraron nuevamente a las 2:00 de la tarde en el segundo y último restaurante decente en que comieron los seis juntos en Europa, el *Savoy Grill*, donde se deleitaron con el famoso *Roast Beef*. Habían transcurrido tres días y a pesar de las interminables exhibiciones de Priscila y Stephanie en que lucían su vestimenta más llamativa e impactante, tuvieron que rendirse ante la indiferencia hiriente de los ingleses, no sin antes condenarlos con una expresión fulminante de Priscila:

—¡Lo que pasa es que todos los ingleses están muertos!

—Y lo que sucede es que no se han dado cuenta de que están muertos porque nadie se los ha dicho —agregó Stephanie. Y las dos soltaron una carcajada estrepitosa que provocó que todos los presentes voltearan finalmente a verlas, e incluso los ocupantes de una mesa contigua se levantaran pidiendo al “*Maître*” ser reubicados lo más lejano posible de las escandalosas comensales, mientras Verónica se disculpaba para huir al tocador.

Ricky, que se había desparramado en la silla, y a su regreso con un tono burlón le inquirió desairadamente a Verónica:

—Así que te vas al teatro, Vero, ¿al teatro inglés? ¡Putá! Qué güeva.

Verónica miró para sus adentros y simplemente se limitó a soslayar el comentario e ignorarlo, como si él no existiera. Sabía bien que la frialdad es la mejor respuesta a las sandeces. En esta ocasión los cuatro acompañantes de piedra de Verónica comieron mucho mejor que la primera vez. El célebre *RoastBeef* estuvo verdaderamente exquisito e incluso un poco más accesible en cuanto al precio. Por cierto, se presentó una vez más un detalle chusco que le hizo recordar a su profesor de inglés en México. Priscila pidió un vaso de agua al mesero inglés, pronunciando con todo cuidado su pregunta, a la que el camarero respondió:

—Perdón. ¿Cómo dice? Priscila se puso furiosa y comentó a los demás:

—¡Carajo! Estoy harta de estos ingleses pedantes. Le estoy ordenando con absoluta claridad que me sirva un vaso de agua. ¿Por qué siempre me hacen repetir? Eso nunca me acontece en Estados Unidos. Verónica casi lanzó una risotada, pero prefirió

pedirle al mesero que le trajera a la señora ese vaso de agua, con la correcta entonación del inglés británico; y lo que puso más furiosa a Priscila fue la respuesta del mesero:

—Ah...claro, con mucho gusto. Ahora se lo traigo.

Esa noche, Verónica se vistió elegante y se dispuso a llegar puntual al *Haymarket Theatre*.

¡Demonios!, se dijo, yo no me voy a vender el boleto de entrada, mejor lo regalaré». Se aproximó a la taquilla justo cuando un hombre maduro de cabello blanco y con un traje gris oscuro perfectamente bien cortado, se retiraba de la misma decepcionado por no encontrar una localidad disponible. Era una de esas impresiones que suscitan presagios. Verónica se acercó y le preguntó:

—¿Quería usted un boleto?

—Efectivamente, —le respondió aquel hombre— me lo imaginaba, fui un iluso, es una gran obra y las localidades están obviamente agotadas.

—Permítame obsequiarle una entrada que me sobra. —Aquel hombre mostró una expresión de agradable sorpresa y preguntó:

—¿En verdad?

—Claro, yo tengo dos entradas y requiero solo una.

—Al menos permítame cubrirle el precio respectivo.

—Por supuesto que no, —rechazó ella, tomándolo del brazo y agregando:

—Debemos apurarnos o llegaremos tarde.

—Mi nombre es Walter O'Connor, —indicó aquel hombre con más de 80 años, mientras entraban al teatro apresuradamente.

—Yo me llamo Verónica Mariscal, —comentó ella, con una encantadora sonrisa.

Ya instalados y poco antes de que iniciara la obra, él le lanzó una muy agradable mirada diciendo:

—Es un verdadero placer y un privilegio conocerla. No sabe que tan importante era para mi ver esta obra. No había podido venir a Londres y la obra la retiran en tres días. Debo compartirte que Jeffrey Archer, el autor, es un gran amigo mío, fuimos muy buenos compañeros en la Universidad de Cambridge y colegas en el Parlamento. Él mismo, muy amablemente, me envió en su oportunidad dos entradas para el estreno y

yo no pude venir. Tampoco he tenido el tiempo para leer la versión escrita. No tengo disculpa. Ahora, gracias a usted, le podré llamar para encontrarnos y darle mi opinión sobre su creación.

—En ese preciso instante se apagaron las luces y dio comienzo la obra. Así se inició la más fascinante aventura teatral que Verónica había presenciado en toda su vida. La obra se escenificaba en el *Central Criminal Court*, conocido como *Old Bailey*, el tribunal penal central de Inglaterra, donde tenía lugar el juicio del Dr. Sherwood, acusado de asesinar a su esposa. La obra presentaba una estructura que alternaba entre diferentes puntos de vista, lo que permitía a los asistentes obtener múltiples perspectivas sobre los personajes y sus motivaciones. El interrogatorio de los diversos testigos fue un proceso realmente extraordinario. El trabajo del acusador y del defensor resultó impecable y magistral, con la consecuencia de que cada vez era más difícil llegar a una conclusión. La incertidumbre se acrecentaba conforme avanzaba la obra y se acentuó aún más cuando los dos abogados presentaron su intervención conclusiva.

Al concluir la primera parte, una voz invitó a los asistentes a desempeñar el papel de jurado y los instó a retirarse a deliberar al anfiteatro. Sin duda, se trataba de una pieza de teatro inteligente, entretenida y absorbente, que planteaba dilemas éticos sobre la verdad, pero también sobre la interpretación de los hechos, así que de inmediato se generó un debate interesante. Supuestamente al concluir el interludio y dar comienzo la segunda parte, el público debería emitir el veredicto de culpable o inocente.

Todos salieron rumbo a los bares del teatro y activaron una discusión que se tornó cada vez más acalorada, con una copa de vino o de champagne o un vaso de whisky en la mano. Walter O'Connor se inclinaba a pensar que el acusado era culpable, mientras Verónica creía que era inocente. Ambos, al igual que todos los asistentes, confrontaron sus conclusiones esperando que la segunda parte les permitiera conocer quién de los dos tenía razón. Al regresar a la sala, escucharon la misma voz que les pidió que levantaran la mano todos aquellos que consideraban culpable al acusado. Aproximadamente la mitad lo confirmó.

—Ahora indíquenos, *¿quiénes de ustedes lo consideran inocente?*— y obviamente, la otra mitad hizo lo propio.

—*¡Reanudamos!*, anunció la voz, y todos se prepararon para escuchar el vere-

dicto. Sin embargo, la segunda parte no continuó como esperábamos todos, sino que la trama de la obra se inició en retrospectiva, representándose lo que en realidad aconteció. Todos fueron sorprendidos porque el acusado sí era culpable, pero no del todo, y bien pudo haber sido aceptado como inocente por aquellos que lo habían condenado y viceversa. Todo era una cuestión de apreciación.

Lo impresionante es que no se presentó en la segunda parte ninguna incongruencia con lo sucedido en la primera, pero tampoco se anunció veredicto alguno. La decisión del jurado quedaba al albedrío de cada uno, y la obra seguramente se continuaría discutiendo por un largo período.

—*¡Genial!* —Un gran aplauso estruendoso, fue la verdadera conclusión de todos los asistentes. Verónica estaba profundamente conmovida. Era una vivencia intelectual absolutamente excepcional.

Salió encantada del teatro tomando el brazo de don Walter O'Connor, cuando se aproximó a ellos un hombre muy distinguido, que los recibió con una expresión de agradable sorpresa:

—Sir Walter O'Connor, ¡qué placer verlo! ¿Cómo está usted? Es un privilegio encontrarlo. ¿Qué le ha parecido la obra de nuestro amigo?

—Hola amigo. La pieza me encantó, sorpresiva y genial como es todo lo que hace Jeffry. Como muchas de sus obras, entrelaza en forma magistral elementos de drama, suspenso y una exploración de las dinámicas humanas en situaciones complejas.

Verónica se quedó estupefacta al escuchar el prefijo "Sir". Ella había leído que era un título que solo otorgaba personalmente la Reina de Inglaterra. En el trayecto hacia la salida dos personas más se inclinaron respetuosamente para saludarlo.

Ya en la calle, Verónica le preguntó.

—Querido amigo, ¿lo de "Sir" significa lo que estoy pensando?

—Sí Verónica, pero no te impresiones demasiado. En estos tiempos, es un título que la Reina confiere casi a cualquier persona. Sabes ¿por qué no me acompañas a cenar?, había yo hecho reservación en un espléndido restaurante hindú-pakistaní llamado "*Shezan*". Tiene una cocina excelente y no está muy retirado, en Knightsbridge.

Verónica estaba decidida a no quedarse en el preludio de aquella sugestiva aventura, así que aceptó entusiasta:

—Será más que un placer, será un honor. Jamás he cenado con un *Sir*, ni siquiera he conocido a uno.

Se acercó el chofer y les informó:

—Su auto está listo, Sir Walter.

La más rica, estimulante e interesante conversación que había sostenido en toda su vida se inició en el trayecto del automóvil y continuó en aquel espléndido restaurante lujosamente decorado con arcos tradicionales y pinturas mogoles, y rodeado de un ambiente exótico iluminado por la luz parpadeante de las velas. Se trataba del restaurante de cocina hindú-pakistaní favorito de la realeza a lo largo de los últimos cuarenta años. Un lugar verdaderamente fascinante y misterioso

Verónica ordenó el *Murgh Makhani*, que consistía en cubos de pechuga de pollo marinados y asados en el tandoor, luego cocidos a fuego lento en una salsa suave a base de tomate, cebolla, ajo, hierbas aromáticas y mantequilla. En tanto que Sir Walter optó por el *Masala Machi*, filete fresco y deshuesado de pezca del Nilo, platillo pakistaní cocido también a fuego lento en una salsa masala hecha con sutiles especias, un toque de ajo y jengibre frescos, tomates rojos, semillas de mostaza, hojas de curry y hierbas frescas, ambos exquisitos y acompañados del *Pulao Arasta Dehlvi*, es decir arroz basmati cocinado en un rico caldo (vegetariano), aromatizado con cardamomo, clavo, canela, comino y adornado con cebollas moradas crujientes.

Sir Walter, todo un “connoisseur”, solicitó una botella de vino tinto francés, *Chateau Hossana, Pomerol 14*, para acompañar aquellos platillos inolvidables

Verónica le hizo una pregunta que, sin duda, enriqueció la magia de aquella noche:

—A mí la obra me pareció extraordinaria, Sir Walter, sin embargo, es evidente que yo soy apenas una amateur, ¿le podría preguntar qué le planteará usted a Jeffrey Archer cuando le comente personalmente su opinión sobre la obra?

—Pues comenzaré aceptando que la obra presenta una estructura admirable e ingeniosa, pero también le señalaré que la prosa la sentí en ocasiones superficial, dependiendo en exceso de la trama, en lugar de desarrollar una prosa más literaria y más rica, como yo sé que él es capaz. Agregaré que algunos personajes tienden a caer en estereotipos, lo que resta autenticidad a la historia, aún más, ciertos patrones de comportamiento y arquetipos se me antojan predecibles y no tanto innovadores. Final-

mente opinaré que a pesar de una narrativa emocionante y con giros inesperados, la obra me parece falta de profundidad emocional en ciertos pasajes.

Verónica estaba sorprendida y absolutamente segura de que lo que le había dicho Sir Walter era exactamente lo que le iba a decir a Jeffrey Archer en su próximo encuentro. También estaba un poquitillo desanimada porque ella pensaba que era una obra perfecta.

La conversación continuó más que interesante. Ella logró que su nuevo amigo aceptara contarle algunos pasajes relevantes de su vida en Inglaterra y también en la India legendaria, y respondió con amabilidad y cierta condescendencia al bombardeo de preguntas a que lo sometió Verónica, con un sincero interés. Conversaron sobre diversos temas, a cuál más apasionante. Se rieron como pocas veces, contentos de hacerlo. En algún momento él insistió en conocer detalles de la vida de Verónica, y sobre todo le pidió que le indicara qué tan feliz e infeliz se sentía últimamente. Verónica le narró todo lo que consideraba relevante y digno de contarse de su vida en veinte minutos y al concluir, se percató con cierta tristeza de que lo relevante y digno de contarse de su vida era realmente muy poco. Su vida completa no tenía casi nada de relevante. En ese instante Verónica se disculpó para ir al tocador, inventando la intención de retocar sus labios, cuando lo que verdaderamente quería hacer era mirarse con severidad a esos ojos, aún juveniles, intensos y melancólicos, y preguntarse.

—*¿Qué has hecho con tus años? ¿Has vivido o no has vivido?*

Regresó a la mesa y, al reanudar la conversación, sir Walter le comentó:

—Verónica, tal parece que apenas abandonando la adolescencia te indujeron a convertirte en mujer, brincándote la etapa de la juventud. Ahora que tus únicas responsabilidades directas ya concluyeron al decidir tu hijo navegar en su propia nave y emprender la aventura de su vida, y al estar tu hija muy cerca de hacer lo propio, es importante que decidas tu vida futura pensando exclusivamente en ti. Estás por iniciar apenas la segunda mitad de tu vida de mujer y tienes pendiente retomar tu juventud. Si estás segura de que, con respecto a tu marido, el amor no está más presente y que se ha esfumado la admiración y el respeto entre ustedes, es justo la oportunidad de hacer un alto en el trayecto para formalizar su separación y cambiar el rumbo con el fin de construir, en absoluta libertad, tu nuevo destino. Tienes una mitad de vida que vivir.

—Eso es justo lo que en el fondo deseo hacer, —comentó Verónica— No sabe que tan importante es para mí que sea usted quien me haya dicho lo que me está diciendo. En este preciso instante estoy tomando la decisión más importante de mi vida, quizás la única que he tomado por iniciativa propia. Voy a recuperar, o mejor dicho voy a conquistar por primera vez mi libertad. Su recomendación le proporciona una emoción nueva y dulce a mis ansias de vivir. Pero dígame, Sir Walter, usted es un hombre muy sabio: ¿cuál es el secreto de la felicidad?

—Por supuesto no lo sé, Verónica, pero te aseguro que cuando lo sepa tomaré de inmediato contacto contigo; mientras tanto déjame compartirte un consejo simple de un maestro espiritual hindú Ramana Maharshi: *“Let come what comes, let go what goes. See what remains”*. Verónica sorbió un trago de aquel vino exquisito y se quedó pensando y diciéndose a sí misma: *(Deja llegar lo que llega, deja ir lo que se va, concéntrate en lo que permanece)* Tiene toda la razón del mundo, ese es el secreto de la felicidad. Siempre estamos pretendiendo que las cosas se den como las deseamos, como las imaginamos, que surjan como nosotros pensamos que deben surgir, en el instante y al ritmo que nosotros queremos. De igual manera, con la imperdonable omisión de la sensatez y con similar egoísmo, tratamos a toda costa que lo que tenemos no se vaya, que la realidad no cambie, que no se acabe el amor y el afecto como nosotros lo concebimos. Hacemos todo lo posible por retener todo y lo convertimos en nada. Y luego no observamos siquiera lo que sí tenemos, lo que sí está con nosotros. No cabe la menor duda, ese es el secreto. Deberíamos dejar que las cosas, las personas y los afectos lleguen como llegan y que se vayan como se van. Debemos aceptar que el pasado concluya como concluye y el futuro se dé como se viene, pero sobre todo debemos apreciar y saborear lo que tenemos en el presente. Voy a cambiar mi vida, querido amigo, apenas regrese a México. Tan pronto como mi hija levante el vuelo e inicie su nueva vida.

— Nada sorprende y asusta más que lo que uno ya sabe Verónica, si ya tomaste la decisión, tendrás que hacerlo, lo antes posible, —advirtió Sir Walter— porque a partir de ahora cada día más será un día menos. No debieras olvidar, sin embargo, que hay que irse con sigilo ante los recuerdos de viejos rencores.

Al concluir esa noche, que fue una de las más hermosas y trascendentes de su vida, Verónica le comentó a su nuevo amigo:

—Sir Walter, estoy segura de que usted me comprenderá. Me gustaría regresar caminando a mi hotel, necesito conversar conmigo.

—Por supuesto, ¿sabes cómo llegar?

—Creo que sí, —respondió Verónica— caminaré por *Knightsbridge* justo hasta el *Wellington Arch*, donde giraré a la izquierda por *Park Lane* y así llegaré a *Grosvenor Street* donde se localiza mi hotel. Se despidieron afectuosamente, con un fuerte abrazo y un beso tronado en la mejilla por parte de Verónica, prometiendo recíprocamente escribirse, continuar su amistad y volver a encontrarse en algún lugar del mundo un día no muy lejano.

El paseo de regreso resultó francamente reconfortante y muy propicio para meditar sobre su vida entera, su realidad y, en particular, sobre su reciente decisión de construir sola la segunda etapa de su vida de mujer. Susurraban los ecos de la noche con un misterioso letargo. Era tal su sensación de agrado y de libertad que decidió no doblar hacia *Park Lane* y continuó caminando por *Picadilly Street* con la idea de arribar a su hotel por *Grosvenor Square*. La arquitectura de esa célebre calle era magnífica, lo que invitaba a deambular lentamente hasta que se encontró de pronto con aquel gran albergue con el que había fantaseado desde México: el legendario y exclusivo *Hotel Ritz*, situado en un impresionante edificio estilo neoclásico, construido en la *Belle Époque*, probablemente el hotel más lujoso y elegante de Londres.

Verónica se adentró pausadamente asombrada con aquella decoración refinada en tonos cálidos y con techos altos. Ordenó una copa de champagne en el *Bar Rivoli*, delicada expresión del “*art déco*”, y sintiéndose que viajaba en el *Expreso de Oriente*, se concentró en soñar con su futuro y al hacerlo recordó aquella frase de Dostoievski que decía: “*Cuando no tienen de que vivir hasta los sueños se desgastan*”. La mañana siguiente se preparó para partir por la tarde rumbo a otra de las ciudades deseadas: *Milano*. El lugar en que, a los diecisiete años, había planeado vivir al concluir sus estudios de universidad, su primera gran quimera, cuando tuvo que interrumpirlo al aparecer en su vida Fernando y verse presionada por todos, excepto su padre, a desviarse hacia el matrimonio. Cuando Fernando limitó la visita a Europa a dos ciudades, ella no tuvo la menor duda de que una de ellas sería *Milano*, si bien había sido un gran acierto haber elegido Londres como la segunda.

A la mañana siguiente al llegar al comedor del hotel para compartir el desayuno con sus “compañeros”, se topó con una nueva sorpresa. Fernando le comunicó que por mayoría de votos habían decidido cambiar Milano por Monte Carlo.

—Esto es ridículo, —protestó Verónica— Yo jamás fui consultada.

—Y aunque lo hubieses sido querida amiga, estás en franca minoría, somos cinco contra uno —señaló el petulante de Fernando.

—Pues tú y las mayorías se pueden ir al cuerno de la luna, —replicó Verónica. Yo había decidido ir a Milano y a Milano iré.

— Eso será imposible argumentó Fernando. Ya cambié los boletos de avión.

Verónica simplemente soltó una carcajada y destacó con ironía

—No cabe duda de que eres muy tonto— se dio la vuelta y se fue rumbo a su habitación, donde escudriñó en el portafolio de Fernando y retiró su boleto de Londres-México. Llamó por teléfono al Hotel Ritz y preguntó si podría hacer una reservación por esa noche para una persona. Después de recibir la confirmación y proporcionar los datos de su tarjeta de crédito, procedió a llamar a British Airways y reservó un boleto a Milano con regreso en cuatro días. Después de hacer su maleta y llamar al conserje para solicitar ayuda, consultó Internet y seleccionó el *Hotel Principe di Savoia* para reservar por cuatro noches con la intención de conectar en Londres al quinto día con el vuelo a México. Justo cuando daba indicaciones de bajar su equipaje y solicitar un taxi, entró Fernando en la habitación y le gritó:

—¡Pues qué demonios! ¿Acaso crees que te mandas sola?

—“¡*Appunto!*” Respondió Verónica con toda calma en italiano, se dio la media vuelta, con un desplante de torero, y con displicencia se dirigió con paso apresurado al ascensor para abandonar el hotel. Fernando estaba pasmado, no daba crédito. El tono de ironía que subyacía en aquella expresión en italiano, cuyo significado ignoraba, pero presentía, lo hizo cimbrar. Estaba seguro de que decidir lo que a fin de cuentas debía hacer su esposa era una prerrogativa que le correspondía por derecho divino. Cualquier situación en contrario la consideraba además como una afrenta a su rancia masculinidad.

Ya dentro del taxi de reojo Verónica pudo apreciar como el capitán frustrado y sus esbirros se alejaban arrastrando los pies con paso inseguro.

Después de instalarse en su nueva y espléndida habitación del Hotel Ritz, Verónica dedicó el día a visitar la *Torre de Londres*, la *National Gallery*, *Covent Garden*, a beber cerveza en tres pubs legendarios: el *Lamb & Flag*, un pub con 200 años de historia donde Charles Dickens era un parroquiano habitual, el *George Inn*, un pub clásico que se dice era frecuentado por nada menos que William Shakespeare y el *The Grapes*, un pub con 500 años y con Oscar Wilde como uno de sus asiduos clientes. En términos culinarios, se agasajó por la tarde en el *Boisdale of Belgravia* situado en un elegante edificio cercano al Palacio de Buckingham, con una cocina escocesa bastante aceptable y por la noche culminó en un espectacular restaurante de cocina francesa que le había recomendado Sir Walter O'Connor: el *Waterside Inn*, el único restaurante fuera de Francia con tres estrellas Michelin, que se anunciaba conjuntamente con el exclusivo hotel como “un restaurante con habitaciones”, dirigido por el famoso Alain Roux, el chef principal y propietario del establecimiento. Verónica se deleitó con un manjar que dio inicio con dos pequeños canapés de una exquisitez insólita, y continuó con un “*Mousse eel with oscietra caviar and the green apple consommé*” seguido de un “*foie gras pan fried escalope with pine kernels, capers and raisins, gewurztraminer suce*” y de un “*Poached fillet of halibut with citrus, lime and vodka sauce*” para concluir con un delicioso “*Warm Williams pear soufflé with persimon culis*”. Todo ello acompañado de dos copas de vino tinto y una de vino blanco, franceses por supuesto, y como digestivo coñac *Martell Cordon Bleue* extra viejo. Una cena digna de los dioses, con una vista serena y romántica del Támesis. Una cena magnífica y muy apropiada para comenzar a planear la segunda mitad de su vida y despedirse del maravilloso Londres.

Capítulo 9.- *Su primer encuentro con el anhelado Milano*

*“Nada está perdido si se tiene el valor de proclamar que todo está perdido
y hay que empezar de nuevo”*

Julio Cortázar

Aterrizó el avión en Linate y Verónica descendió entusiasmada para acudir al tan soñado encuentro con aquella ciudad añorada y misteriosa: Milano. Un encuentro que se había diferido más de treinta años. Mientras caminaba decidida rumbo al mostrador de migración, pensó que había sido muy afortunada de que sus inaguantables compañeros de viaje hubiesen optado por desviar su trayecto hacia Montecarlo. Había decidido consentirse y, por lo tanto, hizo una reservación en el hotel *Principe di Savoia, en Piazza della Repubblica*, un hotel cinco estrellas construido en 1927 con diseño del famoso arquitecto Cesare Tenca, que durante la Segunda Guerra Mundial se utilizó como cuartel general por los alemanes y posteriormente por los estadounidenses, donde, por cierto, la atendieron como reina, con esa particular cortesía de los italianos, impregnada siempre de calor humano.

Una vez instalada, Verónica se dirigió al corazón de la ciudad, la *Piazza del Duomo*, la espectacular catedral de Milano, una de las iglesias más grandes y hermosas del mundo cuya construcción se inició en el siglo XIV. Después de una breve pero minuciosa visita, se dirigió a la terraza de uno de los restaurantes de la *Galería Vittorio Emanuele*, que conecta la *Piazza del Duomo* con la *Piazza de la Scala*, para beberse una copa de buen prosecco y brindar con Milano. Sintió muy dentro de sí la esencia de aquella ciudad que había elegido para estudiar y vivir cuando apenas tenía 17 años.

Esa tarde comió en el primero de los restaurantes que había elegido desde México: *El Seta*, galardonado con dos estrellas Michelin, un restaurante con una cocina soberbia, bajo el comando del famoso chef Antonio Guida. Verónica solicitó una mesa en el patio interior y decidió festejar su libertad temporal con un *menu degustazione*, que resultó toda una aventura fascinante, acompañada por tres copas de Barolo Pio Cesare. »Cuando viva en Milano, próximamente este será uno de mis restaurantes más frecuentados« se aseguró y se dedicó a recordar su pasado y a vislumbrar cómo sería su nueva

vida en aquella ciudad.

Reflexionando sobre la primera mitad de su vida, ahora a punto de concluir, se reprochó:» *¿Cómo es posible que haya soportado vivir así, aunque debería decir más bien sobrevivir así? Fui una tonta y más que tonta, fui una cobarde*«. Verónica se consideraba una mujer capaz de disfrutar sus ilusiones y su melancolía, aunque en el trayecto de su vida fue tomando conciencia de que en verdad jamás lo había hecho con la plenitud e intensidad que hubiera anhelado en el fondo. Ella era, en verdad, una mujer moderna, alegre e inteligente, qué, entre otras inclinaciones, se deleitaba con la música y de bailar suavemente como si participara en un ritual exótico, poseída por el embrujo de dioses ebrios y contentos; ejercicio que no practicaba incomprensiblemente nunca. Pensó en que fue perdiendo gradualmente su superficialidad al ritmo en que se convertía en una mujer sentimental y sencilla que le gustaba caminar sola sin rumbo y sin tiempo, que aprendió a inventar y vivir intensamente sus sueños, sobre todo cuando estaba despierta. Reflexionaba en que ella era una "*femina*" afectiva y pasional que siempre le interesó el amor tanto como la verdad, si bien estaba segura de que ni uno ni otro los había encontrado con las dimensiones y los matices que era sin duda capaz de concebir y sobre todo de sentir. Ahora, que había tomado la decisión firme de separarse de Fernando y conocer por primera vez la libertad, comenzaba a recrearse de una extraña sensación de felicidad que definitivamente no había experimentado jamás.

Al día siguiente, antes de partir rumbo a la próxima exploración de la ciudad, con muy buena dosis de escepticismo y solo por no dejar, le pidió al conserje que intentara conseguirle el acceso a la ópera de "*La Traviata*", quizás la más famosa obra de *Giuseppe Verdi*, adaptada de la novela de *Alejandro Dumas: "La Dama de las Camelias"*, que tendría lugar nada menos que en la *Scala di Milano*, el más prestigiado teatro de ópera del mundo. Otra recomendación expresa de Giuliano, su profesor de italiano en México. Para su tremenda sorpresa, el Conserje le consiguió un boleto para el día siguiente. Agradeció encarecidamente la noticia de aquel logro inverosímil con una amable sonrisa y un beso en la mejilla. Tenía finalmente una cita con aquel legendario teatro, uno de sus grandes deseos de colegiala.

Esa mañana se dirigió contenta a visitar el *Castello Sforzesco*, un castillo verdaderamente impresionante e inexpugnable, cuya construcción y remodelaciones fueron impulsadas en el siglo XIV por *Francisco Sforza* y sus sucesores Ludovico y Francisco II. Verónica recorrió el "Castello" emocionada, imaginando su construcción, sus habitantes, sus vivencias y su trayectoria.

Después, sosegadamente y con particular agrado, visitó el museo de arte antiguo, deteniéndose sobre todo en la *Piedad Rondanini*, muy probablemente la última obra de

Miguel Ángel; la *Madona de Trivulzio* de *Andrea Montagna* y el manuscrito del *Códice Trivulziano* de *Leonardo da Vinci*. Tres obras absolutamente impresionantes y baluartes de la cultura universal. Al abandonar, más que satisfecha, el Castello, Verónica, pensó que esa noche tendría un nuevo encuentro con uno de los mejores restaurantes de Milano, pero como algo de apetito sí tenía, detuvo un taxi y le pidió al chofer en italiano: "Lléveme a un restaurante sencillo, donde la única turista sea yo, quizás el lugar donde a usted le gusta comer ligero." El autista la miró muy serio y se sonrió con ganas. "Va bene", exclamó, y la llevó por el *Vecchio Naviglio* a un lugar sencillo, pero encantador, el "*Ponte Rosso*", donde la recibieron con una cordialidad más que efusiva.

La signora Francesca, una mujer milanese robusta de mirada severa, sonrisa dulce y una personalidad arrolladora, la recibió como si fuera una sobrina cuya llegada era largamente esperada. La hizo comer de todo lo que ella hacía y todo lo que ella hacía era exquisito, y además, le compartió, de paso, algunos de los secretos de su vida intensa. Verónica se deleitaba con todo lo que comía, pero sobre todo con todo lo que escuchaba de Doña Francesca, de quien la calma no era precisamente parte de su naturaleza, así que no paraba de hablar, mientras Verónica comía y comía sin parar consciente de que esa explosión de gula le estaba estropeando una noche de cena en el Milano exclusivo, en el Milano elegante, donde tuvo finalmente que hablar para comunicar, con mucha pena, la inevitable cancelación.

Terminó exhausta y con una enorme sonrisa de satisfacción. Doña Francesca no quiso cobrarle, pero la hizo prometer que cuando se viniera a vivir a Milano, su modesto restaurante sería uno de sus refugios preferidos. Intercambiaron sus datos y prometieron escribirse. Ahí comenzó el encuentro profundo de Verónica con el famoso "*raporto humano*" de los italianos, que no todos los extranjeros han sabido comprender. Todavía tuvo tiempo esa tarde para dirigirse a *Santa María delle Grazie* a contemplar extasiada esa obra maravillosa y única de Leonardo, que, por supuesto, también figuraba entre sus grandes pendientes: "*La última cena*". Se quedó estupefacta, profundamente impactada. Ella, desde luego, nunca había sido una fanática, ni siquiera una practicante habitual, de la religión, pero aquella imagen la cimbró en lo más profundo de su ser. Había poca gente, pero ella se sentía como si fuera la única mortal que contemplaba aquella obra magnífica. Por espacio de una hora estuvo observando escrupulosamente cada detalle de aquel mural, quizás el más famoso de la historia. Se retiró lentamente, meditando en qué sin duda, es cierto que el arte es el principal alimento del alma.

En el tercer día dedicó Verónica toda la mañana a visitar el instituto en que alguna vez, a sus 18 años, soñó con asistir a un posgrado de diseño: El IED, *Istituto Europeo di Design S.p A*. La institución había sido remodelada y actualizada. Las instalaciones eran

impactantes, de una modernidad para ella desconocida, el equipamiento de los talleres le resultaba sorprendentemente contemporánea.

Verónica consideraba que, en términos laborales, su objetivo final no sería integrarse a una empresa o a un despacho famoso, sino montar en México su propio taller de diseño especializado en proporcionar opciones de diseño de moda a costureras y artesanas mexicanas, con la finalidad última de que sus productos pudieran acceder a los nichos de mercado más exclusivos en el mundo, sobre todo de Europa donde seguramente habrían de obtener un mayor reconocimiento y un mejor ingreso por su trabajo. Con esa idea en mente revisó con particular esmero todas las alternativas y el programa que más la interesó para empezar fue el *Clo3D* en que podría aprender a diseñar, confeccionar y probar prendas y accesorios virtualmente. De esta manera se iría especializando en la elaboración de prototipos tridimensionales para crear colecciones originales e innovadoras con motivos, bordados, tejidos y deshilados mexicanos. El curso era de cuatro meses y daba comienzo justo un mes después de la boda de su hija, así que procedió de inmediato a registrarse. Ya después decidiría sobre los subsecuentes.

Firmar aquel documento y entregar su tarjeta para liquidar el importe de la colegiatura del primer cuatrimestre, tenían un enorme significado para Verónica. De hecho, se trataba del primer compromiso de mediano plazo que ella asumía en toda su vida. Se resistía a aceptarlo, pero así era. Con aquellas dos firmas Verónica, después de una interrupción de treinta años, comenzaba a tomar las riendas de su porvenir y, como era su propósito, hacerse cargo de que las cosas relevantes sucedieran. Daba comienzo así la siguiente etapa de su vida, que muy probablemente sería la más importante y trascendente.

Esa misma noche cumplió Verónica ese otro gran sueño: el de asistir a la ópera en el Teatro de La Scala, cuya dirección de la orquesta a cargo de *Enrico di Mori* fue simplemente magistral. La arquitectura y la decoración interna del teatro la maravillaron e hicieron trasladarse en el tiempo para sentirse en el siglo XIX, justo en aquel 24 de marzo de 1881 en que se estrenó aquella obra en la propia Scala. Verónica concluyó esa noche inolvidable en el *Ristorante Papa Francesco*, no por ser el mejor de la ciudad, pero sí el más cercano al teatro, pero una vez más fue una atinada elección.

El último día lo dedicó Verónica a visitar otro escondite paradisiaco de Italia. Recorrió el pueblo mágico de *Cernobbio* y comió en el exclusivo hotel Villa d'Este, frente al Lago di Como, quizás el rincón más lujoso, exquisito y refinado que había visitado jamás. Todavía tuvo tiempo de regresar a Milano y pasear por *Monte Napoleone*, la calle de las más exclusivas boutiques de Italia.

Apenas había iniciado el avión su vuelo rumbo a Londres y Verónica experimen-

taba ya una profunda sensación de nostalgia. Habían acordado encontrarse en la cafetería "Caffé Nero" de la terminal 2 del aeropuerto de Heathrow y ella optó por visitar previamente algunas tiendas con el fin de adquirir un recuerdo especial para su hija, si bien en el fondo lo hacía también para retrasar el encuentro con sus compañeros de viaje, a quienes ahora, cada vez menos resistía.

—¿Cómo te fue en tu Italia?" le preguntó Fernando al verla llegar y darle un beso en la mejilla.

—Muy bien, muy bien", —respondió Verónica, con una sonrisa de entera satisfacción. —No tenía la menor intención de comentar con ellos absolutamente nada de la gran experiencia que había significado este trascendental viaje. Sabía bien que de entonces en adelante relacionarse con alguno de los cinco implicaba necesariamente entrar en discordia, así que se limitó a preguntar: .

—"Y ustedes, ¿qué tal con el legendario Montecarlo?"

—Estupendo, —manifestó Fernando, —Es un verdadero paraíso, está lleno de espléndidos casinos de todos colores y sabores, mostrando los pases de abordar.

—Pues a mí no me gustaron tanto, Güey", —se quejó el pedante de Ricky Albarrán.

—En todos la Casa es la única que gana. —Agregó Mauricio.

— Pues yo, como ya les dije, prefiero Las Vegas por mucho, donde tienen una mucho mayor variedad de tragamonedas,"—exclamó Priscila.

—"Sí, claro, era natural que a ti te gustara más Las Vegas, —señaló Verónica.

—¿Y por qué era natural?" —protestó Priscila, haciendo una mueca de desagrado.

Verónica se sonrió sutilmente y aclaró:

—Pues porque en Las Vegas tienen una mucho mayor variedad de maquinitas tragamonedas...

Verónica se sonrió. Ella había considerado siempre que se requería de muy poca imaginación y de un estrecho talento para disfrutar mirando jugar a las maquinitas, claro siempre reconoció la importancia intelectual de activar una palanca reiteradamente durante horas, así como la capacidad de las máquinas de entretener a quienes con eso se entretienen. Afortunadamente, en ese momento escucharon por el altoparlante el llamado para abordar su vuelo. Verónica caminando por el pasillo y con una sonrisa amable, pensaba:

»Hasta pronto querida Europa, fue un gran honor y un verdadero placer comenzar a conocerte...Nos veremos de nuevo mucho antes de lo que estos cinco imaginan«

Aquel viaje, inolvidable para ella, había sido una verdadera hazaña, plagada con asombros sublimes. Fingió dormir durante todo el trayecto de regreso, cuando en rea-

lidad estaba zambullida en sí misma, solo interpelando a la vida y sonriendo ante sus muy frescos recuerdos.

Capítulo 10.- *La intempestiva muerte de su padre*

“Para morir no se precisa más que estar vivo”

Patricia Malanca

A su regreso de aquel viaje, a Verónica no le resultó nada grato e incluso tuvo un horrible presentimiento al encontrarse en el aeropuerto con don Mario Vergara, el abogado y gran amigo de su padre, que consternado iba expresamente a recibirla. Algo había en su aspecto que le hizo adivinar su apremiante angustia.

—¿Cómo está mi padre? —preguntó alarmada y con una ansiedad que se desbordó cuando don Mario le respondió:

—No te espantes, hija. Ahora está mejor, pero es importante que nos vayamos directamente al hospital. Tu padre sufrió hace dos días una embolia cerebral y continúa en la sala de recuperaciones.

Verónica se quedó pasmada ante la siniestra noticia, sintió un golpe brutal en el alma. Era claro que si don Mario había ido por ella y le decía lo que le había dicho, la situación era verdaderamente grave. Se volteó rápidamente hacia Fernando y le instruyó:

—Ocúpate del equipaje.

Tomó del brazo al abogado de su padre y salieron impetuosamente para tomar el auto que los esperaba a la puerta del aeropuerto. Ocultó su rostro con sus manos y, con un sentimiento de infinito pesar, no hizo pregunta o comentario alguno durante el trayecto.

A su llegada al hospital se encontró con Abril que, al enterarse, había acudido de inmediato. No mencionó una palabra, tan solo le dio un fuerte abrazo con toda la ternura de su temperamento sensible. Esperaban lo peor, pero afortunadamente el médico los recibió con la noticia de que la recuperación avanzaba y, si bien continuaba sedado, la crisis había sido superada y lo estaban trasladando a su habitación.

Fueron tres días terribles para Verónica, pues, aunque le aseguraban que el *dispositivo de asistencia ventricular* que le habían colocado funcionaba satisfactoriamente, su corazón estaba débil y la muerte andaba acechando con sigilo. Se respiraba incertidumbre y desasosiego. Ella estaba segura de que enterarse de su divorcio inminente lo haría recuperarse, pero no despertaba y don Antonio Mariscal no despertó, falleciendo el cuarto día de un infarto fulminante.

No solo los días posteriores, sino los siguientes dos meses fueron una pesadilla lúgubre para Verónica, que no lograba reponerse de aquella terrible pérdida. Su corazón latía como si sollozara.

Sus tres amigas se turnaban para que no permaneciera sola ni un instante. Muy a pesar de la opinión de Fernando, Verónica les asignó la habitación de huéspedes, pues la presencia de cuando menos una de ellas representaba un bálsamo para ella. Se había olvidado de todo lo demás, hasta de su ansiado divorcio. No aceptaba visitas de nadie más y mucho menos de las dos parejas que los acompañaron en el reciente viaje a Londres. Fue hasta después del tercer mes que comenzó a manifestarse el proceso de resignación. Verónica empezó a salir, siempre en compañía de al menos una de sus verdaderas amigas, que le insistían en que había llegado el momento de prepararse para dar la batalla que su padre habría deseado que diera para lograr su libertad e independencia. Su abogado y gran amigo don Mario Vergara continuaba insistiéndole a Verónica que resultaba conveniente y casi urgente que se reunieran en su despacho para comentar sobre los últimos deseos de su padre. Ella había rehuido al encuentro, si bien ya no encontraba razones para continuar posponiéndolo. Rehusaba en el fondo la idea de hablar de la herencia de su padre, para ella el mejor legado había sido su cariño incondicional y su creciente arrepentimiento de no haberla protegido lo suficiente.

Capítulo 11

El relato del viaje

“¿Qué sería de la vida, si no tuviéramos el valor de intentar algo nuevo?”

(Vincent van Gogh)

Habían transcurrido aproximadamente cuatro meses desde aquel viaje memorable y tres desde la muerte de su padre, cuando Verónica recibió una invitación enorme en la que Priscila convocaba a los amigos del Club a un *"Cocktail Party"* en su residencia, para *"compartir las vivencias inolvidables"* de su *"maravilloso viaje a Europa"*, acompañada de los Ibargüengitia y los Albarrán. La invitación presentaba en la portada una fotografía nocturna de *Pigalle* con la imagen del *"Moulin Rouge"*, aunque en realidad nunca visitaron París.

En un principio, Verónica había pensado en no asistir; sin embargo, tras reflexionarlo bien, cambió de parecer. Quería presenciar por última vez todo aquello que ahora despreciaba y que deseaba abandonar para siempre.

Los vestidos de Priscila y Stephanie aquella noche eran ridículos y casi grotescos. Pegaron en una de las paredes del comedor todas las fotografías, es decir, las *"selfies"* que se tomaron y en las que aparecían delante de un monumento, edificio o palacio, del cual nunca supieron esclarecer de qué se trataba; por supuesto, también de los hoteles de Londres y Monte Carlo, y de los restaurantes donde comieron *"los platillos más exquisitos que se puedan imaginar"*. Es claro que jamás mencionaron los lugares en los que realmente estuvieron y lo que en verdad comieron, con excepción de las dos ocasiones en que tuvieron que aceptar la decisión de Verónica.

Como era de esperarse, la presentación estaba plagada de fotografías de ellos

cuatro en los casinos, sobre todo aquellas donde aparecían felices y frente a todo tipo de máquinas tragamonedas y mesas de juego. Verónica sonreía, pero con una displi-cencia que helaba, quizás porque solo asistió para confirmar que ellas dos efectiva-mente dirían algo que ella estaba segura de que iban a decir. Se inició el "buffet" y to-dos los invitados acudieron a la mesa a servirse sus platos, aceptando las copas de un vino mexicano de los peores que ofrecían los meseros, formando pequeños grupos de conversación ya que la mayoría no encontró un lugar donde sentarse.

Priscila y Stephanie saltaban de un grupo a otro en un atropellado parloteo, repi-tiendo lo mismo: *"Europa es maravillosa", "Estuvimos felices", "Visitamos Harrod's va-rias veces, se dice que es el mejor centro comercial del mundo, yo no estoy tan segura, creo que prefiero los de Las Vegas", "Los edificios, un poco viejos", "Eso sí, todo carísimo", "Salud por Europa", "Los ingleses son muy elegantes y muy circunspectos, pero como que están muertos, jajaja", "Los franceses son un poco más accesibles y más interesantes" y "Los italianos son terribles, hay que andarse con mucho cuidado"*, aunque nunca cono-cieron a un francés o a un italiano. Decían de todo a todos, pero no se presentaba el co-mentario que Verónica había pronosticado. Cuando en alguno de los grupos surgía una pregunta difícil o embarazosa, Priscila y Stephanie se escondían en otro grupo, argumen-tando que tenían que atender a todos los invitados. Finalmente, ya tarde, se presentó lo que Verónica estaba segura de que iba a suceder. Fue Priscila quien lo planteó, aunque inmediatamente fue ratificado por Stephanie. Se dio en un momento en que ambas sin-tieron que debían escucharlas todos, o casi todos:

—*Y entonces nos dijeron: '¿Cómo, ustedes son mexicanas? Pero, no puede ser, us-tedes podrían perfectamente ser noruegas, o finlandesas, o inglesas, u holandesas, y hasta francesas o italianas, en una de esas'. Y nosotras les dijimos: "Pues claro que sí, nosotras somos mexicanas, y a mucha honra. Estos europeos son unos ignorantes, pien-san que todos por acá somos prietos y que andamos con sombreros, rebozos y guara-ches."*

—Esto nos lo dijeron varias veces en varios lugares y nosotras les respondimos lo mismo", —complementó Priscila. Y para ampliar la mentira, agregó:

—*Y nos invitaron a tantas fiestas que terminamos absolutamente exhaustas.*

Parecía que las dos competían por presentarse como alegorías de la estupidez hu-

mana; sin embargo, en realidad, se trataba de los mismos comentarios habituales e igualmente falsos de aquellas mujeres vacías, aspirantes a formar parte de la llamada clase alta de la sociedad mexicana. Esto ocurría al regresar de un viaje a Europa, que en el fondo casi ninguna había disfrutado. Comentarios que en alguna medida justificaban, o al menos compensaban, el "elevadísimo gasto" del que invariablemente se lamentaban sus respectivos maridos.

Conforme se abrían más botellas de licor, todo para Verónica se volvía más repugnante para Verónica. La mezcla de aromas que desprendía aquella competencia de perfumes provocó que sus sentidos se desvanecieran en una sensación de vértigo. Así que decidió abandonar aquella reunión insoportable, sin despedirse o, mejor dicho, despidiéndose para siempre de todo lo que representaban aquella gente y aquel festejo.

Capítulo 12.- *El grito de libertad*

"Llegará un momento en que creas que todo ha terminado. Ese será el principio"

Epicuro

Verónica definitivamente se había convertido en una nueva mujer, con una sonrisa enigmática, un espíritu aventurero y un irrefrenable deseo de conocer lo diferente, lo incomparable. Fue durante ese viaje a Europa —aunque, para ser exactos, para ella fue un viaje a Londres y Milano— cuando todo cambió. Fue entonces que decidió hablar seriamente con Fernando, comunicarle la decisión que había tomado en Londres y acabar con esa farsa de una vez por todas.

Como en todos los días fatales, aquel día llegó; fue precisamente un viernes de otoño, cuando cumplió cuarenta y nueve años. Él llegó muy tarde aquella noche en que supuestamente había invitado a Vanessa a festejar su cumpleaños en “un lugar increíble”, según le anunció su secretaria. Fernando subió corriendo la escalera de su casa, casi gritando:

—¡Vani, Vani! Mil perdones, se complicó en grande una reunión de trabajo, pero vámonos de volada, todavía es buena hora... Ya verás qué lugar tan especial.

Y grande fue la sorpresa que se llevó al encontrar a Vanessa en el sillón, leyendo, enfundada en sus jeans y una sudadera azul con el nombre bordado de Milano, cuando supuestamente debería estar no solo arreglada, sino particularmente elegante, como él le había indicado. Con una expresión de sorpresa y disgusto, le reclamó:

—Pero ¿cómo es posible que no estés lista? Son casi las once de la noche...

—Calma, calma —exclamó ella tranquilamente—. Vamos a tu despacho, tengo algo importante que tratar contigo, y también hablaremos de “negocios”, como tú llamas a todo lo que tiene que ver con el dinero.

Fernando estaba un poco desconcertado por la tranquilidad y seguridad que mostraba Verónica. No había reparado en el cambio y le inquietaba seriamente aquella

expresión de franco empoderamiento. Entraron al despacho, y más le sorprendió que, con parsimonia, ella se sentara en el trono de su escritorio, lo mirara con actitud retadora y, con una despreocupación y una ligereza desafiantes, le sentenciara:

—Fernando, no tengo la intención de hablar de tus infidelidades, de tus malos tratos, de tus fechorías, de tus correrías, de tus triquiñuelas, de tus egoísmos, de tus cochupos o de tu egolatría. No voy a discutir contigo. Solo quiero comunicarte que he decidido que nos separaremos, que nos divorciaremos. No encuentro absolutamente ningún sentido en que tú y yo continuemos viviendo y simulando una relación que, desde hace un buen tiempo, ya no existe.

—Pero ¿qué disparates dices, Verónica? ¿Por qué? Yo te he dado una vida que envidiaría cualquier mujer en este país. No sabes cuántas mujeres hermosas y aún muy jóvenes quisieran estar en tu lugar. Explícame por qué propones semejante locura.

—¿Por qué? Porque hace mucho que no te quiero, Fernando; que no te admiro, que no te respeto. Cada día que transcurre me resulta más insoportable y vergonzoso ser tu esposa. —Ahora, más que nunca, Verónica estaba segura de que Fernando pensaba que una vida sin felonías, sin traiciones, sin infamias, sin ventajas, sin insidias, no era digna de ser vivida.

—Estás completamente loca. Y sábelo, de una vez por todas, que no pienso concederte el divorcio. Tú seguirás conmigo hasta que yo lo decida.

Con la clara intención de parecer determinante, intentó imprimir a su voz una tonalidad imperativa y arrogante a la vez; sin embargo, su rugido reflejaba una extraña congoja, aunque sus ojos centellaban. No hay mucho que hacer cuando el alma se atreve a retar al destino y tampoco cuando una mujer se decide a escribir en el viento, sin pedir permiso, sin pedir perdón.

—Fanfarrón como siempre, no cambiarás jamás. No voy a entablar una lucha de palabras contigo. Antes de detallarte lo que pienso hacer, quiero que sepas que, de acuerdo con las nuevas disposiciones legales, pretendo exigir el 50% de todo lo que constituye el patrimonio familiar. No me interesa lo que compraste antes de casarnos, pero sí compartirás conmigo todo lo que adquiriste durante la vigencia de nuestro matrimonio, ya que solo pudiste hacerlo porque yo cumplí cabalmente con las funciones y obligaciones de esposa tradicional y madre que tú y las costumbres me asignaron. Lo exigiré

en virtud de que, como dice la ley, me pertenece. Ya veré qué decido hacer con ello. Si te niegas a firmar el divorcio o aceptar alguno de estos términos, presentaré la demanda correspondiente. Tengo pruebas fehacientes de tus malos tratos y evidencias inobjetables de varias de tus múltiples chapucerías, de tus estafas y pillajes, las cuales estoy decidida a presentar para sustentar y fortalecer mi demanda. Creo que, además, no estará del todo mal que, con todos los demás, tus hijos se enteren finalmente de la clase de calaña de su padre. La Procuraduría, las autoridades financieras y el SAT, por su parte, seguramente revisarán con gusto la documentación que les tengo preparada. Tú decides. Para comenzar, te comunico que me he mudado a la habitación de mi hija, la cual no tiene acceso para ti, por cierto.

Concluyó, dándose media vuelta y encaminándose resuelta hacia su alcoba con la finalidad de reponerse de aquel día convulso, dejándolo sin más compañía que un intenso silencio y una expresión de estupor de la que Fernando no podía despojarse. Azuzado por las palabras de Verónica, el devaneo que emanaba de aquel rostro era indescriptible y se esparcía como tinta derramada. El engreído de Fernando se había dado cuenta de que lo improbable podría resultar posible. Ella, por primera vez en su vida, se sintió libre de la estrechez del prejuicio y del marasmo intelectual. Había concluido el tiempo de las componendas y de las argucias.

Fernando definitivamente no daba crédito; se le antojaba imposible. Sin embargo, experimentando la angustia que produce el miedo al mezclarse con la mezquindad, dedicó toda la noche a hurgar entre los documentos que guardaba celosamente en su estudio, tratando de averiguar de cuáles ahora ella disponía de copia para sustentar sus amenazas. Conforme fue avanzando en sus elucubraciones, aumentó la virulencia de su angustia y se fue aterrando cada vez más, al grado que, derrotadamente doblegado y no queriendo tentar al diablo, muy a su pesar, prefirió perdonar aquel desacato y batirse en retirada.

Al día siguiente, mientras ella desayunaba y leía el periódico, se aproximó Fernando, en quien se apreciaba un evidente resquemor y un claro abatimiento, aun cuando hizo un esfuerzo por verse tranquilo al decir:

—Solo te pido que esperemos a que se celebre sin contratiempos la boda de nuestra hija; solo faltan dos meses.

Verónica sabía bien que ceder un poco con Fernando era capitular demasiado, sin embargo, expresó con cierto desdén su acuerdo, señalando:

—El documento que te presente mi abogado para tu firma tendrá la fecha de la boda de Karina. Será el día en que yo obtenga mi libertad; espero que no sea el día en que ella pierda la suya. Las casas se pondrán a la venta al día siguiente; mientras tanto, yo permaneceré en esta. Te agradeceré que procedas a mudarte de inmediato.

No era fácil dejar sin habla a Fernando, pero Verónica lo había logrado de manera contundente. Estaba segura de que todos los contratiempos no lograrían hacerla cambiar la deriva de su barco y que triunfaría en su proyecto costara lo que costase.

Con una sonrisa inescrutable y el alma resuelta, continuó con la lectura de aquel artículo sobre los cambios políticos en Inglaterra, que tanto le interesaban. Aún revoloteaban en su ánimo las muy recientes reminiscencias de Europa. Fernando, por su parte, nunca se había sentido tan subyugado como esa mañana sombría.

Unos días después de aquel rompimiento, Verónica descubrió ciertos indicios que le confirmaban que su marido, con una intención manifiesta, había estado husmeando entre sus pertenencias, deslizándose furtivamente en supuestos escondites. Solo reflexionó que si él pensó que aquellos documentos los guardaba ella en su propia casa, reflejaba el concepto que él tenía de su inteligencia, si bien también ponía de manifiesto cuál era el nivel de la suya.

Capítulo 13.- *La herencia*

“La vida es demasiado corta para desperdiciarla en arrepentimientos”

Jane Austen

Al día siguiente de aquel rompimiento, Verónica concierta una cita con Don Mario Vergara, el apoderado y mejor amigo de su padre, quien le indica que él también tiene urgencia de hablar con ella.

Verónica inicia la plática informando a Don Mario de su decisión irrevocable de divorciarse de Fernando y solicitando su ayuda para instrumentar tal iniciativa,

—Por supuesto —enfatisa Don Mario Vergara—, tú sabes bien que cuentas conmigo para todo. De hecho, hace muchos años que estoy esperando y ansiando esta encomienda. Iniciaremos de inmediato. Yo, por mi parte, quería comentarte que tu padre, que era sin duda un hombre cabal y organizado, se dedicó a ahorrar todo lo que pudo durante los últimos veinte años de su vida, justo para dejártelo a ti cuando decidieras divorciarte de Fernando. Era su sueño, y estaba seguro de que algún día se presentaría. No quiso que se te entregara antes, pues temía que Fernando te envolviera y terminara arrebatándotelo todo. Me instruyó formar un fideicomiso del que se te proporcionara una mensualidad respetable. Me nombró albacea, indicándome que te entregara la totalidad de los recursos precisamente cuando formalizaras el divorcio.

Verónica lo escucha asombrada y con los ojos muy abiertos.

—Cuando tu padre se jubiló, rechazó la pensión y logró obtener una liquidación muy generosa que decidió agregar al fideicomiso. También puso a mi nombre un seguro de vida, pidiéndome que, cuando llegara el momento, depositara el importe correspondiente también en tu fideicomiso. *“Para que mi hija adorada no tenga que vivir con penurias en la segunda etapa de su vida”*, fueron sus palabras. El viejo estaba obstinado con lo que él llamaba el segundo gran capítulo de tu vida.

Verónica está petrificada, no puede creerlo. Se lleva las dos manos a la frente y

estalla en llanto.

—Mi viejo querido —dice entre sollozos.

Don Mario trata de calmarla y continúa:

—Así es, tu padre te adoraba y después de que te casaste, se culpó todo el resto de su vida de que hubieras truncado tus sueños, contrayendo lo que él llamaba "*ese maldito matrimonio*". Poco antes de morir me recalcó: «*Lo veo cerca, Mario, lo puedo leer en sus ojos. Espero que muy pronto retome su vida; todavía le quedan muchos años por vivir, muchos más de los que ha vivido en la infelicidad*».

Se redobra el llanto de Verónica, quien se jala de los cabellos exclamando:

—¿Por qué? ¿Por qué? ¿Por qué no tuve el coraje de tomar las riendas de mi vida y hacer que me viera feliz? He sido una cobarde.

Don Mario la deja desahogarse unos minutos y después se aproxima ofreciéndole una copa de coñac, la que ella acepta con gusto. Cuando la nota un poco más calmada, continúa con su relato:

—Pues para concluir con este tema, debo precisarte que, sumando los ahorros de tu padre, su liquidación y el seguro de vida, además de los intereses correspondientes que se han generado todo este tiempo, ahora eres propietaria de poco más de 33 millones de pesos.

—Qué, ¿qué? —grita Verónica y suelta una sonora carcajada—. ¡Eso es una locura!

—Pues lo que pasa es que tu padre era un viejo terco y testarudo que te amaba profundamente. Además, debo decirte —agregó don Mario— que desde hace ya meses me había permitido realizar una discreta investigación sobre los bienes que ha adquirido tu marido y ahora puedo asegurarte qué, sumando lo que seguramente obtendremos del divorcio, tu fortuna podrá ascender a poco más de cuarenta millones. No lo puedes evitar, eres una pobre millonaria.

Verónica, cada vez más aturdida, se levanta y le dice a don Mario:

—Déjeme darle a usted ese abrazo y ese beso que le debo a mi padre.

Y actúa en consecuencia. Se sirven una segunda copa de cornac para brindar por los sorprendentes acontecimientos. Ella no puede evitar experimentar un saludable sentimiento de reivindicación. Se queda mirando hacia un horizonte invisible y dice:

—*Mi adorado padre sembró sus sueños en tierra que supuso fértil y se quedó es-*

perando el día en que su hija los hiciera florecer. No puedo fallarle. Todavía no puedo aceptarlo, —continúa reiterando una y otra vez Verónica—. Razón de más para irme a Italia, don Mario.

—Razón de más, —responde él—. Cuentas con mi más amplio beneplácito.

Abandona el despacho de don Mario, pero la estupefacción se niega a abandonarla. Decide caminar por Presidente Masarik, supuestamente curioseando en las vitrinas, aunque la verdad es que no piensa en otra cosa que no sea la nueva perspectiva de vida que le ha abierto su padre. Pasa frente a una sucursal de Inbursa y decide aceptar la invitación promocional para aclarar una interrogante que aún no logra discernir.

—Con nosotros sus inversiones obtienen el mejor rendimiento en el mercado— son las palabras de bienvenida del ejecutivo de cuenta. Verónica pregunta si podrían orientarla sobre una inversión.

—Si yo invierto un millón de pesos, ¿cuánto gano al año?

—Permítame describirle, señora, las razones por las que Inbursa es para usted la mejor alternativa —le propone el joven y dinámico ejecutivo.

—¡No, no! —lo interrumpe Verónica—. Otro día me tira todo el rollo completo, solo responda a mi pregunta, por favor.

—Pues... el 11.4%, o sea que ganaría usted ciento catorce mil pesos.

—¡Ajá! —exclama Verónica—. Y si son diez millones, pues será diez veces esa cantidad, ¿no es así?

—Así es, señora, diez veces.

—Mil gracias —concluye, agregando—. Cuando decida hacer mi inversión, vendré a verlo, se lo aseguro.

Apenas sale del banco activa caminando la calculadora de su teléfono y se explica a sí misma: »O sea que si yo simplemente depositara 40 millones de pesos de mi nueva fortuna en un banco, podría gastar 380,000 mensuales y mi tesoro no disminuiría... *Qué bárbaro padre, no te mediste*«. Continúa caminando y pensando, pensando. Súbitamente se le presenta la idea de compartir la nueva realidad que comienza a construir con sus verdaderas amigas, que no eran más que tres. Así que decidió comunicarse con Virginia, Abril y Fermina. El mensaje fue el mismo:

»Querida amiga, me urge enterarte de cómo es que voy a transformar mi vida, así

que te espero a comer hoy mismo a las tres de la tarde en el restaurante principal del hotel Four Seasons, en Paseo de la Reforma. Por ningún motivo te disculparé que no asistas»

Las tres tenían algo que no dudaron ni un instante en cancelar y le aseguran que llegarán puntuales.

Capítulo 14.- *El encuentro con sus tres amigas*

“Lo único imposible es aquello que no intentas.”

Miguel de Cervantes Saavedra

Verónica llegó a las dos al hotel y se instaló en el bar del jardín con la intención de reflexionar sobre las tres etapas de su vida: la primera, que incluía su niñez y adolescencia, y que concluyó a los diecisiete años con ese brinco que la obligó a ignorar la juventud para convertirse de golpe en mujer; la segunda, que estaba ya muy cerca de concluir y que había comenzado como Señora de Ibargüengoitia; y la tercera, la nueva, la definitiva y sin duda más importante, la que iniciaría en menos de un mes como Verónica Mariscal. Era evidente que iba a quemar sus barcas y recordaba que, de acuerdo con lo que leyó en los libros, las barcas quemadas suelen convertirse en puentes hacia la libertad.

Reflexionaba en cómo se había ido transformando en una mujer especialmente sensible que ahora escondía, tras una fingida satisfacción, sus tímidas frustraciones y su explosiva emotividad, y cómo fue que finalmente experimentó el gran deseo de ser, destruyendo la inercia aparentemente invencible del parecer ser. Así fue, que se atrevió a tomar esa decisión especial, anhelada y temida, tal vez la única gran decisión surgida de un auténtico ejercicio de libertad: la decisión de jugarse las expectativas, de arriesgar prácticamente todo para lanzarse a confeccionar sus sueños, y construir por sí misma lo que, muy en el fondo, consideraba verdaderamente vivir, sin programar y sin aparentar más. Había decidido, a partir de aquella cena inolvidable en Londres con su amigo Sir Walter O'Connor, tomar cada una de las riendas de su destino y ocuparse de que las cosas trascendentes acaecieran.

Recordaba cómo conoció a, a quien contrató para que básicamente se hiciera cargo de atender a su hija, y de aquellas largas noches en que conversaban de todo hasta

que, muy tarde, ya en altas horas de la madrugada, escuchaban el arribo del auto de Fernando, se despedían y ella apagaba la luz para fingirse dormida. A través de aquellas charlas fueron construyendo una sincera amistad, hasta que Virginia se convirtió en una de sus tres mejores amigas, amistad que continuó e incluso se fortaleció cuando Karina se enamoró y Virginia dejó de trabajar con ella como su nana para casarse con Luis, un hombre valioso y trabajador, mecánico automotriz de profesión, con quien tuvo dos hermosas hijas, de las que la propia Verónica era madrina. Poco después, Virginia reactivó su vida laboral como costurera, pues los gastos aumentaban y ella mantenía su gran ilusión de colaborar en el ahorro familiar para que su marido pudiera montar su propio taller automotriz, sueño que no habían podido todavía concretar, a pesar de la reciedumbre con que habían luchado, en virtud de las dificultades que suelen afrontar todas las familias de estratos medios y bajos en el país, digan lo que digan los políticos. Verónica y Virginia se reunían con cierta frecuencia y se compartían todo lo relevante de sus vidas.

A su segunda gran amiga la conoció diez años atrás en el club donde Verónica acudía a divertirse y descansar, donde Abril prestaba sus servicios como instructora de yoga, una excelente profesional, por cierto, que no dejaba un minuto de trabajar para formar y sacar adelante a sus dos hijos; ella sola, por supuesto, como lo hace casi el cuarenta por ciento de las madres en México, después de separarse o ser abandonadas por un marido desobligado, a quien, a pesar de sus múltiples intentos, nunca lograron cambiar. Se trataba de una mujer especialmente hermosa, muy inteligente y propietaria de un cuerpo escultural que buena parte de los socios del club admiraban y todas las socias envidiaban. Una mujer valiente que solía vibrar en lo más profundo ante un pequeño detalle, pero que también sabía ocultar de inmediato esa emoción de desconcierto que consideraba una debilidad vulnerable y peligrosa.

Ambas dejaron de ir al club, pero su amistad no solo no terminó, sino que se acrecentó en los años siguientes. También se reunían de vez en cuando y se recreaban en verdad. Verónica le contaba de las mujeres de la *"beautiful people"* que, como esposa de Fernando, se veía obligada a conocer e incluso con las que eventualmente tenía que convivir, y ambas se divertían burlándose de su banalidad e intrascendencia, mientras Abril le describía las dificultades que afrontaba como madre responsable y, también de

vez en cuando, de su sueño secreto de algún día instalar su propio gimnasio de yoga, y sobre todo, de su gran deseo de viajar a muchos lugares de la República y, en particular, a ciertos países europeos que se le antojaban fascinantes, pero que sabía muy lejanos; claro, todo después de que su segundo hijo concluyera sus estudios universitarios, como el primero. Estas dos eran las verdaderas preocupaciones de su vida.

Su tercera amiga, Fermina, era también una mujer excepcional, profesora de literatura en la Universidad Metropolitana, lectora voraz con un buen nivel de cultura, que tampoco había sido muy afortunada con su pareja, de quien se había separado hacía ya cinco años. Esto ocurrió poco después de que se conocieron ellas, una tarde en que acudieron solas a escuchar el Concierto para piano No. 2 de Rachmaninov, el favorito de ambas, en la Sala Netzahualcoyotl. En esa ocasión, el azar las presentó en asientos contiguos. Después de conversar brevemente en el intermedio, al concluir el concierto, se fueron a cenar y encontraron tal grado de coincidencia en sus principales preferencias musicales y literarias, además del creciente desencanto con sus respectivas parejas, que se fueron haciendo inseparables. Esa noche, después de escuchar a Verónica relató lo fundamental de su frustrante existencia, Fermina volvió a jurar ante sus dioses que se mantendría como feliz solterona durante todo el resto de su vida.

Fernando conoció en una ocasión a Fermina y casi inmediatamente la detestó, procurando no toparse con ella, ya que sus comentarios, siempre inteligentes y cultos, solían poner en evidencia su insulsa trivialidad y, sobre todo, su incultura e intolerable frivolidad. Esta situación ridícula y en ocasiones grotesca era algo que, en el fondo, Verónica se recreaba y no trataba de impedir. Siendo una fanática de la verdad, era explicable que la animadversión fuera recíproca. Por esa razón, y porque Fermina cumplió con su promesa de no disponer de un consorte, un requisito *sine-qua-non* que imponía a las amigas de Verónica, no se reunían con la frecuencia que hubieran esperado, pero se contaban y compartían todo a través de Internet y el teléfono.

A las tres en punto hicieron su aparición Virginia y Abril y con diez minutos de retraso llegó Fermina, mostrando un cierto grado de agitación. Las tres integrantes de lo que Verónica denominaba: "*las cuatro alegres comadres*" se abrazaron, se besaron y se trasladaron al restaurante con un hambre feroz. Después de que Verónica ordenó una botella de champagne y las cuatro sus platillos, se inició la conversación de fondo.

—No sé si ahora o después —señaló Abril—, pero nos tienes que compartir cómo te fue en tu reciente viaje a Europa.

—Pues ojalá y hubiese sido en verdad un viaje a Europa, pero en realidad visité únicamente Londres y Milano. Y conste que dije "visité" y no "visitamos", pues casi desde un principio ellos se fueron por su lado y yo por el mío, ya que mis ilustres compañeros de viaje prefirieron encerrarse en los casinos de Londres y después de Monte Carlo, donde, para mi fortuna, optaron por ir en lugar de Milano.

Mi estancia en Londres fue maravillosa; conocí sola lugares históricos impresionantes, de leyenda; disfruté de una obra de teatro absolutamente sorprendente, comí y cené en restaurantes magníficos y exquisitos, y además conocí e hice amistad con Sir Walter O'Connor, un aristócrata de 86 años encantador, fascinante y seductor, con quien sostuve la conversación más interesante y trascendente que he tenido en mi vida. Fue precisamente degustando platillos hindúes con él en el restaurante más sofisticado que he conocido, que tomé la decisión irrevocable de terminar la farsa de mi supuesto matrimonio con Fernando, e iniciar una nueva etapa en mi vida, justo inmediatamente en la celebración de la boda de mi hija Karina.

—Las tres competían en ver cuál de los tres rostros mostraba mayor sorpresa.

—*¿What?* —exclamó finalmente Abril, y levantó su copa de champagne proponiendo brindar por la gran noticia.

—*¡Magnífico!* —exclamó Virginia, que nunca pudo ocultar la antipatía y la hostilidad que siempre le inspiró Fernando.

—*¡Soberbio!* —confirmó Fermina, quien preguntó:

—¿Y qué piensa Fernando de todo esto? ¿Cuál fue su reacción al saber de tu intención?

—Pues exactamente la que ustedes se imaginan: transitó de la risa a la burla y de la burla al rechazo para concluir en una dócil aceptación cuando lo amenacé con difundir a las autoridades y a los socios de su club algunos de sus secretillos vergonzosos. Ahora ya está todo arreglado; es más, el acuerdo de divorcio está concertado y a punto de firmarse por ambos, y entrará en vigencia al día siguiente de la boda de Karina.

—Las tres bombardearon a Verónica con brindis, abrazos, exclamaciones de júbilo y preguntas de todo tipo: ¿Y ahora qué vas a hacer con tu vida? ¿De qué vas a vivir?

¿Te pasará una pensión, el muy canalla? ¿Cómo reaccionaron tus hijos? ¿No temes que cambie de opinión?

Verónica hizo una señal y el mesero acudió solícito para recibir la indicación de traer una segunda botella de champagne.

—¡Calma, comadres! Les responderé todo y responderé a todas sus preguntas, pero déjenme avanzar en orden. Nos quedamos en Londres, donde pasé una estancia deliciosa, cuando estuve sola por supuesto, que fue la mayor parte del tiempo, pues aquellos cinco, como les decía, por fortuna, prefirieron desde ahí refugiarse en los casinos. Ya estábamos por dejar Londres, cuando Fernando me enteró de que había cambiado los boletos para ir a Monte Carlo en lugar de Milano, y yo me limité a decir: “*Pues fíjate que no, yo había programado visitar Milano y me voy a Milano*”, y me fui a Milano.

—¡Bravo! ¡Bien dicho! ¡Así se responde! —dijeron las tres y volvieron a brindar.

—Ustedes tres saben muy bien lo que significaba para mí conocer Milano. Era como regresar a mi sueño frustrado de juventud, justo por la presencia del carcelero del que en unas semanas me voy a desencadenar. La verdad sea dicha, visitar Milano fue como un sueño. Descubrí lugares hermosísimos, museos únicos, esculturas espectaculares, pinturas legendarias. Conocí también a una familia maravillosa de milaneses con cuyos integrantes inicié una hermosa amistad, comí y bebí en restaurantes muy exclusivos. Conocí mi futura escuela: el IED, Istituto Europeo di Design S.p.A.

Ordenaron sus platillos y continuaron conversando felices, con un entusiasmo que contagiaba. Verónica les compartió que su maravilloso padre, que siempre había tenido el deseo y la esperanza de que algún día, no muy lejano, ella se divorciaría y abandonaría al miserable de Fernando para vivir la segunda etapa de su vida, le había heredado una pequeña fortuna para hacer frente al arranque de su nueva vida.

—Por cierto —dijo Verónica—, necesito una foto de sus INEs para que don Mario Vergara, el apoderado de mi padre, y ahora mío, les abra una cuenta secreta donde depositará una parte de mi fortuna que pienso compartir con ustedes tres, una parte “piccolina”, desde luego —agregó al soltar una tremenda carcajada.

—¿Qué, qué, qué? —dijeron las tres, acompañándola con sus risotadas.

—¡Increíble! —insistió Virginia—. ¡No lo puedo creer!

Abril, tratando de verse muy seria, le reclamó: —No, Verónica, eso no está bien, no lo podemos consentir. Ese dinero es solo tuyo, tú vas a tener muchos gastos con tus nuevos planes, de ninguna manera lo debes compartir con nosotras. Yo no estoy de acuerdo.

—¿Y tú qué te metes, metiche? —le replicó Fermina, soltando una carcajada y luego le preguntó a Verónica, frotándose las manos y poniendo en su rostro una expresión de usurera ambiciosa: —¿Y cómo cuánto nos van a depositar en esa cuenta secreta, amiga ricachona?

Verónica puso una cara de mujer interesante, levantó las cejas, estiró los labios y mirando en el vacío respondió: —Pues... como cuarenta y seis mil, en cada cuenta.

—¿Cuarenta y seis mil pesos? —gritaron las tres al unísono, con una expresión de auténtica sorpresa.

—¿Qué están locas? —se apresuró Verónica a añadir sonriendo. Yo ya no me manejo en pesos, muchachitas, solo en euros, me refiero a cuarenta y seis mil euros.

—¡Guau, guau, guau! —gritó Fermina.

—¡Recórcholis! Eso es una verdadera fortuna —comentó Abril.

—¡Demonios! Eso es como un millón de pesos —exclamó Virginia.

—Sin el “como”, querida amiguita, esa es justo la cantidad: un millón de pesos —agregó Verónica.

Las tres estallaron de maneras diversas: Abril se llevó ambas manos a la boca y se puso de pie con el rostro descompuesto; Fermina se levantó y le dio un abrazo al camarero, que la miraba desconcertado y asustado, pensando que ya estaba borracha, en tanto que Virginia, con las manos en la frente y la mirada perdida, susurraba: —Eso es más de lo que necesitamos para poner ese taller mecánico.

—Y mucho más de lo que yo necesito para el gimnasio de yoga —aseveró Abril.

—¡No querida! Eso sí que no —interrumpió Verónica— tú te independizas también y te vienes conmigo, como mi asistente. Tú cumplirás finalmente tu sueño de viajar, ya verás. Aunque también podrás poner un gimnasio de yoga por allá si quieres, una vez que aprendas a parlotear el italiano.

Ambas sospechaban que, en lo más íntimo, Abril se sentía íntimamente predispuesta a correr una aventura de tal género.

—Pues suena espectacular —comentó Abril, aparentemente confundida—, pero déjame darle una pensada de fondo.

—Muy bien —respondió Verónica—, tienes todo un día para pensarlo y medio día más para decidir si te la vas a jugar conmigo; si, de una vez por todas, tú también habrás de tomar las riendas de tu corcel para construir la segunda etapa de tu vida.

Abril no pudo evitar estremecerse.

Los comensales estaban seguros de que las cuatro estaban totalmente borrachas, sobre todo cuando se abrazaban y brincaban, al abandonar el restaurante en un festival de carcajadas, como adolescentes que habían ganado el campeonato de fútbol del colegio. Las cuatro comadres comenzaban a hilar juntas el tapiz de una vida nueva y Verónica, frente a asombros tan sublimes y sinceros, se felicitaba por disponer de tres amigas de semejante calidad.

Llegaron por sus autos al estacionamiento del hotel y Verónica le lanzó el reproche habitual a Abril:

—Y tú, todavía no te has atrevido a conducir, ¿verdad?

—Pero ya estoy muy cerca, te lo aseguro —aclaró Abril.

—La que te lo asegura soy yo, mi querida amiga, aunque ahora lo harás con un Fiat, o tal vez con un Maserati o un Ferrari, ¿por qué no? —le sentenció Verónica, y soltó una carcajada más. Le comunicó que la llevaría a su casa y le anunció que no le estaba preguntando.

—No, Verónica, mi casa está muy lejos —protestó Abril—. Yo llamo un “uber” sin problema, sobre todo ahora que me has incorporado a tu club de mujeres ricas.

—Estás loca —le interrumpió Verónica—, si vivimos por el rumbo, San Ángel y Tlalpan, somos prácticamente vecinas. Además, aunque vivieras en Satélite, yo te llevo y punto, no se diga más.

Abril era una mujer realmente extraordinaria, no solo por ser propietaria de una bellísima figura, seguramente gracias al yoga que practicaba y enseñaba desde hacía ya varios años, casi desde que abandonó con su familia Sinaloa, que era en verdad su tierra, a pesar de haber nacido en Chihuahua, para reubicarse en la capital del país. Fue justo como instructora de yoga en el club deportivo al que asistía Verónica que se conocieron. De hecho, podría decirse que después de aquel entonces se fueron consolidando

recíprocamente como la mejor amiga de la otra.

En efecto, Abril era especial no solo por sus indudables encantos físicos, sino además y sobre todo, por sus diversos atributos y los profundos y sólidos valores en los que se sustentaba su personalidad. Una actitud siempre positiva y entusiasta, así como una disposición resuelta. Destacaba que rara vez perdía el tiempo en lamentos y tenía siempre una solución para cada problema. Una mujer con gran sentido del humor, por cierto. En verdad Abril era una mujer admirable y con iniciativa emprendedora, además de ser una amiga comprometida, incondicional y desinteresada. Podía afirmarse que Abril cautivaba a todo aquel que se atreviera a conocerla a fondo.

Enamorada del amor e ilusionada con la idea de formar su propia familia, como casi todas las chiquillas de diecisiete años, Abril se entregó en su momento a un hombre sensiblemente mayor que ella que, como buena parte de los mexicanos, no solo era desobligado, sino que además se sentía un galán y un seductor irresistible. A fin de cuentas, ¿qué sabía ella en ese entonces de los hombres?

El embarazo precipitado la obligó a abandonar el hogar paterno e inventar la integración de una familia con ese hombre que ya disponía por otros lares de tal condición. El advenimiento de sus dos hijos difirió el encuentro con la realidad, y no fue sino hasta unos años después de su difícil vivencia en la Ciudad de México, que finalmente reconoció que estaba harta de escuchar las falsas promesas de su pareja de enderezar el entuerto y, sobre todo, aceptó que su matrimonio era un invento creado por su gran ilusión de asegurar una verdadera familia para sus hijos. Con resolución e intrepidez, pero sobre todo con admirable entereza y gran valor, concluyó con aquella simulación, se independizó de su presunta pareja y asumió la responsabilidad total de sus hijos, dedicando su vida única y exclusivamente a cumplir con esa misión, para ella sagrada, olvidándose por completo de sí misma, pero también de aquel hombre no precisamente ejemplar que, como gran paradoja y cruel ironía, era un supuesto maestro.

Ya en el auto, rumbo a su casa, Verónica le lanzó el sermón del trayecto:

—Abril, tu hijo mayor es todo un hombre y ya formó felizmente su propia familia. Su inteligencia y humanismo son notables. La verdad es que has sido extraordinariamente eficaz en su formación. Ya lo único que requiere para que concluyas exitosamente tu misión de madre y padre es que tú te alejes físicamente de ellos. Tienes que dejarlos

vivir su vida plenamente. En una casa solo puede haber una señora de la casa. Tienes que entregar la estafeta y permitirles que ellos solos construyan su nueva realidad, su propio núcleo familiar. En cuanto a tu hijo menor, igualmente listo valioso, ya casi está suficientemente grandecito como para volar solo. Desde allá le podrás seguir enviando los recursos que requiera para concluir o complementar su formación. Tendrás un sueldo más que respetable. Aunque lo ideal sería que él trabaje en cuanto pueda para pagar sus estudios, lo hacen muchos jóvenes en México, y eso es parte importante de su formación. Lo has hecho todo bien, Abril, pero ahora que, como yo, inicias la segunda mitad de tu vida de mujer, tienes la obligación de pensar en ti. Te invito a que tú y yo lancemos el grito de independencia, que tomemos con coraje la decisión de jugarnos las expectativas, de arriesgar prácticamente todo para volcarnos en la construcción de nuestros sueños, para atrevernos a lo que muy en el fondo consideramos verdaderamente vivir.

Abril se veía pensativa, casi distraída, pero escuchaba con la mayor atención, manteniendo la mirada fija entre la nada y el trayecto y meditando, en paralelo sobre la prudencia de llevar anclas.

—Por otra parte, Abril, te he dicho en serio lo de montar una clínica de yoga en Milano. Seremos socias; tú impartirás las lecciones y yo me haré cargo de la promoción y la administración. Es más, tú también eres una excelente cocinera; yo nunca he probado algo más exquisito que lo que tú haces. Tus cremas sin crema, tus sopas de verduras, tus quesadillas especiales, tus platillos de pollo ¡*Guau!* Podemos abrir un restaurante muy exclusivo de cocina mexicana, donde tú serías la chef, o si prefieres, podrías asistir a un curso de cocina italiana para montar un restaurante italiano cuando regresemos a México, o las dos cosas. No podemos desperdiciar esta oportunidad especial que se nos está presentando, además de viajar y conocer los rincones de Europa, que es parte de nuestros sueños. Ahí nos están esperando *Milano, Roma, París, Madrid, Londres, Ginebra, Bruselas...* —y al percatarse de que se dibujaba una sonrisa dulce en el rostro de Abril, Verónica continuó con su provocación: —y *Florenia, Verona, Venecia, Capri, Chamonix, Niza, Lisboa...* —y, como la sonrisa de su amiga se hacía cada vez más expresiva al seguir soñando siguió: —y *Granada, Valencia, Sevilla, Toledo, Ámsterdam, Luxemburgo, Budapest, Viena, Berlín, San Petersburgo...* Todas esas ciudades horribles, quietecitas ahí, nomás esperando a que nos dignemos visitarlas... Y todos los galanes de

Europa ansiosos por conocernos...

—¡Ya basta! —gritó Abril, tapándose los oídos con ambas manos—. Eres una bruja —le recriminó y soltó una gran risotada. No podía negar que la obsesionaba la idea de lanzarse a la conquista de Europa. Por fortuna, habían llegado a su casa.

Verónica partió con una sonrisa, pensando en el trayecto que esa gran amistad que ahora las unía se había ido tejiendo a lo largo de solamente tres años. También imaginaba que, a pesar de sus explicables inseguridades, Abril aceptaría el desafío, si bien reconocía que para ella también se trataba de una decisión temeraria. Lo que era indiscutible era que los acontecimientos habían tomado un cauce que nadie hubiese podido predecir.

Capítulo 15.-*Sus amigas y el inicio de las alegrías*

“Si no te gusta el camino por el que vas, empieza a construir uno nuevo”

Dolly Parton

Las reuniones entre las cuatro amigas siempre eran una fiesta. Las cuatro compartían, entusiasmadas, cómo avanzaban sus sueños y celebraban lo que acontecía a cada una en este proceso envolvente, como si fuera propio. Como si cada una de ellas fuera la protagonista principal, que por supuesto, lo eran.

Gracias al gran respaldo de su amiga, Fermina comenzaba a cumplir algunos de sus modestos, pero importantes deseos, que se habían convertido casi en sueños imposibles. Su madre, una mujer encantadora en todos los sentidos, le entregó su juventud y le heredó en vida el departamento en el que ambas vivían, lamentándose siempre de que, con el derecho a la propiedad, también le hubiese legado la responsabilidad de cubrir el saldo aún pendiente de la hipoteca, cuyo servicio tuvo que dejar de atender por un preocupante problema de salud que la obligó a renunciar a un puesto administrativo de 25 años en el Instituto de Antropología e Historia. Por supuesto, lo primero que hizo Fermina, con el gran apoyo que recibió de su amiga, fue liquidar ese saldo amenazante que no le permitía disfrutar plenamente de su vida y de sus crecientes éxitos académicos en la Universidad Autónoma Metropolitana.

Caminaba contenta aquella tarde, tranquila después de asegurarse de que la operación de riñón para su madre finalmente se llevaría a cabo en aquel hospital privado en el que ella verdaderamente confiaba. Con verdadero regocijo, Fermina invitó a cenar a su madre al restaurante que ella consideraba como *“el mejor de México en todos los tiempos”*: el *San Ángel Inn*. Se vistieron elegantemente y llegaron un poco antes para compartir el aperitivo en ese hermoso jardín central que Doña Eulalia soñaba y que, al verlo, no cesaba de elogiar. Cenaron deliciosamente, platillos que sugirió Fermina y que a Doña Eulalia le parecieron absolutamente succulentos, con copas de un más que acep-

table vino español que les sugirió el amable capitán. Pero, sobre todo, conversaron de lo que casi nunca hablaban, con desenfado y encantamiento, envueltas en sonrisas compartidas que no dejaban escapar desde hacía ya un buen tiempo. Fermina le dio a su querida madre un enorme regalo, que debió haberle obsequiado mucho tiempo atrás, el de pedirle que le describiera con todo detalle cómo fueron los tres primeros romances de su vida. "*Con todo detalle*", insistió, cuéntame desde que "*partió la carne y me miró*". El relato fue para ambas una verdadera diversión, aderezado con remembranzas y recuerdos exquisitos, pues el tercero de aquellos romances fue, por supuesto, con su padre. Quizás el momento culminante de esa noche fue cuando Fermina le entregó a su madre las escrituras del departamento. El llanto de ambas, que se mezclaba con besos y abrazos, desbordó aquella noche inolvidable.

Fue otra tarde espléndida cuando, por primera vez en su vida, Fermina destinó cincuenta mil pesos para adquirir prendas de vestir y accesorios caprichosos con los que siempre había soñado. Volvió a inscribirse en sus lecciones de piano, abandonadas hacía más de cinco años, y se registró, por primera vez, en el diplomado de historia del arte que consideraba otro de sus sueños imposibles. Se compró un auto, austero pero lindo, y finalmente cumplió una promesa olvidada, llevando a su madre y a su hermana a conocer Cancún.

No resultó fácil para Virginia convencer a Luis Antonio, su marido, de aceptar el respaldo económico de su amiga Verónica.

—De ninguna manera —argumentó de inmediato—. Saldremos adelante poco a poco, pero con nuestro propio esfuerzo. Yo soy de la opinión de que deberías devolver ese dinero, con nuestro profundo agradecimiento, por supuesto, pues ha sido un gran detalle, no puedo negarlo. Me imagino que para ti no será fácil; no quieres lastimarla. Discúlpame, mi Virgi, pero si lo aceptáramos, me sentiría como uno de esos aprendices de "*fifi*" mantenidos, que tanto desprecio y que prefieren ignorar de dónde viene el dinero con tal de tenerlo.

—Tienes toda la razón, mi amor. Ya encontraré la manera de devolverle el dinero sin lastimarla demasiado. Creo que me limité a pensar que ese dinero podría servirnos para finalmente construir ese taller mecánico que tanto anhelamos, y no consideré las demás implicaciones. Tienes que disculparme, tú sabes bien que en eso de la autonomía

y la independencia pensamos exactamente igual.

—Por supuesto, mi amor. Por cierto, estuve hoy en la organización de microfinanzas que me recomendó mi primo Ignacio, justo para averiguar sobre el eventual préstamo para el taller.

—¡Cierto! Te habían dado la cita para hoy —afirmó Fermina—. ¿Cómo resultó?

—Pues ahora sí que más o menos —respondió—. Lo más es que las garantías inmobiliarias que nos piden no son como las que requieren los bancos, con un avalúo hecho por ellos y con una relación de valor de 2 a 1 sobre el importe del préstamo. En el caso de estas organizaciones, podremos encargarnos del avalúo al despacho formal que queramos y la relación de valor es de 1.4 a 1. Ahora, lo menos es que la tasa de interés real que nos aplicarían sería de alrededor del 90%, es decir, más del doble de lo que pretende el banco.

—¡Qué bárbaros! —exclamó Virginia—. Todos son unos agiotistas, unos usureros, con la complicidad del gobierno, por supuesto. Cuánta demagogia, cuánta simulación. La verdad es que, en México, impulsar los pequeños negocios jamás les ha interesado de verdad a los gobiernos y a los políticos de todos los partidos... Oye, Luis Antonio, ¿y si aceptamos el dinero de Verónica, pero como un préstamo que le iremos pagando conforme vayamos pudiendo, tal vez muy rápido? Podríamos incluso aplicar la misma tasa de interés que ella recibiría si ese dinero lo tuviera invertido en un banco. Ella misma nos dijo que era del 11%.

Luis Antonio se quedó reflexionando con especial interés en la sugerencia de Fermina, y preguntó:

—¿Tú crees que ella aceptaría?

—Pues si estaba dispuesta a regalarlo, yo creo que sí, con gusto —respondió Fermina con una tenue sonrisa.

—Por supuesto que haríamos un contrato y yo le firmaría unos pagarés; e incluso podríamos dejarle el departamento en garantía, si eso le da mayor seguridad —agregó Luis Antonio.

—Eso sí, no creo que acepte, yo la conozco, pero déjame plantearle eso, que lo piense y después que nos decida. Por lo pronto, yo mañana mismo le devuelvo el dinero.

—Mejor espérate a que nos diga qué piensa de nuestra propuesta; a lo mejor ya no sería necesario. Yo digo para no traer ese dinero de aquí para allá.

—Pues sí, verdad —exclamó ella.

—Pues sí —replicó él—. Por lo pronto, vámonos a dormir —agregó.

—Pues vámonos —respondió ella.

Abril debatía consigo misma sobre la prudencia de llevar anclas. *»Yo nunca he hecho una cosa más importante que soñar«* se decía. Ella era, en realidad, una extraordinaria instructora de yoga; esa era la opinión invariable de sus alumnas de todo tipo de edades, estratos y experiencias. Había ido construyendo esa destreza poco a poco, capturando los secretos de todas las maestras que ella tuvo y con las que conservaba, por cierto, una valiosa amistad. Temía, sin embargo, no estar a la altura de lo que se esperaba de ella en un país como Italia. Así que, una vez que sospechó que su decisión sería aceptar la propuesta de Verónica, se dedicó con la mayor intensidad posible a fortalecer su preparación y obtener el reconocimiento de una certificación con prestigio internacional, la cual finalmente obtuvo como resultado de un arduo trabajo y un especial esfuerzo.

Abril y Verónica acordaron reunirse a las tres de la tarde para comer en el Maralunga, un pequeño restaurante italiano de su preferencia, en San Jerónimo, y con una puntualidad británica ambas hicieron su simultánea aparición a las tres en punto de la tarde.

—Ni un minuto antes —destacó Verónica.

—Ni un minuto después —concluyó Abril.

—Creo que lo conducente será pedir una copa de Prosecco como aperitivo, ¿no te parece? —preguntó Verónica y ordenó al amable mesero.

—De acuerdo —respondió Abril, y dirigiéndose ya al camarero, agregó: —aunque yo lo tomaré como 'Spritz', así que a mi Prosecco le agrega, por favor, un poco de Aperol.

Verónica abordó de inmediato el tema principal después de chocar sus copas y brindar por Italia y México.

—Bueno, querida amiga, ¿y cómo ha resultado tu proceso deliberativo de profunda reflexión? ¿Qué opinan tus hijos?

—Pues el mayor —comentó Abril— ya me amenazó con retirarme el habla si rechazo tu propuesta, y el menor me informó que, independientemente de lo que yo decida, dentro de seis meses, cuando él y su novia concluirán su formación académica y trabajen tiempo completo, se irán a vivir juntos. Me dejaron claro que están a punto de no demandar mucho de mí, lo cual me entristece y me alegra, porque de eso se trataba ¿no? De ayudarles a que se prepararan para volar solos.

De lo que ahora realmente se trataba, en última instancia, era de optar entre vivir su propia vida o gravitar alrededor de las de sus hijos. Recordaba aquella reflexión del escritor portugués Fernando Pessoa: “*La duda es la certeza de no tener la certeza de esta seguro*”. Ella no estaba segura, sin embargo, había tomado una decisión.

Lo he pensado con muchísimo detenimiento; estoy consciente de que se trata de cambiar nuestras vidas, de vivir una nueva etapa. Se han disipado las dudas, los temores se han desvanecido y, pues aquí me tienes, querida amiga, dispuesta a ser tu cómplice, a aceptar tus locuras y lanzarnos a navegar por mares desconocidos e inciertos para conquistar esa Europa misteriosa y desafiante y construir la segunda etapa de nuestras vidas. Lo que sí es que yo creo que debo devolverte los recursos que me transferiste, ya que tendrás que apoyarme con los gastos del viaje y los recursos de arranque, pues no hay de otra, pero habré de buscar un trabajo de inmediato. Además, no me sentía muy bien de que me compartieras parte de los recursos que con tanto cariño y dedicación te dejó tu padre.

—¡Pero de veras que estás bien *mensita*! —exclamó Verónica—. ¿De dónde sacas que te comparto parte de los recursos que me dejó mi adorado padre? De ninguna manera, esos recursos son sagrados y son exclusivamente míos, Ya te dije que tan solo estás ayudándome a gastar lo antes posible los dineros que le quitamos a mi ilustre exmarido.

—¡Ah, no! Pues así, pues sí —exclamó Abril sonriendo—. Creo que te ayudaré a deshacerte de ellos a la mayor brevedad posible.

Y las dos soltaron sus carcajadas envolventes y contagiosas.

—¿Cuándo partimos? —preguntó Abril.

—En quince días —precisó Verónica—, directo a París, donde permaneceremos dos semanas para calentar motores. Ya te envié tu boleto por correo. Si para ti está bien, salimos el próximo 10 de julio a las 10 de la mañana, justo para llegar a tiempo de

celebrar el 14, el Día de la Bastilla, la fiesta nacional de Francia. Ese París que ni tú ni yo conocemos y que nos vamos a devorar.

Capítulo 16.- El preámbulo

"La valentía no siempre ruge; a veces es la voz suave al final del día que dice: mañana lo volveré a intentar".

Mary Anne Radmacher

Durante los dos meses que transcurrieron entre la boda de su hija Karina y la partida hacia Italia, Verónica se concentró en acelerar su aprendizaje del italiano y del inglés británico, una iniciativa a la que se sumó Abril con particular entusiasmo; además, ambas decidieron sumergirse en la lectura intensiva de libros sobre la historia y la vida en Europa y entretenerse con los videos sobre las principales ciudades. Verónica, por su parte, procedió a deshacerse de todos los objetos inútiles que había acumulado durante los últimos veinticinco años. Vendió todo lo que debía venderse, regaló todo lo que debería regalarse y tiró todo lo que debía tirarse. Al menos una vez por semana "las cuatro alegres comadres" se reunían en casa de Verónica para compartir el avance de sus nuevos planes de vida.

Fernando, que no era precisamente un caballero andante, en cambio, no perdió ni un instante la esperanza de disuadirla de lo que él consideraba una auténtica locura, recurriendo a todo tipo de subterfugios para persuadirla de rectificar su decisión. Como todo buen ególatra, creía firmemente que ella todavía lo adoraba y que la culpa y explicación de todo se encontraba en ese absurdo viaje a Europa que jamás debió haber aceptado y en la influencia nociva de sus intrusas amigas "pobres", como él las denominaba, que, presas de su envidia, habían orquestado una verdadera conjura para empujarla a cometer tan infundado desvarío.

Tratando de convencerla, comenzó el ataque buscando despertar al fantasma de los celos, así que con locuaz charlatanería y alardeando como siempre, se dedicó a mostrarse por todos los lugares conocidos por ambos en compañía de mujeres jóvenes y guapas, algunas de ellas deslumbrantes y con gran prestancia. Hizo de todo, desde lo

más burdo hasta lo más rebuscado, tratando de eludir o al menos retrasar lo inevitable. Sin embargo, el grado de su frustración daba a su semblante una expresión sombría. Ya casi doblegado, recurrió a todo tipo de artimañas. Incluso, como un indicio de su desesperación, convenció a Priscila y Stephanie para que intercedieran con ella y la persuadieran de *“la magnitud de su estupidez”* y *“el alcance de su desvarío”*. Fueron diversos los intentos de ellas de reunirse con Verónica, todos rechazados, hasta un día en que las dos se estacionaron en su casa, argumentando que no se irían hasta hablar con ella.

Catalina, su muchacha, le anunció a Verónica que las señoras Priscila y Stephanie habían llegado, que se habían metido casi a la fuerza y ahora esperaban en el sofá de la sala. Verónica descendió la escalera armada de paciencia y, con toda tranquilidad se sentó en el sillón principal sin decirles nada, ni siquiera responder a los saludos; cruzó la pierna y se dispuso a escucharlas, solo alertándose a sí misma: *»Bienvenida, Verónica, al mundo de la intriga y los aspavientos «*

—¡No puedo creerlo! —comenzó diciendo Priscila—. Eres la mujer más afortunada del planeta y, sin embargo, te atreves a rechazar al mejor partido de todo México: riquísimo, apuesto, divertido, generoso, gallardo. No te muestro las fotografías de las mujeres jóvenes que ahora andan revoloteando a su alrededor, porque te morirías de los celos; unas verdaderas modelos. —Hablaba mientras trataba apresuradamente de localizar unas fotos en su teléfono.

Verónica permanecía impávida, magnífica en su silencio y con una expresión un tanto vaga e imperturbable. Encerrada en un obstinado mutismo, las dejaba hablar, mientras pensaba que algunas mujeres se vuelven cada vez más meros objetos decorativos y desechables.

—Todos y todas en el club estamos sorprendidas y atónitas —exclamó Stephanie—. Si no rectificas a la mayor brevedad, lo vas a perder para siempre y te aseguro que te arrepentirás toda la vida. Si lo que quieres es que corrija algo, pues nosotras podemos hablar con él e insinuarle la conveniencia de hacer algunos cambios leves... Catalina, prepáreme un whisky con soda —le ordenó a la muchacha, que se acercó a comunicarle a Verónica que ya había llegado su abogado.

Verónica se puso de pie y exclamó:

—No es necesario, Cata, las señoras ya están por irse. —Y dirigiéndose a las dos

encomenderas, les lanzó aquel proyectil esclarecedor y definitivo:

—Pues yo no pienso lo mismo; para mí se trata de un ser despreciable, repugnante, presuntuoso y vacío, y es por ello qué he decidido alejarme de él y de todo lo que con él se relacione, incluyendo a sus más íntimos amigos y amigas, a quienes espero no volver a ver en mi vida. Si a ustedes les parece todo eso que me dicen, pues se los regalo; pueden hacer con él lo que les dé la gana. Buenas tardes y hasta nunca.

—Catalina —instruyó mientras se dirigía al estudio—, acompaña a las señoras a la puerta.

Y así, las dos intercesoras de Fernando emprendieron la retirada, envueltas en un velo de indignación y rencilla, desapareciendo para siempre de la vida de Verónica, no sin antes reiterar ambas:

—Te vas a arrepentir.

El eco de aquella aseveración se desvaneció poco a poco hasta desaparecer también para siempre.

Días después, Verónica fue informada de que Fernando seguía dándole vueltas a la firma del acuerdo de divorcio y a los contratos de compraventa de las casas de Ciudad de México y de Avándaro, en Valle de Bravo, así que procedió a enviar un mensaje telefónico, con el siguiente texto:

»Si para el próximo jueves 7 no has devuelto firmados el Acuerdo de Divorcio y los contratos de compraventa de las casas, el viernes 8 enviaré los primeros documentos en mi posesión a don Armando González Guerra, Director de la Unidad de Inteligencia Financiera de la SHCP, y así, cada tres días, haré lo mismo con los subsecuentes, pero enviando copia a los demás que seguramente tendrán un gran interés en conocerlos«

Como era de inferirse, la víspera de su salida, el abogado de Verónica recibió los documentos debidamente firmados por Fernando, quien, al recibir el reporte detallado, sin omitir ni una sola de las palabras de Verónica, del estruendoso fracaso de sus intercesoras en sus diligencias para sacar las castañas del fuego, se levantó con un toque demoníaco y tal violencia que provocó que su silla callera al suelo con gran estrépito. En ese preciso instante decidió que no volvería a verla ni extrañarla jamás. La verdad es que hubiera preferido injuriarla, pero se temía que esa oportunidad no se la iban a conceder. A Fernando le trastornaba profundamente cualquier rechazo y no había duda de que

éste era mayúsculo. Las siguientes dos semanas se la pasó confinado en el despacho de un humor inaguantable, revisando con mayor cuidado cada uno de sus documentos secretos. Nadie que los conocía volvió a mencionar el nombre de Verónica en su presencia. Parecía como si se la hubiera llevado el viento.

Capítulo 17.- *El inicio de la aventura*

"La vida es lo que hacemos de ella"

Fernando Pessoa

Y como sucede con todas las fechas previstas, el esperado 10 de julio se presentó como un buen día, soleado, como para dejarles claro que nunca deberían olvidar lo que estaban dejando atrás, aunque solo fuera por un cierto tiempo. Verónica partía desilusionada y cansada de esa primera etapa de su vida y, sobre todo, de las vicisitudes de la "sociedad mexicana" o más bien de esa comunidad falsa e intrascendente con la que la adversidad y las circunstancias la obligaron a convivir. Abril, en cambio, partía entusiasmada y nerviosa, y no le resultó fácil despedirse, por la ventanilla del avión, de aquella ciudad que, a pesar de todo, adoraba. Era la primera vez que viajaba fuera de su México lindo y querido y ya lo extrañaba. Después de chocar sus copas de champagne, Verónica le dijo a Abril:

—No sabes qué bien me siento de qué anoche, en la cena de despedida, nos contaran Fermina y Virginia lo que han venido haciendo con el apoyo que les dimos. Yo no sabía que el dinero podría servir para algo tan extraordinariamente importante. Me ha quedado muy claro que su verdadero valor depende de quién lo gasta y en qué se gasta. Ha sido tan bien utilizado en el caso de las dos, que me siento tan contenta, como jamás lo hubiera imaginado. Nos hacen partícipes de su entusiasmo y de su buen ánimo. Yo sé que a Fermina no le hace la mínima ilusión visitar Cancún; le "cae gordo", me lo confesó alguna vez, ella es más de Guanajuato o Morelia, pero no dudó ni por un instante, lo importante era agradar a su madre y a su hermana. Se pudo haber comprado un auto del año y más grande, pero prefirió algo más modesto, menos ostentoso.

—Qué bueno que va a estudiar lo que tanto deseaba y que va a poder operar a su madre donde ella quería, donde tiene confianza —añadió Abril—. Definitivamente Fermina es una mujer que vale mucho.

—¿Y qué te parece la calidad de hombre del tal Luis Antonio, el marido de Virginia?— Insistió Verónica—. Únicamente aceptó el dinero si lo cambiábamos de obsequio a préstamo, y con intereses. Pretendía incluso darme las escrituras de su departamento en garantía, Eso sí, por supuesto no lo permití. ¡Qué gran tipo! Y ella todavía mejor. En el caso de aquellos y aquellas con los que yo he convivido casi toda mi vida, todos, sin excepción, harían cualquier cosa por lograr justo lo contrario, que los préstamos se los convirtieran en obsequios.

—También a ellos les has ayudado a cumplir un gran sueño. Estoy segura de que van a triunfar y, desde luego, también lo estoy de que te van a devolver todo el dinero —comentó Abril.

—Y tú también, no te hagas la mosquita muerta, qué buen empujoncito les has de haber dado a tus bebés —y soltó una carcajada.

—Fue el último empujoncito —aceptó Abril sonriendo, sacudió la cabeza y volvió a brindar.

Conversaron de todo durante el viaje, de sus vidas, de sus padres, de sus hijos y también de las fichitas que les tocaron de parejas, pero sobre todo de sus planes y proyectos futuros. Cenaron muy rico, vieron la misma película en sus pantallas y después, medio exhaustas, trataron de dormir. Pudieron poco, pero lo que sí pudieron mucho fue continuar soñando. Buena parte de lo que restaba del trayecto se la pasó Verónica recordando aquella cena con su gran amigo en Londres, mientras Abril dormitaba envuelta en un silencio perezoso.

Las dos se despertaron súbitamente al escuchar la voz del capitán que decía:

"Mesdames et Messsieurs, buen día, estamos por servir el desayuno que esperamos sea de su agrado. Estimamos arribar al aeropuerto Charles de Gaulle en 2 horas y 15 minutos." Como todo lo nuevo, aquel descenso era a la vez incitante e inquietante. Era como desembarcar en una isla encantada, con el vértigo dulce y aterrador de ser libres. Era un gran momento, más que un punto de llegada era un punto de partida. Con incitante expectación, se tomaron de una mano, se miraron fijamente y ávidas de emociones, dibujaron una sonrisa cómplice que claramente significaba: *"Hemos quemado las naves y, con gran enjundia, habrá que estar muy atentas al devenir de los acontecimientos."*

Capítulo 18.- Y por fin, París

*“Aunque nadie puede volver atrás y lograr un nuevo comienzo,
cualquiera puede empezar ahora y lograr un nuevo final”*

Carl Bard

Estaban ambas sorprendidas con el Aeropuerto Charles de Gaulle, que no fue realmente nada comparado con el tremendo impacto que les causó a ambas ese primer encuentro con esa ciudad considerada por muchos como la más hermosa del mundo. Su capacidad de asombro era puesta a prueba una y otra vez, conforme se topaban con una calle, una avenida, un palacio, un puente, una iglesia, un monumento, una fuente, y cualquier otra manifestación creativa de esa impresionante y mágica ciudad llamada París.

El primer monumento soberbio e impactante con el que se toparon directamente fue nada menos que *el Arco del Triunfo*, el más célebre del mundo, construido por Napoleón Bonaparte para conmemorar su triunfo en la batalla de Austerlitz.

—¡Impresionante! —exclamó Abril, mientras Verónica contemplaba con la boca abierta. Se prometieron volver expresamente para apreciar aquella obra maestra, con todo detalle. Lo habían visto infinidad de veces en fotografía, en video, en el cine, pero verlo y sentirlo en vivo era una experiencia totalmente diferente. Súbitamente, el taxi las adentraba en la famosa Avenida de los *Campos Elíseos* y ellas brincaban de una ventana a otra para admirar esas portentosas edificaciones.

—Esta avenida es como la puerta de entrada a la historia de Europa —exclamó Abril.

Y su sorpresa estalló aún más cuando llegaron a la *Plaza de la Concordia*, donde sus cabezas giraban como embrujadas por la magia de París, tratando de mirarlo todo para que no se les escapara nada: *el Louvre*, *el Obelisco de Luxor*, *el Hotel Crillon*, *el Jeu de Paume*, *la Asamblea*, *la Fuente de las Mers*. Una vista insólita, un espacio abierto inigualable en pleno corazón de la ciudad. Esa prodigiosa coexistencia de contrastes. Abril

dejaba pasear su mirada frenéticamente hacia todos lados y en dirección a todo y a ninguna parte ante los resplandores de una tarde eterna.

—Qué ganas, Verónica, de visitar todos estos maravillosos lugares, pero me temo que tendremos que ir primero al hotel y cambiarnos, pues no creo que con semejantes andrajos nos dejen entrar —propuso Abril.

Verónica había decidido, en un desplante, que se alojarían en uno de los mejores hoteles de París, justo a la altura de su cometido, y casi al azar, atinadamente escogió uno de los más exclusivos y bellos de la ciudad: *El Maurice*, un hotel no muy grande, pero sí majestuoso, con estatus de palacio y 200 años de historia, la expresión del esplendor francés, donde alguna vez se alojó la Reina Victoria de Inglaterra, se casó Picasso y vivió un tiempo Salvador Dalí; quizás el hotel más refinado de toda Francia.

Fueron dos semanas verdaderamente impactantes, al cruzar cada uno de esos magníficos puentes, caminar por la madrugada por ese hermoso entramado de callejuelas, que las transportaban a otras épocas, a otros tiempos; algunas tardes para conversar en las terrazas de esos cafés melancólicos mientras se dejaban envolver por la magia de esa metrópoli, mirando a esos parisinos, un poco atractivos, un poco cínicos, pero sin duda interesantes y elegantes con cualquier atuendo. Cuánta razón tenía Carlos Fuentes cuando calificó a París como un “museo al aire libre”

Navegar por el Sena y sorprenderse después ante las maravillas pictóricas y escultóricas del *Museo del Louvre*, obras tales como la *Venus de Milo*, *La Gioconda* de Leonardo da Vinci y la *Victoria Alada* de Samotracia; así como las maravillosas pinturas de *Modigliani* y *Cézanne* en *L'Orangerie* y, sobre todo los lienzos murales del Ciclo de las Nenífares, obra cumbre de Claude *Monet*, cuya creación le absorbió las últimas tres décadas de su vida y que ha sido calificada como “la Capilla Sixtina del Impresionismo”. Ya no digamos del *Musée d'Orsay*, con las creaciones del propio Monet, así como de *Manet*, *Renoir*, *Van Gogh*, *Courbet*, *Degas*, *Gauguin*, *Morisot*, *Matisse*, y otros tantos genios del impresionismo. Atardeceres para maravillarse en la *Torre Eiffel*, la *Basílica del Sagrado Corazón*, la *Catedral de Notre Dame*, la *Mairie de París*, el *Palais de Justice* y tantos otros... Por momentos, todo les parecía inverosímil; aquello era un sueño. Una sacudida del alma frente a un estupor tan sublime y frecuente.

Largas noches para beber champagne y deleitarse con los más deliciosos platillos

en restaurantes desbordantes de elegancia, de historia, de personalidad y buen gusto: *L'Épicure*, *La Tour d'Argent*, *La Coupole*, *Le Grand Bouffeur*, *Le Vaguenende*, y no se diga de los pequeños restaurantes de Saint-Germain-des-Près... Una visita relámpago al Mercado de las Pulgas donde ambas se maravillaron con las antigüedades y reparaban en cualquier pequeñez, y una caminata nocturna por el barrio de Montmartre, donde es durante las noches que el día se entrega más al bullicio.

El 14 de julio, día nacional de Francia en que los franceses celebran el aniversario de la Toma de la Bastilla resultó ser una fiesta popular extraordinaria. Verónica y Abril asistieron emocionadas con buena antelación a la Plaza del Trocadero con el fin de presenciar el gran espectáculo de fuegos artificiales de la Torre Eiffel, sin lugar a dudas el más impresionante que ambas jamás hubiesen visto. Después se trasladaron entre el bullicio de los parisinos, al restaurante que desde México había reservado dos meses antes Verónica: *La Boire*, exclusivo, elegante y con un menú de cinco platos absolutamente fuera de serie. Fue toda una experiencia culinaria. Casi por la medianoche pudieron visitar el bar del Buddha Bar, un lugar absolutamente fantástico, con la mejor expresión musical que habían jamás escuchado. El hecho que tenían que reconocer es que es que apenas tenían dos semanas en la Ciudad Luz y ya estaban a punto de volverse locas. Aquella visita a París, tan sorprendente, había despertado en Abril y Verónica el sentido de lo esencial y el regocijo del asombro. Era una ciudad a la que tendrían que volver muy pronto y muchas veces; así se lo prometieron.

Capítulo 19.- *Ma prima di tutto, andiamo a Milano*

"No te rindas, porque cada día es un comienzo nuevo, porque esta es la hora y el mejor momento"

Mario Benedetti

Lo más emocionante de aquel aterrizaje en el aeropuerto de Linate para Verónica, no fue el sentirse nuevamente en Italia, que comenzaba a convertirse en su segunda patria, sino el encontrarse con la sonrisa desbordante de Doña Francesca quien la recibió con un gran abrazo y varios besos, como si fuera la hija ausente que ya no esperaba volver a ver; esa hija que siempre deseó y que nunca tuvo.

"*Bambina mia*", le gritó contenta, "*benvenuta al tuo Milano*". Abril se sorprendió del nivel de italiano que Verónica ya manejaba, como si en efecto fuera una mujer italiana que regresaba a su lugar de origen.

—Ella es Abril", —le indicó a su nueva tía italiana—, "*mia sorella*", a quien Doña Francesca dio un abrazo igualmente caluroso.

Fiorentino, el sobrino de Doña Francesca, les ayudó con las maletas hasta subir al auto y partir rumbo a la ciudad, en particular, a su propia casa donde habrían de alojarse durante los primeros días, tal como se lo había pedido en la conversación telefónica que sostuvieron cuando Verónica, desde París, le anunció su llegada. El poco italiano que Abril había aprendido en el curso intensivo de dos meses, antes de partir, le permitió comprender lo sustancial de la conversación del trayecto.

Mientras que en el asiento trasero conversaban con gran fluidez Verónica y Doña Francesca, Abril bombardeaba a Fiorentino con preguntas, siguiendo al pie de la letra las recomendaciones de su instructor, quien le había dicho: »Tú debes hablar italiano aunque no entiendas nada. Si no conoces una palabra, dila en español con acento italiano y mueve las manos. Verás que te harás entender «

Y ocurrió tal cual. Debe reconocerse que Abril estaba decidida a integrarse a Italia, y apenas se instalaron en casa de Doña Francesca, se inscribió casi inmediatamente en cursos intensivos de italiano y de inglés británico, como le había recomendado Verónica.

La estancia, que se extendió un mes, en casa de Doña Francesca fue extraordinariamente útil para que las dos comenzaran con firmeza su conquista de Milano. Encontraron un piso pequeño pero muy lindo en Vía San Paolo, en un edificio antiguo recientemente modernizado, a cinco minutos caminando del Duomo o de la Scala di Milano y a 18 minutos en auto del Istituto Europeo di Design S.p.A., donde iba a estudiar Verónica.

Las clases dieron comienzo y Verónica se presentó al IED tremendamente emocionada, nerviosa como una colegiala que ingresaba por primera vez a la universidad, como debió haber acaecido de no haberse presentado en su vida aquel canalla. Un encuentro que se había diferido 30 años. Finalmente había llegado el momento de desplegar aquel talento truncado. Las modernas instalaciones no fueron ya una sorpresa, pero sí lo fue, y muy grata, la presencia de jóvenes compañeras de diversas edades de países tan cercanos como Francia, Inglaterra, España, Austria, Bélgica y Alemania y otros tan lejanos y distantes como Rusia, China, Kenia, Corea, Japón y Libia. Se iniciaba la convivencia más interesante de su vida.

Entablar amistad con cada uno de ellos fue una experiencia fascinante. Conforme los conocía más a fondo, a ellos y ellas, no podía dejar de compararlos con aquellas mujeres y hombres vacíos y superficiales con los que las circunstancias la obligaron a convivir en su país. Hubo una sola excepción: un joven italiano llamado Stefano Antolini, que, cuando le hablaba o mencionaba algo de ella con sus compañeras, se percibía un tono extraño, mezcla de burla e ironía. Probablemente ella o los mexicanos no le simpatizaban; lo que sí era indudable es que Verónica lo encontraba francamente antipático.

Los cursos se impartieron en el idioma de Shakespeare y, de esa manera, Verónica fue fortaleciendo ese inglés británico en el que profundizaba cada vez más desde su inolvidable visita a la capital de la Gran Bretaña, a la par del dominio del italiano que avanzaba aceleradamente.

Volver a considerar el diseño como su gran pasión fue para Verónica una motivación primordial para vivir, para luchar, para avanzar en la construcción de sus sueños. Programar para el mediano plazo se convirtió, por primera vez en su vida adulta, en algo

fundamental y, por lo tanto, formarse para convertir en realidad esos sueños le dio un nuevo sentido a su vida presente. Verónica aprendía en el Instituto con un apetito voraz; se sintió como si mágicamente continuara aquel proceso de realización, truncado a los diecisiete años con la aparición de Fernando en su vida. 30 años después, reanudaba aquella lucha para trascender y ser ella. Había mucho que recuperar, se decía. Su creatividad se despertaba nuevamente para lanzarse a innovar y a derribar todas las barreras que se le presentaran. Por primera vez en su vida, era la dueña de sí misma y de sus actos, y estaba contenta.

Abril construía su propio sueño por separado. Se divertía intensamente y también aprendía de todo. Es cierto que se sentía presionada y con urgencia porque quería desvincularse lo antes posible de la dependencia económica de Verónica, a pesar de que ella le insistía constantemente que no era su dinero el que gastaba, sino aquel recurso ganado inmerecidamente por su exmarido y que ella había podido arrebatarse para impedir que continuara gastándolo en tantas estupideces y sin sentido alguno.

Abril controlaba esa presión, si bien la sentía, convencida de que no debía precipitarse y permitir que se afectara su proceso de independencia. Tenía la certeza de que ella era una muy buena instructora de yoga, pero aún conservaba esa desconfianza en sí misma y esa baja autoestima que le había heredado un amor apresurado con un hombre que confió poco en ella. No estaba segura de cuál era su nivel profesional en Italia, así que había decidido que se iniciaría como alumna en algún gimnasio de yoga.

Fiorentino, el sobrino de Doña Francesca, era un joven dinámico, siempre presto a tomar la iniciativa con entusiasmo y, en ocasiones, divertido y saleroso; también era un perspicaz milanés que sabía todo sobre su ciudad y le ayudó a investigar, seleccionar y registrarse en un reconocido gimnasio donde se impartían clases de yoga diariamente: el *Muzza Gym Milano*, localizado en *Piazza Cordusio*, a quince minutos de su nueva casa en bicicleta, que durante los primeros tres meses se convirtió en el principal vehículo de transporte de Abril, hasta que adquirió una motoneta Vespa de las antiguas. Las principales lecciones de yoga las impartía la propietaria del gimnasio, Daniela Muzzarelli, una excelente instructora nacida en Bolonia y radicada en Milano desde hacía diez años, quien el mismo día se percató de las habilidades especiales de Abril y, después de la tercera sesión, la invitó a tomar un café en un bar cercano.

—¿Qué haces tú en mi clase, Abril?" —le preguntó—. Es evidente que estás mucho más avanzada. Tu destreza es evidente. Creo que más bien deberías impartir tú las clases en lugar de tomarlas". Abril se sonrió y replicó:

No lo creo, eres una magnífica maestra. Yo he aprendido mucho de ti en estos tres días".

—Te quiero pedir un favor", —agregó Daniela—. El próximo viernes yo no podré asistir por una cuestión personal. Iba a cancelar la sesión y ofrecer una disculpa a las asistentes, pero también les puedo decir que yo te he pedido que me sustituyas en esta ocasión. Estoy segura de que les darás una excelente lección.

—¿Estás segura Daniela? Yo impartía clases en México, pero estamos en Italia, aquí es otro nivel.

—Por supuesto que estoy segura", —respondió Daniela—. No debes subestimarte. Una buena maestra de yoga debe, antes que nada, convencerse a sí misma de que es la mejor de todas.

La recomendación cimbró a Abril, quien se había prometido a sí misma que de ahora en adelante no volvería a dudar de sus capacidades. Ella supo siempre que uno de los grandes obstáculos que tendría que superar para salir airoso de esa aventura era la falta de confianza en sí misma y el bajo nivel de autoestima, así que, recordando las palabras de su hijo mayor al despedirla "*No te olvides jamás madre, que el que es perico donde quiera es verde*", se armó de valor y, sin mayor reticencia, le afirmó:—Pues si tú crees en mí, yo acepto, —concluyó Abril con firmeza.

Continuaron conversando por casi dos horas más sobre muy diversos temas, contándose ambas algunos pasajes de sus vidas. Se iniciaba así, con muchas risas, una nueva amistad que iba a durar para siempre.

La sesión de Abril fue todo un éxito y vino a confirmar las predicciones favorables de Daniela. Las propias alumnas se lo confirmaron. Durante las semanas siguientes la sustitución se repitió en tres ocasiones, cada vez con mejores resultados y siempre con un pago más que respetable.

Comían las dos en un mágico jardín de invierno de un espléndido restaurante cercano a la Scala di Milano llamado *Locanda alla Scala*, cuando Daniela le platicó:

—Sabes, Abril, desde hace ya dos años imparto clases en el Sporting Club di Mi-

lano Due, un extraordinario club deportivo, quizás el mejor de la ciudad, con el más moderno equipamiento, una magnífica alberca olímpica, las mejores canchas de tenis, un restaurante excelso y un ambiente general muy agradable. Se trata de un complejo residencial soberbio, construido en los setenta por Silvio Berlusconi. En su momento fue el concepto habitacional más avanzado de Europa y como el mantenimiento y la modernización han sido constantes, continúa figurando como uno de los mejores del mundo; jardines muy bellos, puentes, tiendas de lo mejor, escuelas de primera; encuentras de todo, y quienes ahí viven pasan semanas sin salir de ahí de ese paraíso. Como te puedes imaginar, yo estoy muy contenta, y no solo porque los honorarios son generosos y los compañeros encantadores, sino porque al trabajar ahí te conviertes automáticamente y gratuitamente en socio permanente del club.

—¡Vaya que eres una suertuda! —exclamó Abril— Me das todos los detalles para provocar mi envidia, ¿Verdad?

—Pues no precisamente, aunque creo que sí para provocarte. Sucede que los directivos del club me han pedido que organice e imparta unas lecciones de yoga para niños y niñas. Y yo nunca he enseñado a niños. ¿No tendrás tú un programa de yoga para niños?

—Pues, casualmente, sí. En México diseñé y puse en práctica un programa especial para niños. La verdad es que me fue muy bien. Los padres estaban muy satisfechos, pues les ayudaba a reducir el estrés y a disminuir su dependencia del Internet, o más bien del smartphone. Con mucho gusto te lo paso.

—¡No! Déjame explicarte. Como lo puedes suponer, no es fácil encontrar un departamento disponible para renta en Milano Due; casi todo es para venta, si bien la verdad es que yo ni siquiera he pensado en ello, pues vivo con mi familia justo en el rumbo opuesto de la ciudad, en un edificio de departamentos muy lindo y muy cercano a la empresa de mi marido, quien aborrece el tráfico de la ciudad. Él no aceptaría cambiarse por nada del mundo. Por otra parte, yo ya no quiero alejarme otros días más de mi familia. Más bien te preguntaba si a ti te resulta atractivo impartir esas clases. Pagan muy muy bien y, como te digo, todos son muy amables. Además, yo estoy a más de una hora de tráfico, pero tu casa está mucho más cercana; tal vez te lleve entre 20 y 30 minutos. Me dijeron qué si yo no podía, les buscara a alguien que sí pudiera y tuviera la capacidad. Tú

eres la maestra más idónea que podría encontrar. Si estás de acuerdo, seguro te contratarán.

Abril juntó sus manos y las llevó a su frente, cerrando los ojos. Dio un gran suspiro y le respondió:

—Querida amiga, tú no haces más que darme sorpresas gratas. Mi sueño siempre ha sido impartir lecciones de yoga para niños y niñas. Eres como un hada madrina, "*mi hada madrina*". —y soltó una carcajada—. Por supuesto que, si se confirmara la oportunidad, yo aceptaría. Justo comenzaba ya a buscar trabajo. Cualquiera que sea el resultado, te lo agradezco encarecidamente.

—¡Bravo! —exclamó Daniela—. Justo cuando el mesero se aproximaba para preguntarles si querían algo más, ella volteó y le ordenó: —*Due bicchieri di champagne, per favore*". Tenemos que brindar.

Capítulo 20.- *La conferencia en París*

*“La mayor aventura en la que te puedes embarcar
consiste en vivir la vida de tus sueños”*

Oprah Winfrey

Verónica se enteró de que el siguiente jueves el joven diseñador de modas francés Simon Porte Jacquemus daría en París una conferencia sobre “Los desafíos del diseño en el siglo XXI”. Ella lo consideraba el profesional más valioso e innovador de Europa en el campo del diseño de moda y, al parecer, el único que mostraba interés por promover un vínculo de esa disciplina con la realidad social. Así que decidió volar a París para asistir al importante evento. Lamentablemente, Abril no podría acompañarla, pues no había cumplido ni un mes en el trabajo. Jacqueline Dubois, su nueva amiga francesa y compañera del Instituto, le había insistido en que utilizara su departamento y su auto, que permanecía estacionado en París. Verónica aceptó su ofrecimiento del auto, pero no del piso, porque no quería trabajar en absoluto y sí disponer de las comodidades de un hotel. En esta ocasión, se alojó en un pequeño hotel en Saint-Germain des-Près: el Saint André des Arts.

Verónica no quería perderse una sola palabra de la conferencia, así que programó arribar con la razonable antelación, y así lo hizo; sin embargo, al llegar, se topó con una larga fila de automóviles tratando de acceder a la puerta del famoso *Hotel Crillon* en la Place de la Concorde, en uno de cuyos salones habría de llevarse a cabo el prometedor evento.

Después de quince minutos de lento avance, Verónica se desesperó y, a pesar de las recomendaciones de que, aun tratándose de París, siempre era aconsejable guardar en un estacionamiento el BMW plateado que Jacqueline, su nueva amiga del Instituto, le había prestado, y, no obstante que su decisión implicaba colocar en posición de riesgo al que estaba convirtiéndose en su más íntimo, atento y discreto confidente en esa

ciudad, era tal su interés de escuchar la conferencia desde su principio, que se desvió de la fila y se lanzó en forma precipitada en busca de un espacio en algunas de las calles aledañas, mismo que encontró con verdadera sorpresa en menos de cinco minutos, apenas a media calle del hotel.

Entró al famoso y elegante hotel, con atropellada premura, y por error se introdujo en el auditorio principal, en el que era esperada con expectación la conferencia de un prestigiado y polémico corresponsal del diario francés *Le Monde*, que respondía al nombre de JeanPierre Malraux y era nieto de, nada menos que André Malraux, autor de *La Condition Humaine* y Ministro de Cultura de la administración del General de Gaulle. El periodista francés disertaría esa tarde sobre los más actuales y delicados acontecimientos en el conflicto de Irán y su eventual confrontación con los Estados Unidos, ahora comandados por un arrogante multibillonario, propietario de casinos en Las Vegas e impulsor del denigrante concurso de Miss Universo, entre otras virtudes.

La multitud saturaba el auditorio, explicando las serias dificultades que obstaculizaron a Verónica el acceso al servicio de estacionamiento del hotel. Ella se retiró del salón erróneo justo unos minutos antes de que hiciera su aparición el reconocido reportero y penetró al salón correcto justo unos minutos después de que había hecho lo propio el prestigiado diseñador francés.

La conferencia de Simon Porte Jacquemus fue verdaderamente magistral, según Verónica. Le fascinó su argumentación de que el diseño de modas podía tener una dimensión social y no tenía por qué necesariamente orientarse a satisfacer los caprichos de las élites del mundo. La disertación fue más que brillante y la interlocución con los asistentes fue de un dinamismo sorprendente. Todo resultó sorprendente para Verónica, que pocas veces, y quizás nunca, presenció una exposición y un debate de tal calidad y mucho menos sobre un tema que en ese entonces le interesaba de verdad. Ella permaneció sentada y con mirada absorta, envuelta en la vorágine de los diversos argumentos y afirmaciones del expositor y de quienes pretendían cuestionarlo. Se incorporó lentamente y comenzó a caminar como sonámbula hacia una supuesta salida. Se dirigió casi como autómatas hacia el elevador y descendió casi sin darse cuenta, sintiendo una ligera brisa de esa tranquilidad, que vive en la misma calle que la distracción. Así llegó hasta la puerta trasera del hotel y, en un acto totalmente irreflexivo, se detuvo donde,

para recibir su auto de parte del también llamado en Francia "*Valet-Parking*", (aunque allá no eran explotados), se había concentrado la mayoría de los asistentes a las dos conferencias, que para incomodidad de todos habían concluido casi de manera simultánea. Ella no escuchaba el fandango. Flotaba de distraída cuando la despertó y regresó al planeta Tierra el grito en español de un joven andaluz de chamarra roja que tenía encomendada la entrega de los autos y que había intuido su origen latinoamericano.

—Oiga, oiga, usted, madame de los super ojos, ¿es suyo el BMW plateado?

—¿Perdón? ¿Cómo? —respondió Verónica plenamente desconcertada.

—Vamos, ¿que si es suyo ese BMW plateado? —repitió con cierta ansiedad el mozo español, señalando el automóvil con tales características, estacionado frente a la salida del hotel. Verónica hizo un esfuerzo por volver a establecer conexión con los asuntos mundanos y volteó para mirar el auto, diciendo:

—Pues, este..., sí, creo que sí es el mío.

—Pues, por caridad, madame, lléveselo, que hace tres días que tiene usted detenido el flujo de autos y los señores protestan y claro está que con mucha razón. Lo dijo casi gritando para asegurarse de que era escuchado por todos los presentes, que, en efecto, comenzaban a desesperarse con el retraso en la entrega de sus autos. Ella se sintió presionada por la mirada disgustada y condenatoria de los espectadores ansiosos, e incluso escuchó algunos murmullos de reproche, lo que provocó que se apresurara a subir con precipitación al BMW. Con la puerta todavía medio abierta, sin abrochar el cinturón de seguridad y con la mirada fija en el volante, aceleró hasta el fondo y, tras un escandaloso rechinido de neumáticos, salió disparada como un proyectil hacia la calle, en busca de un refugio que la protegiera de la lluvia de susurros críticos que comenzaban a multiplicarse.

Después de transitar apenas dos calles, se olvidó del incidente y se sumergió de nuevo en la reconstrucción de la inolvidable conferencia. Reflexiones que continuaron en su cuarto de hotel, ya cómodamente instalada y degustando aquellos chocolates refinados de "*La Maison de Chocolat*", su debilidad culinaria. Verónica volvió a reflexionar en los argumentos de índole social de la conferencia reciente. Interrumpió por un fugaz momento sus cavilaciones para cerciorarse si en los noticieros de medianoche se comentaba algo de la extraordinaria conferencia del gran diseñador francés, pero no escuchó

nada, absolutamente nada, ni una sola mención, en contraste con los comentarios de elogio que en tres noticieros hicieron los conductores acerca de la conferencia contigua del corresponsal de Le Monde, el tal JeanPierre Malraux.

—Debe ser un antipático —murmuró sin poner mucha atención, apagó el televisor, se refugió en su cama y cerró sus muy bellos ojos con la firme intención de dormir arrullándose con la espléndida conferencia. El sueño fue profundo, tranquilo, pero nada prolongado, porque apenas habían transcurrido veinte minutos y abrió los ojos con una expresión desorbitada. Se incorporó de improviso como si reaccionara ante la presencia muy cercana de un fantasma, y gritó:

—¡No, no puede ser! —aventó la caja de chocolates, se levantó y se lanzó a la carrera hacia el closet, jaló las prendas más a la mano y, en menos de un minuto, salió disparada rumbo al estacionamiento de su hotel. Se subió al BMW y partió como un bólido, rechinando las llantas y derrapando al desembocar en la calle, dirigiéndose, a la máxima velocidad que le permitía su condición de forastera, en dirección a aquel lugar fatídico en que se había registrado un acontecimiento de singular relevancia para ella.

—¡Pero, no, no! ¡No puede ser! ¡No debe ser! —volvió a gritar, mientras azotaba el volante del auto con su mano amenazante, cuando en un exceso de atrevimiento, dada su prudencia habitual al conducir, decidió ignorar la luz roja de un semáforo y aceleró para doblar con pasmosa rapidez en aquella pequeña calle cercana al hotel Crillon, donde se encontró justo con lo que se temía.

—¡Demonios! —exclamó al ver en posición de paciente espera, al BMW color plata, su apreciado confidente...

En un intento último de confirmación, ya sin sentido alguno, Verónica buscó de manera apresurada las llaves de su auto y oprimió el control, para, como era de esperarse, recibir el sonido de ratificación contundente de parte de su compañero de correrías.

—¡Soy una reverenda tonta!— se repitió, mientras golpeaba su frente con la palma de la mano.

—¿Y de quién diablos es este auto entonces? —buscó la documentación en el compartimiento de guantes, la examinó apresuradamente y soltó una explosiva carcajada. No podía creerlo, el BMW, plata similar al suyo, pertenecía a “JeanPierre Malraux”, el célebre corresponsal que había dictado su conferencia magistral en el salón contiguo al

que acogió la para ella muy importante reunión sobre los desafíos del diseño en el Siglo XXI.

Al concluir su intervención, el corresponsal de Le Monde había intentado abandonar el hotel con premura. Logró llegar sin contratiempo a la puerta de salida e incluso pagar la cuota del estacionamiento y hacer entrega del comprobante respectivo a uno de los jóvenes hispanos que pretendían acelerar el proceso de entrega de automóviles, cuando fue secuestrado, en términos prácticos, por un grupo de mujeres que asistieron a la conferencia y que pretendían que les autografiara su más reciente novela sobre una pequeña población en la que las mujeres asumieron el control total del ejercicio de la política y de la administración pública, un exitoso ensayo de equidad de género que constituía otro ámbito de su especialidad. Una vez que el secuestro femenino cesó, lo cual no se dio en forma automática al concluir la sesión de autógrafos, pues JeanPierre era considerado como un hombre particularmente atractivo y sobre todo interesante por muchas mujeres que se vanagloriaban de ser conocedoras y exigentes en la materia.

Cuando por fin fue liberado, fue a preguntar por su auto, respecto del cual nadie pudo darle razón, y como la supuesta contraseña no tenía idea si la extravió y tampoco estaba seguro de si en algún momento la había tenido, pues se dio por robado y aceptó a regañadientes la sugerencia de levantar un acta por robo en la comandancia de policía, la cual, sin embargo, visitaría hasta el día siguiente, pues la sensación de fatiga se le había venido encima, además de que pensó que su cuota máxima de palabras en un día había sido ya ampliamente superada. Así que procedió a tomar un taxi y fue a desplegarse a su departamento del “7ème Arrondissement” de París.

Regresamos con nuestra heroína que afrontaba una situación de extrema y de creciente preocupación ante dos BMW plateados que esperaban dócilmente sus indicaciones.

—¡Porca Miseria! —volvió a exclamar—. Me siento como si fuera una ladrona de autos —y al escuchar su propia confesión, su preocupación y malestar se acentuaron, pues, a decir verdad era sin duda cierto que se había robado un automóvil, y para agravar aún más la falta, el vehículo pertenecía a un periodista famoso. Por otra parte, la explicación de que disponía para justificar su “inocente distracción” no le parecía muy convincente del todo y, desde luego, nada ingeniosa.

—Si me viera Doña Francesca, —pensó—. Ella que me recomendó tanto que no me fuera a meter en dificultades. Y yo aquí, en franco desafío con el cuarto poder. Decidió entonces presentarse y confesar su delito, pensando que la entrega atenuaría significativamente su falta. Claro que la comparecencia y la confesión no las haría ante la autoridad policial, sino ante el responsable del estacionamiento del hotel, que, por cierto, buena culpa también tenía, pues, ¿cómo era posible que hubiesen hecho entrega de un auto "tan fino y exclusivo", aunque no precisamente nuevo, así nada más porque sí? En realidad, pensó, era el gitanillo, ese bobo, el que tenía la mayor responsabilidad.

» Qué bueno que decidí no dejar mi auto en el estacionamiento del hotel, definitivamente no es un lugar seguro «

Aunque al pensar con más cuidado lo que se había dicho, no tuvo más remedio que levantar las cejas y estirar los labios.

Llegó al hotel Crillon en el auto robado, donde el ujier no se interesó mucho, o más bien nada, de su explicación y aún menos de sus razonamientos de defensa. Se limitó a señalarle que el servicio de "Valet-Parking" era concesionado, que el responsable no llegaría sino hasta las seis de la mañana, y qué si quería, pues podía esperar las tres horas que faltaban. Sugerencia que Verónica, por supuesto, no aceptó, pero en cambio sí decidió dejar en el estacionamiento del hotel el auto de JeanPierre Malraux, suponiendo que ello facilitaría la devolución. Aunque más bien lo hizo porque recordó haber leído que en casos, más o menos semejantes, era siempre conveniente deshacerse lo más pronto posible del cuerpo del delito. Indicó que regresaría más tarde y caminó hasta donde el auto de su efectiva propiedad esperaba en actitud disciplinada. Regresó a su hotel con la idea fija de descansar y olvidarse de todo lo acontecido en ese día tan especial.

A la mañana siguiente, es decir, después de escasas cinco horas de un sueño inquieto e intermitente, se levantó con la firme decisión de utilizar su probada capacidad ejecutiva y, si era menester, incluso alguno de sus variados encantos, para enderezar los entuertos del día anterior. Se arregló en treinta y dos minutos y se atavió con aquel vestido de tela blanca muy fina, estampado con discretas flores en magenta y guinda, sus colores predilectos, que acompañó con un sombrero cordobés color negro. Una vestimenta que provocaba casi siempre una especie de conjuro que hacía que todo le saliera

bien. En efecto, por un extraño sortilegio, no había sugerencia o insinuación alguna que ante tal indumentaria no le fuera aceptada con agrado.

Había también decidido recurrir al Metro y no utilizar su automóvil ese día, así que salió de su hotel y se detuvo en una brasserie cercana para relamerse un exquisito "croissant" y de un delicioso chocolate, pero, sobre todo, con el fin de revisar el diario Le Monde de ese día y verificar si salía publicado algún reportaje relativo al despojo de su víctima o, al menos, para conocer la dirección del diario, donde acudiría para presentar su explicación y sus más sentidas disculpas.

No encontró más que comentarios de elogio a la conferencia del damnificado de su distracción. Abordó el metro hacia la estación de Place le Corbusier y a las 10:32 manifestaba a una chica muy atractiva de raza negra, en el quinto piso del antiguo y hermoso palacio del No. 23 de la rue St Guillaume, su especial interés de conversar con el celeberrimo periodista, por supuesto sin adelantar en un ápice la razón particular de su intención de verlo. JeanPierre Malraux no se encontraba en el diario en ese momento y su bella asistente aseguró que hasta la tarde estaría en su oficina, aunque se permitió sugerir una llamada previa. Desde luego que Verónica se percató del mensaje subliminal, pues era claro que debió llamar antes de venir, pero en el fondo prefería no encontrarlo y solo dejar sentado el precedente de su visita con una tarjeta en la que anotó su número de teléfono móvil y un breve mensaje de que quería conversar con él sobre la temporal desaparición de su automóvil.

Verónica se fue a refugiar al Café des Fleurs, en Boulevard de Saint Germain, que era ya uno de sus refugios favoritos cuando quería meditar. Saboreaba una exquisita cerveza belga y desviaba nuevamente su proceso reflexivo hacia el impactante contenido de la conferencia de diseño cuando dio un salto al sentir la vibración de su teléfono celular y después se cimbró al escuchar una voz de hombre que decía:

—¡Hola, ¿Verónica? Aquí JeanPierre Malraux. ¿Querías hablar conmigo? —se lo preguntó en español, o sea que muy probablemente su secretaria lo había enterado de que se trataba de una mujer mexicana.

Jamás antes se había sentido Verónica como una colegiala ante la primera llamada telefónica de un hombre, al que comenzaba a considerar especial. Recapacitó, recordó sus ocultas habilidades ejecutivas, tomó aire y, dejando de tartamudear, respondió con

un tono de seguridad que ciertamente no sentía.

—Ah, sí, claro. Soy Verónica Mariscal y, en efecto, quería hablar con usted. Sabe, se trata de su automóvil, el BMW plata que desapareció ayer por la noche.

—¿Y qué es lo que sucede con el BMW plata? —replicó él con un dejo de discreta ironía. Malraux pertenecía al género de hombres que pueden ignorar por completo a la muchedumbre por un período prolongado, y quedar cautivado por varios días con el tono ligeramente grave de algunas voces de mujer. Este era el caso.

—Pues, verá, sucede que yo lo tengo —confesó Verónica titubeando.

—¿Tú lo robaste? —Interrogó él.

—Por supuesto que no lo robé —replicó ella enfáticamente.

—Y entonces, ¿cómo es que lo tienes? —cuestionó JeanPierre.

—Pues eso es justo lo que quiero explicarle. Ocurre que yo tengo un automóvil exactamente igual al suyo.

—Qué extraño —la interrumpió—. ¿Para qué querías otro automóvil exactamente igual al tuyo? No cabe duda de que eres una mujer muy extraña.

—Yo no quería un automóvil igual al mío, ni tampoco otro diferente —gritó Verónica con un matiz de disgusto.

—Y si no lo querías, ¿por qué te lo llevaste? No entiendo —cuestionó JeanPierre.

—Pues claro que no lo entiende, ni lo entenderá, si continúa interrumpiéndome y no me deja explicarle —replicó Verónica con un acento de claro reproche.

—Está bien, permaneceré callado hasta que tú me indiques que puedo hablar —respondió él, con una actitud reprimida de niño regañado.

—Pues verá, yo había decidido ayer asistir a una conferencia sobre los desafíos de diseño en el siglo XXI, justo en el salón contiguo en que usted...

—Verónica describió con particular detalle todo lo que había acaecido desde que decidió no estacionar su auto en el hotel hasta esa mañana en que salió de su oficina. Y concluyó preguntándole si le parecía bien que le enviara ese mismo día el boleto del estacionamiento o si prefería que ella le llevara personalmente el automóvil a su oficina.

—¿Ya me puedo reír? —preguntó JeanPierre, muy serio.

—Sí —respondió Verónica.

—¿Sí? —volvió a preguntar él, todavía más serio.

—Bueno —aclaró ella—, ya puede hablar, no veo por qué tenga que reírse.

—O sea que no debo reírme, —agregó él.

—Bueno, exclamó Verónica—. No es que deba o no deba. Lo que pasa es que yo no veo dónde está lo gracioso. Pero si quiere reírse, pues ríase, total...

—¿Y qué piensas tú? Verónica. ¿Qué es lo que debo hacer contigo?

—Pues conmigo absolutamente nada. Respecto al incidente, no lo sé, pero me atrevería a sugerir que, al decidirlo, lo haga, pues, simplemente bien, como un hombre maduro e inteligente, con categoría, con clase, con un alto sentido de comprensión y con mucho, mucho, mucho sentido del humor.

—¡Ha-ha! Bueno, no hay nada de qué preocuparse, —respondió JeanPierre—, todo resulta comprensible, pero sabes Verónica es absolutamente indispensable que yo converse personalmente contigo. ¿En qué hotel te alojas?, —inquirió.

—En el Saint André des Arts, en Saint Germain des Près. —respondió ella.

—Sí, lo conozco, ahí estaré, esta noche a las 9:00. Por ningún motivo vayas a salir.

—No, claro que no, —respondió ella, con un tono de sumisión que la enfureció inmediatamente después de pronunciar ese horrible, mediocre y abnegado "No, claro que no", pero nada más pudo decirle a JeanPierre, que tan solo agregó —À bientôt—y colgó.

—¡Grrrrrr! —masculló Verónica, —después de pedir la cuenta al mesero.— ¡Soy una reverenda idiota! ¿Cómo pude permitirlo? ¿Quién se cree que es este corresponsal de pacotilla, para hablarme de "tú" sin mi autorización y para ordenarme que "*por ningún motivo vayas a salir del hotel?*". ¡Grrrrrrr! Verónica Mariscal sale de su hotel, y de cualquier parte, cuando le da la gana. Faltaba más. Pero ¿cómo no le dije lo que se merecía a este pseudo-periodista engreído? ¿Cómo es que solo pude expresar ese dócil, tímido, obediente, subdesarrollado y tercermundista: "No, claro que no" ¡Grrrrrrr! ¡Definitivamente soy una idiota!

Verónica se contrarió en verdad con ella misma, que era justo en las ocasiones en que se ponía más molesta. Caminaba con una prisa febril rumbo a su hotel sin mirar a nadie. —Pero no se saldrá con la suya este cretino —se dijo—. Por supuesto que saldré y no me encontrará cuando llegue. Le dejaré el comprobante del estacionamiento en un sobre con el conserje. A mí me importa un comino no conocerlo personalmente. Decidió

que esa noche saldría a cenar sola a uno de los mejores restaurantes de París. Llamó a la recepción y pidió que le hicieran una reservación para esa noche en el restaurante *Bofinger*. Se vistió con discreta pero impactante elegancia, nada más que un vestido negro y un collar de perlas, pero nada menos que eso. Su cuello elegante y sus hombros altivos descubiertos resaltaban su belleza y un discreto escote apenas permitía apreciar la extraordinaria delicadeza de su sensualidad. Había programado partir a las 8:30 en punto.

A las 8:20, ya lista y cómodamente sentada en una silla estilo Luis XIV, apoyada en un elegante "secrétaire" de la misma época, que amueblaba su suite, escribió en una hoja de papel membretado del hotel el siguiente mensaje:

"Monsieur JeanPierre Malraux : Como le indiqué, su automóvil se encuentra en el estacionamiento del hotel Crillon. Le hago entrega del 'tíquet' correspondiente y de un billete de 100 euros que estoy segura resultará más que suficiente. Le reitero mis sinceras disculpas por las molestias que le causé, de manera involuntaria."

Atentamente, Verónica Mariscal.

P.D. Lamento no haberlo esperado, pero tengo otro compromiso que sí es importante.

Justo al momento de plasmar su firma en la nota, sonó el timbre del teléfono en su habitación.

— Madame Mariscal, aquí la recepción. El comisario Leclerc, de la Policía de París, desea hablar con usted y pregunta si puede subir a su habitación.

— Todo esto es ridículo! —gritó Verónica reaccionando.

— Dígale usted al comisario Leclerc que por supuesto no puede subir a mi habitación, que yo bajo enseguida, pero aclárele que únicamente dispongo de 10 minutos.

Con una mezcla de curiosidad, preocupación e indignación, Verónica se dispuso a descender. Quería dejar muy claro que no tenía la menor preocupación, que no temía nada y que, por ningún motivo permitiría un retraso en la cena que tenía consigo misma esa noche.

El ascensor se abrió en la planta baja. Verónica salió con paso firme y mirada altanera, con ese caminar natural, seguro y desafiante que solía adoptar en momentos especiales. Se dirigió directamente, sin titubeos, hacia un hombre maduro y atractivo, de

cabello muy negro y una mirada penetrante. No tenía la menor duda de que él era el recién anunciado comisario Leclerc, quizás por su actitud altiva, pero sobre todo porque portaba una gabardina negra, la indumentaria con la que suelen delatarse todos los oficiales de policía.

—¿Me busca usted, señor comisario? cuestionó Verónica, con una voz firme y segura.

El comisario se impresionó muy gratamente con la figura de Verónica y le impactó su discreta elegancia, pero sobre todo le hipnotizaron sus bellísimos ojos claros y la profundidad de su mirada. Tardó en reaccionar.

—Buenas noches, ¿Es usted Verónica Mariscal? —preguntó con cortesía.

—Por supuesto, —replicó Verónica, con un tono cortante.

—Me temo que debo decirle que está usted bajo arresto —agregó el comisario.

—¿Bajo arresto? —interrogó ella, con una actitud de indignación que ya reflejaba un trémulo nerviosismo—. ¿Y se puede saber de qué se me acusa?

—Desde luego —respondió el comisario, invitando con un gesto a Verónica a retirarse de la recepción, claramente para evitar la presencia de algún oído indiscreto — Se le acusa de haber robado un automóvil BMW del estacionamiento del hotel Crillon.

—¡Esto es absurdo, ridículo! —exclamó Verónica—. ¿Y me podría decir quién me acusa?

—Hace aproximadamente una hora, presentó una demanda en su contra el señor JeanPierre Malraux, quien indicó que, mientras dictaba una conferencia en el hotel Crillon, fue despojado de su auto por una mujer muy extraña.

—¿Malraux? ¿Extraña? —gritó Verónica—. ¿Hace una hora? ¡Imbécil! ¡Falso! ¡Canalla! ¡Traidor! Pues sepa, señor Comisario, que se equivoca usted, el auto del tal Malraux se encuentra precisamente en el estacionamiento del hotel Crillon.

—¿Y usted cómo lo sabe? replicó el comisario.

—Pues porque yo misma lo llevé y aquí está el comprobante, aclaró Verónica, haciendo entrega del sobre al comisario.

—¡Ah! Entonces confiesa usted su delito.

—¡Pero esto es inaudito! —Exclamó Verónica, con sus hermosos ojos inyectados de furia—. ¿Acaso la locura es la característica de todos los hombres franceses?

—Lo lamento, —señaló Leclerc—. Pero la ley es la ley.

—¡Qué ley ni qué ocho cuartos! —replicó Verónica.

—¿Ocho qué? —demandó el comisario, que no había comprendido la expresión de Verónica.

—¡Ocho nada!—exclamó Verónica—. ¿Qué no entiende que yo no robé ningún auto? Que todo fue una confusión.

—Pues eso tendrá que probarlo en la comisaría.

—¿Que qué? —gritó Verónica—. Yo no voy a ir con usted a ninguna parte. Mejor pida refuerzos. Consígame el número telefónico de la Embajada de México —gritó al conserje, que escuchaba la discusión con los ojos y la boca desmesuradamente abiertos.

—Hay una sola alternativa para que no me acompañe usted a la comisaría, —surró Leclerc, en voz baja.

La curiosidad, como era habitual, pudo más. Verónica interrumpió la llamada que ya comenzaba a hacer desde su aparato celular y preguntó con actitud altanera:

—¿Cuál?

Leclerc se acomodó el nudo de la corbata y le propuso con voz seductora:

—Que acepte usted acompañarme a cenar.

Verónica no daba crédito a tal comentario. Sus ojos preciosos lanzaban rayos y estaban a punto de saltar. Sus manos temblaban.

—¡Pero esto es insólito! ¡Inaudito! No puedo dar crédito a lo que estoy escuchando. ¿Acaso no éramos los subdesarrollados los corruptos? Lo que usted me propone es una extorsión, un chantaje, una propuesta misógina; es más, se trata, nada menos, que de un evidente “acoso sexual”. Se me hace que el que va a ir a la cárcel va a ser otro.

Verónica, profundamente indignada por lo que consideró una actitud pecaminosa e insolente, intentó de nuevo comunicarse con su embajada. Le respondió una grabación y justo cuando trataba de comprender el mensaje de respuesta, escuchó a un hombre calvo y gordo que, acompañado de una bellísima rubia, entró al hotel y dirigiéndose al comisario gritó:

—¡Jean Pierre'! Qué gusto verte.

—¿JeanPierre? —murmuró Verónica en voz baja, con una expresión de sorpresa y perplejidad, e interrumpió bruscamente su llamada al percatarse de la actitud de desconcierto del supuesto comisario.

—El hombre calvo y gordo agregó:

—Vaya éxito de tu conferencia en el Crillon. —Se dirigió a su rubia acompañante y le dijo:

—Michelle te presento a JeanPierre Malraux, el mejor corresponsal de Francia... Verónica se quedó paralizada, con una mezcla de indignación y desconcierto. La obligada deducción le parecía inverosímil. Se dirigió con lentitud hacia el salón contiguo y se desplomó en el elegante sillón de terciopelo guinda, con la mano oprimiéndose la boca, como queriendo ahogar cualquier comentario o expresión que pudiera salir de esa extraña sensación y sospecha que tenía de haber sido objeto de una burla, mientras el comisario Leclerc, o mejor dicho JeanPierre Malraux, hacía esfuerzos por deshacerse del inoportuno admirador y amigo que involuntariamente había revelado su verdadera identidad.

Después de unos minutos, lenta y discretamente él se introdujo al pequeño salón y se fue acercando con infinita cautela y con la expresión mustia de un niño que espera comprensión y disculpa por su travesura reciente.

—Aló —susurró JeanPierre en voz muy baja, pero en un tono muy dulce. Verónica miraba fijamente al vacío, pero desde luego se percató de la presencia de un JeanPierre sigiloso y humilde.

—JeanPierre Malraux —exclamó pausadamente Verónica. Levantó la mirada muy despacio hasta clavarla en los dos ojos negros y profundos del falso comisario Leclerc.

—JeanPierre Malraux, —repitió— ¿Qué vamos a hacer contigo?

—Pues no sé, —respondió é con un gesto singular y exquisito—. Pero me atrevería a sugerir que, al decidirlo, lo hagas simplemente bien, como una mujer madura e inteligente, con categoría, con clase, con un alto sentido de comprensión y con mucho, mucho, pero mucho sentido del humor.

Verónica recordó sus propias palabras, que ahora le regresaba JeanPierre con un muy fino matiz de ironía y con una conclusión contundente de "*Siamo pari*", la expresión italiana que en español significa "*Estamos a mano*".

Se dio una pausa tan tensa en que parecía vibrar el silencio, después de lo cual, todo asomo de desazón o disgusto se evaporó y Verónica, si bien vaciló por un instante, no pudo evitar lanzar una sincera y relajante carcajada, que parecía borrar todo lo que no había sido amable y dejaba solo una anécdota ingeniosa, curiosa y divertida para respaldar el inicio de lo que parecía iba a convertirse en una relación especial. Como era de suponerse, JeanPierre se agregó con su risa explosiva al festejo del armisticio. Verónica se levantó, lo tomó de la mano y se dirigió rápidamente hacia la puerta exclamando:

—Debemos apresurarnos. Espero que nos respeten la reservación.

Tan pronto regresó a Milano, Verónica, con una felicidad que contagiaba, le compartió a Abril su muy especial aventura en París. La narración, de la que Abril se regocijó como pocas veces, incluyó el detalle de todo y concluyó con la reseña de la cena y la posterior caminata hasta las tres de la mañana, por los puentes y las callejuelas de París de la mano de JeanPierre y regocijándose de una noche que nunca hubiera sospechado: Eran las mismas callejuelas, pero diferentes. No agregó más y Abril, por supuesto, no se atrevió a preguntar.

—*Si ella quiere que sea su secreto, pues su secreto será*—pensó.

Capítulo 21.- Los Galano

“Llegar al final no significa acabar. Muchas veces me planteo la duda de si terminar algo no es más que el inicio de un nuevo camino. Y esa duda es la que me empuja a intentarun volver a empezar”

Pablo Alborán

La entrevista de trabajo de Abril resultó todo un éxito. El gerente del club quedó encantado con Abril, independientemente de la convincente recomendación de Daniela Muzarelli. Él le ofreció un período de prueba de tres meses para confirmar que ella estaba satisfecha con el club y que el club estaba satisfecho con ella. Abril le contrapropuso que después de un mes, se preguntara a los niños y a sus padres si estaban complacidos con las clases; si la totalidad no estaba de acuerdo, suspenderían la relación y se abocarían los tres a buscar una nueva instructora. El gerente aceptó con satisfacción la propuesta y procedieron a instrumentarla.

La verdad es que no tuvieron que esperar a que se cumpliera el período que pactaron, pues a las dos semanas el propio gerente pudo percatarse de que todos los niños estaban más que felices con las lecciones y casi todos los padres le confirmaron personalmente su absoluta satisfacción con el trabajo de Abril. En tal virtud, procedieron a firmar el contrato en el que se plasmaba un sueldo mensual de cuatro mil euros y una suscripción gratuita en el club, no solo para ella, sino también para Verónica. Ella había solicitado un descuento para su amiga, pero el gerente quería comprometerla por todas las vías posibles para que permaneciera con ellos por un largo período, así que insistió en que la credencial para su amiga no tuviera costo tampoco.

Abril estaba verdaderamente contenta; iniciaba su independencia económica, podría pagar la mitad de la renta y asumir la mitad de los gastos en casa. Es cierto que se gastaba en euros, sin embargo, cuatro mil euros equivalían a 87,000 pesos mexicanos, cantidad que jamás pensó que podría llegar a percibir con sus primeras clases, a las que

apenas dedicaría solamente 8 horas a la semana. En realidad, el ingreso total de Abril se iba incrementando gradualmente porque Daniela le iba solicitando con frecuencia creciente que la sustituyera en sus clases en el club y en el ingreso correspondiente, hasta que después de dos meses le propuso transferirle el total de los grupos de adultos, pues había aceptado abrir un nuevo grupo de jóvenes en su gimnasio, con los beneficios implícitos del tiempo y la distancia. Abril casi le puso como condición que Daniela le impartiera antes algunas clases individuales; estaba segura de que ella era la mejor instructora de yoga que jamás había conocido. A Daniela le gustó la idea de transferir sus secretos y recomendaciones a una mujer que consideraba admirable y comenzaba a estimar seriamente.

El gerente del Club de Milano Due, por su parte, comprendió su decisión y se quedó más que contento de que fuera Abril quien la sustituyera. De esa manera, antes de cumplir los cuatro meses de su llegada a Milano, Abril ya percibía un ingreso equivalente a 180,000 pesos mexicanos y aún disponía de unas seis u ocho horas semanales para impartir lecciones particulares a domicilio. Esta nueva solvencia le permitió enviar algunas remesas a su hijo menor para respaldarlo en sus gastos de universidad. La gracia, el talento y las habilidades como instructora fueron seduciendo rápidamente a las y los asistentes al taller de adultos en el club, y con varios de ellos Abril inició una incipiente pero prometedora amistad. La que quizás le resultó más inmediata y más agradable fue la de Giovanna Galano, quien la abordó uno de los primeros días con un excelente nivel de español.

—Hola, Abril, me da mucho gusto conocerte. He vivido muy feliz en tu patria por varios años, específicamente en Monterrey, donde mi marido fue invitado por el TEC a impartir una asignatura de econometría por un año y permanecemos siete, enamorados de su gente, y la de todo el país, porque viajamos bastante por la República.

—Qué alegría conocerte Giovanna, me hace sentir como en casa. Llegué apenas hace cuatro meses a Milano, vine con mi mejor amiga que estudia diseño en uno de los mejores institutos de la ciudad. Vivimos en un lindo departamento en Via Paolo, en el centro de la ciudad y estamos en el proceso de enamorarnos de esta gran ciudad.

—Pues más en casa te sentirás ahora que acepten tú y tu amiga nuestra invitación a cenar. Vivimos aquí en Milano Due, en la Residenza Fonanille. Francesco, mi esposo,

estará encantado de conversar con ustedes y recordar las maravillas que vivimos en tu país. Por cierto, en Monterrey nacieron nuestros dos hijos; son mexicanos, ahora son mayores y lamentablemente ya no viven con nosotros. Uno vive en Florencia y otro en Roma; de no ser así, se habrían unido a la cena con gran gusto. Ya habrá oportunidad de que los conozcan. Hoy es lunes, ¿qué te parece si las esperamos para el próximo sábado?

—Qué linda, por supuesto que aceptamos. Estoy segura de que a Verónica le dará un gusto enorme, y si ya tiene compromiso no tengo duda de que lo pospondrá o lo cancelará.

Giovanna le dio su tarjeta al decirle: —Aquí vivimos y aquí las esperamos con los brazos abiertos. Nuestra casa es su casa.

Apenas terminó la última frase, soltó una carcajada y agregó.

—Ahora que cenemos, recuérdame de contarte durante la cena por qué me he reído ahora con tantas ganas... Ah, por cierto, pueden acceder en el auto a la parte trasera de nuestra casa. Tenemos un espacio disponible, en la tarjeta están las indicaciones.

Se despidieron con un beso y un caluroso abrazo.

—¿Y por dónde entramos? —preguntó Verónica y detuvo el auto.

—Pues no lo sé, —respondió Abril—, probablemente por la entrada.

—No te hagas la graciosa, bien sabes a qué me refiero... espera ahí viene un guardia. ¡Buenas tardes! Disculpe no sabemos por cuál puerta acceder, tenemos una invitación de la familia Galano en Residenza Fontanile 301.

—Ah, pues justo por esta entrada. ¡Adelante! —indicó el guardia abriendo el gran portón y regalándoles una amable sonrisa—Es la última sección, hacia el norte.

—Sí, ya conocemos el camino, —aclaró Abril.

Vaya, excelentes anfitriones resultaron los Galano. Las recibieron con auténtico júbilo. El profesor Francesco Galano era un napolitano encantador y seguía enamorado de México, país donde pasaron los mejores años de su vida, según destacó. Fue una espléndida reunión, con música mexicana de boleros que Francesco coleccionó y una pasta exquisita elaborada por Giovanna, como pocas veces habían probado. Les mostraron diversas fotografías de su larga estancia en Monterrey y de sus dos hijos, dos jóvenes muy apuestos. No dejaban de exaltar las maravillas de México.

En un cierto momento, Abril los interrumpió diciendo:

—Giovanna, me pediste que te recordara contarnos sobre aquello de *"mi casa es tu casa"*.

Los dos soltaron una carcajada y Francesco procedió a narrarles la anécdota que explicaba el comentario de Giovanna:

—Llegamos a Monterrey sin saber mucho de México, salvo lo poco que habíamos leído desde que acepté la invitación de impartir la asignatura de econometría en el Tec de Monterrey. Los directivos eran todos amables y, sin duda, muy profesionales. Nos habíamos instalado en una casa muy hermosa que ellos habían elegido para nosotros en la Colonia Valle de Campestre, con una renta especial muy accesible que también ellos habían conseguido. Todo iba bien. Teníamos poco menos de dos semanas de iniciar las clases cuando un directivo que resultaba ser algo así como mi jefe me dijo un lunes:

—Sabe, profesor Galano, con motivo de la llegada de ustedes hemos decidido organizar una cena en la casa de ustedes para el próximo sábado. Asistirán los cuatro principales directivos del Tec, con sus esposas, claro ¿Le parece bien?

—Yo respondí de inmediato: —Claro, con mucho gusto.

Llegué a casa y le informé a Giovanna de la no muy buena noticia.

Giovanna interrumpió, aclarando: —Yo me sorprendí y le dije a Francesco: »Pues vaya con las costumbritas de estos mexicanos, me parece un abuso. ¿Así que serán ocho en total?«

—Pues más bien diez —me aclaró Francesco, »porque también habrá que incluir al propio ingeniero don Matías Garza Garza, mi jefe, y a su encantadora mujercita, supongo« —Abril y Verónica no pudieron más contener sus risas, pues ya comenzaban a adivinar la situación.

—Yo, en verdad, me sentía muy incómoda, —continuó Giovanna—, pero, como quiera que sea, al día siguiente me fui a primera hora a comprar los ingredientes del banquete. Menuda sorpresa me llevé esa noche, cuando llegó Francesco y me informó: —*¿Cómo ves Giovanna? Esta tarde me informó el ingeniero Garza, que se han agregado a la cenita dos profesores de economía más, con su respectiva cónyuge uno de ellos y con su novia el otro.* —Yo no podía creerlo, estaba furiosa y, además, vuelta loca con la preparación del festín. Tuve que comprar unas ollas grandes y más vajilla y cubiertos, pues no teníamos para tantos.

Verónica y Abril ya estaban destornilladas de la risa, cuando Francesco exclamó:

—Pues como ven que el mismo viernes, un día antes, mi jefe me anunció que tres más, o mejor dicho seis más se sumaban al festejo.

Yo no daba crédito; en realidad, me parecía un abuso. Pensé que al enterar a Giovanna me exigiría el divorcio o me informaría de su inmediato regreso a Italia. Ya sumaban veinte comensales.

—Ese famoso sábado yo comencé a trabajar a las seis de la mañana—se lamentó Giovanna—, así que a las nueve de la noche, hora en que supuestamente llegarían, yo ya estaba rendida, pero lista y muy arregladita para esperar a los concurrentes. Nos dieron las 9:30 y no llegaba invitado alguno y para nuestra adicional sorpresa, tampoco a las 10:00. Estábamos realmente furiosos, y no fue sino hasta las 10:30 que sonó el teléfono, Francesco respondió.

—Era el ingeniero don Matías Garza, —interrumpió Francesco— quien me preguntó, un poco sorprendido: ¿Qué pasó profesor Galano, algún problema? Los estamos esperando».

—¿Qué? ¿Cómo? ¡Somos nosotros! —repliqué casi molesto—. Desde las nueve, como habíamos quedado, los estamos esperando a ustedes, con la cena lista.

—Pero si la cena es aquí, en mi casa, profesor, —añadió— No me diga que ustedes prepararon cena.

—Pues claro que le digo, —remarqué— Usted fue muy claro cuando me indicó “*Estamos organizando una cena en la casa de usted*”.

—Pero eso es porque mi casa es su casa, profesor, —me respondió— Así decimos por acá. No se diga más, ahora mismo le envió el auto con el chofer y, por favor, discúlpennos con su esposa. Dígale que si quiere mañana mismo organizamos un recalentado en su propia casa.

Verónica y Abril materialmente se revolcaban y lloraban de reírse.

—Colgué y le expliqué a Giovanna el malentendido. Los dos estallamos en carcajadas y, a pesar de todo, sentimos un gran alivio. Nos llevó el chofer que nos enviaron a la casa del Ingeniero don Matías Garza, nosotros íbamos realmente contentos, festejando nuestro error y no parábamos de reír, diciendo “*Mi casa es tu casa*” y “*en la casa de usted*”.

Llegamos y, en el gran jardín, se pusieron de pie treinta y seis personas ubicadas en seis mesas de seis sillas, y todos aplaudían, acompañados por la música de un trío. Todos sonreían, dándonos la bienvenida a Monterrey y deseándonos la mejor estancia. Apenas nos sentamos en la única mesa con ocho sillas, con el Rector del Tec y dos de los principales directivos de la institución, junto a sus encantadoras esposas y esposos, por supuesto, que abrazaban y saludaban con un beso a Giovanna. El trío comenzó a deleitarnos con hermosas canciones italianas y mexicanas. Conversamos con todos y cada uno de aquellos compañeros y sus esposas que nos deseaban una feliz estadía y nos ofrecían una genuina y sincera amistad. Fue una fiesta inolvidable. Aquella noche comenzamos a enamorarnos de su patria.

Los dos estaban inmersos en la magia de la nostalgia; Abril y Verónica aplaudieron y brindaron por ellos. Continuaron la agradable velada hasta las dos de la mañana y se despidieron de un modo muy afectuoso, podría decirse fraternal, prometiendo los cuatro que volverían a reunirse muy, pero muy, pronto.

En el trayecto, Verónica hizo un comentario: —Dos italianos más que nos resultan encantadores.

—La verdad, —reconoció Abril—, es que todos los italianos que hemos conocido han resultado ser muy agradables.

—Yo tengo una excepción, —exclamó Verónica—, un joven torinés, compañero del Instituto, Stefano Antolini, que desde que lo conocí tengo la sensación de que le agrada atacar a los mexicanos, en particular a las mexicanas. Se me había olvidado comentarte, pero figúrate que en un cóctel que se organizó en el Instituto estábamos en un grupo departiendo y bebiendo una copa de un licor ligeramente embriagador, cuando el tal Stefano se acercó y nos comentó: *»Aquel joven de saco azul marino es un francés que trabaja en la Galería Lafayette de París; le voy a pedir que nos cuente una anécdota muy simpática que seguramente te hará reír mucho, Verónica«* Pues lo llamó y le sugirió: *»Oye, ¿por qué no nos cuentas otra vez sobre la manera en que en Galerías Lafayette se deshacen de las prendas obsoletas o pasadas de moda., Creo que les resultará simpático a mis compañeras«* El parisino aquel se sorprendió un poco, pero finalmente comentó: *»Pues yo les platicaba que en Galerías Lafayette se tiene un acuerdo con diversas agencias de viajes en París para que los lunes por la tarde, en que hay poca gente, lleven de*

“shopping” a las mujeres venezolanas y mexicanas que atienden. Él no sabía que yo era mexicana ...y les sacan todas las prendas obsoletas o pasadas de moda, a las que se agrega una etiqueta grande que dice “modelo de París”. Ellas arrasan con todo» El muy canalla de Stefano soltó una tremenda carcajada. Yo estoy segura de que era cierto y tuve que quedarme callada, pero hice un buen berrinche. Afortunadamente. no ha ido al instituto las últimas tres semanas; espero que ya no vuelva nunca.

Capítulo 22.- *Los inicios de un romance y de una amistad*

"El futuro pertenece a aquellos que creen en la belleza de sus sueños".

Eleanor Roosevelt

Adrianno Strozzi, propietario del restaurante del Sporting Club y de otro más exclusivo y famoso llamado Boeucc, asistía como alumno ocasional. Este segundo restaurante estaba ubicado en una hermosa y pequeña calle muy cercana a la Galleria Vittorio Emanuele II y a la Scala di Milano. Desde que Abril se hizo cargo de las clases para adultos, durante los dos primeros meses, Adrianno no faltó ni una sola vez y siempre llegaba muy puntual. Ella, con una sonrisa dulce y un cuerpo escultural de colegiala, y él, muy apuesto y con una expresión tierna, se miraban de soslayo. Ella, madre soltera. y él, viudo desde hacía cinco años, intercambiaban conexiones visuales con mensajes sutiles en un código que solo ellos descifraban. La discreta y recíproca atracción era evidente.

Ocasionalmente, se manifestaba un cauteloso coloquio de suspiros. Fue justo al realizar un ejercicio en el que volteaban lentamente la cabeza hacia un lado y luego hacia el otro. Ella estaba frente al grupo y, en un cierto momento, ambos se equivocaron. Él volteó hacia el lado incorrecto y ella cometió el mismo error. Se cruzaron entonces una mirada que detuvo el tiempo. Sus esencias se encontraron en secreto con profundidad y especial dulzura. Los dos sintieron el estallido íntimo de aquellas furtivas miradas de las que se desprendía una chispa extraña; ella sintió un debilitamiento en las corvas y a él se le atrofió momentáneamente el entendimiento y, sin embargo, murmuró: *»Tengo que desentrañar los secretos de esa mujer «*

El primer acercamiento personal se dio una tarde en que ella había concluido su comida en el restaurante del Club llamado: *Il Segreto*. Mientras ella ordenaba un café, Adrianno se acercó con tiento e infinita cautela y le preguntó:

—¿Me invitarías un café?"

Abril, que había escuchado una voz de esas que no se oyen, pero sí se sienten,

levantó su cara, lo miró fijamente y le respondió:

—Pues no lo sé, creo que en este lugar el café es muy malo y un poco caro; pero de acuerdo, te invito un café. Siempre será interesante invitarle un café al dueño del restaurante. Así, podría hacérsele directamente una crítica sobre el servicio.

—Ahh, ¿pero tienes una crítica sobre el servicio?

—¡No! —respondió ella— ninguna, pero digo, por si algún día la tengo.

El la miró fijamente a los ojos y, cuando ella desvió la mirada con cierta inocencia, fue demasiado tarde, él ya se había enamorado. Se sonrió y exclamó:

—Ufff, me habías asustado.

La breve charla que sostuvieron esa primera vez fue verdaderamente agradable. Entre otros temas, él le aportó algunas diligentes explicaciones que, sin duda, le iban a permitir comprender un poco mejor a Milano y a los milaneses, si bien él era oriundo de Florencia. Mientras él la contemplaba en silencio, fascinado con aquella serenidad elegante que tanto le atraía, ella le narró algunos secretos de México y los mexicanos, lo que reactivó en él un antiguo deseo de visitar ese provocativo y misterioso país. Antes de partir, Adrianno le dijo:

—Abril, me gustaría que algún día aceptaras una invitación a cenar en el otro restaurante que administro. Tal vez ahí sí puedas encontrar algunas críticas o recomendaciones que hacerme, no solo sobre el servicio, sino también sobre la cocina.

—Acepto con gusto, —comentó Abril— ¿Crees que podríamos optar por comer entre semana? Mi amiga Verónica y yo convivimos juntas y hemos acordado dedicar los fines de semana a ir conociendo Italia. Por cierto, el próximo pensamos ir a Florencia, tu tierra. Lo ideal para mí sería un martes o un jueves. Yo tengo previstos estos días para visitar los lugares de interés en Milano que mi amiga ya conoce y me quiere mostrar, pero por las noches estoy libre.

—Claro que sí", —aceptó Adrianno—. Cuando tú puedas y quieras.

—Pues el próximo jueves yo puedo y quiero, —concluyó Abril.

—Perfecto", —comentó él— Si no tienes inconveniente, pasaré por ti a tu casa a las siete.

—De acuerdo, estaré lista", —concluyó ella, mientras le daba una tarjeta con su nombre, dirección y teléfono. Él tomó la tarjeta y simplemente susurró:

—Esta noche pensaré en ti.

Abril no supo si Adrianno había pensado en ella esa noche, pero definitivamente ella sí pensó en él las siguientes dos noches, agradeciéndole a la vida que la dejara soñar que sueña.

Al día siguiente, por la tarde, Abril tomó un café con Giovanna en el club, donde le presentó a Élena Moccia una buena amiga y vecina en Milano Due, madre de dos hi-os y esposa de un empresario aventurero que había realizado diversas inversiones en África, especialmente en Mozambique, donde administraba un exitoso complejo turístico. En esa ocasión, Elena, una milanese rubia, pequeña, particularmente atractiva y sutilmente interesante, respondió a diversas preguntas de Abril y compartió algunos pasajes fascinantes de su vida en aquel paraíso de hermosas playas y una multiplicidad de animales exóticos, donde ella permanecía sola por largos períodos dedicada únicamente a pintar. Giovanna y Abril insistieron en conocer sus pinturas, mientras que Elena trató de desanimarlas:

—No valen la pena, en verdad son muy malas, no tienen mucho sentido. En realidad, soy una principiante.

—Me niego a aceptar —refutó Abril— que una mujer con tu sensibilidad pueda pintar algo sin sentido alguno. Nos dará un gran gusto que compartas con nosotros algunas de ellas.

—Sí, Elena, te lo pedimos por favor, —suplicó Giovanna.

—Bueno, está bien, —accedió Elena—. El siguiente café será en mi casa. ¿Nos vamos caminando?

—Y se fueron departiendo, sonriendo y paseando por los bellos jardines de Milano Due rumbo a casa de Elena. En el trayecto, Elena insistió.

—Les ruego que no se hagan la ilusión de que van a ver algo excepcional. Como les mencioné yo soy solo una aprendiz. La única persona que conoce mis pinturas en su totalidad es mi marido. Él, con todo realismo, nunca me ha alentado a abrigar otro tipo de esperanzas sobre mis capacidades, pero sí me ha insistido en que debo continuar, como quien practica un entretenimiento, un pasatiempo, un 'hobby', como él dice. Él sabe que pintar me ayuda a sobrellevar tanto tiempo sola.

Es cierto que ninguna de las dos era una conocedora, sin embargo, ambas se cim-

braron al mirar los primeros diez lienzos que Elena sacó de una caja medio arrumbada. Las dos pensaron que eran verdaderamente extraordinarios, sintiéndose como si estuvieran en presencia de obras de la primera pintora impresionista, Berthe Morisot, aunque el colorido tenía una clara influencia africana con matices de Paul Gauguin.

—Son bellísimos —exclamó Abril, genuinamente asombrada.

—¡Qué formidable realismo y qué matices! —comentó Giovanna—. Te atrapan, te hacen sentir envuelto en la vegetación, en la selva. ¡Qué delicadeza!

Elena se sintió desconcertada. Esperaba algunos elogios mesurados y amables aunque infundados, pero se percató de que no la veían en absoluto. Estaban las dos absortas, admirando e intercambiando lienzos, con la mirada clavada en su contenido, externando opiniones y comentarios entre ellas, ignorándola por completo. Elena estaba a punto de inhibirse o escabullirse e incluso de esconderse.

—¡Qué bruta! —destacó Abril, con los ojos bien abiertos.

—Claro, son feísimos, —aceptó Elena, pensando que se lo decía en italiano, donde "bruto" significa "feo".

—¡No! —corrigió Abril. En español, '*qué bruta*' significa que eres genial, única, soberbia, excelente. Tu obra la tiene que conocer el mundo.

—Por supuesto que sí", agregó Giovanna enfáticamente.

Élena sintió un temor de presagio, mientras Giovanna y Abril pasaron el resto de la tarde y buena parte de la noche convenciéndola de que debían comenzar con una primera exposición en el propio Sporting Club, donde ya se habían presentado algunas exposiciones de pintura.

—Estas maravillas las tienen que conocer todos, —insistió Abril.

—Mi marido se va a reír, —susurró Elena.

—Pues tu marido... o no entiende nada de esto o es un cabrón envidioso y egoísta, —exclamó indignada Abril, diciendo la última frase en español.

Elena comprendió únicamente la mitad, pero Giovanna sí entendió todo y no pudo evitar soltar una buena risotada, que trató de convertir en una expresión de júbilo al pronosticar: *¡Esto será solo el comienzo!*

Capítulo 23.- *Una comida espléndida en el Boeucc*

“Olvidemos los equipajes del pasado y hagamos un nuevo comienzo”
Shahbaz Sharif

Llegó aquel jueves y justo a las 19:00 horas sonó el interfono. Abril respondió y escuchó decir:

—¿Abril? ¡Hola, soy Adrianno!

—Hola, Adrianno, ahora bajo —respondió Abril.

Ataviada con unos jeans que realzaban su figura, una blusa de seda azul claro y un bleizer azul marino, Abril abrió la puerta del edificio e hizo su aparición.

—Buona sera —saludó, con una tenue sonrisa.

—¡*Mon Dieu!* balbució él—. “*Che bella*”.

Abril se ruborizó y respondió

—¿*Tú crees?* —con una ternura que provocó en Adrianno un tenue estremecimiento.

El Restaurante Boeucc no solo era un establecimiento exclusivo y con clase, sino que su decoración era espléndida. Simplemente le encantó a Abril, quien elogió:

—Qué lindo restaurante, me temo que va a resultar muy difícil encontrarle alguna objeción. Veremos qué tal con la comida.

—Sí veremos —comentó Adrianno, con una sonrisa que delataba que le encantaba la agilidad mental de Abril.

Se adentraron y caminaron hacia la mesa elegida. Adrianno percibió que Abril no pasaba inadvertida para algunos ojos masculinos, por no decir todos.

Él retiró la silla para que ella se sentara, lo que ella agradeció con una sonrisa dulce. Ya en calma, ambos pidieron una copa de prosecco como aperitivo.

Poco después, y sin revisar la carta, aceptaron que fuera el chef quien selecciona-

ra los platillos. Iniciaron con un *“Spaghetti con vongole verace”* y después un *“Risotto alla milanese con pistilli di zafferano”*. Como vino tinto, Adrianno escogió un *“Cascina delle Rose, Barbaresco Marcorino”*. Todo, absolutamente todo resultó exquisito para Abril. Adrianno la miró admirándola y le preguntó:

—¿Cómo fue que te topaste por primera vez con el Yoga? ¿Cuándo decidiste convertirte en instructora?

—Pues es curioso, pero fue de una manera muy similar a lo que me sobrevino en Milano —respondió Abril—. Yo acudí a una sesión de acondicionamiento físico y de asesoría nutricional con una maestra muy querida por todos en la Ciudad de México. Al final, para quien quisiera, nos daba adicionalmente unas prácticas de Yoga. Yo quise, así que me quedaba siempre, el Yoga me fue hipnotizando al grado que se convirtió en mi mayor interés. La práctica se extendió poco a poco a otra hora más. Después de dos meses, la maestra me propuso que me convirtiera en su asistente y más tarde me pidió que la sustituyera por completo como la instructora principal, pues ella cambió de residencia a otra ciudad. Yo me concentré en el Yoga y, por supuesto, continué estudiando pues quería adentrarme en los fundamentos y sus secretos. Cuando mi exmarido y yo nos separamos fue básicamente el yoga, el que me permitió sacar adelante a mis dos hijos, Héctor y Julián, pues la verdad es que su padre fue siempre un perfecto desobligado, como sucede con gran frecuencia en mi país... Y tú Adrianno, ¿cómo fue que te iniciaste en el arte culinario y el fascinante mundo de la restaurantería?

—Pues yo, desde pequeño, quería construir casas; incluso estudié la carrera de arquitectura en la Universidad de Florencia, pero creo que la influencia de mi *Nonna* fue determinante. Ella era una gran cocinera, una verdadera chef, y yo, además de quererla, la seguí muy de cerca. *“Yo no cocino, yo pontifico”*, solía decir la muy presumida. Comencé con un pequeño restaurante en Florencia, donde yo cocinaba y también administraba. La realidad es que hacía de todo, desde ir al mercado muy temprano a comprar los ingredientes hasta servir y levantar las mesas. Nos fue bien y el negocio creció. Mi novia entonces, que se convirtió en mi esposa unos meses después, no es que me ayudara, sino que compartía absolutamente todo. Y continuó haciéndolo, allá y después aquí, en este restaurante, hasta que se nos fue hace ya cinco años. Fue una gran mujer y la nuestra, una familia ejemplar. Mis hijos también ayudaban mientras sus estudios se

los permitieron. No te he contado de ellos, el mayor, Alessandro, vive en Londres, donde labora en una banco inglés y la menor, Beatrice, habita en Bruselas donde trabaja para el Consejo de la Unión Europea.

Abril le narró con cierto detalle cómo estaba siendo su proceso de integración al bello Milano y, por supuesto, le contó de cómo era su relación con su gran amiga Verónica, a quien admiraba y quería como a una hermana.

—Oye Adrianno —demandó—, ¿Me enseñarías la cocina? Y de paso me presentas al chef para felicitarlo. Como te comenté, cocinar es otra de mis pasiones y debilidades.

—Por supuesto, —respondió él, con gran gusto—. Vamos ahora mismo, antes del café. —Se pusieron de pie, y entusiasmada Abril, lo siguió hasta la cocina, que para ella fue un verdadero espectáculo, pues estaba super equipada.

—Bruno, permíteme presentarte a Abril, una encantadora amiga mexicana que, entre otras cosas, le apasiona la cocina.

—Molto piacere —exclamó Bruno—. ¿Qué le pareció la cena de esta noche?

—Me podrían envenenar con las delicias de esta noche. Ese spaghetti alle vongole, ¡guau! Estoy segura que es el mejor de toda Italia y luego ese risotto, exquisito. Grazie, Bruno, grazie.

—Me complace saber que le ha gustado, —comentó Bruno, besándole la mano.

Abril y Adrianno se despidieron de todos los tripulantes de la cocina y volvieron a su mesa para continuar su conversación en compañía de un buen café, además de un Amaro Averna para ella y una buena Grappa Montalcino di Luce para él.

—Sé bien que la cocina mexicana es una de las mejores del planeta,—comentó Adrianno—. ¿Los restaurantes qué tal?—preguntó.

—Pues pocos muy buenos, —replicó ella— creo que tenemos, en efecto, una excelente cocina, quizás los mejores meseros, pero también los peores administradores de restaurantes del mundo. Adrianno se rio de buena gana. Con la clara intención de invitarlo a cabalgar por la comarca de las fantasías, Abril se quedó mirándolo fijamente a los ojos y, con con cierto desparpajo y una muy tenue sonrisa, le preguntó:

—¿Qué significa para ti el amor, Adrianno ? —y se quedó muy seria esperando la respuesta.

—¿Qué significa para mí el amor? —repitió Adrianno, mirándose hacia adentro, posando sus ojos en ninguna parte. —¡Vaya, una gran pregunta! —aseveró. Se quedó pensando unos instantes y finalmente respondió:

—Supongo que el amor es la ausencia total de egoísmo, de egolatría, de egocentrismo; la concentración absoluta y obsesiva en la alegría, el bienestar y la felicidad del otro. Amar no es una inversión para que te amen, es una acción que lleva intrínseca la recompensa. Amar es nada más, pero nada menos, que dar. El filósofo y poeta alemán Federico Nietzsche decía que *amar es encontrar en la felicidad del otro tu propia felicidad*

—De acuerdo totalmente, —interrumpió Abril—. Dar, sin esperar nada en reciprocidad, absolutamente nada; dar por el simple placer de dar, sin trueques ni condicionamiento alguno. Si tú no me amas a cambio, pues allá tú, peor para ti. Amar es intercambiar el yo por el regocijo intenso del tú. Ahí está el secreto de amar, que significa entregarse plenamente, sin restricciones, sin límite, sin expectativas. Me gusta la reflexión de una de las mejores escritoras mexicanas, Rosario Castellanos, que decía: *»Yo no creo en el amor en que tú y yo nos tomamos de ambas manos, nos miramos fijamente a los dos ojos y nos juramos amor eterno; yo creo en el amor en que tú y yo nos tomamos de una sola mano, caminamos hacia adelante, cada quien, mirando su propio horizonte, y de vez en cuando nos volteamos a ver y nos cerramos un ojo«*.

—¿Soberbio! —reconoció Adrianno—. Eso lo explica todo. Comparto totalmente la reflexión de esa escritora. Nunca había escuchado mejor descripción del amor como práctica de la libertad.

También pienso que el amor no puede programarse; simplemente se presenta cuando le da la gana o no se presenta nunca. No tolera imposiciones.

Continuaron conversando de otros temas trascendentes y triviales, pero no dejaron de sonreír.

—Me encanta tu capacidad de luchar para alcanzar la felicidad, —elogió Adrianno.

—Pues la mera verdad, Adrianno, es que yo no busco la felicidad, me limito a ser feliz. —aclaró Abril.

Así culminó esa noche plena de magia. Salieron y se encontraron con esa hermosa

niebla que, con particular frecuencia, envuelve a Milano y la convierte en la ciudad más nostálgica y melancólica del mundo. Abril se estremeció una vez más ante esa bruma encantadora y simplemente señaló:

—Estamos de suerte esta noche.

Adrianno la dejó frente a la puerta de su casa y se despidió besándole la mano, mirándola fijamente y susurrando tan solo: —*Estás hermosa*.

—*¿Tu crees?* —dijo ella y se dio la media vuelta.

Lo había dicho con la misma delicadeza así que, una vez más, flaquearon las corvas de Adrianno. Subió a su auto y partió con una sonrisa continua en los labios.

Ella subió por el ascensor. Se apresuró a abrir la puerta del departamento al escuchar el timbre del teléfono de casa, descolgó y simplemente escuchó la voz dulce de Adrianno que decía:

—Grazie Abril...Buona notte.

Abrió la puerta de la terraza y se quedó contemplando aquella Milano que se dibujaba bajo esa niebla, que ya comenzaba a sentir como propia. Pensó que, en ocasiones, la realidad es más fecunda y fantasiosa que todos los sueños.

Capítulo 24.- *Una probadita de México*

“La vida o es una gran aventura o no es nada”

Hellen Keller

Se despertó muy temprano una mañana nublada de otoño y ya tenía cincuenta años. Verónica se quedó pensando en que justo ese día formalmente iniciaba la segunda etapa de su vida. La perspectiva y las expectativas eran halagüeñas. Tuvo un sobresalto al escuchar la voz del mariachi entonando *“Las Mañanitas”*. Abril comenzaba con su avalancha de regalos, el segundo fue un libro que les había sido insistentemente recomendado por JeanPierre y Adrianno, quienes coincidían que habría que leerlo para poder comprender con plenitud a Europa. El título era: *El Mundo de Ayer.- Memorias de un europeo*, y el autor uno de los más grandes escritores-poetas de Alemania: *Stefan Zweig*. El tercero lo constituía una hermosa pañoleta de la boutique de textiles más prestigiada de Milano: *Lanificio Paoletti* y el cuarto regalo era la noticia de que para esa noche Abril organizaba una cena mexicana a la que habían confirmado asistir: Jaqueline Dubois, compañera del Instituto de Verónica y ahora una de sus mejores amigas en Milano, Jean Pierre Malraux, quien para ese exclusivo propósito se trasladaría el mismo día de París a Milano; Adrianno Strotzzi, que mostró gran entusiasmo por asistir ; Elena Moccia, cuyo marido para variar estaba fuera del país; Ricard Moliner, un joven catalán también compañero de Verónica que se estaba convirtiendo en su mejor amigo en el instituto de diseño, Daniela Muzzarelli, la anterior maestra de yoga de Abril, y su marido GianCarlo, Doña Francesca y su sobrino Florentino y, por supuesto Francesco y Giovanna Galano, que esperaban ansiosos la cena mexicana *“en su casa”* de Milano.

Como era de esperarse la mañana y la tarde la pasaron muy activas entre el supermercado y la cocina, separando la última hora para ponerse muy guapas. Abril tenía la muy preciada cualidad femenina de vestir bien, justo lo que a ella le quedaba. Esa tarde portaba unos pantalones blancos con una blusa elegante, también blanca, con un finí-

simo deshilado de Huanusco, Zacatecas, además de una chaqueta en rojo y negro con un hermoso bordado de gran colorido de Zinacantán, Chiapas.

Verónica, por su parte, lucía un bellissimo vestido casual pero elegante color verde claro, con bolsillos y un cuello en O estilo vintage, con mangas largas y estampado primaveral de libélulas. Un vestido que proyectaba una sensación de vitalidad y ligereza.

El primero en llegar fue Adrianno, portando un bello ramo de tulipanes, la flor predilecta de Verónica, según averiguó oportunamente, además de dos botellas de un Barolo muy especial. Al abrirse la puerta y mirar a Abril, solo pudo balbucear:

—Estás bellísima.

—¿*Tú crees*? —Respondió ella sonrojada, con aquella sonrisa dulce y ese tono inocente y discreto. —Adelante, estás en tu casa —agregó.

Después de tres minutos llegaron Élena, Francesco y Giovana, con una charola de Canoli di Palermo que se antojaban deliciosos y casi en forma simultánea llegó JeanPierre Malraux con una botella de *Chateau Laffitte Carcasset* y una gran caja de chocolates amargos de “*La Maison du Chocolat*” Los preferidos de Verónica, quien no pudo ocultar con su expresión su condición de golosa incorregible.

Un poco más tarde hizo su aparición Ricard con un arreglo floral y agregando para esa noche una botella de un magnífico vino blanco: un *Alta Alella Lanius*. Junto con Ricard llegaron Doña Francesca y su sobrino, con un postre de Tiramisú, que era una de sus especialidades.

El festín azteca se inició con un guacamole como dios manda, acompañada de trocitos de tortilla recién tostadas y con una exquisita mezcla de crema, queso filadelfia y rajas de chile jalapeño para mejorar el sabor neutro de las papas fritas. ¡*Qué rico*! Fue la expresión generalizada.

—¡Qué linda música! —destacó JeanPierre.

—Pues es una selección que preparó Abril. —Aclaró Verónica, se pasó la tarde eligiendo las canciones.

En efecto, Abril disfrutó al elegir la música mexicana que más le gustaba en una expresión instrumental de piano, violín, guitarra y saxofón.

—Yo soy un apasionado de la música mexicana, sobre todo de las canciones rancheras, —comento Francesco. Nosotros llegamos a conocer casi la mitad de las cancio-

nes que conoce un mexicano. Es impresionante. Una de las tantas virtudes que aprendimos a apreciar de los mexicanos durante los siete años que vivimos en ese maravilloso país es la cantidad de canciones cuya letra conocen a la perfección casi todos los mexicanos.

—Cuéntanos más de México Francesco, parece un país muy interesante, —le pidió Adrianno. No se lo hubieran dicho pues comenzó a elogiar todo, comenzando con el clima, y transitando por los paisajes, la fiesta, las playas, las ruinas, las sonrisas, la historia y sobre todo la gente.

—La gente es maravillosa, —resaltó Francesco, —Apenas te conoce y te abre su corazón y te entrega su amistad sin condición alguna, sin esperar nunca a que tú lo consideres amigo. Su afecto te lo entrega gratuitamente. Mientras más pobre, más se entrega, más te aprecia.

Continuó todavía un rato más exaltando a lo mexicano hasta que sintió que se había excedido un poco en los elogios, y entonces dijo:

—Eso sí, los mexicanos están un poco locos, es cierto.

—¿Cómo que locos? —protestaron Abril y Verónica.

—Sí, un poco, —repitió Francesco, —por ejemplo, a los mexicanos les encantan los topes, me refiero a los artefactos de metal que se ponen en las calles para obligar a disminuir la velocidad. En todas las ciudades de México hay una gran cantidad de topes, los pide la gente y los gobiernos los ponen. No solo donde hay escuelas, hospitales o asilos, en cualquier parte encuentras semáforos y topes. En otros países del mundo es uno u otro, ahí son los dos. Hay topes hasta en calles empedradas. Y si el gobierno no los pone, los pone la gente, a sus expensas.

Todos estaban sorprendidos y comenzaban a reírse, con cierta discreción eso sí.

—Les comento otra. Quizás no saben, pero en México hay más de 200 variedades de chile. A los mexicanos les encanta el chile. Lo especial es que en ocasiones se enchilan en exceso, se ponen rojos, hasta morados, parece que van a explotar, pero siguen comiendo y le ponen más chile a su comida. En cualquier otro lugar si te enchiladas pues ya le paras, quieres agua, pero no comes más chile, solo ellos le ponen más.

Las expresiones de sorpresa de todos iban en aumento.

—Y si todavía no me creen, déjenme contarles algo más: Los mexicanos van a unos

bares, que ellos llaman cantinas, y después de algunas copas *se dan toques eléctricos*.

—¿Como? ¿toques eléctricos? Eso no es posible, —gritó JeanPierre y lo secundaron los demás. Verónica, Abril y Giovanna explotaron en carcajadas.

—Si, —continuó Francesco— llega un hombre con una cajita con dos terminales gritando “*toques toques*”. Y los mexicanos se agarran y nomás gritan “*más*”, “*más*” y a veces se toman de las manos y se transmiten entre sí la electricidad, nomás se retuercen.

La expresión de todos era más que de sorpresa, casi de miedo. Las volteaban a ver con unos ojos super abiertos. Hay que tomar en consideración que en Italia el voltaje es de 230 y no de 127 voltios. Ahí un toque puedes ser mortal. Las anfitrionas y Giovanna seguían riendo a carcajadas, las que aumentaron cuando Francesco concluyó refiriendo.

—Y además, pagan.

—Yo les agradecería que hoy no se les ocurra someternos a una de esas torturas aztecas, —suplicó Adrianno y entonces sí, se dio la primera gran risotada colectiva de la noche.

—Pero en verdad qué magnífica esa música, —elogió ahora Ricard, mientras que abril convocaba a todos a la mesa. La cena estaba lista e iniciaba con una de las creaciones de Abril: una crema sin crema, de flor de calabaza, pimienta morrón rojo y un queso muy parecido al Oaxaca, enriquecidos con unos ingredientes que eran sus secretos. Todos, sin excepción, trataban de sonar sinceros, al expresar su reconocimiento de que aquella crema era una de las más deliciosa que habían probado en su vida. Adrianno aseveró que en los dos restaurantes de su propiedad, ninguna crema se le aproximaba siquiera en grado de exquisitez. Los aplausos se extendieron al platillo principal: unos chiles en nogada francamente soberbios. Culminando con los Canoli di Palermo de Giovana resultó ser una cena succulenta.

—Tendremos que hablar con Bruno, Abril. Todavía no hemos podido ofrecer en el Boeucc una crema de semejante calidad. Tal vez te convenza de que le enseñes cómo hacerla, —comentó Adrianno, sonriendo.

—Eres un loco, ¿cómo crees? —murmuró Abril.

La conversación de esa noche fue de lo más variado y de lo más enriquecedor. Apenas pasaron a la fase de los digestivos en que se ofrecieron las opciones del cognac, el brandy, el anís, la grapa, el amaro, el Baileys, el Kalua, el Armagnac, el Amaretto y el

Chartreuse. Abril cambió la *playlist* y puso una música tropical latina, tomó de la mano a Adrianno y lo invitó a bailar, todos los demás siguieron el ejemplo. El regocijo de la fiesta se intensificó hasta que sonó el timbre de la puerta, Verónica abrió y se encontró con una pareja, Abril interrumpió la música y la mujer de la pareja les expuso:

—Buenas noches, saben... somos los vecinos de aquí arriba, no podemos dormir con esa música, así que o bajan el volumen o nos invitan a la fiesta.

—Todos soltaron una carcajada y por supuesto invitaron a la pareja con enorme gusto, les sirvieron rápidamente una copa de coñac y otra de Baileys, que fue lo que pidieron y les insistieron que probaran algo de la espléndida cena. La bailada se reanudó de inmediato destacando la exhibición de Abril que dominaba todos los ritmos con una maestría y una gracia fuera de serie, aunque también destacaba Jaqueline que dominaba la salsa, el son y la cumbia como si fuese una cubana o colombiana. Carla y Giuseppe, que así se llamaban los invitados y nuevos amigos del grupo se sumaron también al baile con contribuyendo al bullicio, que se propagaba por todos los rincones del apartamento. Después de poco más de una hora, cuando casi todos se sentaron exhaustos, Verónica propuso un juego que pondría a prueba el nivel intelectual y el grado de sensibilidad de los asistentes a esa cena, que habrían de considerar todos como memorable:

—Les propongo que juguemos con la creatividad, —sugirió Verónica— Imaginemos que cada uno de ustedes llega solo a esta cena y que los duendes y los dioses, con gran sentido del humor, han decidido hacer un ligero cambio importante. Si bien conservarán la cena y, sobre todo las bebidas, ninguno de nosotros encontraría a los que estamos aquí, pero nos darían a cada uno la oportunidad de invitar a nuestra cena a tres personajes célebres de la historia de la humanidad. Se nos aclara eso sí que automáticamente se resolverá cualquier problema de comunicación al tratarse de lenguas que desconozcamos y se nos precisa además que nuestros invitados durante la cena y la muy extensa sobremesa hablarán siempre con la verdad y no podrán eludir cuestionamiento alguno. La pregunta para cada uno es: *¿A qué tres personajes invitarías a tu cena?* Les doy tres minutos para reflexionar en la respuesta, después de lo cual iniciaremos por la izquierda con Francesco.

Todos aceptaron la propuesta y la sugerencia de meditación

—*¡Mama mia!* He ahí una pregunta interesante y provocadora— exclamó Francesco y se quedó muy serio mirando en la lejanía. Después de un breve momento de meditación, respondió:

—Me encantaría una larga cena y una buena polémica con Benito *Mussolini*, *Adolfo Hitler* y *Winston Churchill*, creo que tienen mucho todavía que discutir y yo tengo muchas preguntas para promover el debate. Debo confesar que me encantaría suplicar a los duendes que me permitieran agregar a José Stalin, como cuarto invitado.

—Se quedaron todos pensando y se escucharon algunas expresiones como: *¡Genial!* *¡Guau!* *¡Fascinante!* *¿Espero que se acepte tu petición!*

Jaqueline Dubois estaba emocionada y como era su turno destacó de manera atropellada:

—A mí ya me anda por iniciar mi cena y preguntar a mis tres invitadas en qué momento se inició y cuándo se convirtió en un proceso irreversible el movimiento feminista. Ellas serían *Simone de Beauvoir*, *Mary Wollstonecraft* y *Sojourner Truth*. También me encantará conocer su opinión sobre la realidad de hoy en el mundo para las mujeres.

Doña Francesca reconoció que esta reunión se le hacía como de película, así que para ser congruente invitaría a su fiesta, porque la suya sería algo más que una simple cena, a *Vittorio De Sica*, *Marcello Mastroiani* y *Vittorio Gassman*.

Adrianno interrumpió y advirtió:

—Pero hay que aclararle Doña Francesca, que los dioses y los duendes solo le organizarían la fiesta, lo demás correría por su cuenta —todos soltaron una gran carcajada, sobre todo Doña Francesca que se había sentido descubierta.

Abril, que era la siguiente, le dio un buen trago a su copa de Amaretto di Saron y exclamó:

—Pues yo me voy a ver muy local, pero invitaría a mi cena a *Emiliano Zapata*, *Profirio Díaz* y *Frida Khalo*. Con la ayudadita del tequila y el mezcal, yo también esperaría una buena discusión, que me ayude a comprender mejor al México de ahora.

—A mí me fascinaría motivar y, sobre todo, presenciar un debate inteligente y apasionado sobre la vida, —indicó Jean Pierre, así que invitaría a *Dostoievsky*, *Victor Hugo* y *Shakespeare*. Hasta ese momento la aceptación y el reconocimiento de todos era generalizado.

Giovanna, por su parte, confesó: —A mí, en cambio, me gustaría escuchar la respuesta de cada uno de mis tres personajes a las mismas tres preguntas que me inquietan desde niña, así que escogería cenar con *Jesucristo, Mahoma y Siddharta Gautama Buda*, después buscaría que intercambiaran opiniones sobre sus eventuales diferencias de fondo. Aquí se registró el primer aplauso de todos.

Llegó al turno de Florentino, sobrino de Doña Francesca, quien sin pensarlo más se fue al fútbol y escogió a sus ídolos: *Paolo Rossi, Franco Baresi y Bruno Conti*, porque tenía tanto que preguntarles.

Pues yo preferiría filosofar e incluso discutir de política, por lo que invitaría a *José Ortega y Gasset, Aristóteles, y Vladímir Ilich Uliánov*, alias Lenin, señaló Ricard, provocando más aplausos.

Élena sonrió y reseñó: —Pues me van a disculpar, pero yo cenaré conversando de arte, de pintura en particular, con *Berthe Morisot, Leonardo da Vinci y Claude Monet*. A partir de ese momento todas las respuestas merecieron aplausos

Daniela Muzzarelli optó por tres mujeres monarcas que, sin duda, trascendieron en la historia: *Isabel I de Inglaterra, Catalina la Grande e Isabel la Católica*. —Quiero una conversación a mi nivel— aclaró con una gran sonrisa.

En tanto que su esposo Giancarlo prefirió optar por tres grandes estrategas: *Napoleón, Julio Cesar y el Gengis Kan*. Me gustaría preguntarles cómo vencerían ellos a Estados Unidos, China y Rusia en la actualidad.

El turno era de Carla, la nueva invitada, que comenzó aclarando:

—Quizás sería conveniente mencionar antes que yo trabajo desde hace varios años en el Consulado General de Estados Unidos en Milano y como pueden especular estoy más o menos al tanto de lo que hacen y dejan de hacer los presidentes de esa nación. Tomando en cuenta que los invitados a mi cena tendrían que hablar solo con la verdad y que no podrían esquivar ni una pregunta, me encantaría cenar y más que cenar cuestionar y provocar una verdadera polémica entre *Donald Trump, Martin Luther King y Nelson Mandela*. Un brindis fue ahora el reconocimiento de todos los asistentes.

Adrianno simplemente compartió:

—Yo he tenido la impresión de que a la mayoría de las mujeres les importa más ser amadas que amar y, sin embargo, se pasan la vida queriendo enamorarse. Me gus-

taría conocer la opinión sobre esto de tres especialistas, así que invitaría a *Simone de Beauvoir*, *Marguerite Yourcenar* y *Virginia Wolf*

Giuseppe se puso de pie y añadió: —Pues yo... me voy a ver muy local, como Abril, pero con la misma intención de comprender las locuras que se suscitan en la Italia de hoy, invitaría a esta cena de la verdad a *Giulio Andreotti*, a *Silvio Berlusconi* y a *Enrico Berlinguer*.

Finalmente, Verónica, la provocadora de la noche, finalizó comentando:

—Primero debo reconocer que me hubiera apasionado estar presente en las cenas de todos ustedes, si bien en mi cena, con el fin de comprender mejor lo que acontece en el mundo, me gustaría una discusión sobre políticas públicas y desigualdades con *Nicolás Maquiavelo*, *Mijail Gorbachov* y *André Malraux*, el abuelo de Jean Pierre.

Todos aplaudieron, brindaron, entre risas y carcajadas, sobre todo provocadas por las observaciones y bromas de Adrianno que demostró esa noche ser poseedor de un agudo y excéntrico sentido del humor. Comenzaba a esfumarse la noción del tiempo, cuando continuaron reflexionando colectivamente sobre todos y cada uno de los personajes elegidos, hasta altas horas de la noche. Poco antes de finalizar aquella cena inolvidable, Jean Pierre Malraux hizo una propuesta:

—Esta elucubración sobre las cenas con estos sensacionales personajes de la historia me ha parecido sensacional. Creo que no debiéramos dejarla aquí, ¿qué les parece si para la próxima ocasión en que nos reunamos todos, cada uno de nosotros propone una pregunta especial para cada uno de las celebridades que hoy hemos convocado. — Por supuesto todos aprobaron con entusiasmo la iniciativa.

Abril se regocijaba con el formidable aniversario de Verónica, porque había sido, sin duda, una velada enriquecedora, explosiva e inolvidable, mientras que Verónica comparaba la tertulia con las juergas a qué había acompañado a Fernando en México, y solo susurró con una sonrisa satisfecha:

—Vaya un contraste, qué bueno que decidí cambiar de rumbo y darle sentido a mi vida.

Capítulo 25.- *Un Matrimonio in Campagna*

“Cada nuevo comienzo viene del final de algún otro comienzo”

Séneca

El siguiente domingo se suscitó un episodio verdaderamente curioso que hasta pudo haber sido simpático si no llevase el trasfondo de un hecho lamentable. En una finca cercana al pueblo pintoresco de Capriate San Gervasio, a 30 minutos de “autostrada” de Milano, se celebró el “matrimonio in campagna” de Fiorentino, el sobrino de Doña Francesca, al que desde luego los cuatro fueron invitados, Verónica, Abril, JeanPierre y Adrianno se trasladaron con gran gusto y llevaron consigo cuatro espléndidos regalos. La fiesta resultó ser aún mejor de lo que esperaban, tanto por lo que se refiere al entorno, rodeados de pradera, montañas, bosques y castillos, como a la deliciosa comida local. Compartieron en tres largas mesas, formando una herradura, y se alegraron con una música festiva y contagiosa interpretada por la banda del pueblo. Por supuesto se registró una bailada general donde todos departían contentos y sonrientes. Una fiesta deliciosa donde JeanPierre comenzó bailando con Verónica y termino con Doña Francesca.

Durante el festejo se presentó un incidente muy particular. Verónica estaba conversando en grupo con JeanPierre y tres invitados más cuando sintió unas manos de mujer tapándole los ojos. Sorprendida de dio la vuelta rápidamente y se encontró con el rostro de Beatrice, una compañera italiana del Instituto de Diseño, cuya edad fluctuaba por los 18 años, que gritaba:

—Verónica, ¿qué haces tú en esta fiesta?

—Pues disfrutándola, Beatrice, divirtiéndome como hacen todos y como pocas veces. —respondió Verónica, — Y tú querida amiga, ¿no me digas que conoces a Doña Francesca.

—Pues a Doña Francesca no, pero somos amigos de la novia, ella trabajó como secretaria de mi padre los últimos dos años en Milano. Por cierto, qué bueno que te veo,

déjame presentarte con mi padre, le dará mucho gusto conversar con ustedes, como te conté cada vez se aferra más a la idea de que nos vayamos a vivir todos a tu país. Voy por él, ahora lo traigo. —Y se lanzó en su busca.

—No puede ser, qué mala suerte, — murmuró preocupada Verónica.

—Pero ¿por qué? —cuestionó Abril.

—Luego te explico, —le respondió, para recibir a los padres de Beatrice que acudían con una sonrisa muy amigable. Cabe destacar que la esposa, todavía bastante joven, era muy guapa y poseedora, por cierto, de un cuerpo muy jovial y atractivo.

—Verónica, ellos son mis padres —y vinieron las presentaciones de todos con todos. Después de la introducción, el padre de Beatrice se dirigió a Verónica y le preguntó:

—¿Así que usted es la compañera mexicana de mi hija?, nos ha contado maravillas de usted. —Comentó don Giuseppe D’agostino. —Seguramente mi hija le habrá comentado de nuestras intenciones respecto a su país. Sabe mi empresa, que fabrica maquinaria para la industria embotelladora, ha venido exportando de manera creciente e importante al mercado de Estados Unidos. Como probablemente usted sabe el gobierno norteamericano ha venido transformando recientemente a los Estados Unidos en un muy proteccionista y se nos ha sugerido que algunas partes y componentes de nuestras máquinas se produzcan en alguno de los tres países que integran el Tratado de Libre Comercio: *Canadá, Estados Unidos o México* y nosotros, por supuesto, estamos optando por su país, donde pensamos que podríamos trasladarnos a vivir unos tres o cuatro años, al menos mientras montamos la nueva planta.

Yo ya le dije a mi marido que yo iré solo si me asegura que encontraré un buen club donde continuar con mis lecciones de tenis, —agregó sonriendo la esposa.

—Bueno, pero Estados Unidos es un país muy competitivo, es la primera potencia económica del mundo y Canadá es muy hermoso, mi hija vive por allá con su familia, donde es muy feliz, inmensamente feliz—Destacó Verónica.

Abril la miró desconcertada y, aun siendo poco proclive a la contradicción, la corrigió:

—Bueno, pero la verdad es que como México no hay dos, ahí es donde usted encontraría el calor humano que perdería al dejar Italia...

—Claro, claro, —interrumpió Verónica— Pero seguramente don Giuseppe está

consciente de que últimamente los problemas de seguridad en México se han acentuado y es obvio que no querrá exponer a su encantadora familia...

—Bueno si, —interfirió Abril—pero don Giuseppe también sabe que lo que difunde la prensa no siempre corresponde a la realidad, los corresponsales son siempre un poquitillo exagerados...

—Don Giuseppe—intervino Verónica, con un tono casi conclusivo— ¿Por qué no nos reunimos a tomar un café en Milano y conversamos con más calma sobre sus planes?

—Tiene usted razón Verónica—aceptó don Giuseppe, —he sido un imprudente, hemos venido a divertirnos, lo que pasa es que estoy tan entusiasmado con la idea que no he podido contenerme. ¿Qué les parece si nos aceptan una invitación para cenar en casa el próximo jueves o viernes?

Mientras se disculpaba don Giuseppe, Abril le susurró en español: —¿Pero ¿qué te pasa joder?

—Ya te dije que me sigas la corriente, ya te explicaré, —masculló entre dientes Verónica.

—Yo lamentablemente estaré fuera de Italia en esos días —se disculpó JeanPierre.

—Para mí también resultará complicado, les ofrezco una sincera disculpa, pues todo apunta a que será una velada interesante, —comentó Adrianno.

—Nosotras sí podemos el jueves don Giuseppe, ¿verdad Verónica? afirmó Abril.

—Claro, claro, con mucho gusto —respondió Verónica— me pondré de acuerdo sobre los detalles con Beatrice. Ahora todos a bailar y festejar con los novios.

A final de cuentas fue una fiesta espléndida, los platillos succulentos, el vino insuperable, la compañía inmejorable, la música soberbia y toda la gente encantadora. La verdad es que disfrutaron de lo lindo.

Se despidieron de la familia de los novios y de la amiga Beatrice y de sus padres, balbuceando palabras de agradecimiento. Se habían venido los cuatro en el auto de Adrianno, y apenas iniciaron el regreso, Abril no se aguantó más, así que cuestionó a su amiga de inmediato:

—¡Estupenda fiesta!... Ahora me podrás aclarar qué carambas te traes, casi es-

tuviste atacando a nuestro país y exaltando a Estados Unidos. No te comprendo. Fue evidente que trataste de desanimar a don Giuseppe de invertir en México.

—Pues procedo a explicarte con mucho gusto, mi querida amiga, ya con la tranquilidad de saber que ya no seré yo, sino tú, la que tendrá que desanimar a don Giuseppe de irse a vivir a México, con su encantadora familia.

—¿Estás loca?

—Pues resulta que en mi respetable opinión don Giuseppe no debe irse a vivir a México, mientras no lo convenzas de que antes se cambie el apellido, porque sucede Abril que el señor se llama Giuseppe Culazzo, así: *CULAZZO*, con doble zeta.

—¿*Que qué?* El rostro de Abril se descompuso.

—Y si no lo haces, pues al menos le aconsejarás cómo reaccionar ante el trato afectivo que seguramente recibirá la hermosa y voluptuosa señora Culazzo en su club de tenis, o del que muy probablemente será objeto tu amiga Beatrice Culazzo en la Universidad, e incluso el que propinarán a su hermano de doce años, Aldo Culazzo, en el colegio. O quizás les puedes impartir unas breves lecciones de como convivir con los ocu-
rrentes e inofensivos chascarrillos mexicanos.

Abril no podía digerirlo, mientras Verónica se atacaba de la risa, ella se pasó pensativa todo el trayecto y repitiendo de vez en cuando:

—¡No puede ser! “*Culazzo*”. No me lo quiero ni imaginar.

Capítulo 26 .- *Haciendo turismo en el norte de Italia*

"Cuando entiendes que mereces un futuro brillante, dejar ir a tu pasado oscuro es la mejor opción que habrás hecho"

Roy T. Bennett

Cada vez fueron más los amigos de las dos y cada vez fueron más los encuentros con ellos, sin embargo, se dieron el tiempo para visitar cada semana, al menos uno de los lugares especiales de Milano que Verónica había conocido en su primera visita. Y fue así que Abril se encantó con la *Galeria Vittorio Emmanuele*, el *Duomo*, el *Castello Sforzesco* y la *Hermosa Basílica de San Ambrosio*, construido en el Siglo IV, *Santa María delle Grazie*, donde al igual que Verónica la primera vez, Abril se estremeció hasta lo más recóndito de su sensibilidad y estuvo a punto de volar ante su maravilloso tesoro de *"La Última Cena"*, aquel célebre mural de Leonardo da Vinci tantísimas veces visto y nunca antes visitado. Jamás había contemplado una obra tan grandiosa y conmovedora.

Verónica la llevó también a conocer y tomar un aperitivo a un excelente y exclusivo restaurante que ella había conocido en su anterior visita: el *Seta*. Recorrieron después tranquilamente el *"Vecchio Naviglio"* y, como ya conocían el *Ponte Rosso* de Doña Francesca, visitaron otro cuyo nombre era *"Cantine a Mare"*, donde, para continuar con la costumbre, comieron delicioso.

Un fin de semana, conjuntamente con Jaqueline Dubois, lo dedicaron a visitar tres de los más bellos lagos del norte de Italia: el *Lago Maggiore*, el *Lago di Garda* y el *Lago di Como*, donde Verónica insistió en que se ambarcaran y se alojaran una noche en el hotel Villa d'Este en el pueblo mágico de Cernobbio. Abril, extasiada, lloró de emoción esa noche. Jamás había estado en un hotel semejante. Jaqueline estaba también gratamente sorprendida. Ese atardecer monótono el lago brillaba con toda su magnificencia

Se inició la temporada de ópera y Francesco y Giovanna, apasionados de este género musical, las invitaron nada menos que a la Scala di Milano, a deleitarse con una de las más emotivas obras de Puccini: *La Tosca*. Verónica se sintió la anfitriona por haber estado ya en una ocasión en el palacio de la ópera. Dos semanas después recibieron la invitación de sus nuevos amigos y vecinos. Carla y Giuseppe. para visitar Verona una de las más esplendorosas ciudades de Italia, y asistir a la *Arena di Verona*, un enorme anfiteatro romano del siglo I, a presenciar la espectacular ópera de Verdi: *Aida*. En esa ocasión Abril y Verónica pudieron cumplir también uno de sus sueños favoritos desde que eran adolescentes: *Visitar la Casa de Julieta*, y beber después un *Aperol Spritz* en el *Caffè degli Artisti*, en la Plaza Bra, rodeada de edificios históricos y monumentos antiguos.

Vino después la visita a Torino, capital del Piamonte, seguramente una de las ciudades más interesantes de Italia, con ese magnífico *museo egipcio*, el segundo más grande del mundo, después del de El Cairo, con más de 3,000 piezas expuestas. Se recrearon de caminar por la señorial *Vía Roma* desde la magnífica *Piazza Castello* hasta la portentosa *Piazza San Carlo* para después visitar la hermosísima *Molle Antonelliana* e incursionar en la magia del cine italiano, quizás el mejor de todos.

Y otro día conocieron la monumental Génova, la capital de La Liguria. Vaya experiencia más placentera la de conocer sus maravillas: *la Piazza della Victoria*, *la Catedral de San Lorenzo*, *el Palacio Ducal* y *la casa de Cristóbal Colón*, entre tantas otras. Espléndida ciudad, punto de partida de la *Riviera Italiana*.

—¿Cómo pudimos vivir tanto tiempo lejos de todo esto? —preguntó Verónica, casi sollozando.

Capítulo 27.- Otra aventura de los Galano en México

*“Grabad esto en vuestro corazón; cada día comienza en nosotros un año nuevo,
una nueva vida”.*

Ralph Waldo Emerson

En otra ocasión Verónica y Abril se fueron a cenar con los Galano a un restaurante donde lo único que se comía eran hongos, exclusivamente hongos. Obviamente el nombre del lugar era *“I Funghi”*. El platillo principal era una degustación de 14 diferentes tipos de hongos, algo increíble para ellas, que no tenían siquiera idea de que hubiera tal variedad y mucho menos que la mayoría fuera de tal grado de exquisitez, aunque hubo dos que tres muy difíciles de digerir. En esta cena Francesco y Giovanna les compartieron otra experiencia en México, igualmente simpática que la anterior. Comenzó Francesco:

—Cuando viajamos a México, sabiendo que habríamos de permanecer cuando menos un año y como ambos somos buenos bebedores cotidianos de buen vino, gestionamos los permisos y nos enviamos, por carga marítima, cuatro cajas con un total de 36 botellas de *“Red Vesuvio Lacryma Christi”*, un excelente vino napolitano. Así que las primeras cenas que organizamos en casa a las que invitamos a compañeros profesores y, sobre todo, a directivos importantes del Tec, les compartimos nuestro vino, y tuvimos un éxito tal que se corrió la voz y nuestras cenas se comenzaron a volver famosas justo por el vino *Lacryma Christi*. Debo aclarar que como casi todos los napolitanos, nosotros también guardamos los envases y tapones, además de que sabemos fabricar vino en casa. No de la misma calidad por supuesto, pero bastante aceptable. Cuando me percaté del grado de aceptación de nuestro vino en la comunidad, calculé que nuestra reserva duraría no más de dos meses, así que rápidamente le pedí a un buen amigo de Sorrento, que me enviara algunos materiales para elaborar vino casero, como una *despalilladora*,

una prensa, un pequeño depósito de fermentación, algo de levadura, además de algunos accesorios como: un pHmetro, una probeta, una pequeña barrica, y una maquina en-corchadora. A otro amigo le pedí que me enviara dos cajas más del *Lacryma Christi*—Verónica y Abril lo escuchaban con gran interés y especial atención, sin atreverse a interrumpirlo.

Pues me llegó todo lo que pedí, excepto las cajas de vino y comencé a sentir una fuerte presión de los amigos, ya que las provisiones iniciales habían fenecido.

—¿Cuándo nos llega ese vino exquisito, profesor? Me decían algunos al verme, ¿Ya no quiere compartir su vino, Profesor? Me decían otros, así que un día me cansé y me dispuse a hacer vino, contra la opinión de Giovanna.

—Yo me opuse terminantemente, —exclamó Giovanna, —Si nos descubren yo me moriré de vergüenza, le dije, pero el muy necio comenzó a hacerlo contra mi expresa voluntad.

—Ya que estaba yo listo con las primeras 10 botellas de fabricación casera en los envases y tapones de corcho originales, —continuó Francesco— organizamos la siguiente cena a la que acudieron unos diez invitados, todos importantes. Cuando les di a catar el vino, Giovanna estaba temblando y prefirió retirarse a la cocina, pero uno a uno fueron elogiando el vino: *¡Qué maravilla! ¡Esto es realmente un buen vino! ¡Qué buqué más exquisito! ¡Vaya un color vivo y cristalino! ¡el equilibrio es perfecto! ¡delicioso!* Todos se deleitaban, Giovanna se había calmado hasta que don Cipriano, el mayor de todos y el único que no había jamás visitado Europa, hizo una mueca y exclamó:

—Pues yo no sé, pero a mí no me gustó mucho..., está como muy tiernito...*parece recién hecho.*

—Yo abrí los ojos en grande... Giovanna se aterrorizó e inadvertidamente regresó a la cocina y estuvo a punto de soltar el llanto y salir a confesar nuestro delito y ofrecer disculpas, cuando los demás dijeron:

»¿Hay! Don Cipriano, ¿pero usted qué sabe de esto?«... »No invente don Cipriano, que descortesía, si usted no sabe pues mejor se queda calladito«... »¿Ahora nos va a salir con que usted es “sommelier”, don Cipriano«... Y uno de los invitados se dirigió a mí y me sugirió: »Sabe, profesor, mejor tráigale una cervecita a don Cipriano, de eso sí sabe«... »o un Ronpope« indicó otro«... o un pulquito« propuso un tercero. Y todos pegaron una

carcajada colectiva. Don Cipriano se limitó a levantar los hombros y decir: *»Pos será el sereno, pero pa mí está muy tierno «.*

La carcajada ahora era de Verónica y Abril a la que se sumaron Francesco y Giovanna, quien agregó:

—Esa noche no pudimos dormir con el gran suso que nos pegó el mentado don Cipriano«

—Lo que pasa Francesco, —mencionó Verónica— es que en México somos buenos bebedores de cerveza, son muy pocos los que saben de vinos. Ah...pero eso sí, casi todos los mexicanos se las dan de conocedores.

—Para aprender a beber vino —comentó Giovanna— pues hay que beberlo, más o menos con cierta frecuencia, no hay otra manera. Pero, ya saben ustedes como son los hombres, ellos saben todo —Y las tres soltaron una carcajada.

Capítulo 28.- La transformación del antipático

Para poder seguir tengo que empezar todo de nuevo"

León Gieco

Una tarde, en casa preguntó Verónica a Abril:

¿Te acuerdas de un tipo de nombre Stefano Antolini?

—¿El antipático de tus compañeros en el Instituto? —respondió Abril

—El mismo—confirmó Verónica—Creo que lo último que te conté fue que súbitamente había abandonado el Instituto. No habíamos sabido nada de él. Pues resulta que hace dos semanas recibí un mensaje de Whats en el que me invitaba a cenar, el muy cínico. Primero simplemente lo ignoré, pero como insistió dos veces más, fui categórica en mi respuesta: *»Esta mexicana no tiene la menor intención ni el menor interés en cenar contigo. Te agradeceré no insistir«*

—¡Anda! Fuiste categórica, y desapareció, supongo, ¿No?

—Pues no, el peculiar personaje ya me llamó cinco veces por teléfono, insistiendo en la invitación. Le he colgado sin responder; las cinco veces mi respuesta fue *¡No!*. Y continúa llamando; la penúltima vez me advirtió que lo seguiría haciendo hasta que yo acceda a cenar con él. Le dije que me tomaría una copa de vino con él solo para escucharlo no más de diez minutos, pero que sería yo la que invitaría, pues yo no acepto invitaciones de los críticos de mi país. Pretendió insistir, pero yo no cedí, así que no le quedó más remedio que aceptar, y ahora tengo que reunirme con él mañana en el bar del Hotel Principe de Savoia. Quiero que me acompañes.

Por supuesto Abril estuvo de acuerdo en acompañarla y la noche siguiente entraron las dos al bar a las 9:00 p.m. en punto, como había sido acordado. Stefano ya estaba ahí y se puso de pie, haciendo una leve reverencia. Verónica al sentarse y con la ceja levantada simplemente mencionó, con voz muy firme:

—Ella es Abril, una mexicana más, disponemos de únicamente diez minutos. Te escuchamos.

—Primero que nada, Verónica, quiero reconocer que me he comportado no solo como un absoluto antipático, sino como un auténtico cretino, contigo, por lo que ofrezco una sincera disculpa. Debo también reiterar que las mujeres mexicanas que he conocido en Europa me parecieron entonces, y me siguen pareciendo ahora, absolutamente vacías e insoportablemente insustanciales. —Verónica hizo el intento de levantarse para irse, pero él se puso de pie de inmediato y juntando las manos en señal de súplica, le pidió:

—Te ruego que me escuches, al menos esos diez minutos que me concediste.

Con expresión de auténtico disgusto, se volvieron a sentar las dos; mientras Verónica miraba su reloj de pulsera. Stefano continuó.

—Hace poco más de tres meses, dos grandes amigos míos, fabricantes de camisas y corbatas, me comprometieron para acompañarlos a Los Ángeles, California, a firmar un contrato de suministro excepcionalmente importante para ellos. Yo accedí y fui con ellos. Ya para regresar, en el desayuno, me informaron que habían decidido rentar un auto y recorrer México hasta llegar a la capital y desde ahí volar de regreso a Italia. Yo me negué rotundamente, les dije que no tenía el menor interés de conocer ese país. Ellos insistieron en que serían tan solo tres días y que sabían que se trataba de un país muy interesante, sin bien tampoco lo conocían. Les tomó todo el día convencerme de acompañarlos, pues yo había decidido dejarlos y abordar a la brevedad un avión para volar directamente a Europa. —El mesero se aproximó, él pidió un tequila y ellas dos vasos de agua.

Pues rentamos un auto al día siguiente muy temprano—continuó él— cruzamos la frontera por Tijuana y, con una audacia quimérica, nos lanzamos a recorrer su país. Nos dirigimos rumbo a la Ciudad de México y debo aceptar y decirles que esos tres días previstos, se convirtieron en tres meses. Tres meses de alegría, de sonrisas, de impactos trascendentes, de música maravillosa, de colores fascinantes. Conocimos y convivimos con decenas de mexicanos, no los que viajan a Europa, sino los que permanecen allá, en esas ciudades hermosas, en esos pueblos cautivadores, nos topamos con la gente más linda y hospitalaria que hayamos conocido nunca. Todo era fiesta en tu tierra Veró-

nica —Stefano se bebió la copa de tequila de un golpe, llamó al camarero y le pidió otro, Verónica aceptó otro tequila y Abril pidió un mezcal, esperando resistirlo, pues ella rara vez bebía aguardiente. Stefano siguió con su relato:

—Conocí a esos campesinos que siembran con poco interés de ganar dinero, pero sí mucho de comunicarse con sus dioses, a esos artesanos de origen indígena que al crear sus obras magníficas efectivamente dialogan con su propio corazón, como dice el poema nahuatl. Me emborraché en dos de sus cantinas brindando a brazo cruzado con los parroquianos; me deleité con platillos prodigiosos, atendido por los mejores meseros del mundo. Me volví loco de regocijo en los mercados en eterna fiesta. El tequila y el mezcal se convirtieron en mis bebidas predilectas. Me enamoré de ese México, en que la mayoría trabaja como los que más, aun cuando gana como los que menos; un país pletórico de carencias, pero también de risas, de sonrisas y de sueños; ese México en que los hogares se convierten en mesones para los amigos y se transforman en retiros de los abuelos.

Tuve conversaciones apasionantes con esos taxistas qué a pesar de percibir un ingreso insignificante, conviven con el tráfico intenso, con la radio a todo volumen, escuchando infinidad de sentidas canciones, de esas que transforman las penas en alegrías. En la ciudad, me cautivó ese chofer de autobús que coloca en las palanca de velocidades la cabeza de una muñeca de su hija, convirtiéndola de golpe, como expresión de hechicería, en una nave espacial única y poderosa; donde las mujeres pobres trabajan sin reposo para sacar adelante a sus hijos y donde los jóvenes limpian el parabrisas de tu auto y te regalan siempre una sonrisa. Una nación de gigantes gobernada en todos los ámbitos por unas élites de rapaces mediocres, en que los pocos ricos son muy ricos precisamente porque los muchos pobres son muy pobres, y, sin embargo, todos ríen y festejan todo. Esa Tenochtitlan que me ha fascinado, conocerla y que ha sido toda una sacudida. Mi excitación crecía a cada paso que daba para adentrarme en la ciudad más enredada en la cultura y con más árboles en el mundo.

—Stefano levantó su copa, la chocó con las de ellas y propuso brindar por ese México mágico. Donde políticos corruptos e ineficientes en contubernio con élites empresariales incompetentes y voraces han tratado de destruirlo por muchos años, pero afortunadamente no lo han logrado gracias a que abundan hombres y mujeres pobres,

y muchos de la clase media, que laboran honestamente, sin quejarse y sin descanso, después de tener que transportarse sonriendo y durmiendo dos horas antes y dos horas después de sus jornadas de trabajo. Sigo pensando lo mismo Verónica de esos mexicanos y mexicanas que sí pueden pagar un viaje a Europa, que están dominados por la cultura consumista y superficial norteamericana, que simulan, que mienten, que se avergüenzan de su origen, que son racistas y clasistas, que desprecian a los que menos tienen aunque sean los que más valen. Me encontré con algunos de ellos por la zona de Polanco en la Ciudad de México, son muy pocos, aunque yo prefería refugiarme siempre con los demás en los barrios de Coyoacán, de Tlalpan, de Xochimilco, de Tláhuac, de San Ángel. Esos sí son muchos y ahí se está muy bien. Me ha impactado tanto tu patria Verónica que, en una iniciativa pesarosa, he decidido irme a vivir a México, por todo el tiempo que me aguanten. Ya vendí mi departamento y estoy preparando mi traslado, pero para mí era imprescindible ofrecerte antes una disculpa y explicarte mi conversión.

Verónica y Abril estaban un poco confundidas, pero verdaderamente emocionadas y contentas. El hombre impertinente y mordaz se había transformado en un joven apasionado y sensible que conocía la esencia de México mejor que muchos hombres y mujeres que tuvieron la desventura, para ellos, de nacer en nuestro país. La reunión se prolongó mucho más, pero mucho más, de los diez minutos previstos.

Capítulo 29.- Tres decisiones importantes y los “influencers”

*“Cada día nos brinda una nueva oportunidad
para cambiar nuestra vida”*

-Camilla Eyring Kimball

Verónica recibe un correo de su sobrina Lorena Mariscal, de diecisiete años, hija de su hermano, quizás el único familiar que verdaderamente quiere y respeta. Tiene dos hermanos, pero en realidad es ella la favorita. Le encanta que desde muy pequeña en ningún momento le llamó tía, sino Verónica. En el correo le comunica que afronta tres difíciles e importantes decisiones y que lamenta que ella esté tan lejos para aconsejarla. Está por concluir el bachillerato y no está nada segura sobre la carrera profesional que debe elegir, tampoco sabe si debe aceptar la propuesta de convertirse en una chica “*Influencer*”, con un alcance casi profesional, y, para complicarla aún más, tiene un novio de 25 años que le insiste en que se vayan a vivir juntos.

Verónica reconoce que se trata de tres decisiones trascendentes que habrán de marcar su vida y como definitivamente sí quiere ayudarla, le llama de inmediato por teléfono y le hace una invitación:

—Lorena querida, estoy de acuerdo de que se trata de tres decisiones muy importantes en tu vida y si bien estoy cierta que las tres las debes tomar tú exclusivamente, yo quisiera ayudarte a quizás sustentarlas mejor. Así que lo primero que te sugiero es que aceptes una invitación para pasar tres semanas con nosotras, el plan sería que permanezcas la primera semana aquí en Milano con Abril y conmigo, la segunda la dedicaremos a conocer tres lugares especiales de Italia. Conversaremos y analizaremos con calma tus tres trascendentes decisiones y finalmente, los últimos diez días, te irás sola a visitar tres ciudades de Europa y las dedicarás básicamente a deliberar sobre las

importantes decisiones que habrás de tomar. Si estás de acuerdo, te envío los boletos de inmediato.

—¿En verdad Verónica? Suena maravilloso. Por supuesto que acepto. Estoy segura de que mis padres estarán de acuerdo, y si no lo están pues allá ellos porque yo me iré de todas maneras.

—Si no les agrada la idea, me avisas y yo hablaré con ellos. Yo no tendré clases en el mes de agosto, así qué si te viene bien, podrías tomar el primer vuelo los primeros días del mes.

—Me parece perfecto Verónica.

— No se diga más, te envío los datos de los pasajes por correo o por Whats.

Verónica le cuenta a Abril y le pregunta si podrá incorporarse esas dos primeras semanas de agosto.

—Por supuesto que sí, —le responde, —ya ves que en este mes casi nadie trabaja en Italia, supongo que será lo mismo en toda Europa.

El dos de agosto por la tarde, se trasladan al aeropuerto de Linate a recibir a la sobrina favorita, quien al verlas corre hacia ellas con una gran sonrisa en su rostro. Se le ve inquieta, con todos los tormentos febriles de la juventud. Al reconocer a aquella joven que corre y está a punto de dejar de ser una chiquilla para convertirse en una bella mujer, Verónica susurra: *»Justo a su edad y con la misma ilusión de vivir, yo me equivoqué y tomé la peor decisión de mi vida «*

—Pues es curioso, pero creo que yo también, —afirmó Abril, aunque cuando pienso en mis hijos creo que valió la pena.

Si bien no se trataba de un viaje turístico, y a pesar de disponer únicamente con una semana en Milano, Lorena tiene la oportunidad de conocer los principales monumentos, parques y edificios de la ciudad, ya no digamos los restaurantes y *trattorias*, a los que asiste ya sea sola o acompañada por Verónica y/o Abril.

La quinta noche entran en materia, mientras cenan en un pequeño restaurante típico italiano, muy cercano a su casa, de nombre *Santo Bevitore*.

—Desde que me planteaste tu primer dilema respecto a los estudios profesionales, he pensado muy detenidamente sobre las valoraciones e implicaciones que conlleva una decisión de esta naturaleza. ¿Qué tanto lees? —cuestiona Verónica.

—Pues la mera verdad, más bien poco, —reconoce Lorena.

—Pues he ahí el primer cambio que tienes que hacer en la vida. No serás una mujer plena y feliz si no lees. Jamás podrás pasar de ser una espectadora y nunca serás una protagonista. Tienes que leer. Si lo hubieses hecho no estarías titubeando y tendrías perfectamente claro qué estudiar y qué hacer con tu vida. Leer es mucho más importante que ir a la universidad Lorena. Los países en que se registran los mayores índices de felicidad y de éxito profesional son aquellos donde más se lee.

—Lorena escucha con la máxima atención.

—Ortega y Gasset, el gran filósofo español, afirmaba que existen dos tipos de seres humanos: la gente y las personas, —continúa Verónica, —La gente quiere lo que quiere toda la gente, le preocupa y le inquieta lo que le preocupa e inquieta a toda la gente, sueña lo que toda la gente. Ella quieres ser como toda la gente, así que es la gente la que le indica cómo debe ser. La gente no sufre mucho, pero tampoco se divierte mucho. Las personas, son diferentes. Siempre preguntan por qué, analizan y cuestionan siempre, todo lo que hacen lo hacen con pasión y entrega, solo hacen, por cierto, lo que verdaderamente quieren hacer, no lo que tienen que hacer, no les importa lo que piensen los demás. Todo lo ven como un desafío irresistible. A diferencia de la gente, las personas sí sufren en serio, pero cuando disfrutan lo hacen intensamente, se regocijan. La gente se la pasa criticando siempre a las personas, pero el filósofo español piensa que lo hacen porque en el fondo casi toda la gente quisiera ser como las personas, pero no se atreve y se resigna a formar parte del rebaño. Yo creo que lo primero que tienes que decidir es si tú quieres ser como la gente o como las personas. La decisión no está nada fácil, pues te juegas buena parte de las cartas de tu vida. Pero si optas por las personas tendrás que leer, no hay otro trayecto. En cuanto a los estudios inminentes ¿tienes alguna presión o has recibido sugerencias de peso para escoger una determinada carrera en la universidad?

—Bueno pues, para comenzar tienes a mi padre, tu amado hermano que ha insistido por todos los medios posibles de convencerme que debo optar por estudiar para convertirme en una ejecutiva en administración de empresas, como él, o en contadora, como mi abuelo. Mi madre se inclina por la arquitectura, no tiene argumento alguno, pero le suena muy bien para presumir. Un subdirector de la escuela me insiste en

la megatrónica o la ingeniería de datos, la computación avanzada es la profesión del futuro, me dice.

Después de ordenar lo que quiere cenar, interviene Abril diciéndolo:

—A los niños se les pregunta siempre ¿Qué quieres ser cuando seas grande? Tú, ¿Cómo te imaginas cuando cumplas 50 años? ¿En una empresa, como gerente de producción, o de ventas y mercadotecnia, o de recursos humanos, o como gerente general exitoso? ¿O más bien te ves como investigadora prestigiada en un laboratorio o un centro de innovación, tratando con fórmulas y experimentos? ¿Te gustaría acaso convertirte en una política o funcionaria pública luchando por los intereses y el bienestar de la gente? ¿O te ves como una profesional famosa en diseño, arquitectura o decoración de interiores? ¿También pudiera ser como una protagonista destacada en el ámbito del arte y la cultura, como artista o como directora de un museo u organizadora de eventos culturales?

—Tiene razón Abril, —interrumpió Verónica— lo importante no es decidir sobre lo que te gustaría estudiar los 4 o 5 años siguientes, sino lo que estarás haciendo todo el resto de tu vida. Otro ámbito podría ser el que tiene que ver con la gente, la familia o la sociedad, como la sociología, la psicología, la salud o la docencia o bien con el futuro del país, como la economía, las ciencias políticas o las relaciones internacionales. ¿Dónde y cómo te ves triunfando cuando tengas 50 años? La pregunta es perfecta.

Abril vuelve a intervenir y dice:

—Otra cuestión que debes definir antes de tomar una decisión sobre la carrera es si lo que te interesa en la vida es ganar mucho dinero o si lo que quieres es trascender, contribuir a lograr los cambios de lo que no te gusta o bien realizarte al convertir el trabajo en un juego como hacen los niños. Yo estoy dispuesta a pagar por dar lecciones de yoga, estoy segura de que Verónica haría lo mismo por diseñar.

—Excelentes preguntas y espléndidas reflexiones, nunca lo había enfocado de esa manera. —dice Lorena— Denme todo el día de mañana y para la noche ya tendré alguna o varias respuestas. ¡Qué interesante! Quisiera sobre todo concentrarme en lo que me han dicho de la gente y las personas y lo de ganar mucho dinero o trascender y realizarse.

—Les recuerdo que la próxima semana nos lanzaremos rumbo al Sur de Italia, —recordó Verónica— les sugiero que cada una de nosotras sugiera al menos una y hasta

tres monumentos, museos, plazas o lugares de interés debemos visitar en cada una de las ciudades: *Florenia, Roma, Nápoles, Sorrento y Capri*. Así nosotras seremos nuestras propias guías.

La noche siguiente cenaban los cinco en el Boeucc con Adrianno y JeanPierre, que había venido a Milano a dictar una conferencia en la Universidad Bocconi. Las tres asistieron al evento pero llegaron antes para que Lorena conociera las instalaciones de la universidad, de la que se enamoró perdidamente.

—Que maravilla de universidad, la Bucconi —exclama Lorena— ¿Ustedes creen que alguien como yo podría aspirar a estudiar en una universidad como esta? —pregunta.

—Como está y como muchas otras, —responde Verónica. Recuerda que los últimos diez días los dedicarás a visitar París, Londres y Madrid. Sería muy aconsejable que aproveches y visites algunas universidades de esas ciudades y obtengas toda la información necesaria. Recuerda que yo me haría cargo de tus gastos por acá. Más bien será una cortesía de tu abuelo, no mía.

Durante la cena Verónica piensa en la segunda gran decisión que tendría que tomar Lorena y le pregunta a JeanPierre:

—Me contaste en algún momento que habías participado no hace mucho en una investigación periodística que realizaron sobre los “*influencers*” en el mundo occidental. ¿cuáles fueron sus principales conclusiones”?

—La pregunta es muy oportuna e interesante, la respuesta, sin embargo, es mucho más compleja y desconcertante de lo que se podría concebir —responde JeanPierre— En efecto, hace aproximadamente tres meses hicimos una investigación periodística y un reportaje sobre estos personajes que se han venido multiplicando como una plaga en todo el mundo occidental. El resultado no resultó ser muy favorable para ellos, y sobre todo para ellas. Nos pareció una absoluta deshonestidad la práctica de esta actividad. Los y las *influencers* son, por lo general, individuos mediocres, superficiales y arrogantes; en el fondo, son una de las expresiones más recientes pueriles de un capitalismo salvaje y deshumanizado. Se presentan como un ejemplo a seguir con el exclusivo propósito de ganar dinero y obtener ventajas personales. Se ostentan como un prototipo de belleza o de comportamiento y se dirigen fundamentalmente a quienes no son como

ellos y generalmente tienen menos que ellos, sobre todo inteligencia y dinero, y de la manera más hipócrita y mercantil los motivan para querer ser como ellos, desde luego contratando ciertos servicios o adquiriendo ciertos productos de aquellos que les pagan por mentirles y engañarlos. Porque supuestamente pareciéndose a ellos serán más felices y tendrán una mejor aceptación y mayores éxitos en ese estrato social en que prevalecen las apariencias y las simulaciones y al que ellos aspiran a acceder. Se muestran falsamente solidarios e hipócritamente comprensivos; y más allá de las máscaras, que les agrada llevar siempre puestas, llegan incluso a ofrecer cínicamente a sus seguidores su amistad y su afecto. Se ostentan como grandes, siendo tan pequeños. Carecen evidentemente del mínimo de escrúpulos y de todo tipo de valores, aunque presumen justo de lo contrario.

Para los y las *influencers* toda la gente y, en particular todos sus seguidores y, sobre todo, seguidoras, son simplemente un objeto de negocio, de beneficio personal, de ventaja material. Únicamente los usan. Por supuesto jamás les dicen la verdad oculta a sus seguidores sobre las ganancias que perciben por intentar convencerlos, que sería lo honesto. Todo lo hacen a hurtadillas y en lo oscurito, como hacen los carteristas y los estafadores. Cuando les lanzan sus impúdicos mensajes persuasivos, solo están pensando en el dinero que tal acción habrá de reportarles, en los hoteles y restaurantes en que no habrán de pagar el próximo fin de semana, en los servicios gratuitos que habrán de proporcionarles. Son unos verdaderos granujas. Son los mercaderes modernos, los mercenarios de la actualidad, que no cesan de sonreír y de traicionar. Sin ver, o más bien sin querer ver, el daño sensible que, al contribuir a distorsionar los patrones de consumo, ocasionan a quienes confiaron en ellos. Yo a veces pienso que no existen, que son simplemente el producto de la mente calenturienta de un escritor de folletines sin escrúpulos que los inventó para hacernos evidenciar que el mundo actual es una porquería.

—¡*Guau!* Creo que tienes toda la razón, son una verdadera vergüenza, una escoria —exclama Adrianno . —Me siento más contento de haberlos rechazado cuando me llamaron con el fin de ofrecerme sus servicios para promover este restaurante. Jamás me han inspirado confianza, ahora entiendo mejor por qué. Después de escucharte pienso qué con los próximos, que seguramente habrán de llamarme o visitarme, no solo me negaré, sino que tendré que insultarlos y correrlos como se merecen.

Lorena los escucha con la mayor atención, mientras flirtea casi inconscientemente con un joven desconocido que con dos amigos accede al restaurante. Aquel joven bergamasco está a punto de sucumbir al encantamiento de aquella mirada atrevida y cándida que solo las mujeres mexicanas manejan con destreza, y hacerle la corte como un cadete. Lo salva el hecho de que Lorena tenía que abandonar Milano al día siguiente.

—¿Y cómo ven el futuro de los *influencers*? Creo que cada vez son más, ¿no es así?, —preguntó Lorena.

—Yo también lo creo, se están multiplicando de manera exponencial, y llegarán a ser tantos que ellos mismos habrán de irse destruyendo entre sí. Cuando la belleza física, en que han fincado su valor y su éxito, comience a mermar, por causas naturales, y los implantes y las cirugías ya no puedan restituir ni posponer los deterioros, se iniciará la debacle para cada uno de ellos, sobre todo de ellas. El desplazamiento será devastador y van a sufrir. Su creciente incapacidad de influir ira provocando el consecuente desplome de su credibilidad y, por lo tanto, dejarán de ser útiles e inevitablemente serán ignorados. Su perspectiva no es muy halagüeña.

—¡Gua! Eso suena dantesco, —apuntó Abril.

—Y lo es, —recalca Jean Pierre. Algunas y sobre todo algunos, al presentir o percibir el inicio del deterioro, tratan de desviar su decreciente capacidad de influencia hacia otros ámbitos como el moraloide o el religioso. En calidad de supuestos predicadores, siendo tan solo charlatanes y embaucadores, comienzan a transmitir consejos y recomendaciones con palabras insulsas y lugares comunes sobre el comportamiento ideal que sugieren adoptar a sus antiguos y poco inteligentes seguidores comerciales, y como estos no son por lo general de un nivel cultural muy elevado y más bien nunca leen o son particularmente ignorantes, difícilmente descubren que el *influencer* ha plagiado buena parte de sus frases y reflexiones de otros verdaderos intelectuales. Alguna vez escuché a un mediocre *influencer* hacer una recomendación utilizando un aforismo del poeta persa Omar Khayyam: "*Disfruta este momento, este momento es tu vida*" sin mencionar quien era el autor, es decir, dejando suponer a sus seguidores que la frase era suya. Eso es plagio y es una de las acciones de mayor bajeza. Así qué, aferrados a su papel de virtuosos, adoptan el sermón como instrumento de un negocio decadente. Esta alternativa, sin embargo, además de no ser muy rentable para nadie, termina incomodando

y confirmando lo que decía Oscar Wilde de que “*todos los hombres moralistas son unos hipócritas y todas las mujeres moralistas son muy feas*”. Así es, creo yo, como terminarán todos los y las *influencers*, naufragados en la isla de la ignominia y en la lóbrega soledad del olvido.

—Pues yo agradezco tu opinión JeanPierre, —dice Lorena. —Ahora tengo un dilema menos, me has convencido plenamente, por supuesto yo no quiero ser una más de esas sinvergüenzas materialistas huecas.

—A Lorena le ofrecían en México convertirse en una “*Influencer*” justamente — aclara Verónica.

—Uffff, exclamó Jean Pierre —me agrada escuchar tu decisión final.

La cena y la plática de esa noche fueron insuperables, sobre todo para Lorena. Todos los temas que se abordaron fueron para ella absolutamente interesantes y decisivos. Por un momento piensa que en este memorable instante de su vida todo parece más claro. Fue escuchando la conversación de los cuatro, sus motivos de risa, sus comentarios inteligentes, sus cuestionamientos y reflexiones, que ella decide que definitivamente no quiere ser parte de *la gente* y que está dispuesta a luchar para integrarse a ese grupo selecto de las personas, a que hace referencia Ortega y Gasset. Ahora piensa que el único vicio es hacer todo lo que hace todo el mundo. Así se los hace saber a quienes ahora considera sus mejores amigas antes de dormir. También les comenta que ahora está segura de que más que hacer mucho dinero le interesa trascender y realizarse en la vida, agrega que lo que quiere estudiar lo ve más vinculado al arte, la cultura, la historia y probablemente la sociología.

—Pues ahora a buscar información precisa en las opciones de universidades y carreras entre las que tendrás que elegir. —dice Verónica, antes de darle un beso y desearle: *Buona notte* a aquella soñadora doncella en su plena juventud.

Capítulo 30.- Algunos lugares más de Italia

"Tocar fondo se convirtió en la base sólida sobre la que reconstruí mi vida"

J.K. Rowling

Como habían previsto, la segunda semana a bordo de su Alfa Romeo Giulietta, las tres se lanzaron hacia su primer encuentro con la cuna del Renacimiento: Florencia, fundada por Julio Cesar en el año 59 a.C. Hermosa ciudad donde se desbordó su fascinación y se quedaron pasmadas ante la magnificencia del maravilloso *Duomo de Florencia*, también conocido como la Catedral de Santa María del Fiore, cuyos pormenores explicó Verónica, destacando que su construcción se inició en el siglo XIII y que se trata quizás de la más bella obra del arte gótico y del primer Renacimiento italiano.

Después, se regocijaron con lo que, según Abril y otros especialistas, bien podría calificarse como la escultura más bella en la historia de la humanidad: *El David de Miguel Ángel*, creada a inicios del 1500 y célebre por la tensión y relajación de su posición corporal, así como por la expresividad de su mirada desafiante.

Y por si tales maravillas fueran poco, al día siguiente Lorena las llevó a la Galería de los Uffizi, que cuenta con una de las más antiguas e importantes colecciones de obras de arte del mundo, donde sobresale *La Anunciación de Leonardo da Vinci*, que representa el momento en que el arcángel Gabriel revela a la Virgen María que será la madre del Hijo de Dios. Lorena se sintió muy emocionada al describir una de las obras cumbre del maestro florentino *Sandro Botcelli: El Nacimiento de Venus*, que, ordenada por la familia Medici en 1482 y basada en el mito griego de Afrodita, representa justo a la diosa romana llegando a la orilla de Chipre en una concha impulsada por el viento.

Después, admiraron una de las obras más famosas y poderosas de *Caravaggio: La Medusa*, un dramático óleo sobre lienzo, montado sobre una placa de madera. Para concluir la exposición de la guía Lorena con: *la Madona del Cardelino de Raffaello y la Venus de Urbino de Tiziano*, entre tantas otras obras maestras que conocieron en Florencia. En

esos edificantes días, se embriagaron de arte y de cultura para deleitarse esa noche con una cena en el *Ristorante Toscano Oltrarno*, recomendación especial de Adrianno. Al día siguiente, partieron expectantes hacia la vorágine de un gran encuentro con la historia: la Roma Imperial.

Pues señoritas están ustedes frente al *Castillo Sant'Angelo*, — explicó Lorena con un tono muy docto al cumplir su papel de guía de turistas. —Se inició su construcción como un Mausoleo por el año 135 y poco a poco fue transformándose en un castillo. No adquirió su nombre actual sino hasta el año 590 en que el Papa Gregorio I tuvo una visión del Arcangel Gabriel que le anunciaba la terminación de un largo período de peste.

Verónica y Abril le aplaudieron a la nueva guía, quien se las llevó caminando rumbo a la Ciudad del Vaticano, donde les mostró la Basílica de San Pedro, construida por el Emperador Constantino en el año 326 y remodelada en varias ocasiones, con el diseño definitivo de Miguel Ángel. Lorena las llevó directamente a contemplar la escultura que quizás les provocó la más grande emoción y el mayor asombro, no solo en el viaje, sino en toda su vida: *La Piedad de Miguel Ángel*, considerada por algunos como la perfección de la belleza y, sin duda, uno de los grandes íconos de la escultura del Renacimiento. Las tres se cimbraron al unísono al arribar a la *Capilla Sixtina*, obra cumbre también de Miguel Ángel, valorada, según explicó Lorena, como una obra de arte sin precedentes, que cambiaría el curso del arte occidental.

Y así, contemplando tales maravillas, transcurrió el primer día en Roma, que terminó con una soberbia comida en el restaurante *La Terraza*, donde se concentraron en contrastar sus opiniones sobre las imponentes obras recién conocidas y admiradas.

El segundo día, bajo el comando de Verónica como guía, y con la indicación de “*ahora vayamos a adentrarnos a la Roma Imperial*” comenzaron visitando el Coliseo Romano, anfiteatro construido en el siglo I. Actualmente reconocido como una de las nuevas siete maravillas del mundo moderno.

—Dejen volar su fantasía —invitó Verónica— e imagínense las luchas de gladiadores y de animales salvajes que presenciaban 65 mil espectadores hambrientos de emociones.

—Más o menos como una corrida de toros o una pelea de kickboxing, ¿no es así? —comentó irónicamente Abril.

Continuaron hacia el corazón arqueológico de Roma: el Foro Romano, que durante mil años fue el centro de la vida pública romana —explicó Verónica— era el escenario de debates, discusiones políticas, reuniones y encuentros. Durante muchos años los generales victoriosos accedían en procesiones militares a la ciudad por la Puerta Triunfal hasta llegar al Monte Palatino, donde concluían el festejo.

Por cercanía, se dirigieron al *Monumento a Vittorio Emanuele*; —uno de los símbolos nacionales de Italia, —explicó la guía Verónica—, porque fue construido entre 1885 y 1935 en honor a Victor Manuel II, el primer rey de la Italia unificada. Su diseño es una interpretación neoclásica del Foro Romano. Para cerrar el ciclo del genio Miguel Ángel, Verónica quiso llevarlos a la *Basílica de San Pedro en Vincoli* para conocer y admirar nada menos que al Moisés, otra de las obras cumbre del gran escultor. Pasaron más de una hora contemplando los detalles de esa obra maravillosa y Verónica las invitó a apreciar el profundo conocimiento anatómico del genio renacentistas y les sugirió mirar con cuidado el sutil descabro que aparece en la rodilla, el cual proviene, según la leyenda, del golpe que le propinó Miguel Ángel a la escultura con el martillo al terminarla y gritarle: *¡Parla!*, que significa *¡Habla!* en español.

La responsabilidad de dirigir las visitas del tercer día recayó en Abril, quien se decidió por tres plazas de las tantas que pueden verse en la capital de Italia. La Fontana de Trevi fue la primera. Abril les dio información detallada sobre su historia y significado haciendo hincapié en que la estatua principal no es Neptuno, sino Océano, el dios titán de los mares y ríos, una figura imponente sobre un carro en forma de concha, que simboliza la fuerza universal del agua, representada por dos caballos marinos que muestran los dos estados del mar: el tranquilo y el furioso. Respondiendo al mito, las tres arrojaron tres monedas por encima del hombro izquierdo con la mano derecha y Abril explicó que la primera era para asegurarse de que volverían a Roma, la segunda para encontrar el amor y la tercera para casarse.

Se encaminaron después hacia una de las más hermosas plazas de Roma: *Piazza Navona*, plena de esculturas, fuentes y obras de gran valor artístico. —Inició su construcción como un estadio en el año 85 —indicó Abril, quien al describir las creaciones escultóricas resaltó la *Fuente de los Cuatro Ríos* de *Bernini*. Una absoluta maravilla que representa los cuatro grandes ríos conocidos en aquel entonces: el Nilo, el Ganges, el

Danubio y el Río de la Plata. Visitaron después la Plaza de España, donde se detuvieron a apreciar la *Fuente de la Barcaza*, también de *Bernini*, con una amplia descripción de Abril, y ascendieron por la escalinata para visitar la iglesia de *Trinita dei Monti*. Todo un banquete de arte, para concluir con la *Plaza del Campidoglio*, diseñada también por Miguel Ángel, con su *estatua ecuestre de Marco Aurelio*, fundida en el año 176. Esa tarde noche se fueron a comer al barrio de *Trastevere*, a la *Casa de la Fornarina*, la amante de *Rafael*. Todos los ingredientes para enloquecer de historia. La más impactante experiencia cultural para las tres. Ese último día en Roma regresaron muy tarde al hotel con la ropa empapada de cansancio.

Prefirieron diferir la visita prevista a Nápoles, Sorrento y Capri para otra ocasión especial, pues si bien la sorpresa parecía serles ya connatural, querían digerir las maravillas que habían conocido en Florencia y Roma, y regresaron puebleando rumbo a Milano con escalas breves en Siena, Pisa y Bolonia.

En el trayecto de regreso, una vez que Lorena se fue recuperando del tremendo impacto cultural, interrumpió su proceso reflexivo y les comentó:

—Anoche conversé por teléfono con mi novio. Traté de explicarle el significado que está teniendo para mí esta experiencia espectacular. Creo que no entendió y que cada vez entenderá menos. Me recomendó que no me dejara impactar, que lo verdaderamente grandioso era Las Vegas, y que a mi regreso él mismo me llevará. Me temo que en este terreno se está comenzando a formar una zanja que cada vez será más profunda hasta separarnos e impedirnos caminar juntos.

—Tal vez debes darle la oportunidad de sopesar todo lo que le has dicho —sugirió Abril, ante la expresión de sorpresa de Verónica.—Él te lleva una ventaja de ocho años, ¿por qué no le sugieres algo para reducir esa distancia? Podrías plantearle, por ejemplo, que una vez que hayas elegido la universidad aquí en Europa, él renuncie a su trabajo y se venga contigo a estudiar. No tiene que ser la misma institución, pero sí la misma ciudad. Creo que bastaría un período de cuatro o cinco años. Si él quiere lo mejor para ti, si su principal intención es hacerte feliz, seguramente aceptará y la situación y las circunstancias para ambos comenzarán a emparejarse.

—Me parece interesante. Se lo voy a plantear, justo así, como me lo sugieres. En última instancia, en su reacción podré identificar qué es lo que verdaderamente siente

por mí.

—Tienes que reducir o compensar esa ventaja, Lorena, que viene implícita con la diferencia de edades y de experiencias. O, como a mí, te pesará toda tu vida y te hará más dependiente —apuntó Verónica cambiando el objeto de la plática y desviándolo hacia las maravillas que habían contemplado esa inolvidable semana. Todavía saboreaban lo que Stefan Zweig denominaba: *“los exquisitos manjares del arte y la cultura”*.

Poco antes de acostarse, ya con Lorena durmiendo exhausta, Verónica le reclamó a Abril:

—Oye, yo creo que este joven no es muy conveniente para Lorena. Pero tú, como que le diste alas. Pienso que ya estaba a punto de desdeñarlo, cuando le dijiste que le diera una oportunidad.

—Sí, pero con el propósito de que sea ella la que descubra el inconveniente. No es aconsejable decir a los jóvenes qué deben hacer, porque le comienzan a encontrar los pros a lo contrario. Cuando sienten que son ellos los que toman la decisión libremente, el resultado es más definitivo y terminan optando por aquello que es mejor para ellos. Ya verás, pienso que el chavo de ninguna manera le va a aceptar desvincularse del trabajo varios años. No te preocupes. Seguramente él, como casi todos los mexicanos, piensa que el único trabajo importante es el de él.

—Pues esperemos que tengas razón. Estoy de acuerdo en que la mayoría de nuestros paisanos son unos cabrones egoístas. —concluyó Verónica— aunque pensándolo bien, todavía hay muchos que no son así y que en verdad valen, como Francisco, el marido de Virginia. No te había contado que, desde que nos vinimos, el último día de cada mes me deposita rigurosamente la cantidad acordada para amortizar el crédito que le otorgué. No ha tenido ni un solo retraso.

Al día siguiente, antes de ir al aeropuerto a despedir a Lorena, tuvieron una experiencia culinaria muy especial. Adrianno las llevó a conocer algunos recovecos y parajes más de Milano, donde las únicas forasteras eran ellas, como les gustaba, y a deleitarse en lo que bien podría considerarse como la máxima expresión culinaria de la ciudad: el *Ristorante Acanto*, dentro del hotel Principe di Savoia. La comida se prolongó por una muy amena conversación y Adrianno se vio precisado a darles una demostración de sus

habilidades juveniles como piloto de autos, para llegar a tiempo al aeropuerto y que Lorena no perdiera su vuelo.

Capítulo 31.- *Una coincidencia afortunada*

"Hoy es el primer día del resto de mi vida"

Abbie Hoffman

Extrañamente, para las dos amigas, el amor fue avanzando gradualmente y estalló de manera simultánea. Verónica fue invitada por JeanPierre a pasar unos días en lo que muchos consideran el paraíso romántico de los Países Bajos: *Brujas*. Por su parte, Abril recibió la propuesta de pasar tres días juntos en lo que se reconoce como el paraíso romántico de Italia: *Venecia*. Justo las pequeñas ciudades en que respectivamente las dos habían soñado enamorarse perdidamente

Ambas navegaban por canales de ensueño: una en barca rodeada de cisnes, y la otra en una góndola, entre enamorados, Paseaban por calles antiguas y cruzaban puentes proverbiales, como el *Puente del Amor* en Brujas y el *Puente del Rialto* en Venecia, iluminados solo por la luz de la luna, que comenzaba a irradiar su encanto con el arribo del anochecer. Mientras Verónica, de la mano de JeanPierre, contemplaba extasiada la *Basílica de la Santa Sangre* y la *Iglesia de Nuestra Señora*, Abril hacía lo propio, de la mano de Adrianno, con la *Basílica de San Marcos* y la *Iglesia de Santa María Formosa*. Un poco más tarde, la *Plaza Burg* y el *Campanario* mostraban su esplendor en el lugar de nacimiento de Felipe el Hermoso, mientras que el *Palacio Ducal* y la *Iglesia Vivaldi* brillaban en la cuna de Marco Polo, Vivaldi y Casanova.

Por una parte, JeanPierre y Verónica se besaban con pasión desbordada en la penumbra de la noche, en el *Lago del Amor*, y después *deambulaban* por los canales que daban salida a la Europa continental hacia el Mar del Norte. En paralelo, Adrianno, al amparo de un crepúsculo embriagador y tenue, declaraba su amor incontenible a Abril en el *Puente de los Suspiros*, y luego paseaban por los canales que deban salida a la Europa continental hacia el Mar Adriático.

Esa noche, la entrega de Verónica fue sublime y descomunal; nunca su bellissimo cuerpo había experimentado antes expresiones voluptuosas de tales dimensiones. Por fin conoció en su justa dimensión el significado y el alcance de hacer el amor, algo muy parecido a lo que en algunas de tantas noches de desvelo soñó que podía ser. Finalmente, se expresó su sexualidad y lo hizo con particular elocuencia, como nunca antes. Él la acariciaba con tal súbita vehemencia y ternura, que ella estallaba una y otra vez en un ritual de placer y ensueño. Perdieron la noción del tiempo y de la cordura. Él era todo fuego y ella tenía frío. Amar, amar y beber, amar y comer y volver a amar, esos fueron los únicos verbos que conjugaron en aquellos días. Ella hubiera querido proponerle no separarse nunca más, pero no quiso confesar el disparatado pensamiento de un instante.

En cuanto a Abril, si bien su rostro era particularmente atractivo, con unos ojos negro azabache, herencia de su madre, una mirada profunda, unas cejas muy firmes y una sonrisa cautivadora, su cuerpo, que olía a gardenias, sí era verdaderamente espectacular y merecía una descripción con toda suerte de detalles. Sus piernas firmes y soberbiamente torneadas que, en una proporción exacta, ascendían con gradual medida a través de unos muslos aterciopelados desbordantes de sensualidad y exquisitez, actuando como orgullosos pedestales de lo que quizás constituía la mayor perfección de su figura: sus caderas, sus espléndidas y seductoras caderas, que bien podrían ser la obra de arte suprema de un escultor virtuoso que deseara rendir pleitesía simultánea al erotismo y a la belleza. El refinamiento extremo de la línea y la proporción, ni un milímetro de más y mucho menos de menos. De tan magníficas caderas, surgía con donaire, la delicada curva de su altiva columna vertebral, la hendidura exacta y la profundidad precisa que hacían resaltar, con la deliciosa cualidad de la armonía, una espalda erguida, altanera y absolutamente femenina, para, en sintonía con unos senos perfectos, es decir delicados, erguidos y pequeños, culminar, como una pincelada elegante, con unos hombros provocadores, desafiantes y ligeramente inclinados hacia adelante, como retando al encuentro.

Para Abril, fue todo un descubrimiento intenso y feliz; su corazón estaba en ebullición, su cuerpo de diosa se derretía de placer. Sentía que el tiempo avanzaba inexorable y ella desconocía la fórmula para ralentizarlo, como era su profundo deseo.

Mientras Adrianno, agradecido por tan inaudita magnificencia y hechizado en su máxima expresión, contemplaba embrujado su silueta de ensueño que, en aquella noche profunda y estremecedora, expresaba aquella calma majestuosa, magníficamente elegante, que tanto le embriagaba, y no cesaba de acariciar con vehemencia y, sobre todo, de exaltar en susurros, la sutil belleza de cada sinuosidad de su cuerpo espléndido. Ella repetía una y otra vez: —*¿tu crees?*—, un cuestionamiento dulce que, expresado con tal ternura, excervaba en él la intensidad de su enamoramiento y lo envolvía de una pasión desmesurada.

Tres días después, ya en Milano, las sorprendió la mañana echadas, indolentes, en la cama y dedicaron el día a compartirse casi todo, con todos los detalles, como suelen hacerlo las mujeres sensibles cuando mantienen con otra una verdadera amistad y están seguras de haberse topado con el príncipe aquel que tanto anhelaban encontrar.

—Fue la experiencia más dulce y apasionada que he vivido mi querida amiga, —manifestó Verónica—. Días y noches de ensueño y de caricias en que no dormimos ni un solo instante; nos desbordamos y nos amamos como dos locos, queríamos que no concluyera nunca aquella aventura desmedida. Las jornadas tenían 24 horas y todas eran bellas. Fueron mil encuentros dulces a la vez que impetuosos y recíprocamente subyugadores.

—Jamás pensé que el amor podría ser una absoluta entrega de semejantes dimensiones, —relató Abril—. Las tres noches más delicadas y más intensas de mi vida, que estoy segura que serán solo las primeras de una vivencia interminable. Yo no conocía el amor y el placer antes de ahora, en que nuestras almas estaban de fiesta y se vieron tal cual eran. Creo que finalmente llegué a comprender el significado y el alcance del paroxismo. Y justo tenía que ser en Venecia, la Venecia de mis sueños y con un hombre justo como yo había imaginado en mi adolescencia que eran los verdaderos hombres.

Y ya entradas en la melancolía, aun estando en ayunas, decidieron tomarse una botella de buen vino para acompañar su charla, describiendo con pereza los momentos mágicos de aquellas inolvidables escapadas simultáneas. Ya avanzado el día, acompañaron sus gratísimas confidencias con buen queso, jamón serrano, foie gras y galletas.

No dejaron de parlotear hasta volver a quedar dormidas, pues querían refugiarse en la fantasía y seguir soñando.

Capítulo 32.- *Los proyectos de vida profesional*

“Un hombre que no se alimenta de sus sueños envejece pronto”

William Shakespeare

Abril recibió una llamada de su protectora, promotora y gran amiga, Daniela Muzzarelli, quien la invitó a reunirse, anticipándole que le urgía conversar con ella. Acordaron comer juntas al día siguiente en el Giacomo Arengario de Via Marconi, un exclusivo restaurante con una acogedora terraza con vista al Duomo.

Iniciaban apenas con el aperitivo cuando Daniela le lanzó un torpedo que dio en la línea de flotación de Abril.

—Abril, necesito que me compres el gimnasio, —fue el mensaje.

Soltó una carcajada y exclamó:

—Pero Daniela, yo solo soy una modesta instructora, no una inversionista.

—Pues tienes que hacerlo. Yo te doy todas las facilidades que quieras. Lo he pensado muy bien y tú eres la única persona a quien se lo vendería. Le tengo un gran aprecio y sé bien que tú no solo lo apreciarás, sino que lo impulsarás todavía más. —Pero ¿por qué quieres venderlo? Tú lo disfrutas mucho.

—Es cierto, pero también lo es que quiero un poco más a mi marido. Solo un poco, es cierto, pero lo suficiente para no querer perderlo. Creo que ya te conté que él es inglés y trabaja en un banco inglés, el National Westminster Bank. Le están dando una muy importante promoción, pero tiene que regresar a Londres. Bueno, más bien tenemos que regresar, él, yo y nuestros dos hijos. Es una oportunidad única. No tengo alternativa. Piénsalo Abril, solo son 40,000 euros.

—¡Glup!, ¿tan solo eso? Me lo hubieras dicho antes, ahora mismo te los doy, —respondió Abril, haciendo el intento de abrir su bolsa.

—Consigue 20,000, lo demás me lo vas pagando como quieras. —replicó Daniela— Sería yo muy feliz al saber que el gimnasio se queda contigo. Piénsalo a fondo y me

respondes mañana, ¿te parece?

—De acuerdo —asintió Abril y continuaron conversando sobre ese y otros muchos temas, si bien Abril no podía quitarse esa banderilla prendida. Se despidieron con mucho afecto y Daniela aceptó que, antes de partir, aceptaría que Abril organizara una cena de despedida en su casa, a la que invitarían a los mejores amigos de ella y de su marido en Milano.

—Abril bebía uno de sus tantos menjurjes en la terraza del departamento, contemplando con una expresión melancólica el horizonte, cuando llegó Verónica y ella no se percató. Abril ejercía, algunas veces, el extraño poder que poseía para detectar o adivinar lo que los seres que quería estaban pensando; era parte de sus habilidades de hechicera. Pero en esta ocasión se invirtieron los papeles. Verdaderamente se asustó Abril, no al percatarse de la presencia de Verónica, sino al escucharla decir:

—Sabes, Abril, he estado pensando que debemos avanzar en los planes que armamos desde México, como el de montar una clínica de yoga, con un enfoque también de negocio.

—¡Eres una bruja! —le señaló y le contó con detalle la reciente conversación con Daniela Muzzarelli.

—¡Fantástico! O sea que te lo traspasa con todo y las clientas. ¡Eres una suertuda!

—Verónica, —Interrumpió Abril— ya te dije que son 40,000 euros y yo no he ahorrado todavía más que 8,000 euros. Te advierto, de una vez, que no voy a permitir que tú pongas todo el demás dinero.

—¡Uffaa! Qué lata con mis amigas correctas y desinteresadas, me tienen harta. Priscila y Stephanie no solo lo habrían aceptado de inmediato, sino que estarían dando de machincuepas. —Y sin hacer caso de las carcajadas de Abril, continuó explicando— Mire, querida instructora. le voy a hablar como la buena financiera que soy y le voy a descifrar despacito. Este es un negocio conjunto, una “*joint venture*”, como dicen los ingleses, en que usted y yo vamos a ser socias. La solución será que yo actuaré como inversionista, codirectora y como banco: usted y yo vamos a poner 10,000 euros cada una. Ya tenemos la mitad de la inversión. Ahora, actuando con mi cachucha de banquera, le voy a prestar al negocio 20,000 euros más, no a usted, sino al negocio, Será un crédito por el que cobraré la misma tasa de interés que me aplica el banco por tener mi dinero

invertido con ellos, es decir un 11% *“anual neto sobre saldos insolutos”* Esos 20,000 no los pagará usted, sino el negocio, con recursos provenientes de su propia operación. El plazo será indefinido y lo irá pagando el negocio, destinando a tal propósito el 10% de nuestras futuras ganancias. ¿Le queda a usted claro? Usted va a actuar como codirectora técnica y yo como codirectora administrativa, a cargo de la promoción y las finanzas. Tienes 8,000 euros y te faltan 2,000 para tu aportación inicial; pues ya se los irás pagando como puedas, como ella te ofreció. *“E punto e basta”*.

Abril se puso de pie con las manos en la cara y después de 20 segundos, pegó un grito infernal —¡Yesssss!—y se lanzó en la alfombra haciendo una majestuosa machin-cuepa. Se incorporó y le dio a Verónica un tremendo abrazo. Las dos brincaban como dos chiquillas festejando un triunfo. Abril tomó su celular y le llamó a Daniela:

—Querida Daniela, de acuerdo, te pagaremos de inmediato 38,000 euros y los 2,000 restantes te los pagaré como pueda. ¿Estás de acuerdo?... Pero no grites, que no te entiendo...

Daniela no podía ocultar que estaba feliz de que Abril fuera quien se quedara con lo que ella había construido con gran esfuerzo y tanto cariño. Acordaron encontrarse al día siguiente en el propio gimnasio para formalizar la operación.

Abril consideraba que el gimnasio de yoga de Daniela era simplemente perfecto: El número de ventanas era justo el que se requería para iluminar el espacio durante todo el día, creando un flujo de aire muy agradable, lo que permitía crear una atmósfera serena y relajante. El suelo de madera era ideal para practicar el yoga porque absorbe el movimiento sin provocar rebotes, y es especialmente adecuado para la práctica descalza, brindando una sensación de calidez al ambiente. Las colchonetas eran de excelente calidad, antideslizantes, resistentes y capaces de absorber bien los movimientos, además de ser totalmente lavables. Los bloques eran más que los necesarios y de las medidas idóneas. Las correas, almohadas y cojines de meditación eran también de óptima calidad. En realidad, todos los detalles y utensilios habían sido elegidos con un especial cuidado. La ubicación del local también era inmejorable. No cabía la menor duda de que Abril y Verónica hacían una excelente inversión.

Daniela le presentó a las dos instructoras con las que compartía las sesiones de yoga, así como a las otras dos chicas que les apoyaban en los servicios y que mantenían

el gimnasio en perfecto estado. A las cuatro se les propuso continuar con su trabajo, respetando los términos y condiciones pactados con Daniela. Por supuesto, ellas aceptaron de inmediato, encantadas de tranquilizar sus preocupaciones recientes. Si bien todo funcionaba a las mil maravillas, casi todas las sesiones se impartían por la mañana, ya que la mayoría de las asistentes eran madres jóvenes, que buscaban conciliar su tiempo con los requerimientos escolares y familiares de sus hijos. Abril quería que el gimnasio funcionara por las tardes con similar dinamismo, lo que se explicaba por su energía y su vehemencia, que eran infatigables. Así que comenzó a dar rienda suelta a otro de sus sueños: impartir lecciones especiales de yoga a niños y adolescentes y, además, combinar el yoga con otras disciplinas como el *Pilates*, el *Tai Chi* y el *Qi gong*. Claro que ello implicaría algunas inversiones adicionales en equipo y aparatos, pero ya harían cuentas y evaluarían si valiese la pena recurrir a un crédito de proveedores o ampliar el préstamo de Verónica, con cachucha de banquera. Todo se acomodaba felizmente para Abril.

Ella había preparado minuciosamente cada uno de los argumentos y razones que utilizaría para explicar al gerente del club de Milano Due, siempre tan fino, que tendría que buscar a alguien más con quien sustituirla, porque ella en un mes tendría que lanzar su propio negocio. No quería ni ligeramente lastimarlos ni tampoco dar la impresión de ser ingrata o malagradecida, después de ese trato tan especial que siempre tuvieron para con ella, en particular el gerente.

Cuál sería su sorpresa cuando el propio gerente tomó la iniciativa y le dijo:

—Estimada Abril, tome asiento por favor, pues lamentablemente le tengo una noticia no muy agradable. Resulta que el Consejo de Administración del Club ha decidido adoptar un programa muy severo de austeridad, entre cuyas acciones destaca la de suspender temporalmente algunas clases que se imparten en el gimnasio y, como seguramente lo está imaginando, entre ellas figura el yoga. No sabe cuánto lo siento, pero eso sí conseguí que me autorizaran una muy generosa liquidación

Abril no podía creerlo; era evidente que sus dioses aztecas estaban actuando. No resultó fácil, sin embargo, comunicar a las y los clientes la decisión de la administración del club de Milano Due, aunque la mayoría aceptó registrarse en el nuevo gimnasio de Abril y Verónica.

Hacía cuatro meses ya de que ambas habían logrado un permiso de trabajo, así que estaban absolutamente legales laborando en Milano. Verónica, por su parte, había aceptado trabajar aleatoriamente bajo el esquema de *freelance*, con una de sus profesoras predilectas, a quien le reconocía una capacidad especial como diseñadora. Allí conoció a diversos colegas que trabajaban en condiciones familiares, entre los cuales eligió a dos profesionales del diseño gráfico a quienes les propuso colaborar con ella en la preparación de un programa de diseño integral para el gimnasio y, en particular, en una campaña promocional para impulsar el nuevo enfoque de yoga combinado con otras tres disciplinas y los nuevos alcances en el servicio especial para niño/as y adolescentes.

Verónica también había avanzado en lo que constituía su proyecto original en el que ella y cuatro más de sus compañeras del Instituto enviaban desde hacía cuatro meses a México los diseños y los patrones de prendas de vestir para que sus amigas Fermina y Virginia encomendaran la incorporación de bordados, tejidos o deshilados y la elaboración de los prototipos a costureras y artesanas que fueron seleccionando, los cuales eran regresados para ofrecerlos en venta a algunas boutiques de ropa muy fina y exclusiva de Milano.

La iniciativa piloto estaba resultando tan exitosa, que Verónica pensó en convertir al gimnasio en toda una empresa de comercio exterior y servicios para lo cual decidió invertir en su capital los 250,000 dólares que era el mínimo que se requería para obtener la *visa de inversor para Italia*, conocido como “*Visado de Oro*”, que les permitiría operar en todo Europa. De esta manera, se dispondría de una reserva suficiente que les permitiría financiar requerimientos de capital de trabajo para lograr un nivel muy respetable de operaciones, en el que prevalecería la consignación sobre la compra/venta inmediata, lo cual era parte importante de su estrategia de promoción comercial. Todo esto hacía necesario el abrir una empresa subsidiaria en México para ampliar el vínculo y la relación con costureras y artesanas de diversas regiones del país y hacerse cargo de la encomienda de la confección y los complementos de bordado, tejido o deshilado, así como de la exportación de las prendas de vestir, cumpliendo con todos los requisitos y exigencias de carácter legal y, sobre todo, fiscal.

Verónica viajaría muy pronto a México para formalizar su constitución y cuya operación tenía la intención de encomendar formalmente a sus queridas amigas Virginia y

Fermina, quienes en una reciente conferencia vía Zoom ya habían manifestado su interés y aceptación con la iniciativa. Todo avanzaba sin contratiempos.

—Oye Verónica, ¿Y al negocio y al club qué nombre le pondremos, *mata-rile-rile-ron*?

—No te preocupes Abril, déjalo todo en manos de mi ingenio, y soltó una risotada burlándose de sí misma.

Decidieron optar por un nombre que conjugara las dos actividades, así que el nombre del negocio y del gimnasio sería “*Kené*” y “*Yoga Kené*”, que en maya significa “*paz interior y al equilibrio de una mente activa*” y en la lengua de los indígenas de la provincia de Ucayali en Perú, se refiere al “*diseño de sistemas de líneas y patrones geométricos sobre diversas superficies, como telas, cerámica, madera y el cuerpo humano, que pueden ser pintadas, tejidas o esculpidas*”.

—Oye, no te había enterado —señaló Abril— de que nos llamó Doña Francesca para invitarnos a la super comida de su cumpleaños, me pidió los datos de todos los que vinieron a tu fiesta pues quiere que la acompañen y, además, continuar con lo de los personajes, como lo sugirió Adrianno. Me indicó que ella ya está armadísima porque a cada uno de sus clientes les pasa una tarjeta que dice: “*Si esta noche usted cenara en este restaurante con “Napoleón”, ¿qué pregunta interesante no dejaría de hacerle?*”. Dice que según el cliente le escoge el personaje.

—Encantadora mujer, por supuesto que ahí estaremos. Por cierto, no te había contado que hace unos días me enteré por uno de mis hijos que hace dos semanas, junto con varios funcionarios corruptos, metieron a la cárcel a su abuelo, el padre de Fernando, con el que afortunadamente ellos casi nunca convivieron. Yo no quiero ni pensar en ello.

—Pues no me extraña Verónica, —comentó Abril—. Abraham Lincoln afirmó alguna vez: “*Puedes engañar a todo el mundo algún tiempo, puedes engañar a algunos todo el tiempo, pero no puedes engañar a todo el mundo todo el tiempo*”. Tu exmarido debe andar con la cola entre las patas.

Capítulo 33.- *El reencuentro con el gran amigo*

*“No es valiente quien no tiene miedo, sino quien sabe enfrentarlo
para comenzar de nuevo”*

Anónimo

Apenas regresó a México, Verónica comenzó a mantener una correspondencia continua con Sir Walter O'Connor. Lo tuvo al tanto de cada uno de los pasos que fue dando para construir su libertad; aquella independencia sobre la que él insistía era digna solo de quienes luchan por ella sin ceder un instante. Fue este valioso amigo inglés quien la animó a continuar adelante, a no ralentizar ni un solo instante su lucha, a no cesar un segundo y a ejecutar aquellas acciones que le permitirían romper sus cadenas. Después de su padre, aquel noble inglés no solo era el hombre que más había respetado en su vida y el que más había influido en su formación, sino que, además de todo, Sir Walter O'Connor era su mejor amigo.

Después de dejar México, Verónica continuó, por supuesto, la comunicación habitual con Sir Walter y había programado su reencuentro para una ocasión muy especial, por lo que le resultó particularmente grato recibir antes aquella elegante invitación para asistir al festejo de su ochenta onomástico, con aquel mensaje escrito a mano que se agregaba con el siguiente texto:

»Querida amiga, sería para mí el mejor obsequio que tú y nuestra amiga Abril, aceptaran convivir al menos una semana en esta su casa, que ansiosa las espera«

Verónica estaba feliz; podría asistir sin ningún problema, pues las fechas coincidían con el período de vacaciones, mientras que Abril se encontraba justo en el proceso de transición entre concluir el grupo de *Milano Due* e iniciar el reacondicionamiento del nuevo gimnasio, cuyo equipo adicional se incorporaría justo en dos semanas.

—Tendremos que llegar a Londres con unos tres días de anticipación —señaló

Verónica—para que puedas conocer los lugares más emblemáticos de esa gran ciudad antes de llegar a *Stonor House* que, según entiendo se localiza en el Condado de Oxford, a aproximadamente una hora de Londres.

Fue así que Abril volvió a sobrecogerse al grado de paralizarse con las maravillas de aquella gran ciudad, que alguna vez fue la capital del imperio británico : El primer día, se dirigieron primero al *Big Ben*, construido hacía caso 200 años, con el nombre oficial de Torre Elizabeth, y cuya leyenda cuenta que si la campana de la torre suena trece veces, los leones de *Trafalgar Square* cobrarán vida; existiendo también el mito de que si esa treceava campanada se da a la medianoche, entonces la maldad azotará la casa real durante tres meses. Siguió la *Abadía de Westminster*, donde se han efectuado las coronaciones de todos los monarcas ingleses y británicos desde Guillermo el Conquistador, hace ya casi un milenio. Luego, el *Palacio de Buckingham*, construido al inicio del 1700 y desde entonces residencia oficial de los monarcas británicos. Más adelante *Trafalgar Square*, la simbólica plaza construida en 1805 para conmemorar el triunfo de la armada británica sobre Francia y España, y lugar favorito de concentración en las manifestaciones políticas de Londres. Para terminar ese primer día en el hermosísimo *Puente de Londres*, símbolo inequívoco de la capital de Gran Bretaña.

Reanudando al día siguiente el sorprendente recorrido con la *imponente Catedral de San Pablo*, sede de la diócesis anglicana, cuya iglesia original data del año 605 y donde se realizaron los funerales de Horacio Nelson, el Duque de Wellington, Winston Churchill y Margaret Thatcher. Ulteriormente llevaron a cabo una cuidadosa visita al *Museo Británico*, donde conocieron y admiraron algunas de las más valiosas piezas de arte de las civilizaciones de Egipto y Grecia, que los británicos “recolectaron”, según ellos, durante las múltiples incursiones del imperio británico por el mundo. Terminando el segundo día con una visita al *Museo Nacional de Historia*, con su variada colección de más de 70 millones de especímenes y objetos pertenecientes a varios campos de la historia natural.

El tercer día inició con una caminata por *Hyde Park*, seguramente el más grande y más bello parque de Londres, creado por Enrique VIII en 1536 como coto de caza y donde pudieron presenciar una breve muestra de por qué ha adquirido una fama mundial al actuar como plataforma de los más variados y audaces discursos, protestas y manifestaciones en defensa de la libertad de expresión. Después de pasar por *Picadilly Circus* y

conocer algunos de los célebres teatros del *West End*, arribaron al prestigiado y bohemio *Covent Garden*, un interesante barrio localizado al oriente de Westminster y dominado por tiendas originales, artistas callejeros y expresiones diversas para el entretenimiento, además de tener una entrada directa a la *Royal Opera House*.

Tres espléndidos días en que el sobresalto se convirtió en continua admiración. Verónica se divertía, como niña, al mostrarle a su amiga parte de lo que a ella había impactado tanto durante su primera visita a la ciudad más elegante y cosmopolita de Europa, y muy probablemente del mundo.

Durante esos pocos días comieron y cenaron en soberbios restaurantes y brindaron incansables en los más famosos Pubs de la ciudad. Únicamente dedicaron una hora y veinte minutos de su tiempo a visitar una tienda: *Harrods*, con el propósito expreso y casi único de adquirir un vestido elegante y discreto para la gran cena de aniversario.

O'Connors Park era una casa de campo histórica, hogar de la familia O'connors por más de 600 años, situada en un valle en las colinas de *Chiltern en Stonor*, a unas cuatro millas al norte de *Henley-on-Thames* en Inglaterra, cerca del límite del condado con Buckinghamshire. *Oxfordshire*,

Además de ser una construcción arquitectónicamente fascinante, la casa de Sir Walter O'Connors, sin ser todavía un museo, estaba llena de piezas de arte y tesoros recopilados de todo el mundo, incluyendo mapas históricos y documentos que revelaban generaciones de servicio al país. Con un gran salón de estilo gótico, una espléndida biblioteca del siglo XVII y una amplia galería que se extendía hasta unos hermosos jardines de estilo italiano. Aquella ilustre residencia hizo que esos tres días se convirtieran en un encuentro magnífico con la historia de Inglaterra.

El recibimiento de Sir Walter O'Connors confirmó una vez más que los grandes hombres son siempre extraordinariamente sencillos. ¿Cuándo lo entenderán los pedantes?

Fueron presentadas, apenas llegando, a la hermana de Sir Walter y dos sobrinas que vivían con él y se preocupaban y ocupaban de que gozara siempre de impecable salud, además de disfrutar de la vida.

A cada una se le asignó una recámara verdaderamente majestuosa que las hizo traspasar la barrera del tiempo y situarse en un palacio del Siglo XVII. Con una decora-

ción refinada y elegante, techos muy altos y cortinas muy finas, ambas con una señorial chimenea que invitaba a la contemplación y a la reflexión. Un mobiliario de lujo extravagante, cuadros admirables y super camas con cortinas esquineras de piso a techo de fino terciopelo. Vaya un gusto refinado. En verdad se sintieron las dos en el reino del cuento de hadas.

—Solo estoy en espera de que llegue mi prometido: el Príncipe —presumió Verónica.

Abril ya no quería salir de aquel recinto hasta el momento del regreso. —Ustedes vayan a donde quieran, yo aquí me quedo reposando y de una vez les advierto que a mí eso de cazar zorros no se me da.

Al día siguiente, fecha del onomástico de Sir Walter, todo comenzó con un tranquilo desayuno en las respectivas alcobas, después continuaron con la visita a los esplendorosos jardines y las caballerizas, y compartieron delicados bocadillos y una grata conversación en el jardín principal. Por la tarde, deambularon por el bosque que rodeaba la propiedad por el ala oeste en que las copas de los árboles se mecían en una brisa apenas perceptible. Finalmente recorrieron la casa, lo que Abril denominaba: *el Castillo de Sir Walter*, donde todos los espacios eran memorables y, muy en particular, el despacho donde resguardaba su arsenal de diplomas y condecoraciones; para después retirarse a sus aposentos con el fin de recrearse con un breve descanso.

Justo a las 6:30 de la tarde, las dos descendieron juntas por la escalinata, como si fueran las princesas festejadas. Verónica lucía un hermoso vestido beige de tul transparente, bordado a mano, con cuello alto, mangas largas y detalles de pedrería en la cintura, en el que se agregaban aplicaciones florales con lentejuelas y detalles de perlas. Una impresionante combinación de elegancia y glamur. Abril, por su parte, portaba con garbo un elegante vestido azul marino de gasa con pedrería, confeccionado con un tejido de gasa fluido, que combinaba a la perfección comodidad y sofisticación, destacando un discreto escote alto con mangas tres cuartos y detalles moderados de pedrería. Sir Walter O'Connors, quien las esperaba al pie de la escalinata, las recibió con un discreto aplauso.

El aperitivo se sirvió en el salón principal y para casi todos se trató de champagne o de un selecto whiskey escocés de malta: *Maccallan*. Fue entonces que fueron presen-

tadas a los invitados conforme fueron llegando. Cabe señalar que se trataba de familiares, cercanos y no tanto, y algunos de los mejores amigos de Sir Walter y sus esposas. A las 7 en punto, se escuchó una voz solemne que anunciaba que *“la cena esta lista”*. Resulta incuestionable qué en eso de montar una mesa de lujo con candelabros de plata y cristalería fina para una gran cena, no hay quien supere a los ingleses. Hasta el último detalle es expresión de clase.

Verónica fue invitada a sentarse entre Sir Walter O’Connors y su mejor amigo, Jonathan Baskerville, un hombre erudito e ilustrado, compañero suyo en todo desde la infancia y condecorado, por cierto, por la Reina con el título de caballero. En tanto que a Abril se le asignó un lugar entre madame Charlotte Bryon y el coronel Edward Clifford, quien retiró la silla cortésmente para que ella tomara asiento.

Comenzaron a circular los platillos de cocina inglesa, que extrañamente fueron deliciosos en esta ocasión, rompiendo con la tradición culinaria; los vinos sin duda insuperables, aunque no ingleses. Se activó la conversación entre los comensales. Sir Walter previno a Verónica diciéndole que debía tener particular cuidado con lo que le contara su amigo Jonathan, quien, desde muy joven, ante una mujer hermosa, era muy inclinado a fantasear. Verónica se sonrió y le pidió a míster Baskerville que le narrara algunas anécdotas de sir Walter, pregunta que a él le pareció excelente y, con ese aplomo tan difícil de describir y que, junto con un muy especial y refinado sentido del humor, solo son característicos de los ingleses, comenzó a narrarle la primera de muchas correrías que tenía en mente.

—Debo iniciar contándole que Walter, cuando éramos jóvenes y solteros, era el más enamorado de todos los integrantes de nuestro grupo. En verdad no había mujer que resistiera sus artimañas y sus argucias para conquistarlas...

—Te dije que de inmediato iba a comenzar a mentir —replicó Sir Walter, pero su amigo lo ignoró y continuó con su narración...—Verónica estaba extasiada.

La interlocución fue notable y única. Sir Walter, en represalia, comenzó narrando una anécdota especialmente divertida en que el principal protagonista era su gran amigo Jonathan Baskerville, quien a su vez era un gran conversador que se expresaba con particular elocuencia y gentil donaire, y quien, de inmediato, respondió con otra experiencia notable en la que el personaje central era Sir Walter. Relataron así muy variadas peri-

pecias y una que otra aventura, y ninguno resultó derrotado en aquella batalla dialéctica. Los tres se carcajeaban y, como si fuera un duelo, ambos volvían a la carga con otras vivencias.

Mientras tanto, madame Charlotte Bryon preguntaba a Abril de una manera misteriosa y novelesca:

—Y su marido querida amiga, ¿No le acompaña en esta ocasión?

Abril dudó por un momento, pero decidió optar por la verdad.

—Mi marido, madame Bryon, es un miserable y me llevó poco más de veinte años poder deshacerme de él...

—Pues yo estoy segura de que mi esposo era más miserable que el suyo y a mí me llevó más de cuarenta en llegar al momento en que estuve a punto de desprenderme de él; pero prefirió morir antes, el muy cobarde...

Abril no podía creerlo y tampoco pudo detener su risa.

—No me diga.

—Pues claro que le digo, —respondió sonriendo madame Bryon. —Somo dos víctimas más, entre tantas otras.

—O sea que ¿aquí también?

—Por supuesto que aquí también. Los ingleses hemos sido los primeros en casi todo, también en eso. —Abril se sonrió pensando que era muy afortunada de que la hubiesen sentado donde lo habían hecho. Milady Bryon era una conversadora extraordinariamente afable.

—Déjeme contarle Abril, ¿Ese es su nombre, no es así?

—Sí, en efecto, ese es mi nombre.

—Muy bien, pues le decía que yo tuve a una tía a la que quise mucho; yo era su sobrina predilecta, me contaba todo. Quería compartirle que mi tía Margaret, que así se llamaba, adoraba y odiaba a los mexicanos. Contaba maravillas de su país, no solo de lugares extraordinarios, de una cocina exquisita y sofisticada, y de una música encantadora que hacía llorar y carcajearse, sino, sobre todo, de la gente, del pueblo, como ella decía. Porque a los políticos y a los empresarios los detestaba, a ellos era a quienes verdaderamente despreciaba. A los primeros los criticaba por corruptos y demagogos, y a los segundos los calificaba de tramposos e incapaces, pero a la gente, a lo que ella lla-

maba el pueblo, les atribuía todo tipo de virtudes.

Debo narrarle que mi tía se casó con un empresario inglés mucho mayor que ella, quien fue nombrado director general de una importante empresa inglesa que se estableció en México, llamada "*Compañía Mexicana de Petróleo El Águila*". Esto le permitió pasar cinco deliciosos años en su tierra, disfrutando de todo. Claro que, siendo esposa del director general de esa empresa, todos la trataban como a una reina. Así que, cuando avisaron que como la mencionada empresa había sido expropiada por el gobierno mexicano, ellos tendrían que regresar a Inglaterra. Ella se puso furiosa y se negó rotundamente, argumentando que se quedaba en su país, aunque ello implicara divorciarse de su marido. Cuando mi tía me contó todo esto, yo no entendí del todo bien su comportamiento y, sobre todo, ese conflicto entre odiar y querer lo mexicano. Es ahora, en el ocaso de mi vida, que he comenzado a comprenderlo. Tu México debe ser un país contradictorio y muy interesante. Seguramente mi tía lo adoraba tras bambalinas.

En paralelo, Verónica ponía al corriente a Sir Walter y a don Jonathan Baskerville de los maravillosos lugares que había visitado y de los magníficos nuevos amigos que había hecho durante su primer año en Italia. También les comentó sobre los proyectos que ella y Abril estaban iniciando, con los que estaba tan entusiasmadas.

Abril estaba encantada con su elocuente e interesante compañera; sin embargo, pensó que lo habitual y correcto es que estableciera conversación con ambos vecinos, así que se volteó hacia su derecha donde el otro comensal adjunto con cierta impaciencia esperaba ser tomado en cuenta, y le preguntó:

—Coronel, ¿qué me recomienda no dejar de conocer en Londres por ningún motivo?

El coronel Edward Clifford levantó las cejas, esbozó una ligera sonrisa de agrado y adoptó una actitud de experto cuando le respondió:

—Una excelente pregunta, milady, le voy a recomendar varios lugares que solo pueden ser apreciados por una mujer inteligente y sensible, no son sitios muy comunes. El primero es "*La Sala Pintada del Antiguo Colegio Naval Real de Greenwich*", no pueden dejar de visitarlo. El segundo es el "*Jardín de la Azotea de Crossrail Place*"... tal vez sería mejor si los anota o los graba.

—Tiene razón, —coincidió Abril, sacando su teléfono y colocándolo muy discre-

tamente debajo de la servilleta.

—Por supuesto deberían visitar *“San Dustan en el Jardín de la Iglesia del Este”* y *“el Templo de Neasden”*, el primer templo hindú de gran Bretaña, para después cenar en la *“Azotea del Mercado Mayfair”*. Desde luego, le recomiendo curiosear por las tiendas de antigüedades de *“Camden Passage”* y escudriñar en la *“Librería Word on the Water”*, haciendo una parada obligada en el *“Sherlock Holmes Pub en St James’s”*, para después embarcarse en *“Little Venice”*. Por cierto, en el *“Cruce de los canales Regent’s Canal y Grand Union Canal”* hay un pequeño embarcadero repleto de naves de colores de aspecto singular; vale la pena conocerlo. Muy cerca de la plaza de Covent Garden se localiza *“Neal’s Yard”* y no muy lejos de la Torre de Londres se sitúa *“Leadenhall Market”*, ambos son admirables, y pueden concluir con una visita a la *“Estación de St. Pancrais International”* que es soberbia.

Abril estaba absolutamente encantada de recibir tales recomendaciones y le pidió sus datos al coronel Clifford para hacerle llegar sus comentarios sobre los secretos de Londres que él le había revelado.

—Abril, ¿cómo podría resumirme usted su vida actual en doce verbos?

A ella se le hizo una pregunta especialmente original y respondió de inmediato:

—Pues verá coronel, creo que serían: *“admirar, sorprender, amar, disfrutar, compartir, leer, escuchar, vivir, observar, caminar, meditar y jugar”*

—Vaya una vida intensa y digna de vivirse. No voy a darle un solo consejo, ni siquiera una sugerencia, a pesar de que mi edad y mis experiencias me facultan para hacerlo. Sin embargo, le voy a mencionar algunas reflexiones y recomendaciones de mi escritor predilecto. Póngame atención porque sé que le resultarán interesantes.

—Por supuesto que sí —aclaró ella.

—*“La vida es una cosa demasiado importante como para tomársela en serio”.*

—*“Lo menos frecuente en este mundo es vivir.”*

—*“La mayoría de la gente existe, eso es todo.”*

—*“A veces podemos pasarnos años sin vivir en absoluto, y de pronto toda nuestra vida se concentra en un solo instante.”*

—*“Nunca des explicaciones. Tus amigos no las necesitan. Tus enemigos no las creen.”*

—“La única forma de librarse de la tentación es caer en ella.”

—“La mayoría de las personas son otras personas.”

—“La única diferencia entre un capricho y una pasión eterna es que el capricho dura un poco más.”

—“Algunos echan a perder todas las historias de amor intentando que duren para siempre.”

—Por supuesto me refiero al escritor, poeta y dramaturgo británico de origen irlandés: Oscar Wilde. Si no ha leído nada de él, debe apresurarse porque está usted perdiendo el tiempo.

Aquella noche fue, sin dudarlo, la más fascinante y original que Verónica y Abril habían tenido y, consecuentemente, la recordarían toda su vida.

Si bien al llegar a aquel paraje habían programado descansar toda la semana en Stonor House, al día siguiente del festejo se olvidaron del reconfortante propósito. Apenas regresó sir Walter de su habitual paseo matinal, se despidieron de todos con abrazos, besos y un profundo y sincero agradecimiento, además de asumir el compromiso de no dejar pasar mucho tiempo antes de volver a encontrarse.

—Recuerden que tiempo no es precisamente lo que nos sobra. —apuntó la hermana menos de sir Walter, a la que Abril dio un cariñoso abrazo, cerrándole el ojo.

Partieron y, al llegar a Londres, se lanzaron de inmediato a olfatear en los secretos de la ciudad, para lo cual siguieron al pie de la letra las indicaciones precisas del coronel Clifford, lo que incluyó la de adquirir los primeros cinco libros de Oscar Wilde que Abril pretendía devorar de inmediato.

Para culminar con broche de oro su visita a Londres, el penúltimo día acudieron con Sir Walter y el coronel Clifford al *Barbican Center* a presenciar una soberbia representación de *Carmina Burana* de Carl Orff. Después, mientras afuera se deshojaban ya las magnolias. Se pertrecharon para cenar al restaurante “*Bengal Tiger*”, donde disfrutaron de la compañía de dos de los paladares más exigentes y experimentados de Londres, y donde ambas se sintieron fascinadas y seducidas por la interesante conversación que se concentró en el relato de diversas costumbres de antaño de esa maravilla que se llama Inglaterra. Vaya que eran vívidas y fascinantes aquellas reminiscencias. Aún no partían y

ya flotaban en su mente múltiples recuerdos multicolores de aquella visita a la ciudad con más clase en todo el planeta.

Capítulo 34.- La expo de Élena

*“ Siempre hay un mañana y la vida nos da otra oportunidad
para hacer las cosas bien”*

Gabriel García Márquez

Esa mañana Élena se despertó muy temprano y aún más nerviosa. Por la tarde, sus sueños, plasmados en expresión pictórica, se someterían al escrutinio público, al juicio no solo de sus mejores amigos, sino de los amigos de sus amigos y de mucha gente más que no lo conocía ni sabía de su existencia artística. Hasta entonces, sus cuadros habían sido sometidos a la apreciación y opinión de muy pocos, sobre todo de su marido, y su dictamen había sido siempre implacable, paternalista y desalentador. En esta ocasión, la iniciativa le parecía a él que se trataba de un atrevimiento inútil y descabellado por parte de Élena y de ese grupo de nuevos amigos que irresponsablemente la alentaban a exponerse. Estaba nerviosa, muy nerviosa; se le reiteraba la imagen de su marido aconsejándola que no cediera ante esa temeraria ocurrencia. Sin embargo, había tomado una decisión inexorable y estaba dispuesta a llevarla hasta sus últimas consecuencias.

Todos colaboraron para que la exposición de Élena fuera un éxito, un gran suceso en Milano Due. Abril coordinó todo el esfuerzo y además se hizo cargo de que el montaje de las obras no tuviera costo alguno para Élena. Verónica y Ricard diseñaron los posters y folletos promocionales del evento, mientras que Francesco y Giovanna los repartieron casa por casa, en todo Milano Due, lo que, por supuesto no resultó fácil. JeanPierre logró dos inserciones en los principales periódicos de Milano, el *Corriere della Sera* e *Il Sole 24 Ore*. Adrianno colocó los carteles en sus restaurantes y difundió el evento entre todos sus clientes tanto por Internet como de forma personal. Jaqueline Dubois, la compañera de Verónica en el Instituto, se abocó a promover el evento, acompañada de Lorena, entre todos los estudiantes del propio instituto y en otros más de la ciudad, también de

diseño. Carla difundió la exposición entre todo el cuerpo diplomático y consular adscrito en Milano, en tanto que Giuseppe y Florentino, el sobrino de Doña Francesca, ahora acompañado de su esposa, se dedicaron a colocar los carteles promocionales en todos los lugares públicos de Milano que se los permitieron. El único que no colaboró en la organización y promoción de la exposición fue el marido de Élena, quien, en esta ocasión, sí estuvo en la ciudad y aceptó acompañarla con una actitud escéptica, condescendiente y, hasta podría decirse, un poco despótica. Todos los amigos, absolutamente todos, apoyaron entusiastas, seguros de que la exposición de su amiga tendría un gran éxito, Y vaya que lo tuvo.

En las primeras tres horas Élena vendió las setenta y tres obras que expuso, en medio de una fiesta de elogios, reconocimientos y felicitaciones. Destacando que, además los propietarios de dos de las galerías más prestigiadas de Milano concertaron acuerdos con Élena para las subsecuentes exposiciones de sus futuras obras. El desapercibido marido de Élena estaba totalmente deslumbrado; no daba crédito y sintiéndose como príncipe consorte, trataba infructuosamente de conversar con los nuevos amigos de su esposa, pero casi nadie le hacía caso; todos lo eludían y buscaban conversar con la estrella del momento. Era evidente que su oficio era crear. Fue un gran evento.

La sonrisa magnífica de la gran pintora no se desdibujó ni por un instante. Terminaron todos felices en un festejo deleitable, grato y placentero, organizado por Adrianno en uno de los salones del Sporting Club, donde cada uno hizo un brindis y dirigió unas palabras lacónicas de elogio y de aliento a Élena, cuyo marido brindó por ella al final, dirigiendo unas palabras con tropiezos y voz trémula al inicio, pero en las que fue incrementando con firmeza el reconocimiento a Élena y, desdiciéndose de algunas de las observaciones que le había hecho en privado, terminó narrando, orgulloso y con particular elocuencia, verdaderas maravillas sobre ella. Abril y Verónica estaban francamente contentas de haber sido testigos y artífices de tan singular suceso.

Al día siguiente, despidieron en el Aeropuerto a Lorena en medio de un torrente de lágrimas reprimidas, *sepetecientas* recomendaciones y dos tarjetas de crédito, cuyos límites permanentes y excepcionales serían acordados oportunamente. Se imaginaban las dos a esa misma edad y con esa perspectiva por delante.

Capítulo 35.- Cada quien su casa

*“Siempre y cuando tengas el coraje y el sentido del humor,
nunca es demasiado tarde para empezar una nueva vida”*

Barbara De Angelis

Fue precisamente navegando las dos solas por el Lago Maggiore, en una lancha ligera de remos, que confesaron su respectivo dilema, que, en esencia, era el mismo. Tanto Adrianno como JeanPierre les habían confesado a ambas estar perdidamente enamorados y les habían propuesto unirse en matrimonio, Si bien las dos reconocían sentir un amor intenso de similares proporciones, también dudaban.

—Hace tan poco tiempo que conocí la libertad que ahora tengo miedo de perderla —reconoció con cierta solemnidad Verónica—. Estoy segura de que JeanPierre es diferente y único y la verdad no estoy segura de saber porque titubeo. ¿Qué pasa conmigo?

—Pues yo tengo más de 20 años sintiéndome libre y, sin embargo, también tengo temor de dejar de serlo —afirmó Abril—. Claro que he tenido pretendientes, pero estoy segura de que es la primera vez que me he enamorado de veras. El amor, que yo creía que solo existía en mis sueños, se ha presentado con una fuerza incontenible. Lo amo, no tengo duda alguna, pero no quiero sentir el compromiso o la obligación de continuar amándolo. Quiero ser libre incluso para dejar de amarlo, porque yo creo que el amor es algo que uno no controla. Y si bien uno debería crear y mantener las condiciones propicias para que llegue y permanezca, creo muy en el fondo que el amor llega y se va cuando le da la gana. No depende de lo que uno decida. Se presenta o no se presenta; es independiente. Y yo quisiera seguir disfrutándolo mientras se manifieste, que ahora espero sea por todo el tiempo que me quede de vida. Tengo la certeza de que si uno pretende

aprisionar el amor con un compromiso, es menos probable que perdure. También dudo de que los sentimientos intensos se puedan prolongar hasta el infinito; ojalá que sí.

—Comparto plenamente todo lo que has dicho— reafirmó Verónica—. Pero ¿qué le ha sucedido al matrimonio?

—Pues no lo sé muy bien —dijo Abril—. Pienso que, si alguna vez funcionó, ahora es claro que ya no funciona. Los jóvenes y los no tan jóvenes se casan y se descasan como cambiarse de peinado o de trabajo. Es evidente que la institución, como tal, ya no funciona. Tal parece que para que el matrimonio pueda satisfacer nuestras expectativas de estar juntos para siempre, uno de los dos tiene que renunciar a sus proyectos, a sus sueños y, lo que es más grave, a su libertad. Y todavía parece que quien suele tener que hacerlo todavía es la mujer. Creo que ya no estamos tan dispuestas. alguna vez me preguntó mi hijo que según yo cómo sería ese nuevo concepto de matrimonio que los jóvenes tendrán que inventar y que todavía no han inventado. Yo le respondí que imaginaba una relación en que ambos se unieran, pero mantuvieran activas sus casas o departamentos o lugares de su exclusiva propiedad. Eventualmente, ella dirá algo así como «*Me gustaría quedarme este fin de semana contigo en tu casa*» y él respondería «*Me parece perfecto*» o bien «*Este fin de semana no, porque prefiero estar solo*» Y no habría ninguna molestia, ningún “*pero, ¿por qué?*”, ya que igual podría darse a la inversa. O bien podría resultar que no sea un fin de semana, sino 7, 12 ó 23 días, hasta que el día 24, él o ella dijeran: «*Mañana me voy a mi casa porque quiero estar solo*» o «*Mañana te vas a tu casa porque prefiero estar sola*».

Es decir, estar juntos todos los días que ambos queramos estar juntos y estar solos en aquellos en que uno de los dos prefiera estar solo. Y en una de esas, no nos vemos en dos meses, o en una de otras no nos separamos nunca, precisamente porque la libertad de hacerlo estará siempre vigente. —Su sonrisa no se desdibujaba ni un instante, Abril no podía ocultar la embriaguez de su felicidad, al pensar en aquellos contextos imaginarios.

—¡Guau! Me gusta; es más, me parece perfecto. Suscribo todo lo que has dicho. eres una filósofa del siglo XXI.

—Déjame completar mi teoría. Mi hijo me miró muy pensativo, como si no le pareciera tan loca mi sugerencia, y luego me miró muy serio y me hizo una pregunta

fulminante, como anunciando: “*Ya te prendí*”: ¿Y los hijos, qué onda? Y yo le respondí: pues los hijos, perfecto. A ellos les enseñan o les imponen los padres el concepto de matrimonio y de familia. Ahora los niños tendrán dos casas, dos recámaras, igualmente tuyas, y además podrán decidir sin dar explicaciones, al igual que sus padres: «*la próxima semana me voy a mi casa verde, con mi padre*» o «*a mi casa azul, con mi madre*» o «estaré con los dos porque ahora coincidimos los tres en nuestras querencias» Me parece que será muy interesante para ellos.

Verónica estalló en carcajadas y sentenció: —Creo que ya sé qué les vamos a proponer. A ver qué tan *modernos* nos resultan estos europeos.

Adrianno le propuso a JeanPierre reunirse en un bar para analizar conjuntamente las propuestas de Verónica y Abril, que habían sido, en el fondo, muy similares, según él sabía o deducía.

JeanPierre lanzó sus primeras reflexiones:

—Pues yo no sé si están bien locas las dos o si son la vanguardia en esto del amor. No puedo negar que tienen mucha razón en algunos de los planteamientos en los que sustentan su contrapropuesta. La verdad es que lo he pensado detenidamente y ahora no me parecen tan descabellados. Entiendo que en México las cosas en este ámbito son más o menos iguales que en Italia y que todo este esquema innovador es obra de su propia imaginación, pero sería hipócrita no reconocer que suena muy interesante

—Abril me compartió una reflexión de una célebre escritora mexicana sobre la pareja y el matrimonio que me encantó —dijo Adrianno.

—¿Te acuerdas cómo dice? —preguntó JeanPierre.

—Pues creo que así, —respondió Adrianno: »*Yo no creo en el amor en que tú y yo nos tomamos de ambas manos, nos miramos fijamente a los ojos y nos juramos amor eterno. Yo creo en el amor en que tú y yo nos tomamos de una sola mano, caminamos hacia adelante, cada quién, mirando su propio horizonte, y de vez en cuando nos volteamos a ver y nos cerramos un ojo*«.

—Genial, sencillamente genial, —destacó Jean Pierre.

—Cuando se trata de lo que aquí se trata, la verdad y la inteligencia juegan un papel determinante, no cabe duda —alertó Adrianno, soltando una carcajada— aunque, la verdad es que no me atrevo a imaginar sobre lo que *mia Mama* opinará de este

nuevo esquema.

—No me digas que tú eres un “mamone”

—No, por supuesto que no, pero el que yo no lo sea no significa que ella deje de ser tradicional, autoritaria, chantajista y adorable, como casi todas las madres italianas.

—Pues la verdad es que a mí me dan unas ganas enormes de estar siempre con Verónica, pero no te puedo negar que eso de vivir algunos días solo me resulta particularmente atractivo, muy atractivo —destacó JeanPierre.

—*¡Porca miseria!* A mí también, —confesó Adrianno y soltó una carcajada. Luego agregó una pregunta— ¿y esto significa que ella necesariamente tiene que tener un nuevo departamento o podría considerar la opción de convivir con su amiga, como lo vienen haciendo hasta ahora?

—Pues yo creo que eso depende de lo que ella quiera, —opinó JeanPierre

—Pues sí, ¿verdad? Aunque yo no veo por qué tiene que hacer otros gastos en otro departamento, cuando viven tan a gusto juntas, y luego las molestias implícitas que siempre conlleva administrar dos casas. —insistió Adrianno. Los dos se miraron y soltaron una carcajada explosiva.

Todo hace suponer que no debes preocuparte demasiado, —destacó convencido JeanPierre—, pues si la continúas amando intensamente como lo haces ahora y si lo sigues demostrando en tu trato cotidiano; si le sigues trayendo flores de vez en cuando y no dejas de escribirle poemas; si repites con frecuencia aquello de cantar a dúo como ahora tanto les gusta y la sigues llevando a bailar; si la satisfacción de la sensualidad de ella te sigue importando más que la tuya, pues es probable que muy pocas veces ella tenga deseos de estar sola. Ese día se les fue la noche brindando por sus dos maravillosas parejas, conforme fueron destacando sus respectivas cualidades y atractivos. —La verdad mi querido amigo, —concluyó Adrianno— es que yo no sé si me dio algo, alguna pócima tal vez o algún menjurge mexicano, o si se trata de algún sortilegio o un encantamiento, pero el hecho es que yo estoy perdidamente enamorado. La adoro, sin el menor titubeo. Lo que sí creo es que somos un par de afortunados y también vienen a mi memoria las palabras de Fernando Pessoa, ya que hablamos de buenos escritores, cuando sentenció que “*al ser inteligente no le queda otro camino que la abdicación*”. — Se carcajearon por varios minutos.

Por cierto, ninguno de los dos se había enterado de la fortuna de Verónica, que ya convertida a euros no resultaba tan impactante. De todas maneras, ella quiso mantenerlo siempre como un secreto de las dos. Lo que es muy probable es que a JeanPierre le iba a importar muy poco. Ninguno de los dos había mostrado en algún momento un gran interés por el dinero ni por los estratos sociales. Era evidente que se realizaban con lo que hacían y la acumulación de riqueza no era una de sus prioridades.

Paradójica y casualmente, al día siguiente Abril recibió una sorpresa, no muy grata, pero al fin sorpresa. Fue un mensaje de texto, que provenía del padre de sus hijos y decía lo siguiente:

»Hola, mi querida Abril: Últimamente he estado pensando tanto en ti, como no tienes una idea. Me he dado cuenta de qué tanto te quiero y te he amado siempre, lo que pasa es que a veces cometo tonterías, por las que te pido perdón. Estoy seguro Abril, que tú y yo podemos volver a vivir una vida maravillosa. Yo ahora estoy completamente disponible. ¿Qué te parece si me doy un brinquito por allá donde ahora vives y lo platicamos y planeamos? Puedo partir de inmediato, apenas me confirmes. No te lo imaginas, pero estoy tan emocionado que hasta voy a tomar un curso rápido de italiano. Te quiere siempre. Tu Memo«

Abril no podía creerlo, no comprendía hasta qué grado puede llegar el cinismo y la estupidez de un hombre. Tampoco se explicaba cómo podía ser que alguna vez se hubiese sentido enamorada de él. *»No es que fuera yo muy joven«* se dijo, *»es que era muy tonta«*, así que decidió ser definitiva en su respuesta:

«Absolutamente sorprendida recibí tu mensaje. No entiendo a qué “vida maravillosa” te refieres y, por supuesto, no tengo el menor interés o intención de saber de ti y, mucho menos, de volver a verte. No existe definitivamente nada que nos vincule, mis hijos son mis hijos. Vivo actualmente en Italia con mi pareja, un hombre maravilloso que admiro, respeto y amo profundamente. Te agradeceré que este sea el único y último mensaje que tú me envíes»

Por un momento se le vinieron encima los recuerdos, sobre todo los menos gratos. Fue un instante de iracunda melancolía que decidió rechazar casi de inmediato.

Verónica parecía inmersa en la lectura y, sin embargo, le susurró:

—Te veo muy pensativa, Abril.

Consideró conveniente diferir el enterarla de aquel mensaje pues no quería empañar ni ligeramente el embrujo que aún flotaba del motivo de su reciente charla sentimental y se limitó a responder:

—Pienso en mis hijos, que no me han pedido ni un solo euro, —respondió Abril, que no mintió, pues hacia aquellas comarcas había redireccionado de modo abrupto sus pensamientos—. Aun cuando saben que también por lo que hace al ingreso, me está yendo muy bien por acá, cada vez que yo les envío algo, casi me lo devuelven argumentando que, en realidad, no lo necesitan y recomendándome, con tiento, que me lo gaste en cumplirme caprichos durante mi estancia en Italia o en conocer otros países de Europa.

—La hiciste muy bien con ellos Abril, debes sentirte muy satisfecha y muy orgullosa.

—Lo estoy Verónica, lo estoy.

—Oye, nos propone JeanPierre que las dos nos tomemos tres días, que bien podrían incluir un fin de semana, para trasladarnos a París, Nos quiere llevar a conocer sus trece lugares predilectos en la ciudad, en los que está seguro que no hemos estado. Será como los lugares secretos de Londres que nos sugirió el coronel Clifford.

—Suenas muy tentador, —dijo Abril—yo puedo desde ya.

Capítulo 36.- *El futuro de Lorena*

“Espero que vivas una vida de la que estés orgulloso y si descubres que no, espero que tengas la fuerza para comenzar de nuevo”

F. Scott Fitzgerald

Cierta noche, llegaron ambas temprano, prepararon una cena ligera y se acomodaron para establecer una teleconferencia con Lorena, en la que les daría sus conclusiones después de dos semanas en las que visitó París, Londres y Madrid.

—Mis adoradas tías, lo primero que tengo que informarles es que estas casi dos semanas me permitieron complementar lo que ha sido, junto con la estancia en Italia, el más emocionante, maravilloso y constructivo mes de toda mi vida. Y todo esto gracias a ustedes. Les estaré eternamente agradecida.

—Mi primera conclusión es que tenías razón Verónica, es de fundamental importancia para mi formación el construir la gran experiencia de vivir sola, es decir, sin familiares, sin alguien que te resuelva todo. Ayer escuché a un futuro compañero referirse a una frase del escritor portugués Fernando Pessoa: *“Si te resulta imposible vivir solo, es que naciste para esclavo”* y me gustó. Estas cinco semanas han sido las más aleccionadoras de mi existencia. He podido ponderar en serio, he avanzado significativamente en mi propósito de descubrir qué es lo que verdaderamente quiero hacer con mi vida. Como ustedes seguramente sabían que me iba a suceder, me enamoré perdidamente de París, como una verdadera loca. ¿Qué ciudad, qué esplendor! Mis padres me llevaron no hace mucho tiempo, a conocer tres ciudades norteamericanas, no tienen nada que hacer frente a las ciudades de Europa, es otro nivel. Este es el verdadero primer mundo..

En París me encantó la Universidad de la Sorbonne. Es impresionante, como lo es todo en esa ciudad llena de magia. Y luego Londres, vaya, una ciudad con elegancia, ¡qué tradiciones más hermosas! Ahí visité tres universidades de la ciudad; difícil escoger cuál

es la mejor opción entre la *London Metropolitan*, la *East London* o la *Universidad de Greenwich*. Y como colofón, una ciudad igualmente explosiva: Madrid, con su acogedora *Universidad Complutense*, que es justo donde quisiera comenzar, pero con la ilusión de poder hacer después un posgrado en Londres o París, o en ambas ciudades. Madrid me sorprendió y me cautivó; creo que es el lugar más idóneo para comenzar una gran aventura en Europa. Además, durante mis estudios de licenciatura, pienso clavarme, en paralelo, en el estudio del inglés británico y del francés, para llegar muy afilada para las maestrías. ¿Cómo ven?

Con lágrimas en los ojos, las dos brincaron entusiasmadas.

—¡Fantástico, —gritó Verónica

—¡Bravo! —exclamó Abril.

—Me parece una decisión inteligente—continuó Verónica —¿Cuándo comienzas? Búscate un bonito departamento y un buen auto, no muy rápido; creo que te será necesario.

—Las clases comienzan en dos semanas, creo que no tiene caso irme a México. Ya hablaré con mis padres; por lo que se refiere al departamento, creo que me gustaría más irme a una *residencia de universitarios*, Ya visité una y está padrísima. En cuanto al auto, pienso que todavía no; primero voy a dominar el sistema de transporte colectivo de la ciudad, me ayudará a integrarme más rápido. Después ya veremos.

—¿Y con el galán qué pasó? —preguntó Abril —¿Ya hablaste con él?

—¿El galán? —respondió Lorena—. ¿Cuál galán? Si nomás le insinué la posibilidad de que abandonara su trabajo para venirse a estudiar conmigo, y el galán de inmediato pegó una carrera, que debe andar ya por Sinaloa. Jajajaja, ¡qué error lamentable iba yo a cometer! Gracias también por eso. —Y agregó, con esa ansia de vivir de que estaba dotada—: Si vieran cómo están guapos los españolitos. Y, por cierto, hablé con la chava que me había propuesto lo de *influencer*”. Cuando le relaté las razones, una por una, que nos había dado JeanPierre de porque eso era una mierda, antes de colgarme me resaltó que no quería volver a hablar conmigo, lo cual yo le agradecí muy sinceramente. Jajaja...

Verónica abrió una botella de champagne, Lorena hizo lo mismo con una cerveza y brindaron las tres por Madrid, la Complutense, París, Londres, Milano, Italia y, en ge-

neral, por toda Europa. Antes de despedirse, Verónica le anunció:

—En unas tres o cuatro semanas te caeremos por allá para que nos compartas los detalles de tu despegue, y unas semanas después tendrás que visitarnos en la inauguración de nuestro primer negocio en Europa, tu tía Abril arranca con su primer gimnasio de yoga y yo con mi primera empresa de diseño y comercio exterior.

—*¡Bravasssss!* Las amo. Son unas guerreras —gritó Lorena y les mandó muchos besos. Para despedirse tan solo declaró con una firmeza indómita:

—Estoy enfrascada en triunfar y ser feliz, y lo voy a lograr, tías queridas. Ustedes son mis maestras y mis ejemplos.

—Me encanta que sea una mujer intrépida, con ese ímpetu que muestran los jóvenes cuando deciden atreverse. —concluyó Verónica, después de apagar la computadora.

—Todo estará bien, —pronosticó Abril—, y si no sucede así estará bien también.

Capítulo 37.- *Una terrible sorpresa*

“Lo que la oruga llama el fin, el resto del mundo le llama mariposa”

Lao Tzu

Esa noche, Verónica cenaría sola en casa, Abril se había trasladado a Ginebra con la intención de asistir a un importante encuentro de dos días sobre *Tai-Chi*. JeanPierre, por su parte, se encontraba en París participando en una importante y trascendente reunión de corresponsales europeos. Se disponía a comenzar cuando escuchó el timbre de la puerta. Súbitamente pensó que podría ser JeanPierre, que tal vez había perdido el vuelo o que este había sido cancelado; sin embargo, de inmediato descartó ambas posibilidades pues de haber sido así, él le habría llamado o enviado un mensaje para informarle del cambio.

Tremenda sorpresa se llevó Verónica al abrir la puerta y encontrarse, por arte del diablo, con la figura encorvada de Fernando, su exmarido, quien, con una voz que denunciaba su embriaguez:

—Hola, querida, seguramente me has extrañado mucho.

Habían transcurrido más de dos años desde que Verónica se atrevió a amenazar a Fernando con revelar algunos de sus comprometedores secretos. Él, temeroso de que ella pudiera delatarlo y con su torpeza armarle un gran escándalo, aceptó concederle el divorcio, convencido de que todo sería temporal y que la separación duraría solo unas cuantas semanas, una vez que ella sintiera las consecuencias económicas que tal situación incierta podría ocasionarle. Tras formalizar la separación se formalizó y negarse

rotundamente a informarle a qué secretos se refería, Fernando se abocó a realizar una re-visión realmente minuciosa de todo lo que en su vida podría ser considerado por Verónica como un “secreto”, según ella, por supuesto, “*ya que jamás entendió la realidad de la vida y siempre fue muy tonta*”. Según Fernando “*en su ejercicio profesional siempre había sido muy transparente; todo lo que aconsejaba ser la prudencia y la inteligencia, claro*”. Pero “*todo eso era muy rebuscado como para que ella lo entendiera*”. Cada una de esas posibilidades fueron revisadas y estudiadas con profundo esmero por Fernando, y la conclusión siempre fue que todas eran conjeturas; la verdad es que en aquel fisco-gnear no encontró nada, absolutamente nada que ella pudiera haber descubierto y entendido.

Negros pensamientos lubricados con una sed de venganza fueron acechando cada vez más. Como había transcurrido tanto tiempo sin que se presentara ningún incidente, Fernando se convenció plenamente de que se había tratado de un simple y presuntuoso alarde de parte de ella. Esta certidumbre se acrecentó todavía más al enterarse, casi por casualidad, de la herencia de su ingrato suegro, quien no había reconocido sus incontables sacrificios para hacer feliz a su inútil y malagradecida hija, quien seguramente no había querido compartir con su amado esposo aquella, tal vez, nada despreciable, fortuna. No obstante, él, que compartió todo con ella, se aseguraba a sí mismo, que tenía, desde luego, el más que justificado derecho sobre ese legado.

En virtud de que los negocios se habían venido complicando y sus ingresos estaban mermando seriamente, Fernando, sin enterar a nadie de sus deleznales intenciones, tomó la decisión de ir en busca de lo que según, él también le pertenecía. Con la mentalidad calculadora propia de un mercader y con la fanfarronería y la jactancia que lo caracterizaban, planeó su acción con detalle. Acudiría a Italia, justo a su casa, cuya dirección no le costó mucho trabajo conseguir, con la ayuda de sus hijos. La amedrentaría hasta conseguir que se plegara a sus deseos, compartiera su riqueza y, ¿por qué no?, volviera a ser su compañera. Su respaldo resultaba ahora, más que nunca, necesario. Él, como hombre bueno que era, y sin remordimiento alguno, estaría muy probablemente dispuesto a perdonarla. Una vez más la avidez y la codicia lo devoraban y lo cegaban. Así fue como se lanzó hacia Italia cometiendo el delicado error de olvidarse de la gabardina y de la dignidad del alma. En realidad, era tan diabólico el galimatías que, como diría

Francisco de Quevedo, *“la solución habría que preguntársela al propio diablo”*.

Verónica, con el corazón encogido, un nudo en la garganta y una expresión de estupor, se quedó absolutamente estupefacta al mirarlo, con aquella aparente seguridad que simulaba siempre y esa sonrisa cínica que a ella le resultaba intolerable. Su primer impulso fue impedirle el acceso a su casa, pero Fernando dio con el hombre un tremendo golpe en la puerta, como anticipando hasta dónde estaba dispuesto a llegar en esta ocasión, y se introdujo con gran desfachatez.

—Pero, mi amor, —reclamó con marcada ironía—, veo con tristeza que este viejo continente te ha hecho perder el más elemental sentido hospitalario, sobre todo considerando que seguramente la renta de este lindo departamento se paga con recursos que también me pertenecen en un considerable porcentaje, porque así dice nuestro sagrado contrato de matrimonio: *“todo lo percibido, pertenece a los dos, ¿recuerdas?”*. Su voz era tajante e imperativa.

Profundamente indignada por la intempestiva presencia y asustada con la expresión de avidez intensa de aquel hombre al que despreciaba, se limitó a responder:

—Solo que todo mi ingreso se ha percibido después de que nuestro matrimonio dejó de existir.

—Eso está por verse, —replicó él inquisitivamente— es una versión que no comparten mis abogados, además de que nuestro sagrado matrimonio fue para siempre, hasta que la muerte nos separe —y continuó observándola, impasible y petulante.

—¿Qué quieres de mí? Tú y yo no tenemos nada de qué hablar. Sabes muy bien a qué grado te deprecio y qué tan convencida estoy de que eres un miserable.

—No vuelvas a hablarme de esa manera, —gritó él—, y en un arrebató de ira le lanzó un brutal bofetón, que la hizo caer sobre la alfombra, con el labio partido.

Verónica se incorporó y, muy aturdida, se fue a refugiar al baño, sacando un pañuelo de su bolsa, donde guardaba también su teléfono celular. Puso el seguro y llamó al 112. Ante la inmediata respuesta, ella gritó:

—Soy Verónica Mariscal. Un hombre ha entrado a la fuerza a mi casa y me está agrediendo. Mi dirección es Vía San Paolo 35, departamento 222 —y colgó.

Salió del baño con una gasa en los labios y le advirtió:

—Tú vuelves a tocarme grandísimo cobarde y te juro que lo vas a lamentar toda

tu vida.

Fernando soltó una carcajada y le aclaró:

—Mira, esposa mía, las cosas va a ser muy diferentes de hoy en adelante, y te anticipo que ya no me espantas con tus alardes y tus amenazas. Yo no guardo secretos para nadie. Si llegas a acusarme de alguna trampa inventada por ti, yo argumentaré que tú eres mi cómplice. No pienso esperar mucho a que tú decidas, por iniciativa propia, regresar a casa, si bien te ofrezco considerar seriamente la posibilidad de perdonarte y aceptarte de nuevo, pero lo que no puede esperar es que procedas a depositar en esta cuenta, cuyos datos te estoy dejando aquí sobre la mesa, el 60 % del importe que nos dejó tu padre. Y te digo que el 60 y no el 50 porque seguramente tú ya te gastaste una buena parte con tus locuras. El 40 % que a ti supuestamente te corresponde deberás ponerlo en una cuenta mancomunada en México. Ya te enviaré las instrucciones precisas. No volverás a gastar un centavo sin mi previa autorización.

Apenas escuchó Verónica abrirse la puerta del elevador en su piso, le lanzó a Fernando el vaso con agua que estaba sobre la mesa, que se estrelló en la pared con un ruido estruendoso, y se abalanzó sobre él golpeándolo y gritando desahogada:

—¡Auxilio! ¡Ayuda! ¡Ayuda! ¡Suéltame cobarde! ¡Desgraciado! ¡Maldito! ¡Suéltame, miserable!

Fernando estaba totalmente desconcertado, pues en realidad él era el agredido y solo trataba de defenderse, gesticulando con agudos aspavientos.

—*¡Estás loca!* —le reprochó—, Yo no te estoy golpeando. Y como ella le arañaba y le abofeteaba, mientras gritaba, tratando de defenderse, él le dio un fuerte empujón que la hizo perder el equilibrio y, en serio, se dio un fuerte golpe en la ceja con una de las pequeñas mesas de la sala, donde reposaba la botella de vino que se hizo añicos. Se hizo una herida abierta en la ceja de la que brotó sangre a borbotones. Al ver la sangre y los vidrios en el piso, Verónica aventó el cuchillo que también estaba en la mesa a los pies de Fernando y grito aún más fuerte, con el ardid ingenuo de fingir.

—*¡Ayuda! —¡Ayuda! ¡Me mata este desgraciado!* —lo gritó en italiano (*¡Aiuto! ¡aiuto! che mi uccide questo vigliacco*) buscando que fuera escuchado en todo el piso, y lo hizo con tal volumen que despertó a quienes estaban descansando en el cementerio vecino. Fernando experimentaba una confusión extrema.

Ante semejante escándalo y, sobre todo, al escuchar el grito de “*me está matando*”, los policías no esperaron a tocar la puerta, sino que la derribaron de dos fuertes patadas simultáneas y entraron bruscamente, justo cuando Fernando había recogido el cuchillo envuelto en un total desconcierto. Los “carabinieri” ingresaron con la pistola desenfundada y, al ver a Fernando con el cuchillo en la mano le gritaron:

¡Al suelo! ¡Al suelo! ¡Suelte esa arma! —en un italiano que, por supuesto, él no comprendía. Se había propagado la confusión.

Lo lanzaron al piso y lo esposaron en un santiamén. Él pretendía deslindarse en un español que únicamente comprendían él y Verónica, quien, con una expresión descompuesta y gritando todavía, buscaba ocultarse detrás de uno de los cuatro policías que finalmente ingresaron y que trataban de calmarla. Como era de suponer las autoridades se llevaron de inmediato a Fernando a la “*Questura*”, justo cuando llegaba una ambulancia de la que bajaron dos enfermeras que de inmediato atendieron a Verónica de los golpes que había sufrido y de los que ella se quejaba con sospechosa exageración.

Al día siguiente, muy temprano, se presentó Verónica en la *Questura*, supuestamente a presentar su denuncia.

—Su agresor está, por supuesto, detenido. —le informó el Inspector Ferraro—. Podemos abrirle una carpeta de investigación con el cargo de violencia agravada o incluso por intento de asesinato, o bien expulsarlo del país, con lo que no podrá acceder en el futuro a ningún país de la Unión Europea. Usted decide.

—Inspector —explicó ella con voz calmada—, ese hombre fue mi marido por treinta años; ahora es mi más grande enemigo. Es cierto que vine a Milano porque yo he estado enamorada de Italia por casi cuarenta años, pero también porque tuve que huir de mi país. Me casé con el hombre equivocado y se ha convertido en un terrible peligro para mí, sobre todo después de que se enteró que, tras formalizar el divorcio, recibí como herencia de mi padre, sus ahorros de toda la vida. Mi exmarido es capaz de matar por el dinero y ha venido por él. Antes de responder a su pregunta, ¿Podría hablar con él unos minutos?

—Por supuesto, señora Mariscal. Lo que usted estime necesario; no hay prisa —accedió el Inspector Ferraro poniéndose de pie e indicándole el camino.

—¡Desgraciada! Eres una farsante —exclamó Fernando con cólera al ver a Veró-

nica esperándolo tranquilamente sentada en una silla frente a una mesa en la pequeña sala donde lo introdujeron. Ella pensaba que tenía que hacer acopio de todo su talento, tenía la certeza ahora de que al fuego hay que combatirlo con fuego, aunque parezca una paradoja. Lo miró tranquilamente y le indicó con voz calmada:

—Fernando, tienes que entender y aceptar que nuestra relación se terminó, se acabó para siempre, sin la más remota posibilidad de retorno, y que mi dinero estará vedado para ti por todo lo que te reste de vida.

—Pues eso ya lo veremos, queridísima esposa, porque por la iglesia tú sigues siendo mi esposa—afirmó con la certeza de quien está convencido que su instinto es siempre infalible.

—Debes entender que has perpetrado un gravísimo error, que puede revertirse en contra tuya de manera terrible. Has quebrantado el cerco de una de las muy recientes reivindicaciones del feminismo italiano. El Comandante en Jefe de esta oficina de policía me acaba de plantear que hay tan solo dos opciones para ti y únicamente depende de mí cuál habrá de elegirse. La primera es que se te expulse por indeseado de la Unión Europea, lo que significa que nunca más podrás irrumpir en país alguno de Europa Occidental; la segunda es que se te procese judicialmente por agresiones violentas e intento de asesinato a una mujer. Debes saber que, conforme a las disposiciones legales más recientes de protección a la mujer e igualdad de género en Italia, este cargo te puede recluir hasta cuarenta años en una prisión. La elección depende exclusivamente de lo que yo decida. Pero he creído que es conveniente que conozcas antes los vericuetos del gran laberinto en que has atrapado tu perspectiva de vida, porque lo que enfrentas en Italia puede ser un día de campo comparado con lo que te puede acontecer en México. Comenzaré por enterarte de lo siguiente:

Seguramente recordarás que hace unos cuatro años, estábamos en Cuernavaca. Yo dormía una siesta en mi cuarto por la tarde, cuando me despertaron unos gritos extraños entre tú y alguien más. Resulta que habías contratado los servicios de un técnico para que instalara un sistema de grabación que te permitiera registrar secretamente no solo las reuniones que tuvieras en tu despacho, sino, además y sobre todo, los encuentros que solías tener al caminar por la vereda, en particular junto a un ciprés, donde llevabas a los que serían después tus cómplices o tus víctimas a conversar sobre los detalles

de los pecados. Pretendías convencerlos de que nadie los escuchaba, de que tú eras de absoluta confianza y no llevabas grabadora alguna contigo, pues siempre acudías a ese árbol en traje de baño. Que no sospecharan de ti era vital en tus “negocios”. La cuestión es que el técnico ya había concluido la instalación y te negabas a pagarle al técnico lo acordado, es decir 14,000 pesos. Tú, con tu actitud beligerante de siempre, gritabas e insistías en que le habías dicho solo 4,000 y eso era justo lo que le ibas a pagar, “*ni un centavo más*”. Todo amenazaba con degenerar en furiosa reyerta cuando apareció tu chofer-guarura, aquel tipo gigante con apariencia de sicario que te seguía siempre, a quien le ordenaste que lo sacara de inmediato de tu casa. El técnico se asustó y se fue vociferando en susurros.

—Lo que nunca supiste es que una vez que supuestamente tu víctima se fue, yo salí por la puerta de atrás y lo alcancé. Le dije que mi marido era un miserable, que yo había escuchado que, antes de hacer la instalación, él te había aceptado que hicieras el trabajo por 14,000 pesos, lo cual era cierto. Le comenté que yo no había podido dementirte porque seguramente me habrías golpeado, ya que eras un infeliz y un cobarde, pero que yo sabía que los estabas robando y que yo no podía permitirlo; así que le di los 10,000 adicionales. ¡No es justo! remarque. El técnico me agradeció, pero no quería aceptarlo argumentando que no había hecho el trato conmigo, sino con el sinvergüenza de mi marido. Yo insistí y por fin, aceptó.

Tú ya habías partido rumbo a tu torneo de golf, y le pedí que, antes de irse, me indicara cómo operaba tu nuevo sistema de grabación. Él accedió muy amablemente, y después de explicarme con detalle su funcionamiento, me preguntó si no me interesaría que me hiciera una conexión paralela en línea con mi laptop, así podría yo tener copia de todas las grabaciones que tu sistema registrara. Me mostré ingenua y le dije que tal vez ello me permitiría impedir que, en alguna futura ocasión, tú cometieras otra trampa como la que habías pretendido cometer con él. De esa manera y a partir de entonces, me fui enterando de lo inconcebible y me expliqué por qué sostenías en la penumbra de tu oficina, o de cara al sol en la pradera, aquellas conversaciones íntimas tan sospechosas. A partir de entonces Fernando, he podido videograbar todas tus reuniones de los últimos tres años. Te muestro esta pequeña muestra editada de tus múltiples encuentros.

El rostro de Fernando se fue gradualmente descomponiendo, pero no capitulaba todavía, lo que sí lo doblegó fue cuando Verónica activó su laptop y fue apareciendo la imagen de una breve síntesis de diversas reuniones en que se registraban sus chantajes, sus turbios arreglos y sus tropelías.

—No te imaginas lo que tengo después de capturar tus propias videograbaciones durante casi tres años; por cierto, no sabes cómo me he reído al pensar en tus mejores amigos regocijándose con las grabaciones en las que haces el amor con sus amadas cónyuges. Qué bárbaro, no tuviste la atención de siquiera llevarlas a la cama, sino que ahí, en el sofá y en el escritorio de tu propio despacho, los engañaste como el par de imbéciles que son. En verdad, no tienes clase.

—Finalmente debo aclararte, para alejar de ti pensamientos perversos, que si algo malo me llegara a suceder, tanto a mí como a las personas que yo quiero, alguien, que por supuesto tú no conoces, hará entrega inmediatamente de la totalidad de documentos comprometedores que encontré en tu caja fuerte y fotocopie y de todas las videograbaciones que obran en mi poder, a las autoridades judiciales, fiscales y laborales de México, así como a la prensa y a todos los socios de tu club, de los que, por cierto, ya dispongo de correo electrónico y de whatsapp.

Ahí están todas las evidencias para refundirte en la cárcel el resto de su vida. Ahí se explica también el fraude inmobiliario del que fueron objeto los socios de tu club, simuladamente junto contigo, por parte de aquel rufián polaco, tu cómplice y amigo. Me encanta imaginar la cara de todos ellos cuando en la grabación descubran que los engañaste y les robaste de una manera tan soez y traicionera. Te repito si algo desagradable nos sucede, si uno de nosotros muere o se enferma de manera extraña o grave, ese alguien que tú no conoces hará entrega *ipso facto* de todo a sus destinatarios. Así que ruegue a tus dioses para que todos nosotros disfrutemos de muy buena salud, pero para lograr eso nos resulta indispensable no volver a verte jamás.

Fernando continuaba estupefacto y boquiabierto. Tan solo masculló algo entre dientes. Era manifiesto que existencialmente aquel hombre estaba mortalmente abatido, temblando de furia con los ojos desorbitados y el rostro consternado. Solo pudo balbucear con una voz entrecortada:

—Tienes que pensar en nuestros hijos.

—Eres tú quien debió y debe pensar en ellos, al menos por una única vez en tu vida. No olvides, ni por un instante, que lo que suceda con tu futuro dependerá de tu propio comportamiento. Mien-

tras Verónica cerraba su laptop y se incorporaba, continuó: —Cuando yo vaya a México, te lo haré saber para qué abandones la ciudad mientras yo esté por allá, no quiero por ningún motivo, ni siquiera por casualidad, toparme contigo, si te llego a ver anticiparé el 30 % del envío. Y cuidadito con que yo me entere de que andas por ahí injuriándome, últimamente me he vuelto muy quisquillosa, muy sensible y muy vengativa. —Y Verónica cerró para siempre aquel episodio deprimente con las siguientes palabras: —Nunca me

amaste realmente, Fernando. Tan solo te aprovechaste de mi inocencia y destruiste mi juventud; esa es una falta muy grave, y la manera en que pagarás por ello es que nunca más volverás a vivir tranquilo, porque siempre estarás expectante de que, en cualquier momento, yo podría adelantarme y decidir hacerte pagar antes lo que tú bien mereces.

Él se quedó pasmado y descompuesto, cuando ella al salir se dirigió hacia el inspector Ferraro y, antes de despedirse, le mencionó: —*No hay nada que hacer*

Inspector. Volvió a amenazarme de muerte. Pienso que lo mejor será expulsarlo del territorio europeo...

Esa misma tarde, por los pasillos del aeropuerto Charles de Gaulle, Fernando Ibargüengoitia, otrora impetuoso y violento y ahora con un rostro desfigurado y siniestro, arrastraba los pies con paso lento e indeciso, custodiado por dos guardias, como si caminara aniquilado rumbo al cadalso. No más aquella habitual actitud desdeñosa y prepotente. No más la arrogancia, la soberbia y la prepotencia. Se alcanzaba a escuchar el sollozo reprimido de aquel hombre herido de muerte, que nunca había llorado, y que ahora sentía que una sombra funesta, medrosa y extraña se cernía sobre su vida.

Capítulo 38.- *Una estrategia para asegurar el futuro*

*"La vida no se trata de encontrarse a uno mismo.
Se trata de crearse a uno mismo"*

Virginia Woolf

Cuando abrió la puerta de su departamento, Verónica escuchó un ruido adentro y se alarmó.

—¿Estás ahí, Abril? —preguntó en voz alta.

Se dio un silencio preocupante hasta que la reacción de su amiga, le devolvió la tranquilidad.

—Estoy saliendo de la ducha, ahora voy.

Verónica sacó tranquilamente las botellas de mezcal y de tequila y sirvió una copa para cada una. Se dejó caer en el sillón y sintió que estaba verdaderamente exhausta. Vió llegar a Abril todavía secándose el cabello y le dijo:

—¿Tú crees en apariciones?

Abril dejó de secarse el cabello y la miró fijamente, cuestionando:

—¿Estuviste tomando?

—Termina con el cabello o ponte un turbante —sugirió Verónica— porque necesitamos beber aguardiente para que te pueda contar una historia.

—¿La de Brujas? —inquirió Abril

—No mujer, esa fue un cuento de hadas. Lo que te voy a narrar es una historia macabra.

—¿Una historia macabra? ¡Tú estuviste bebiendo Vero! ¿cómo que sí creo en apariciones y que me vas a contar una historia macabra? ¿Pos qué te traes comadre?. No me asustes—suplicó Abril optando por el turbante y sentándose atenta.

—Anoche, como a las ocho, escuché un fuerte llamado a la puerta. Abrí y me tope con Fernando Ibarguengoitia, mi exmarido, que me decía:

«*Hola querida, seguramente me has extrañado mucho*» —lo mencionó cimbrán-

dose ella misma al recordar aquella angustiosa escena.

Abril, que había subido los pies, los bajó bruscamente y la miró absorta. El escuchar simplemente el nombre de Fernando le provocó un gran desasosiego. Nunca imaginó que tal infortunio pudiera acaecer. No podía aceptarlo y solo se le ocurrió decir:

—*¡No jodas!*, qué terrible. —Su rostro iba reflejando una expresión cada vez más afligida y tensa, y toda ella se sintió por un momento presa del desaliento.

Verónica propuso brindar antes y procedió a narrarle la historia reciente con lujo de detalles. Al concluir, soltó una carcajada al decir:

—Hubieras visto esas miradas, la primera cuando yo gritaba como loca pidiéndole que no me siguiera golpeando, cuando en realidad no me tocaba, —siguió riéndose— y la segunda cuando vio la grabación de él y sus compinches en su despacho y, sobre todo, cuando vio la grabación del árbol. Tenía los ojos desquiciados, como si hubiese visto al mismísimo Lucifer. —Verónica volvió a carcajearse. De aquel presuntuoso que tú conociste no quedaba ni un vestigio.

—Pero ¿en verdad le tenías todo grabado? ¿Te lo arregló así el técnico? ¿Cómo fue que se te ocurrió todo eso?

—Pues en eso creo que tú tienes buena parte de la culpa—y volvió a soltar una carcajada.

—¿Yoooo? —exclamó Abril totalmente confundida.

—Sí, tú, pero primer déjame contarte. —Y le contó con detalle todo lo que le dijo a Fernando en la *Questura*, así como su reacción y en lo que desembocó finalmente la conversación con el comandante en jefe. Abril estaba emocionada, al grado que se terminó la copa de mezcal y se sirvió otra.

—Ahora, por lo que hace al técnico, todo es cierto hasta que me explicó el funcionamiento del sistema de grabación. Fue justo ahí donde comienza tu culpabilidad.

—¿Cómo? ¿mi culpa? —protestó Abril, mientras Verónica se carcajeaba, y continuaba con su explicación:

—¿Te acuerdas de que me regalaste tres libros de un mismo autor?

—Sí, claro que sí.

—Pues de los tres saqué la idea. ¿Te acuerdas que en el primero...? No me acuerdo del nombre, pero es el de la niña adolescente que libera a su madre del marido y padre

golpeador. Qué graba todo y le saca copia a los documentos...

—“*Sí hay salida*”, —dijo Abril

—¿Si hay salida de qué? —preguntó Verónica

—No, así es el título del libro que comentas.

—¡Ahh! muy cierto. “*Sí hay salida*”, ese es el nombre. Pues de lo que organiza la niña con sus amigos para liberar a su madre del hombre golpeador, de ahí comencé a sacar la idea, y también de lo que luego le dice el ciego al empresario que le secuestraron la hija. En el segundo libro...

—“*Erendirani*”, es el nombre del segundo libro que te regalé.

—Sí, “*Erendirani*”. ¿Te acuerdas de lo que lo que la Erendirani le dice al gringo malvado para correrlo de España?

—Sí, desde luego.

—Pues de ahí también reforcé la idea. Y en el tercero, el de los migrantes...

—“*Las andanzas de dos migrantes*”...

—Exacto: “*Las andanzas de dos migrantes*” Pues de ese también, ¿recuerdas lo que al final le dice el mentado Emiliano al padre de la gringuita que se hizo mexicana para que los dejara en paz?

—Por supuesto que me acuerdo, —reiteró Abril.

Pues de esos tres libros que me regalaste saqué la idea, por eso es que tú también eres cómplice. Así que comencé a espiar a Fernando. Un día me hice la tonta y distraída, y pude captar los números de la caja fuerte, de donde después fui sacando copia de los documentos. Casi siempre Fernando se encerraba en su despacho después de haber tenido una de sus reuniones secretas, seguramente para transferir la videograbación a un “*usb*” y después borrarla, como me advirtió el técnico que le había recomendado hacer. Pero algunas veces terminaba ya tarde y primero se iba al golf y ya después se encerraba. Ahí es donde yo me hacía la dormida y tenía después un rato para guardar lo que había capturado mi laptop.

Por cierto, entre los trozos que grabé estaba una escena en que hacía el amor con Stephanie sobre el escritorio. Yo le dije que había videograbado las dos sesiones amorosas: la de Stephanie y también la de Priscila, que en realidad yo no había visto, pero deduje que si lo había hecho con una seguramente lo habría hecho con la otra, que

además era la más coqueta y resbalosa. No hacía falta ser un lince para atar cabos. Yo creo que Fernando las había grabado para después chantajearlas. Y cuando él me escuchó ni chistó o sea que era cierta mi suposición. No pude grabar todo lo que me hubiera gustado, porque me entraba mucho miedo de que me fuera a sorprender *infraganti*, así que registré solo partes. Aunque estoy segura de que, ahora en la Questura, Fernando se quedó totalmente convencido de que yo había editado solo unos pasajes para mostrarle, pero que yo tengo la grabación completa de todo lo que videograbó su sistema ese desde aquel entonces. Seguramente maldice al técnico. ¿Cómo ves? No negarás pues que, en buena medida, tu fuiste mi cómplice en esa aventura al regalarme esos tres libros.

—¿Yo? Estás loca... pero qué bueno que lo hiciste, *jeres una trinchona! Ahora toda pinta mejor que nunca.*

Efectivamente era mucho lo que aún tenían en la agenda y mucho más lo que estaban por alcanzar, pero ninguna de las dos podía negarse que lo que habían ya logrado en apenas el primer año de la segunda etapa de sus vidas, constituía una verdadera proeza.

—Ni me acuerdo cómo se llama el tipo que escribió esos libros, —concluyó Verónica, hablando para sus adentros, —pero estoy segura de que algún día, él mismo va a escribir sobre alguna que otra de nuestras locuras y describirá el relato de nuestras aventuras, sobre todo las que vienen por delante, las que todavía habremos de vivir en este torbellino que es la vida... Se avizoran vientos favorables.

y soltaron una carcajada, levantando sus copas y exclamando:

—*“Salud por la segunda etapa de nuestras vidas”.*

.....

“La vida no es esperar a que pase la tormenta, sino aprender a bailar bajo la lluvia”

Vivian Green



Esta novela está dedicada a todas las mujeres mexicanas que sufren el abuso cobarde de un hombre violento, a esas mujeres que se encuentran atrapadas en una encrucijada fatal, que saben que su eventual reclamo habrá de traducirse en violencia hacia ellas y, en particular, hacia sus hijos; que saben que los otros hombres que supuestamente imparten la justicia muy rara vez se ponen de parte de las mujeres, por lo que las denuncias que tanto se les recomienda presentar resultan no sólo inútiles, sino en ocasiones contraproducentes, pues sólo exacerbaban la violencia por parte del hombre demandado. Esas mujeres que saben que su trabajo ar-

duo y tenaz, que su comportamiento eficiente y responsable, para generar un ingreso propio que les permita atender las necesidades esenciales de su familia, tampoco resulta suficiente para liberarse de ese yugo maldito de un hombre golpeador. Pero a esas mujeres y a los hijos de esas mujeres los exhorto a que no se rindan, a que se unan y a que utilicen con inteligencia su creatividad, su imaginación, así como los nuevos instrumentos que proporciona la modernidad, para lograr la libertad y el respeto de sus derechos, que se merecen por el simple hecho de ser mujeres y de ser niños. Cada vez somos más las mujeres y hombres que estamos con ustedes, cada vez somos más los mexicanos que estamos en contra de este flagelo, cada vez somos más los que estamos dispuestos a actuar en su respaldo y a combatir a los cobardes golpeadores y a las autoridades cómplices que constituyen ambos la principal vergüenza de México.



Erendirani, una diligente mesera y Lorenza, una simpática cocinera, de Sanborns, se arman de valor y aceptan el desafío que les plantea don Lorenzo, un migrante español que regresa a su patria al final de su vida y decide establecer un restaurante de auténtica cocina mexicana. Esta es la historia de una batalla perseverante en la que Erendirani descubre su espíritu emprendedor, ambas conquistan Madrid y encuentran el amor con que habían soñado toda su vida.

mariolopezespinoza@yahoo.com.mx
@MLEspinoza
525516337094





Qué hermosa costumbre la de contar cuentos. Al escribirlos se entrelazan las vivencias, las anécdotas, los hechos, las leyendas y los sueños. A veces, en el relato, se escapa algún mensaje, algún reproche escondido.

Te invito a leer al azar uno de mis cuentos. Me queda claro que solo si te gusta el primero te atreverás a aventurarte en el segundo y, no sé, en una

de esas te lees varios y, en otra de aquellas, te los lees todos.



H



He intentado de narrar algunas correrías, andanzas, logros y desafíos de dos migrantes mexicanos, que se hicieron muy buenos amigos y excelentes cómplices. Desde que tuvieron que dejar para siempre su tierra querida hasta la conquista de una nación, hostil, pragmática y generosa, que les brindó las oportunidades que les negaron las élites de su propio país. La historia de amor de una hermosa chica norteamericana, valiente y sensible, que se envolvió en el empuje de México, y decidió convertirse en mexicana, y la descripción de cómo, en paralelo, los tres impulsaron una metodología innovadora que permitió a jóvenes binacionales descubrir una alternativa de ejercicio profesional y de alianza estratégica con jóvenes universitarios de México, para participar con miles de mujeres artistas mexicanas, de comunidades y muy bajos ingresos, en la formación de complejos productivos binacionales, a través de los cuales lograron, con el respaldo de las organizaciones de mexicanos en el exterior, participar en la economía formal de ambos países, con sustento en su competitividad, productiva y su talento creativo.



Mi pasión por la literatura me ha aconsejado compartir mis experiencias, vivencias y reflexiones a través de la novela. Los invito a acompañarme en esta aventura, para mí desafiante y fascinante

